

Pájaros
de
América
Lorrie Moore

Título original: Birds of America

Traducción: María José Galilea Richard

Ilustración de la cubierta: © Cover. Photonica

Copyright © Lorrie Moore, 1998

Copyright © Emecé Editores, 1999

Copyright de la edición española © Emecé Editores España, 2000

Edición de venta exclusiva en Europa: Emecé Editores España, S.A.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 84-7888-522-6

Depósito legal: B-15.967-2000

2ª edición, abril de 2000

*Este libro es para mi hermana,
para mis padres y para Benjamín.*

... no es nuevo que vivamos en un mundo
donde la belleza es inexplicable
y de repente se estropee
y tenga sus propias rutinas. Solemos estar lejos
de casa, en una ciudad oscura, y nuestros pesares
son difíciles de traducir a un lenguaje
comprensible para los demás.

Charlie Smith

The meaning of birds

¿Es u-ka-li?

¿O con-qui-ri?, ¿es yug yug?

¿Es cucú en realidad?

Mucho menos si el canto de un pájaro
quiere decir algo en particular,
o nada de nada.

Amy Clampitt

Syrinx

Dispuesta

¿Cómo puedo vivir la vida sin cometer un acto con tijeras gigantes?

JOYCE CAROL OATES. *An interior monologue*

En su última película la cámara se había entretenido en la cadera, la cadera desnuda, y aunque no era su cadera, adquirió reputación de estar bien dispuesta.

—Tienes buena figura —comentaron los encargados del estudio durante la comida en Chasens.

Ella miró hacia otro lado.

—*Habeas corpus* —dijo sin sonreír.

—¿Cómo dices? —Una cadera que sabía latín. Dios mío.

—Nada —contestó. Le sonrieron y soltaron nombres de gente importante: Scorsese, Brando. Para ellos el trabajo era un juego, jugaban con el pelo engominado. A veces sentía que no fuera su cadera: tendría que haber sido su cadera. Una película ordinaria, una película con pornografía nauseabunda: sabía que éstas erotizaban a los no dispuestos; a los retocados y a los falsos. La doble. Sin darse cuenta, había participado. Que una cadera se interponga. Una cadera anónima, falsa y no dispuesta. Ella misma era tan auténtica como un maldito producto lácteo; a mano en todo momento, como un almuerzo.

Sin embargo se iba acercando a los cuarenta.

Comenzó a pasar largos ratos en los bares de zumos. Se sentaba tardes enteras en lugares como Orange-U-Sweet o I love Juicy. Bebía un zumo y de vez en cuando salía a fumarse un cigarrillo. La habían tomado en serio (una vez) y ella lo sabía. Se habían discutido algunos proyectos: Nina, Porcia, Madre Coraje maquillada. Las manos le temblaban ya demasiado, incluso bebiendo zumo, sobre todo bebiendo zumo, un *Vantage* oscilando entre los dedos como un metrónomo. Recibía guiones en los que se suponía que diría frases que nunca diría y en que no llevaría ropa que sí llevaría. Comenzó a recibir llamadas obscenas y postales firmadas con un: «Así me gusta, muñeca.» Su novio, un director con creciente mala reputación debido a sus caros fracasos, un hombre que dos veces a la semana fulminaba con la mirada al extraño y vistoso pez que ella tenía y le decía que buscara trabajo, se hizo católico y volvió con su esposa.

—Precisamente cuando comenzábamos a superar los problemas y los altibajos —repuso ella, y a continuación se echó a llorar.

—Lo sé —dijo él—, ya lo sé.

Y entonces se fue de Hollywood. Llamó a su agente y se disculpó. Volvió a su ciudad, a Chicago, y alquiló una habitación por una semana en el Days Inn; tomó jerez y engordó un poco. Dejó que su vida se hiciera aburrida; aburrida, pero con galletas *Hostess*. Había momentos en que la falta de vitalidad era total, y entonces contemplaba su vida y se preguntaba: «¿Qué he hecho?» O todavía peor, cuando se sentía cansada y no podía acabar la frase: «¿Qué?» Su vida había tomado la forma de un error imperdonable. Llegó a la conclusión de que no le habían dado las herramientas adecuadas con las que construir una vida de verdad: eso era. Le habían dado un sobre de sopa y un cepillo de pelo, y le habían dicho: «Espabilate.» Se había quedado allí durante años, pestañeando, confundida, cepillando la sopa con el cepillo.

A pesar de todo, era una actriz de cine menor que en su día había sido nominada para un premio importante. El correo le llegaba indirectamente: un aviso, una factura, una tarjeta de Acción de Gracias. Pero nunca una fiesta, una cena, una inauguración, un té helado. Uno de los problemas de los habitantes de Chicago, recordó, era que nunca se encontraban solos al mismo tiempo. La tristeza les sorprendía en solitario, les dejaba en la estacada con espasmos, les hacía dar vueltas como globos deshinchándose y les mandaba hacia los rincones vacíos y acolchados, desconectados y solos.

Vio la televisión por cable y pidió un menú en una pizzería. Una vida de oscuridad y calma radical. Alquiló un piano y se puso a practicar escalas. Invirtió en Bolsa. Escribía sus sueños por la mañana para descubrir alguna pista y saber en qué invertir. Disney salió una vez en un sueño. El hospital de San Judas. Ganó, algo de dinero. Se obsesionó. Las palabras «gallina de los huevos de oro» anidaron en su boca, como en la de un rumiante. Trataba de ser original, cosa no muy recomendable con las acciones, y comenzó a perder. Cuando un valor bajaba, compraba más acciones para recuperarse cuando subieran. Estaba confundida. Le cogió gusto a quedarse contemplando el lago Michigan a través de la ventana, la superficie gris y ondulada como una pizarra estropeada.

—Sidra, ¿qué haces ahí? —gritó su amigo Tommy por teléfono—. ¿Dónde estás? ¡Vives en un estado que limita con Dakota del Norte!

Era guionista y vivía en Santa Mónica; una vez, hacía ya mucho tiempo y bajo los efectos del éxtasis, se habían acostado juntos. Era gay, pero se habían gustado mucho.

—Quizá me case —dijo ella. Chicago no le desagradaba: pensaba en la ciudad como un cruce entre Londres y Queens, con una pizca de Cleveland.

—Vamos, por favor —gritó de nuevo—. ¿Qué haces ahí realmente?

—Escucho casetes de autoestima y de olas del mar —contestó. Sopló el auricular del teléfono.

—Se oye como cuando hay polvo en la aguja del tocadiscos —dijo—. Quizá tendrías que probar con la casete de los grillos. ¿Has oído la casete de los grillos?

—He ido a hacerme la permanente y me ha ido fatal —dijo—. Cuando estaba en la mitad, en la parte de los rulos, ha habido un apagón en el edificio de la peluquería. Unos hombres que taladraban la fachada se han cargado un cable.

—Qué horror —comentó. Sidra le oía tamborilear con los dedos. Se había erigido en autor imaginario de un libro imaginario de ensayos titulado *La opinión de un hombre* y cuando estaba aburrido o inspirado solía citararlo—. Una vez formé parte de un grupo de rock que se llamaba Permanente Fatal —añadió.

—No me digas —repuso riendo.

—¿Qué haces ahí? —preguntó de nuevo, en voz baja y preocupado.

Su habitación estaba en un ángulo y había espacio para un piano. Tenía forma de ele, como una vida que de repente girara para ser algo más. Había un sofá y dos tocadores, y nunca estaba tan ordenada como le habría gustado. Siempre colgaba el letrero de No Molestar cuando las camareras tenían que hacer la habitación, así que todo estaba un poco de cualquier manera. Bolas de pelos y polvo del tamaño de una cabeza pequeña se amontonaban en los rincones. La suciedad comenzaba a oscurecer las molduras y a empañar los espejos. El grifo del cuarto de baño goteaba y, demasiado cansada para llamar al fontanero, ató un cordel alrededor del extremo para llevar el agua silenciosamente hacia el desagüe y que de ese modo no la molestara. En la ventana, orientada al este, su única planta se había secado hasta convertirse en una rama crujiente y se cernía sobre la máquina de palomitas. En el alféizar, una calabaza a la que le había hecho una cara en Halloween se había podrido, deshecho, helado, y parecía una pelota de baloncesto deshinchada, que podría haber guardado por razones sentimentales: una pelota de un gran partido. El camarero del servicio de habitaciones que todas las mañanas le llevaba el desayuno —dos huevos pasados por agua y un tazón de café— informó del estado de su habitación al encargado del hotel, tras lo cual recibió una advertencia por escrito por debajo de la puerta.

Los viernes iba a ver a sus padres a Elmhurst. Su padre, que tenía ya setenta años, todavía tenía problemas para mirarla a la cara. Diez años antes había ido a ver la primera película en que aparecía su hija, donde se quitaba la ropa y se tiraba a una piscina. Clasificaron la película para mayores de trece años; sin embargo, nunca más volvió a ver otra. Su madre veía todas sus películas y luego pensaba en los aspectos positivos que podía resaltar, aunque fueran de poca importancia. Se negaba a mentir: «Me gustó cómo dijiste la frase sobre irte de casa, con los ojos muy abiertos y las manos jugueteando con los botones del vestido», escribió. «Ese vestido rojo te quedaba que ni pintado. Tendrías que vestirte con colores más vivos.»

—Mi padre siempre se va a dormir la siesta cuando voy a verles —contó a Tommy.

—¿La siesta?

—Le doy vergüenza. Cree que soy una hippie puta. Una puta hippie.

—Qué absurdo. Como dije en *La opinión de un hombre*, tú eres la persona más conservadora que conozco con respecto al sexo.

—Sí, bueno.

Su madre siempre la recibía con calidez y los ojos llorosos.

Últimamente leía delgados libros en rústica de un hombre llamado Robert Valleys, quien, después de observar todo el sufrimiento existente en el mundo (guerra, hambre, ambición), había descubierto el remedio: los abrazos.

Abrazos, abrazos, abrazos, abrazos, abrazos.

Su madre le creía. La estrujó tan fuerte y durante tanto rato que Sidra, como un bebé o como una amante, se perdió en el olor y en el tacto de su madre: la piel seca, dulce; la pelusilla gris del cuello.

—Me alegro tanto de que hayas dejado ese dichoso antro de perdición...
—dijo su madre con suavidad.

Pero a Sidra todavía la llamaban del antro. A veces, por la noche, el director la llamaba desde una cabina, deseoso tanto de ser perdonado como de dirigir una película.

—Pienso en todo lo que debes de estar pensando tú y me digo: «¡Dios mío!» Oye, ¿tú piensas lo que yo a veces creo que piensas?

—Por supuesto —contestó Sidra—. Claro que lo pienso.

—«¡Por supuesto!» «Por supuesto» es un término que no tiene cabida en esta conversación.

Cuando Tommy llamaba, a menudo sentía que la inundaba un placer tan repentino que se sorprendía.

—Vaya, qué bien que seas tú.

—¡No tienes ningún derecho a desertar del cine americano de este modo! —decía afectuosamente, y ella se echaba a reír con fuerza durante minutos, sin parar. Comenzaba a tener dos velocidades: el Coma y la Histeria. Dos comidas: el desayuno y las palomitas. Dos amigos: Charlotte Peveril y Tommy. Oía el tintineo del vaso de Tommy.

—Eres una persona con demasiado talento para vivir en un estado fronterizo con Dakota del Norte.

—Iowa.

—Dios santo, es peor de lo que creía. Apuesto a que allí lo dicen. Seguro que dicen «Dios santo».

—Vivo en la ciudad. Aquí no lo dicen.

—¿Estás en algún lugar cerca de Champaign-Urbana?

—No.

—Yo estuve allí una vez. Pensé, por el nombre, que sería un lugar diferente. Me decía: ¡Champanur... Bah, na!, ¡Champaña!, ¡Urbana! —suspiró—. Y resultó ser un sitio en pleno campo. Entré en un restaurante chino y pedí doble ración de glutamato.

—Yo vivo en Chicago. No es tan horrible.

—No es tan horrible. Pero si allí no se hace cine... Sidra, ¿qué pasa con tu talento de actriz?

—No tengo talento de actriz.

—¿Estás ahí?

—Sí, me has oído.

—No sé. Por un momento creí que te había dado de nuevo el mareo ese, lo del oído interno.

—Talento. Yo no tengo talento. Lo que pasa es que siempre estoy dispuesta. ¿Eso es talento? —De pequeña siempre contaba los chistes más obscenos. De mayor, podía partir un hueso y hablar con él. Era

sencilla, transparente. Nada la detenía. ¿Por qué no había nada que la detuviera?—. Puedo estirar el cuello del jersey para enseñar una peca en el hombro. Cualquier persona a la que no le hayan prestado suficiente atención en el parvulario puede hacerlo. El talento es algo más.

—Escúchame bien, ¿quieres? Yo sólo soy guionista. Pero alguien te ha convencido de que has pasado de ser una actriz seria a una mujer objeto entrada en años. Es absurdo. Lo único que tienes que hacer es mover un poco tus contactos por aquí. Además, creo que para estar dispuesto a hacer las cosas se necesita valentía; ésta es la esencia misma del talento.

Sidra se miró las manos: las tenía cortadas y arrugadas a causa del mal tiempo, el mal jabón y la mala vida. Necesitaba oír la casete de los grillos.

—Pero no me voy a forzar a hacerlo —dijo—. Ya estoy dispuesta.

Por las noches comenzó a frecuentar los bares de blues. A veces llamaba a Charlotte Peveril, la única amiga que le quedaba del instituto.

—Siddy, ¿cómo estás? —En Chicago, Sidra sonaba a nombre paleta. Pero en Los Angeles, la gente lo encontraba precioso y suponía que era inventado.

—Estoy bien. Vamos a emborracharnos y a oír música.

A veces simplemente iba sola.

—¿Te he visto en alguna película? —podía preguntarle un hombre en uno de los intermedios, lanzándole una mirada lasciva y brillante.

—Puede ser —solía decir, y entonces el hombre parecía súbitamente alarmado y se retiraba.

Una noche, un hombre guapo vestido con un poncho, un poncho malo («¿acaso existen los ponchos buenos?», preguntó Charlotte), se sentó junto a ella con dos vasos de cerveza.

—Tienes aspecto de salir en alguna película —dijo. Sidra asintió cansinamente—. Pero no voy al cine. Así que si realmente aparecieras en alguna, tampoco habría podido comerte con los ojos.

Ella paseó la vista desde el poncho al jerez, y luego al poncho otra vez. Quizá había pasado algún tiempo en México o Perú.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Soy mecánico de coches. —La miró con atención—. Me llamo Walter. Walt. —Y empujó la segunda cerveza hacia ella—. Aquí la bebida es

buena, siempre que no pidas combinados. Sobre todo: nunca pidas un combinado.

Sidra cogió la cerveza y tomó un sorbo. Había algo en él que le gustaba: percibía algo auténtico más allá de su apariencia. En Los Angeles, más allá de las apariencias sólo encontrabas praliné o plástico. O cristal. La boca de Sidra tenía el contorno dibujado con jerez. Los labios de Walt brillaban con la cerveza.

—¿Cuál es la última película que has visto? —preguntó Sidra.

—La última película que he visto... Vamos a ver. —Estaba pensando y ella intuyó que no era su fuerte. Miró con curiosidad los labios doblados hacia dentro, la cabeza ladeada: un individuo que no iba al cine, por fin. Sus ojos daban vueltas como las ruedecillas de una silla de oficinista, buscando—. ¿Sabes qué vi?

—No. ¿Qué? —La bebida le estaba subiendo.

—Una película de dibujos animados.

Dibujos animados. Sintió alivio. Por lo menos no era una de esas películas malas de arte y ensayo protagonizada por una chica de la que nadie sabe el nombre.

—Un hombre está dormido y sueña con un país precioso y diminuto lleno de gente diminuta. —Walt se echó hacia atrás en el asiento, miró a su alrededor, como si hubiera terminado.

—¿Y? —preguntó ella. A aquel individuo iba a tener que sacarle las cosas con sacacorchos.

—¿Y? —repitió él. Se inclinó hacia delante nuevamente—. Y un día los habitantes se dan cuenta de que sólo existen en el sueño del hombre. ¡Son gente de ensueño! Y que si el hombre se despierta, dejarán de existir.

Entonces deseó que no siguiera con aquello. Había cambiado algo de idea.

—Y entonces se reúnen todos en la ciudad y traman un plan —siguió. Quizá no faltara mucho para que el grupo volviera a tocar—: Entrarán de sopetón en el cuarto del hombre y se lo llevarán a una habitación acolchada y aislada de la ciudad (la ciudad de su propio sueño); allí lo tendrán vigilado para asegurarse de que siga durmiendo. Y eso es lo que hacen. Durante toda la eternidad se turnan para vigilarlo atentamente, pero con preocupación, porque tienen que conseguir que no despierte jamás —sonrió—. Me he olvidado de cómo se llamaba.

—Y nunca se despierta.

—No —la miró sonriendo. A ella le gustó. Intuía que él lo intuía. El tomó un sorbo de cerveza, echó un vistazo alrededor del bar y luego volvió a mirarla—. ¿No te parece que este país es magnífico? —preguntó.

Ella le dedicó una sonrisa, llena de deseo.

—¿Dónde vives? —preguntó—. ¿Y cómo se va hasta tu casa?

—He conocido a un hombre —contó a Tommy por teléfono—. Se llama Walter.

—Una relación forzada. Estás estresada. Tienes el síndrome, seguro. Vas a forzar el romance. ¿A qué se dedica?

—A algo relacionado con los coches —suspiró—. Quiero acostarme con alguien. Cuando me acuesto con alguien me obsesiono menos por el correo.

—Quizá lo que te conviene es estar sola. Sin compañía, durante un tiempo.

—Como si tú hubieras estado solo alguna vez —comentó Sidra—. A ver, ¿has estado alguna vez solo?

—Sí que he estado solo.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Horas —dijo Tommy y suspiró—, por lo menos me parecieron horas.

—Muy bien —repuso—, pues entonces no me des lecciones sobre recursos internos.

—Está bien. Es que vendí los derechos de explotación de mi cuerpo hace años; pero no te creas, me dieron bastante dinero.

—A mí me dieron algo de dinero —dijo Sidra—, un poco.

Walter la inclinó sobre su coche aparcado. Tenía la boca ligeramente torcida, como el estampado de las telas de cachemir, y los labios, anélidos y generosos. La besó con firmeza. En ella había algo aturdido y como a la espera; Sidra descubrió que en las partes más sueltas de su corazón había pequeños fosos oscuros de aniquilación, y se abalanzó sobre ellos y cayó dentro. Fue a casa con él, se acostó con él. Le contó quién era. Una actriz poco importante que una vez fue nominada para un galardón importante. También le contó que vivía en el Days Inn. El había estado una vez allí, en el piso de arriba, tomando una copa. A él no parecía sonarle su nombre.

—Nunca pensé que me acostaría con una actriz —comentó—. Supongo que es el sueño de todo hombre —rió con nerviosismo.

—Pues no te despiertes —repuso ella, y a continuación tiró de la colcha hasta la altura de la barbilla.

—O cambies de sueño —añadió él con seriedad—. Es que en la película que vi todo iba bien hasta que el hombre que está durmiendo comienza a soñar con otra cosa. No creo que lo haga a propósito ni nada de eso; simplemente le ocurre.

—No me habías dicho nada de esa parte.

—Es verdad —dijo—. Verás, el sujeto comienza a soñar con flamencos, y entonces los habitantes diminutos se transforman en flamencos y salen volando.

—¿De verdad? —dijo Sidra.

—Creo que eran flamencos. No soy muy experto en pájaros.

—Ah, ¿no? —Trataba de tomarle el pelo, pero le salió mal, como un lagarto llevando un pequeño sombrero.

Si quieres que te diga la verdad, no creo que haya visto ninguna película en que salgas tú.

Entiendo —asintió por inercia, indiferente, sin prestarle más atención.

Él apoyó la cabeza sobre el brazo doblado, la nuca en la muñeca.

—Aunque puede ser que haya oído hablar de ti —su pecho subía y bajaba con la respiración.

En la radio sonaba Django Reinhardt. Sidra escuchaba atentamente.

—Son increíbles los sonidos que salen de las manos de este hombre —murmuró Sidra.

Walter trató de besarla, trató de volver a captar su atención. A él la música no le interesaba tanto como a ella, aunque a ratos trataba de mostrar interés.

—¿Increíbles, los sonidos? —dijo—. ¿Como éste? —Juntó las manos y las ahuecó para hacer ruidos aspirando el aire entre ellas.

—Sí —murmuró Sidra. Pero estaba en otra parte, dormida a causa del viento seco que soplaba por su llanura—. Así.

Pronto comenzó a darse cuenta de que no lo respetaba. Cualquier bicho viviente lo habría notado. Un pomo de puerta también lo habría advertido. Nunca se lo tomó suficientemente en serio. Ella se ponía a hablar de películas y de directores, luego lo miraba y comentaba: «Bueno, da igual.» Ella formaba parte de otro mundo. Un mundo que ya no le gustaba.

Y ahora estaba en otro lugar. En otro mundo que tampoco le gustaba.

Pero estaba dispuesta; dispuesta a probarlo. De vez en cuando, aunque trataba de evitarlo, le hacía preguntas sobre los niños: si quería tener hijos, si quería llevar una vida familiar rodeado de amigos. ¿Qué le parecía todo aquello? Creía que si alguna vez tenía una vida con hijos, segadoras y podadoras sería mejor compartirla con alguien que no encontrara degradante o trivial hablar de esas cosas. ¿A él le gustaban los grandes jardines de césped abonado? ¿Qué tal un jardincito de rocalla? ¿Qué pensaba realmente de las ventanas de guillotina con mosquitera incorporada?

—Sí, están bien —comentaba él, y ella asentía maliciosamente y bebía algo más de la cuenta. A continuación trataba de no agotarse pensando en toda su vida. Trataba de vivir el día a día, como un alcohólico: beber, no beber, beber. Quizá debería tomar drogas.

—Siempre pensé que algún día tendría una niña y que le pondría el nombre de mi abuela —comentó Sidra con un suspiro, mirando el jerez con nostalgia.

—¿Cómo se llamaba tu abuela?

—Abuelita. Se llamaba abuelita. —Walter se echó a reír con una especie de graznido. Sidra miró la boca de cachemir y añadió—: Gracias por reírte.

Walter estaba suscrito a *Auto Week*. La hojeaba en la cama. También le gustaba leer los manuales de reparaciones de los coches nuevos, sobre todo de los Toyota. Sabía mucho de salpicaderos, conmutadores de luces y planchas laterales.

—Es evidente que no encajáis en absoluto —comentó Charlotte mientras tomaban tapas en un bar.

—Oye, espera un momento —repuso Sidra—. Me parece que tengo un gusto algo más sutil. —Lo que ocurre en estos bares es que no paras de atiborrarte de comida—. Lo de que no encajamos sólo es el principio. Por ahí es por donde siempre comienzo. Por no encajar en nada.

En teoría le hacía gracia la idea de parejas que no tuvieran nada que ver, donde hubiera trifulcas y enredos, como en una comedia de Shakespeare.

—No te puedo imaginar con alguien así. Es que no es nada especial. — Charlotte lo había visto sólo una vez, pero había oído hablar de él a una amiga suya. Se acostaba con todas, le había contado la chica. «Se mete en el gallinero», así lo había descrito, y luego había contado algunas anécdotas aburridas—. Sobre todo no dejes que te humille. No confundas la falta de sofisticación con la ternura —añadió.

—¿Tengo que andar esperando a alguien especial, mientras todas las chicas de esta ciudad espabilan y viven la vida?

—No lo sé, Sidra.

Era verdad. Los hombres podían estar con quien les diera la gana. Pero las mujeres tenían que salir con hombres que fueran mejores, más amables, más adinerados y listos, listos, listos; si no, la gente se sentía desorientada. Daba prestigio sexual.

—Soy del montón —dijo desesperada, y de algún modo detectó que Charlotte ya lo sabía: era un secreto salvajemente evidente, oscuro, profundo, y hacía que Sidra apareciera un poco patética, impropia, *inferior*; cuando llegabas al fondo de la cuestión. Charlotte observó la cara de Sidra como los faros de un coche cuando deslumbran a un ciervo. «Las pistolas no matan a la gente —pensó Sidra animadamente—; los ciervos sí.»

—Quizá fuera eso lo que solíamos envidiarte tanto —dijo Charlotte con un atisbo de amargura—. Tenías tanto talento... Siempre te llevabas el papel principal en las obras de teatro. Eras el sueño de lo que todas querían.

Sidra figoneó en la ración que tenía delante y comenzó a jugar con la comida como si fuera un trozo de tierra. Para nostalgias la suya. Había hecho tan poca cosa en la vida... Su soledad la avergonzaba como si fuera un crimen.

—La envidia se parece mucho al odio, ¿verdad? —comentó Sidra.

Pero Charlotte no dijo nada. Lo más probable era que quisiera que Sidra cambiara de tema. Sidra se llenó la boca de queso feta y cebolla y miró hacia arriba.

—Bueno, todo lo que se me ocurre decir es que me alegra haber vuelto.
—Y de los labios se le cayó un trozo de queso.

Charlotte miró el trozo y sonrió:

—Entiendo lo que quieres decir —dijo. Abrió mucho la boca y dejó que toda la comida que tenía dentro cayera encima de la mesa.

Charlotte podía hacer cosas así de raras. Sidra lo había olvidado.

Walter había encontrado algunas de sus antiguas películas en el videoclub. Sidra tenía una llave. Una noche llegó a su casa y lo encontró dormido delante de *La ermitaña y el compañero de habitación*. Trataba sobre una mujer llamada Rose que no salía casi nunca, porque cuando lo hacía tenía miedo de las personas: le parecían criaturas extrañas, sin alma, sin alegría, que hablaban sin sintaxis. Rose no tardó en alejarse de la realidad. Walter había congelado la imagen en la parte cómica, cuando Rose llama a los celadores de un psiquiátrico para que vayan a buscarla y se la lleven, pero le dicen que no. Sidra se acostó junto a él y trató de dormir, pero comenzó a lloriquear. Él se movió.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada. Te has quedado dormido. Mirándome.

—Estaba cansado —dijo.

—Me lo imagino.

—Déjame besarte. Déjame buscarte el panel de control.

—Tenía los ojos cerrados. Podía haber sido otra persona.

—¿Te gustó el principio de la película? —Esta necesidad era en Sidra algo nuevo. Alarmante. Le ponía los pelos de punta. ¿Cuándo había necesitado tanto?

—Está bien —dijo.

—Bueno, ¿qué hace ese individuo? ¿Es piloto de carreras? —preguntó Tommy.

—No, es mecánico.

—Bah, déjalo, como harías con unas clases de música.

—¿Clases de música? ¿Qué es esto? ¿Símiles de la clase media? ¿La opinión de un hombre? —preguntó con exasperación.

—Sidra, esto no puede ser. Necesitas salir con alguien que sea listo de verdad, para variar un poco.

—Ya he salido con listos. Salí con uno que tenía dos doctorados. Nos pasábamos todo el tiempo en la cama con la luz encendida, corrigiendo su currículum —dijo con un suspiro—. Tenía apuntadas todas las cosas que había hecho en su vida, por muy pequeñas que fueran, todas y cada una de las cosas, por muy minúsculas y diminutas que fueran. Oye, ¿alguna vez has visto un currículum?

Tommy también suspiró. Aquella historia ya se la sabía.

—Sí —dijo—. Yo pensaba que Patti LuPonne era increíble.

—Además —añadió Sidra—: ¿quién te ha dicho que no es listo?

Los coches japoneses eran los más interesantes, aunque los estadounidenses cada vez los hacían más provocativos para estar a su altura.

—¡Estos nipones!

—Hablemos de mi mundo —dijo ella.

—¿De qué mundo?

—Bueno, de algo que me interese a mí. De algo que tenga que ver conmigo.

—Muy bien. —Encendió la luz y graduó la intensidad para crear un ambiente romántico—. Tengo información confidencial sobre la Bolsa.

Ella estaba horrorizada, abatida, interesada.

Le dijo el nombre de una empresa en la cual había invertido uno de su trabajo. AutVis.

—¿Cuál es el problema?

—No lo sé. Pero uno en el trabajo dijo que compráramos esta semana. Van a anunciar algo importante. Si tuviera dinero compraría.

Sidra compró a la mañana siguiente sin falta. Mil acciones. Por la tarde, su valor había caído en picado un diez por ciento; a la mañana siguiente, un cincuenta por ciento. Vio la información en teletexto, pasando como una cinta por la parte inferior de la pantalla en el canal de noticias de televisión. Se había convertido en la mayor accionista. ¡Era la mayor accionista de una compañía moribunda! Muy pronto la llamarían, cansinamente, para preguntarle qué deseaba hacer con las carretillas elevadoras.

—Tus modales en la mesa son mejores que los míos —comentó Walter mientras comían en Palmer House.

—¿En qué diablos estabas pensando cuando me recomendaste las acciones esas? —preguntó mirándolo sombríamente—. ¿Cómo puede ser que seas tan idiota e irresponsable? —Ella vio entonces cómo sería su vida en común. Ella le gritaría; a continuación él chillaría. El tendría un lío, y luego ella tendría un lío. Después irían desapareciendo, desapareciendo, y vivirían en ese irse marchando.

—Me equivoqué de nombre —dijo—. Lo siento.

—¿Qué?

—No era AutVis. Era AutDrive. Pensé que era vis por visión.

—Vis por visión —repitió ella.

—No soy muy bueno recordando nombres —confesó Walter—. Lo mío son los conceptos.

—Los conceptos —repitió ella nuevamente.

El concepto de rabia, el concepto de facturas; el concepto de amor estúpido, incapaz de volar.

Fuera caían ráfagas de agua procedentes del lago.

—Chicago —dijo Walter—. La ciudad del viento. ¿Es la ciudad del viento o no? —miró a Sidra con expectación, lo cual hizo que ella lo despreciara aún más.

—Ni siquiera sé por qué estamos juntos —comentó ella—. A ver, ¿por qué estamos juntos?

—No puedo contestar a esa pregunta por ti —repuso gritando y con una mirada dura. Dio dos pasos hacia atrás, alejándose de ella—. Tú eres quien tiene que responder a esa pregunta. —Le hizo señas a un taxi, subió al vehículo y desapareció por la calle.

Volvió al Days Inn andando y sola. Se puso a tocar escalas sin hacer ruido, pulsando las teclas por la parte interior. Los dedos delgados de nudillos marcados se levantaban y caían silenciosamente como los dientes de una caja de música o las patas de una araña. Cuando se cansó, encendió la televisión, cambió de canal varias veces y descubrió una vieja película en la que había actuado: una historia de amor y misterio con asesinato llamada *Toques finales*. Era la clase de actuación por la que se había dado a conocer, aunque fuera brevemente: había una intimidad con la audiencia, mitad artificial, mitad revelación; un cruce entre la timidez y la burla. Entonces no le había importado nada y ahora le ocurría algo parecido, sólo que entonces era un estilo, una manera de ser, y no un diagnóstico o una desaparición.

Podría tener un hijo, quizás.

Por la mañana fue a visitar a sus padres a Elmhurst. Habían envuelto la casa en plástico para el invierno (las ventanas, las puertas) de modo que parecía una obra de arte vanguardista.

—Así la factura de la calefacción no sube tanto —comentaron.

Se habían acostumbrado a discutir sobre Sidra delante de ella.

—Era una película, Don. Era una película sobre la aventura. La desnudez puede ser arte.

—¡No es lo que yo vi! ¡No es en absoluto lo que yo vi! —dijo su padre con la cara roja y luego abandonó la habitación. Había llegado la hora de la siesta.

—¿Cómo te va? —preguntó su madre con un tono que quería ser de preocupación pero que en realidad era el inicio de algo más. Había hecho té.

—Estoy bien, de verdad —dijo Sidra. Todo lo que contaba ahora sobre ella le sonaba a mentira. Si estaba mal, sonaba a mentira; si estaba bien, también lo parecía.

Su madre jugaba con una cuchara.

—Te tenía envidia —suspiró su madre—. ¡Siempre te tuve tanta envidia! ¡De mi propia hija! —Lo dijo gritando, primero suavemente y luego gritando. Era exactamente como la niñez de Sidra: precisamente cuando creía que la vida había vuelto nuevamente a la sencillez, su madre le daba una nueva porción de mundo que debía organizar.

—Tengo que irme —dijo Sidra. Acababa de llegar, pero quería irse. No quería ir a ver a sus padres nunca más. No quería mirar en sus vidas.

Volvió al Days Inn y llamó a Tommy. Ella y Tommy se comprendían. «Te entiendo», solía decirle. Había tenido una niñez llena de hermanas y había pasado largos ratos dibujando mujeres en bañador (¡a Miss Kenia de Nairobi!), para luego pedir a una de sus hermanas que eligiera a la más guapa. Si él no estaba de acuerdo, le preguntaba a otra hermana.

La línea telefónica no funcionaba bien, y de repente se sintió muy cansada.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó con un hilo de voz.

—Estoy bien.

—Me parece que estoy un poco sordo —dijo él.

—Me parece que soy un poco muda —contestó ella—. Te llamo mañana.

Y entonces llamó a Walter.

—Necesito verte —dijo.

—¿De verdad? —preguntó escéptico. Con una dulzura que parecía haber cogido del aire expertamente, como se caza a una mosca, añadió—: ¿No crees que este país es magnífico?

Dio gracias al cielo por estar de nuevo con él.

—No nos separemos nunca —susurró frotándole el estómago. El tenía las inclinaciones físicas de un perro: le gustaba que le tocaran el estómago y las orejas, que lo saludaran efusivamente.

—Por mí, bien —dijo.

—Mañana... Vamos a cenar a algún sitio realmente caro. Invito yo.

—Bueno... —dijo Walter—. Mañana no me va bien.

—Ah.

—¿Y el domingo?

—¿Qué tiene de malo mañana?

—Es que tengo..., bueno, primero que tengo que trabajar y acabaré cansado.

—¿Y segundo?

—He quedado con una clienta.

—Ah.

—No tiene mayor importancia. No es nada. No es una cita ni nada por el estilo.

—¿Quién es?

—Una mujer a la que le arreglé el coche. Tenía el tubo de escape suelto. Quiere que quedemos para hablar del asunto. Está interesada en saber más sobre el catalizador de gases. Ya sabes, las mujeres tienen miedo de que se aprovechen de ellas.

—¿De verdad?

—Sí, bueno, así que sería mejor el domingo.

—¿Es atractiva?

Walter arrugó la cara e hizo un ruido de poco entusiasmo.

—Eh... —dijo a continuación. Alzó la palma de la mano y comenzó a hacerla girar levemente hacia un lado y hacia el otro.

Antes de que él se fuera por la mañana, Sidra le dijo:

—No te acuestes con ella.

—Sidra —dijo él regañándola por su falta de confianza o porque trataba en vano de controlarlo, ella no estaba segura cuál era la razón.

Aquella noche no volvió a su casa. Ella lo llamó una y otra vez; luego se bebió una caja de seis cervezas y se quedó dormida. Por la mañana, volvió a llamar. Finalmente, a las once en punto, contestó.

Ella colgó.

A las once y media sonó el teléfono.

—Hola —dijo alegremente. Estaba de buen humor.

—¿Se puede saber dónde has estado toda la noche? —preguntó Sidra. Eso era en lo que se había convertido. Se sintió más baja, más rechoncha y mal peinada.

Hubo un momento de silencio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él con cautela.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Más silencio.

—Mira, no te llamo por la mañana para que tengamos una conversación profunda.

—Bueno, si es así está claro que te has equivocado de número —respondió Sidra y colgó el teléfono bruscamente.

Se pasó el día temblorosa y triste. Se sentía como un cruce entre Ana Karenina y Amy Liverhaus, que en cuarto curso solía gritar desde los vestuarios: «Me doy cuenta de que nadie me valora.» Fue a Marshall Field's a comprarse un maquillaje.

—Su color es mucho más el beis crema que el marfil —dijo la joven que atendía el mostrador de cosméticos. Pero Sidra se aferró al marfil.

—La gente siempre me dice lo mismo —dijo— y me fastidia mucho.

Más tarde, por la noche, lo llamó y estaba en casa.

—Tenemos que hablar —dijo ella.

—Quiero que me devuelvas la llave —repuso él.

—Oye, ¿qué te cuesta venir aquí para que podamos hablar?

Llegó con flores: rosas y lirios blancos. Tenían un aspecto mustio e irónico. Sidra las puso junto a la pared en un vaso vacío, sin agua.

—Muy bien, lo reconozco —dijo—: tuve una cita. Pero no quiere decir que me haya acostado con ella.

Advirtió, de repente, la promiscuidad que había en él. Era celo, una criatura, un inquilino mellizo.

—Te has acostado con ella, ya lo sé.

—¿Cómo puedes saberlo?

—¡Déjame en paz! ¿Crees que soy imbécil? —lo fulminó con la mirada y trató de no llorar. Ella no lo había querido lo suficiente y él lo había notado. La verdad es que no lo había querido en absoluto.

¡Pero le gustaba muchísimo!

Así que, a pesar de todo, le parecía injusto. En su interior se abrió un hueso brillante y pálido, lo puso a contraluz y habló por él.

—Quiero saber sólo una cosa —hizo una pausa, sin buscar el efecto, aunque lo consiguió—. ¿Habéis practicado sexo oral?

El la miró aturdido.

—Pero ¿qué pregunta es ésa? No tengo por qué contestar a esa clase de preguntas.

—No tienes por qué contestar a esa clase de preguntas. ¡Tú no tienes ningún derecho! —comenzó a gritar. Estaba deshidratada—. Tú eres quien lo ha hecho. Ahora quiero la verdad. Sólo quiero saberlo. ¡Sí o no!

El tiró los guantes por la habitación.

—¡Sí o no! —dijo ella de nuevo.

Se dejó caer en el sofá y comenzó a dar puñetazos a un cojín mientras se tapaba los ojos con el otro brazo.

—Sí o no —repitió.

—Sí —contestó él.

Ella se sentó en el taburete del piano. Algo oscuro y coagulado se movía en su interior, subía desde los pies. Algo ligero y como un respiro huyó a través de la cabeza, su casa envuelta en plástico y quemada hasta

convertirse en alquitrán. Oyó que él soltaba un gemido, y una esperanza huidiza en ella, rodeada pero aún viva, en el tejado, dijo que quizás él le pidiera perdón con la promesa de ser un hombre diferente. Lo podría encontrar atractivo como hombre diferente y suplicante. Aunque en cierto momento tendría que dejar de suplicarle y sería sólo normal. Y entonces ella lo encontraría otra vez desagradable.

El se quedó en el sofá, no se acercó para consolarla ni para que lo consolase, y la oscuridad que había dentro de ella la limpió a fondo, la vació como un ácido o como un gas.

—No sé qué hacer —dijo ella, con algo paralizado en la voz. Se sentía estafada en todas las cosas sencillas, la calma radical de la oscuridad, de la rutina, de las pequeñeces de la dicha doméstica—. No quiero volver a Los Ángeles —dijo. Comenzó a acariciar las teclas del piano, hundió una y resultó que estaba rota. Hizo un ruido sordo y sin tono, brillante y burlón como un hueso abierto. Odiaba, odiaba su vida. Quizá siempre la había odiado.

Se irguió en el sofá. Parecía consternado y falso, la cara descompuesta. Tendría que practicar delante de un espejo, pensó ella. El no sabía cómo se rompía con una actriz de cine. Era una regla de chicos: no rompas con una actriz de cine. No en Chicago. Si ella lo dejara, podría explicárselo mucho mejor a sí mismo, en el futuro, o a cualquiera que se lo preguntase. La voz de él se transformó en algo que quería parecer suplicante.

—Ya lo sé —fue lo que él contestó en un tono que se aproximaba a la esperanza, a la fe, y un poco a la caridad, o algo así—. Sé que es posible que no quieras.

»Por tu propio bien —decía—. Yo estaría dispuesto a...

Pero ella ya se estaba convirtiendo en otra cosa, en un pájaro, un flamenco, un halcón, un flamenco halcón, y volaba hacia arriba, lejos, hacia el cristal plastificado de la ventana, y luego volvía describiendo círculos, mezquinamente, con los ojos entornados.

De repente él comenzó a llorar —al principio, fuerte, con muchos «ay», luego con cansancio, como si saliera de un sueño profundo, la cabeza enterrada en el poncho que había tirado sobre el brazo del sofá, el cuerpo hundiéndose en la felpa de los cojines, un rehén del impaciente reparto estelar de su sueño.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó.

Pero su sueño había cambiado y ella había desaparecido, desaparecido por la ventana, desaparecido, desaparecido.

Que es más de lo que puedo decirde ciertas personas

Era un miedo mayor que el que se tiene a la muerte, según las revistas. La muerte ocupaba el cuarto lugar. Después de la mutilación, que era el tercero, y el divorcio, el segundo. El número uno, el verdadero miedo al cual la muerte no se podía ni aproximar, era a hablar en público. Abby Mallon lo sabía muy bien, y por eso le gustaba el trabajo que tenía en la editorial Tests Académicos: tenía que trabajar con las palabras de manera privada. El discurso que pronunció fue en la parte trasera, sola, como unos zapatitos arreglados por un duende: la araña es a la telaraña lo que el tejedor es al vacío. Aquello era suyo. Estaba orgullosa.

También que el vacío es al dolor lo que el bosque es al banco.

Pero entonces, un día, el supervisor y el coordinador de distrito de la editorial la llamaron para que subiera. Era buena, dijeron, pero quizá fuera ya demasiado buena, demasiado creativa, sugirieron, y la ascendieron de la sala de redacción a los salones de actos de los institutos de Estados Unidos. Tendría que viajar y dar conferencias, explicar al personal docente de los institutos cómo preparar a los alumnos para los exámenes de acceso, encontrarse separadamente con los alumnos de primer año y de último año, y contestar a sus preguntas sin vacilaciones, con autoridad y gracia.

—Antes puede tomarse unas vacaciones —dijeron, y le tendieron un cheque.

—Gracias —contestó dudando. La vida le había obsequiado con el don de la soledad, y le había cogido el tranquilo, pero ahora no le podría dar ninguna utilidad profesional. Tendría que adquirir don de gentes.

—¿Indigentes? —repuso su madre por teléfono, desde Pittsburg.

—Gentes —contestó Abby.

—Ah, eso —dijo su madre y lanzó una especie de estertor, a pesar de que era fuerte como un roble.

De todas las ideas descabelladas que tenía Abby en relación con la autoayuda (los vídeos de superación personal, los ejercicios de respiración, las clases de hipnotismo), la Piedra de Blarney, con su promiscuo trueque de elocuencia por amor (*PICO DE ORO*, ponía en las camisetas), era quizá la más extrema. Quizá. Después de todo, también estaba su boda con Bob, su novio durante muchos años, después de que su perro *Randolph* muriera de un fallo renal: la boda con Bob parecía el único modo de superar el dolor. Por supuesto, siempre había admirado la idea del matrimonio, el discurso público y cívico al respecto, la

inocencia que se le volvía a conferir, y Bob era grande y acogedor. Pero no tenía mucho que decir. No era un hombre verbal. La rabia le daba la sintaxis, pero no era suficiente. Muy pronto Abby lo había comenzado a tratar como a una especie de mascota, mientras ella silenciosamente buscaba distracciones de profundidad y trascendencia. Buscaba palabras. Buscaba caminos con palabras. Se esforzó mucho por ser amiga de un letrista de Nueva York (un soltero de ojos violeta, pelo rubio y más bien frío), al igual que casi todas las esposas de los médicos y marchantes de la ciudad. Acababa de llegar, no tenía coche y vestía la misma chaqueta ocre todos los días. «Agua, agua por todas partes, pero ni una gota para beber», dijo una vez el letrista soltero al escuchar con languidez los gorjeos femeninos dejados en su contestador. En su piso no había novelas ni estanterías. Había una silla y una televisión grande, el contestador, un diccionario de rimas que sacaba sin parar de la biblioteca y una mesa de centro. Las mujeres le llevaban comida, contactos profesionales, encargos de rimas publicitarias y subvenciones en efectivo. A cambio él les daba guijarros de la playa o un arbusto bonito arrancado en el parque. Solía ponerse de pie detrás de la mesa de centro para recitar sus canciones, luego retrocedía y esperaba temeroso a que lo sedujeran. Ser atacado y devorado por la forma femenina era, según creía, algo similar a los aplausos. A veces, iba a buscar un laúd alquilado y decía:

—Acabo de componer una melodía para el poema de la Creación. Canta conmigo.

Y Abby se lo quedaba mirando y contestaba:

—Pero no sé la melodía. No la he oído todavía. Has dicho que te la acabas de inventar.

¡Las vejaciones que tenía que padecer un poeta! Él se quedaba paralizado detrás de la mesa de centro, y cuando Abby por fin daba un paso hacia delante, sólo para tocarlo, para tomarle el pulso, quizá, para enroscarle una goma invisible en un brazo y tomarle la presión, él se arrugaba y encogía.

—Por favor, no vayas a pensar que padezco una especie de Epstein-Barr emocional

—dijo citando otras discusiones que había tenido con mujeres—. No soy indiferente ni desapasionado. Soy tranquilo. Soy romántico, pero soy tranquilo. Tengo apetitos, pero me los tomo con mucha calma.

Cuando volvió con su marido («Cariño, ¡has vuelto a casa!», exclamó Bob) estuvo sólo una semana. No habría podido durar más. Aquella mezcla de soledad, lujuria y costumbre que siempre había sentido con Bob, aquella mezcla que seguramente era amor, porque muy a menudo la sentía como tal, ¿y cómo podría no ser amor?, seguro que para la naturaleza era amor, seguro que la naturaleza, con sus huracanes y granizadas, lo consideraba más que suficiente. Bob le sonrió y no dijo nada. Y al día siguiente, ella reservó un billete de avión para Irlanda.

Abby no podía recordar exactamente de qué modo su madre pasó a formar parte del viaje. Tuvo que ver con el cambio de marchas y con que Abby no supiera manejarlo.

—En mis tiempos —dijo su madre— todo el mundo aprendía. Todos aprendíamos. Las mujeres sabían hacer cosas. Sabían guisar y coser. Ahora las mujeres no sabéis hacer nada.

Alquilar un coche con cambio de marchas manual costaba la mitad que uno automático.

—Si buscas un conductor —insinuó su madre—, todavía soy capaz de ver la carretera.

—De acuerdo.

—Y tu hermana Theda otra vez va a pasar el verano en el campamento de tu tía. —Theda tenía el síndrome de Down y la familia la adoraba. Cada vez que Abby iba a verlos, Theda exclamaba: «¡Mírala!», y se abalanzaba sobre ella para darle un fuerte abrazo—. Theda sigue tan encantadora como siempre, que es más de lo que puedo decir de ciertas personas.

—Probablemente sea verdad.

—Me encantaría conocer Irlanda mientras pueda. Tu padre, cuando aún vivía, nunca quiso ir. Soy irlandesa, ya sabes.

—Ya lo sé. En una dieciseisava parte.

—Así es. Por supuesto, tu padre era escocés, lo cual no tiene nada que ver.

—A mí me parece —dijo Abby con un suspiro— que el japonés sí que no tiene nada que ver.

—¿El japonés? —exclamó su madre riendo—. El japonés está más cerca.

Así fue como a mediados de junio aterrizaron las dos en el aeropuerto de Dublín.

—Vamos a recorrer toda la isla, hasta la última aldea —dijo la señora Mallon en el aparcamiento, acelerando el motor del Ford Fiesta de alquiler—, porque somos unas yuppies así de locas.

Abby estaba mareada del viaje en avión; y sentarse en lo que debería ser el asiento del conductor, pero sin el volante, de repente le pareció un símbolo de algo.

Su madre salió del aparcamiento dando bandazos y se dirigió a la rotonda más cercana, cambiando de carril sólo dos veces.

—Pronto me acostumbraré —dijo. Se subió las gafas y Abby vio por primera vez que los ojos de su madre se habían vuelto lechosos con la edad. Conducía a trompicones y con el pie iba tanteando el suelo, para encontrar el embrague. Quizá la idea había sido un error.

—Continúa recto, mamá —dijo Abby mirando el mapa.

Fueron zigzagueando hacia el norte, atravesando Dublín y pasando de largo, pues pensaban detenerse en la capital al final, e ir primero a Drogheda, mientras Abby cogía la guía, luego el mapa y luego otra vez la guía, y la señora Mallon gritaba: «¿Qué?» o «¿A la izquierda?» o «No puede ser por aquí; déjame ver el chisme ese». El campo irlandés se abrió ante ellas: el aroma de hierba quemada que salía por las chimeneas, un mosaico de dehesas y muros de piedra que parecían de otro siglo, pequeños grupos de árboles, campos colindantes llenos de flores silvestres y excrementos de oveja, hierba cortada y vacas con etiquetas en las orejas. Quizá hubiera hadas y gnomos entre los árboles. Abby enseguida se dio cuenta de que para vivir en un sitio así de mágico sería necesario creer en la magia. Vivir allí la volvía a una supersticiosa y llena de secretos cálidos, poco práctica. Si una era realista y práctica tenía que marcharse; o darse a la bebida.

Avanzaban sin seguridad, pasando ante letreros que indicaban lugares que no se encontraban en el mapa. Se sentían perdidas, pero no desesperadas. Aquellos caminos viejos y estrechos con las rayas laterales blancas le recordaron a Abby las vacaciones de la familia cuando ella era pequeña, los viajes en coche por paisajes con vacas de Nueva Inglaterra o Virginia, aquellos días anteriores a la construcción de las autopistas interestatales, los vasos de plástico y la chusma deprimida por el asfalto, las patatas fritas. Irlanda era como un viaje a los Estados Unidos de antaño. Vivía en el pasado, sin estropearse, como un cuento, un sueño o un arroyo. «Me siento niña otra vez —pensó Abby—. He vuelto.» Y precisamente cuando ya era una niña, tuvo ganas de ir al cuarto de baño.

—Tengo que ir al cuarto de baño —dijo. A su izquierda había un letrero que decía «*PELIGRO. CARRETERA EN OBRAS*», y abajo alguien había garabateado «¿Qué carretera?».

La señora Mallon giró a la izquierda y pisó el freno con fuerza. Había ovejas de cara negra comiendo hierba cerca de la calzada.

—¿Aquí? —preguntó Abby.

—No quiero perder tiempo parando en otro sitio y teniendo que comprar algo. Ponte detrás de aquella pared.

—Gracias —dijo Abby buscando un pañuelo de papel en el bolsillo. Echaba de menos su casa. Echaba de menos su barrio. Salió y retrocedió un poco por la carretera. En uno de los viajes en familia, hacía treinta años, cierta vez que ella y Theda habían tenido una urgencia, su padre había parado el coche y les había dicho que fueran al cuarto de baño del bosque. Vagaron por el bosque buscando el cuarto de baño durante veinte minutos y cuando volvieron dijeron que no lo habían encontrado. Su padre las miró perplejo, primero risueño y luego enfadado, siguiendo su típico patrón de conducta.

Abby saltó con dificultad un muro de piedra y se escondió, agachada y mirando las ovejas con cautela. Estaba aturdida por el desfase horario, y al volver se dio cuenta de que se había dejado la guía encima de una piedra, y tuvo que volver a buscarla.

—Aquí está —dijo mientras subía al coche.

La señora Mallon puso la primera.

—Siempre pienso que si la gente fuese como los animales y cagara por todas partes, en vez de ponerse de acuerdo para hacerlo en el mismo lugar, no tendríamos contaminación.

—Genial, mamá —asintió Abby.

—¿Tú crees?

Pararon un momento en una mansión inglesa, para ver la naturaleza representada en molduras y alfombras, lana y madera cautivas y cuadrículadas, tierra robada, embalsamada y laqueada. Abby quería irse.

—Vámonos —susurró.

—¿Qué te pasa? —se quejó su madre.

Desde allí fueron a visitar una sepultura neolítica con forma de pasillo. El plano del lugar era como un nacimiento a la inversa, el estrecho pasillo de piedra daba a una habitación alta y redonda. Se quitaron las gafas de sol y observaron las cenefas celtas. «Más antiguas que las pirámides», anunciaba la guía, aunque no decía nada de su característica más importante, pensó Abby: la obvia metáfora maternal.

—¿Todavía estás demasiado nerviosa para cruzar la frontera de Irlanda del Norte? —preguntó la señora Mallon.

—Pues sí —dijo Abby mordiéndose la uña, arrancando el extremo como si fuera un pedúnculo.

—Vamos —dijo su madre—, ánimo.

Y entonces cruzaron la frontera del norte, dejaron atrás a los soldados con chaleco antibalas que patrullaban por los barrios y las alambradas de Newry, jóvenes con armas automáticas, andando hacia atrás, manzana tras manzana, sus compañeros al otro lado de la calle, andando hacia delante, en guardia. Pasó un helicóptero.

—Da un poco de miedo —dijo Abby.

—Es todo cuento —dijo la señora Mallon alegremente.

—Un cuento de miedo.

—Sólo si te entra el miedo enseguida.

Lo cual se estaba convirtiendo en el tema del viaje. Abby se dio cuenta. Abby no era valiente y su madre sí. Y siempre había sido así.

—Te atemorizas fácilmente —comentó su madre—. Siempre has sido así. Cuando eras pequeña no entrabas ni loca en una casa si no te juraban que no había globos dentro.

—No me gustaban los globos.

—Y al venir tuviste miedo en el avión —añadió la madre.

—Sólo cuando la azafata nos dijo que no había café porque la cafetera eléctrica estaba estropeada —repuso Abby, que se había puesto a la defensiva—. ¿Acaso no te pareció alarmante? Y después de todo aquel golpeteo de puertas, no fueron capaces de cerrar uno de los portaequipajes de encima de los asientos. —Abby lo recordaba como algo amargo, distante, aunque había sucedido la víspera. El avión había despegado con sacudidas atroces, y cuando avanzaba con el estruendo de un viejo vagón de metro, por encima de Groenlandia, la azafata dijo por los altavoces que no había por qué preocuparse, sobre todo si se tenía en cuenta «lo pesado que es el aire en realidad».

Entonces su madre se creyó Tarzán.

—Quiero ir al puente colgante que vi en la guía —dijo.

En la página noventa y ocho de la guía había una foto de un puente hecho de cuerdas y tablones que colgaba a gran altura entre dos precipicios. En principio era para los pescadores, aunque también estaba permitido que lo cruzaran los turistas, pero se les avisaba de que tuvieran cuidado con el viento.

—¿Por qué quieres ir al puente colgante? —preguntó Abby.

—¿Por qué? —contestó su madre, que pareció atascarse, y se quedó callada.

Durante los dos días siguientes fueron hacia el este y hacia el norte, bordeando Belfast, a lo largo de la costa, pasando ante viejos molinos de viento, granjas de ovejas y acantilados altísimos que miraban hacia Escocia, una hilacha pálida en el horizonte. Hicieron noche en una minúscula pensión de paredes estucadas, con un tejado de paja que recordaba el flequillo de Cleopatra. Durmieron mal que bien, y por la mañana, sentadas en el comedor con un ventanal que daba a la calle, engulleron los cereales, el beicon y un budín blanquinegro como si estuvieran agotadas, comportándose como correspondía a los buenos huéspedes. «Sí, los problemas», admitieron, ya que nunca se sabía con seguridad con quién se estaba hablando. No era como en los segregacionistas Estados Unidos, donde siempre se sabía. Abby asintió. Por la ventana se veía que soplaba brisa, pero no se oía el más leve susurro. Tan sólo podía ver que movía en silencio las ramas del pino vestido de sol, tan sólo un poco, como los objetos que cuelgan del retrovisor de un coche ajeno.

Pagó la cuenta con la Visa, trató de cargar las dos bolsas, y al final cogió sólo la suya.

—¡Adiós! ¡Gracias! —dijeron ella y su madre al patrón. Cuando subieron al coche, la señora Mallon comenzó a cantar «Tra-lará-lará». «Allá en Killarney, hace muchos años», gorjeaba. Tenía la voz ronca, vibrante, ligeramente grave, que surgía debajo de cada nota como un plato debajo de la taza.

Y continuaron viaje. Por la noche, el día siguiente parecía tener forma y un plan a seguir, pero cuando estaba encima, se podía desvanecer en el aire trágicamente.

Llegaron al letrero del puente colgante.

—Quiero hacerlo —dijo la señora Mallon y giró el volante bruscamente hacia la izquierda. Entraron entre crujidos en el aparcamiento de gravilla y estacionaron el vehículo; el puente estaba a menos de medio kilómetro a pie. A lo lejos, nubes oscuras se movían turbulentamente, como una hemorragia, y comenzaba a levantarse un poco de viento. Cayeron gotas en el parabrisas.

—Yo me quedo aquí —dijo Abby.

—¿En serio?

—Sí.

—Haz lo que quieras —dijo su madre indignada, y bajó del coche arrugando la frente; avanzó con esfuerzo hasta el sendero que conducía al puente y desapareció tras una curva.

Abby esperó, y entonces sintió la verdadera soledad de aquel viaje. Se dio cuenta de que echaba de menos a Bob y su confusión cálida y silenciosa; cómo se sentaba en la alfombra, delante de la chimenea, donde su perro, *Randolph*, solía tumbarse; se sentaba allí, debajo de las cinco postales de Navidad que recibían y ponían en la repisa de la chimenea (cinco, contando la del repartidor de periódicos); se sentaba allí, cogiéndose los pies o enumerando la fruta que había en la macedonia, comentando qué gran variedad había en la vida, o preguntando qué ocurría (a su silencioso modo personal) mientras atizaba sin parar un leño humeante. Pensó, también, en el pobre *Randolph* en el veterinario, con su pelaje irregular y aquellos ojos suplicantes y moribundos. Y pensó en el letrista soltero de aspecto pálido, que una vez la había ido a ver, no había apretado el timbre lo bastante para que sonara y se había quedado esperando en el porche, con una flor violeta en la mano, hasta que por casualidad ella pasó por delante de la ventana y lo vio. (Ah, la poesía.) Cuando lo hizo pasar y él le dio la flor, y se sentó para denunciar el florecimiento y condenación de todas las cosas, para denunciar su propia inmortalidad inmerecida, que todas las cosas se precipitaban en el olvido, menos las palabras, que se acumulaban a lo largo del tiempo como las moléculas en el espacio, porque Dios era un acto (¡un acto!) de lenguaje, a ella no le pareció un argumento estúpido, bueno, por lo menos no muy estúpido.

El viento soplaba a rachas. Miró el reloj y comenzó a preocuparse por su madre. Encendió la radio para oír el pronóstico del tiempo; sin embargo, todas las emisoras parecían transmitir versiones nuevas y extrañas de canciones populares estadounidenses de los años setenta. De vez en cuando había un programa concurso de dos minutos: «¿Quién es el presidente de Francia? ¿Qué es el tomate, fruta u hortaliza?»; preguntas que el participante raramente acertaba, si es que alguna vez lo hacía, lo cual le daba vergüenza ajena. ¿Por qué lo hacían? Acertijos, concursos, programas de juegos. Abby sabía por la editorial Tests Académicos que un porcentaje sorprendente de quienes hacían los exámenes de acceso a la universidad, nunca solicitaba el ingreso en ninguna. A la gente le encantaba hacer exámenes. ¿Acaso no era cierto? A la gente le gustaba ponerse a prueba.

Su madre golpeaba el cristal. Estaba mojada y se había llenado de barro. Abby levantó el seguro y abrió la puerta.

—¿Valía la pena? —preguntó Abby.

La madre subió: grande, empapada y resollando. Puso el motor en marcha sin mirar a su hija.

—Qué puente —dijo al fin.

Al día siguiente avanzaron a lo largo de la costa de Antrim, por pueblos donde ondeaban banderas británicas y sonaban himnos escoceses, hasta llegar a Derry, con las alambradas y las pintadas del IRA en las murallas: «John Major es un judío sionista.» «Hola», les había dicho un

agente británico cuando se detuvieron a mirar. Luego escaparon por tierra de bandoleros, y una vez más cruzaron la frontera hacia el sur, hacia la costa de Donegal, donde los pueblos de pescadores eran como un antiguo Cape Cod que nunca había existido. Mirando por el parabrisas hacia el horizonte, Abby comenzó a pensar que toda la belleza, la fealdad y la turbulencia que se encontraba desperdigada por la naturaleza, podía encontrarse también en la gente, todo reunido y junto en un mismo lugar. No importaba el miedo o la belleza que podía generar la tierra (vientos, mares), una persona podía generar lo mismo, vivir con lo mismo, vivir con toda aquella mezcla de naturaleza arremolinándose en su interior, en cada fragmento. No había nada tan complejo en el mundo (ni una flor ni una piedra) como un simple «hola» de un ser humano.

De vez en cuando Abby y su madre rompían el silencio para hablar del trabajo de la señora Mallon, directora de una pequeña fábrica de linternas. («He tenido que actualizar totalmente las pólizas de seguros. El seguro dental y todas las otras especialidades médicas nos quitaban la comida de la boca.») O para hacer preguntas sobre las señales de tráfico, o sobre los puntos negros que señalaban los muertos en accidentes de tráfico. Pero, sobre todo, la madre quería hablar del matrimonio de Abby, un edificio que se tambaleaba, y de qué pensaba hacer.

—Mira, otro matrimonio en ruinas —le dio por decir cada vez que pasaban junto a un montón de piedras medievales.

—¿Cuándo piensas volver con Bob?

—Ya volví —dijo Abby—. Pero lo he vuelto a dejar.

—Las mujeres de vuestra generación siempre deseáis una relación distinta de la que tenéis —dijo la madre con un suspiro—. ¿A que sí?

—Quién sabe —contestó Abby. Comenzaba a no tener ganas de hablar con su madre, metidas en aquel espacio, como astronautas. Comenzaba a tener un alto e inflamado sentido del acontecimiento: una palabra sola sonaba y vibraba. El más ligero movimiento podía molestar, la respiración, el olor. Todo lo contrario que su hermana, Theda, que siempre había sido alegre y congeniaba con todo el mundo. Abby siempre había sido más sombría y habían dejado que se las arreglara sola; ella y su madre nunca habían tenido una relación muy estrecha. Cuando Abby era una niña, su madre siempre le había dado algo de repelús: el olor aceitoso del pelo, el ombligo como un gusano enroscado dentro de un agujero, las compresas en la papelera del cuarto de baño, horribles como una guerra, que luego los mapaches desparramaban por la acera cuando las sacaban de los cubos de la basura durante la noche. Una vez, en un restaurante, cuando era pequeña, Abby abrió de golpe la puerta de un cuarto de baño sin pestillo, y cuál no fue su sorpresa al encontrarse a su madre sentada allí, en una postura poco digna y con

cara aturdida, mirándola con curiosidad desde la taza del váter como el cuco de un reloj.

Hay cosas de los demás que nunca deberíamos saber.

Más tarde, Abby pensó que quizá aquella no era su madre.

Ahora, sin embargo, ella y su madre estaban juntas en un útero metálico y con volante, en el coche más pequeño, compartiendo las camas de matrimonio de las pensiones, despertando con mal aliento, o dándose la espalda y la joroba, como si estuvieran enfadadas. *¡Tierra de ira!* La charla sobre el matrimonio de Abby y su posible deceso trotaba ante ellas por la carretera como un rebaño de ovejas, ovejas de insomnio, e hizo que Abby quisiera tener una pistola.

—Nunca me han importado las tonterías románticas convencionales —dijo la señora Mallon—. No era de ese estilo. Siempre he trabajado y he sido una persona práctica, me ponía delante y hacía lo que tenía que hacer. Si me gustaba un hombre, le pedía que saliéramos. Así fue como conocí a tu padre. Le invité a salir. Incluso le propuse que nos casáramos.

—Ya lo sé.

—Y luego estuve con él hasta el día que murió. Bueno, hasta tres días después. Era un buen hombre —hizo una pausa—. Que es más de lo que puedo decir de ciertas personas.

Abby no dijo nada.

—Bob es un buen hombre —añadió la señora Mallon.

—Yo no he dicho que no lo fuera.

Nuevamente se hizo el silencio entre ellas mientras el paisaje desplegaba un manto de verdes, las viejas carreteras desempolvando recuerdos, como si fuera una tierra en la que hubiera estado hacía muchos años, una mezcla de suerte y desgracia, como su propio pasado; parecía estancada en el tiempo, como una fantasía o un libro. Muy cerca, hacia arriba, se encontraban las montañas escarpadas, llenas de costras rocosas y verdes, como la cornamenta de un ciervo tratando de deshacerse de la pelusa. Pero la distancia llenaba los claros con musgo. ¿Acaso no era la verdad? Abby estaba sentada en silencio, bebía agua de Ballygowan de una botella de plástico y chupaba caramelos de menta. Quizá debiera encender la radio y escuchar uno de aquellos concursos con llamadas, o las noticias. Pero entonces su madre se apoderaría de la radio, jugaría un poco con el dial y pondría otra emisora. Su madre siempre buscaba música *country*, canciones que dijeran las palabras «mujer diabólica». Le encantaban.

—Prométeme una sola cosa —dijo la señora Mallon.

—Qué —dijo Abby.

—Que lo intentarás con Bob.

¿A qué precio?, deseaba preguntar Abby gritando, pero ella y su madre eran ya mayores para eso.

La señora Mallon, pensativa, siguió con la especie de seudosabiduría con que se envolvía ahora que tenía sesenta años.

—Una vez que estás con un hombre, tienes que sentarte y quedarte junto a él. Por mucho miedo que pueda dar. Tienes que ser valiente y aprender a cosechar los frutos de la inercia —y aceleró para adelantar a un tractor en una curva.

«*GRAVILLA SUELTA* — decía un cartel—. *CUIDADO, SOCAVÓN.*» Pero la madre de Abby conducía como si los letreros fueran palabrería de cóctel. Un rótulo mostraba seis puntos negros.

—Sí —dijo Abby sujetándose del salpicadero—. Papá era un ser inerte, aunque una vez cada tres años se levantaba de un salto y daba un puñetazo en la boca de alguien.

—Eso no es cierto.

—Es básicamente cierto.

En Killybegs siguieron las indicaciones para ir a Donegal.

—Vosotras, las mujeres de hoy en día, esperáis demasiado —dijo la señora Mallon.

—Si hoy es martes esto es Sligo —dijo Abby. Le había cogido el gusto a los chistes malos—. Una viejecita le dice a una amiga sorda: «Esta leche no está buena», ¿y sabes qué le contesta la otra?

—¿Qué? —Pasaron junto a una familia de gitanos que había acampado al lado de una montaña de baterías de coche que esperaban vender.

—Y mañana Navidad. —Unas veces Abby soltaba una risa estridente y otras no. A veces simplemente se encogía de hombros. Esperaba ver la Piedra de Blarney. Por eso había ido a Irlanda, así que podía soportar todo lo demás.

Pararon en una librería para comprar un mapa mejor y preguntar, quizá, por el cuarto de baño. En el interior había cuatro clientes: dos sacerdotes leyendo libros de golf y una madre con su hijo, que era un renacuajo e iba de aquí para allá entre los estantes, detrás de su madre,

repitiendo: «Mamá, por favor, librito, mamá. Librito.» No había mapas mejores. No había cuarto de baño. «Lo siento», dijo el dependiente, y uno de los sacerdotes levantó la vista rápidamente. Abby y su madre fueron a la tienda de al lado a ver los blusones y los jerséis de lana, rebecas minúsculas que los niños irlandeses, los días de verano, con un calor abrasador de veintidós grados, llevaban en la playa encima del bañador. «Qué monos», dijo Abby, y las dos se pasearon por la tienda, tocando cosas. En la parte trasera, junto a los gorros de lana, la madre de Abby descubrió una marioneta colgada de un gancho del techo y comenzó a jugar con ella, moviéndole los brazos al compás de la música ambiental de la tienda, un concierto de Beethoven. Abby fue a pagar un blusón, preguntó por un cuarto de baño o un bar grande, y cuando volvió su madre todavía se encontraba allí, paralizada, dirigiendo el concierto con la marioneta. Tenía en la cara una alegría infantil, luminosa, que Abby había visto en contadas ocasiones. Cuando terminó el concierto, Abby le tendió una bolsa.

—Toma —dijo—, te he comprado un blusón.

La señora Mallon dejó la marioneta y su cara se ensombreció.

—Nunca tuve una niñez de verdad —dijo, cogiendo la bolsa y mirando el contenido desde cierta distancia—. Como era la mayor, fui siempre la confidente de mamá. Tenía que portarme como si fuera adulta y responsable, lo cual no casaba con mi naturaleza. —Abby la condujo hacia la puerta—. Y entonces, cuando realmente fui adulta, estaba Theda, que requería todo mi tiempo, y tu padre, por supuesto, con sus exigencias. Y luego viniste tú. Tú sí que me gustabas. A ti te podía dejar sola.

—Te he comprado un blusón —repitió Abby.

Fueron al cuarto de baño del pub O'Hara, compraron una botella de agua mineral y se la partieron, y a continuación fueron al cementerio de Drumcliff a ver a los Yeats muertos. Luego fueron a toda velocidad hasta Sligo para buscar una habitación, y al día siguiente se levantaron y partieron enseguida hacia Knock, para ver mujeres cojas, mujeres enfermas, mujeres que querían quedarse embarazadas («Por mediación del Espíritu Santo», dijo Abby) y frotaban el rosario contra las piedras del altar. Fueron hasta Clifden, cerca de Connemara, y luego hacia Galway y Limerick («Había una vez dos mujeres de América, una llamada Abby y otra llamada Erica...»). Cantaban, los juglares apresuraban a los demonios alrededor del Círculo de Kerry, con sus palmeras y sus hortensias rosas y azules, como el escenario de una opereta. «¡Las botaratas de Occidente!», [1] exclamó su madre. Cuando anochece pararon a descansar cerca de Ballylickey, en una pensión que antes había sido un pabellón de caza y que se encontraba en una cañada cerca del Círculo. Cenaron tarde: una bebida caliente con alcohol y un pan de soda que los encargados llamaban Curranty Dick.

—Como si no lo supiera —dijo la señora Mallon, lo cual deprimió a Abby como un mueble ordinario en una habitación, por lo que se excusó y se fue arriba, a dormir.

Al día siguiente, después de pasar por Ballylickey, Bantry, Skibbereen y Cork, llegaron a Blarney. En el castillo, la cola que había para besar la piedra era larga, acalorada y amedrentadora. Avanzaba por la estrecha y asfixiante escalera de caracol de la torre izquierda del castillo, y la gente se apretujaba contra el muro oscuro para dejar pasar a los que habían agotado la paciencia y bajaban.

—Esto es ridículo —dijo Abby. Pero cuando ya estaba en lo alto de la escalera, su enfado se había convertido en nerviosismo. Se fijó en que, para besar la piedra, la gente tenía que tenderse boca arriba sobre un parapeto y luego alargar el cuello para posar los labios en la parte inferior de un muro de sostén en el que se apoyaba la piedra. Un hombre de aspecto extraño, con pinta de duende, se había puesto en cuclillas junto a la piedra, supuestamente para ayudar a los visitantes a arquearse, pero parecía que no los sujetaba muy bien, había un destello de despreocupación y sadismo en sus ojos, y algunos cambiaban de idea y bajaban las escaleras para salir de allí, más temerosos e incoherentes que nunca.

—No creo que pueda —dijo Abby vacilando, tratando de ajustarse el impermeable oscuro.

—Claro que sí. Has hecho todo el camino hasta aquí. Por esto has venido. —Ahora que estaban en lo alto del castillo, la hilera parecía avanzar más rápidamente. Abby miró hacia atrás y a su alrededor, y el paisaje que se veía desde allí era verde y abundante, imponente, como una fotografía sumergida en colorantes.

—¡Siguiente! —exclamó el duende.

Delante de ella, una alemana luchaba por levantarse de donde el duende la había dejado. Se enjugó la boca, puso cara de asco y refunfuñó: «Hoguable, insopogtable.»

El pánico se apoderó de Abby.

—¿Sabes qué? No pienso hacerlo —dijo de nuevo a su madre. Sólo había dos personas delante de ella. Una estaba ya tendiéndose de espaldas, asiéndose a los soportes de hierro y bajando las manos lentamente, arqueando el cuello y la cadera para alcanzar la piedra, dejando al descubierto la blancura de su garganta. Su mujer, que miraba desde arriba, le hizo una foto.

—Pero si has hecho todo el viaje para esto. No seas boba —su madre volvía a intimidarla, lo cual nunca había servido para infundirle valentía; de hecho, la despojaba de toda valentía. Aunque sí le producía

resentimiento y ganas de ser impulsiva, cosas que podían parecer iguales.

—Siguiente —dijo el duende con tono desagradable. Odiaba a los turistas, era evidente. Era evidente que en parte deseaba que se cayeran de la cornisa y se estrellaran contra un montón de abrigos, extremidades y cheques de viaje.

—Vamos —dijo la señora Mallon.

—No puedo —gimió Abby. Su madre la empujaba ligeramente y el duende fruncía el entrecejo—. No puedo. Ve tú.

—No. Vamos. Piensa que es un test. —Su madre la miró ceñuda, con una mueca desquiciada por algo morboso—. Trabajas con tests. Y en el colegio siempre los hacías bien.

—Para hacer tests hay que estudiar.

—¡Estudiaste muchísimo!

—Sí, pero no lo que me hacía falta.

—Ay, Abby.

—No puedo —susurró Abby—. Simplemente, no creo que pueda —suspiró profundamente y avanzó—. Bueno, está bien. —Arrojó el sombrero y se tiró al suelo de piedra rápidamente, para acabar cuanto antes.

—Hacia atrás, hacia atrás —dijo de forma monótona el duende, como un jefe de estación.

Entonces notó que debajo de la espalda ya no había superficie alguna; de cintura para arriba estaba en el aire y sólo la sostenían sus propias manos, sujetas al soporte de hierro. Dobló la cabeza hacia atrás todo lo que pudo, pero no era suficiente.

—Más adentro —decía el duende.

Deslizó las manos hacia abajo, como si estuviera haciendo un ejercicio acrobático en unas paralelas infantiles. Sin embargo, todavía no veía la piedra, sólo el muro del castillo.

—Más adentro —dijo el duende.

Deslizó las manos todavía más, dobló la cabeza con la barbilla mirando al cielo, y sintió las cervicales oprimiéndosele contra la piel; esta vez pudo ver la piedra. Era aproximadamente del tamaño de un horno microondas y estaba cubierta de humedad, suciedad y marcas de pintalabios lila claro, rojo y albaricoque. Parecía muy poco higiénico

para ser un acontecimiento público, asqueroso y húmedo, y en vez de dar un beso sonoro a la piedra, se lo sopló y exclamó: «Vale, ayúdeme a subir.» Y el duende la ayudó a incorporarse.

Abby se puso de pie y se sacudió el impermeable, que se había cubierto de un barro blanquecino. «Puf», dijo. Pero lo había hecho. O algo parecido. Volvió a ponerse el sombrero y dio una libra de propina al duende. No sabía cómo se sentía: no sentía nada; al final, estos desafíos que una se impone no cambian absolutamente nada. Todos eran una construcción de deseos, ataduras y distancia.

—Ahora me toca a mí —dijo la madre con una especie de renuente determinación, y tendió las gafas de sol a Abby. Cuando su madre se echó en el suelo con gran rigidez y comenzó a arrastrarse lentamente hacia la piedra, Abby se dio cuenta de algo que no había visto nunca: su madre estaba aterrorizada. Después de tanta intimidación y bravuconería, su madre lo estaba haciendo y lo hacía fatal, en medio del terror que había estallado en su cerebro. Mientras su madre trataba de arrastrarse hacia la piedra, Abby, que ya veía su cara desnuda, vio que aquella mujer feroz como una hoguera se había puesto nerviosa y melancólica: todo aquel alarde de grandeza había sido un truco. Sólo trataba de probar algo, trataba de desafiar y superar sus miedos en vano, en vez de aprender a vivir con ellos, y es que, maldita sea, vivías con ellos de todos modos.

—Mamá, ¿estás bien?

En la cara de la señora Mallon había una mueca, la boca abierta y al descubierto. El color de su pelo, antaño caoba, teñía ahora los dientes, que se habían vuelto como el óxido con tantos años de té y café.

—Más adentro, más adentro. —El duende tuvo que sujetarla más que a los otros visitantes.

—Dios mío, si no puedo ir más allá —exclamó la señora Mallon.

—Le falta muy poco.

—No la veo.

—¿La ve allí? —La soltó un poco y dejó que resbalara.

—Sí —dijo. Soltó un besó con ruido a saliva y a labios fruncidos. Pero luego, cuando quiso subir, pareció estancarse. Las piernas se retorcían, los zapatos se le salieron de los pies, la falda se le enrolló dejando al descubierto la parte superior de los pantys marrones. Se había doblado de forma muy extraña, por las caderas, y era regordeta y no tenía fuerza en los músculos del estómago para incorporarse. Al parecer, el duende tenía dificultades.

—¿Alguien me puede echar una mano?

—Dios mío —dijo Abby, y ella y otro hombre se pusieron inmediatamente en cuclillas junto a la señora Mallon. Pesaba mucho y estaba rígida de miedo, y cuando por fin la incorporaron y consiguieron que se sentara, aunque enseguida se quiso levantar, estaba pálida y abatida.

Un vigilante que estaba cerca de la escalera se ofreció a acompañarla a bajar las escaleras.

—¿Te parece bien, mamá? —Y la señora Mallon simplemente asintió.

—Usted vaya delante —dijo el vigilante a Abby, con el acento cantarín del condado de Cork—, por si se cae. —Y Abby pasó delante, el impermeable repartiendo a diestro y siniestro la corriente que subía por la escalera mientras bajaba en espiral por aquella oscuridad de mazmorra, hasta llegar a la negrura de murciélago del final.

En una plaza del centro, un predicador agitaba una Biblia y vociferaba sobre «la brevedad de la vida», que era algo que se cogía con una mano y luego desaparecía, se escurría entre los dedos. «¡La palabra del señor es rápida!», exclamó.

—Metámonos allí —dijo Abby, y llevó a su madre a un lugar llamado Brady's Public House para tomar una Guinness reconstituyente—. ¿Estás bien? —no paraba de preguntar Abby.

Aún no tenían donde alojarse aquella noche, y aunque había luz hasta muy tarde y los hostales estaban abiertos hasta las diez, se imaginó a las dos pasando la noche en la calle, durmiendo bajo las estrellas, echando un trago de vez en cuando. ¡Estrellas del tamaño de Chicago! El rocío como un baño de trasgos bajo las estrellas. Lo recogerían de sus brazos con la lengua.

—Estoy bien —contestó evitando las preguntas de Abby—. ¡Qué piedra!

—Mamá —dijo Abby, frunciendo el entrecejo, pues estaba preguntándose unas cuantas cosas—. Cuando cruzaste el puente colgante, ¿no tuviste ningún problema?

—Bueno —explicó la señora Mallon con un suspiro—, me hice una idea general del puente —dijo con cierta irritación—. Pero es que soplaban ráfagas que lo movían un poco, y aunque había gente que se divertía con aquello, yo me puse de rodillas y volví gateando. Recordarás que lloviznaba.

—¿Regresaste a cuatro patas?

—Pues sí —admitió—. Había un belga muy amable que me ayudó. —Se sentía desenmascarada ante su hija, no había duda, y se abalanzó sobre la cerveza.

Abby trató de poner una nota de alegría y cambió de tema, y aquello le recordó a Theda, Theda viva en su voz, no sabía cómo, su laringe convertida repentinamente en un cámping para los despreocupados y los lentos.

—¡Mira ella! Qué, ¿te sientes más elocuente y segura después de haber besado la piedra?

—La verdad es que no —dijo la señora Mallon encogiéndose de hombros.

Ahora que las dos la habían besado, o algo así, ¿tendrían más conciencia de sí mismas? ¿De qué terminarían hablando?

De cine, seguramente. Como siempre lo habían hecho en casa. Películas con paisajes, películas con canciones.

—¿Y tú, qué? —preguntó la señora Mallon.

—Bueno —dijo Abby—, en general me siento como si hubiéramos pillado anginas. Pero, pero... —En este punto se irguió y se inclinó hacia delante. Ni tests, ni concursos radiofónicos, ni discursos infames, ni canciones con biografía y cerebralmente muertas, ni plegarias para chiflados, ni gritos, ni conversaciones prolijas que con la bebida y mucho tiempo siempre revelan lo estúpidas y mezquinas que son incluso las mejores personas. Sólo esto: «Un brindis, es el momento de un brindis.»

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Nadie había brindado por Abby y Bob en su sencilla boda, y ahora creía que era eso lo que había estropeado las cosas. Ni un solo brindis. Sólo hubo treinta invitados que, sencillamente, se comieron los canapés de jamón y volvieron a su casa. ¿Cómo podía ir bien un matrimonio así? No es que aquellas ceremonias fueran importantes en y por sí mismas: no eran nada; eran ceros. Pero eran ceros que cumplían una función: dejaban los nombres y las ecuaciones intactas. Y después de sufrirlas, se podía seguir adelante, conocer el poder vacío de su bendición, y no perder tiempo echándolas de menos.

En adelante creería en los brindis. Ya se estaba preparando uno en su cabeza, en una especie de filatelia dudosa.

Miró fijamente a su madre y respiró hondo. Quizá la madre nunca había manifestado afecto por Abby, la verdad es que no; pero le había dado el don de saber llevar bien la soledad, con sus terribles bandazos hacia el

exterior y sus caídas suaves hacia la tranquilidad. Abby brindaría por ella por esa razón. En verdad era el mundo el que hacía de madre brutal, quien cuidaba y rechazaba, y la propia madre era sólo tu hermana mayor en ese mundo. Abby alzó el vaso.

—Que lo peor siempre quede atrás. Que el sol caliente tus brazos todos los días. —Y bajó la vista hacia la servilleta para buscar ayuda, pero sólo había un dibujo de una irlandesa pechugona con un trébol en cada pecho. Abby volvió a mirar hacia arriba. «¡La palabra de Dios es rápida!»—. Que tu coche arranque siempre... —Pero quizá Dios también empezara con palabras altas, lentas; la hinchazón de barriga por una mentirijilla, el cuento distendido—. Que siempre tengas una blusa limpia —continuó con voz cada vez más aristocrática, pública y sonora—. Y un techo firme, niños sanos y dinero abundante. Y que estés conmigo en mi corazón, madre, como estás ahora, en este lugar; por los siglos de los siglos, como una luz flameante.

En el pub había ruido.

El vacío es a la infancia lo que un viaje es a los labios.

—De acuerdo —dijo la señora Mallon, mirando la cerveza con concentración y con los ojos brillantes. Nunca la habían cortejado, ni una vez en toda su vida, y se había ruborizado, las orejas al rojo, levantó el vaso y bebió.

Danza en Estados Unidos

Les cuento que la danza comienza cuando un momento de dolor se mezcla con un momento de aburrimiento. Les cuento que es la extensión del cuerpo en la cual él mismo se da aire. Les cuento que es el triunfo del corazón, la victoria del discurso de los pies, el refinamiento de la embestida y el vuelo animal, la más pura metáfora de la tribu y del yo. Es la vida haciéndole una higa a la muerte.

Me invento todo este rollo. Pero entonces siento el voltaje perdido de mi carisma alquilado, oigo la autoridad mal modulada de mi voz, y yo también me lo creo. Estoy convencida. La compañía desmantelada, la disminución de los encargos de coreografía, mi cuerpo menos flexible, menos receptivo a mis órdenes, he venido aquí (a esta zona de Pensilvania de casas coloniales de estilo holandés) para dos semanas, como «Bailarina de Escuelas». Visito clases, en las universidades y en los colegios, propagando las sagradas escrituras de la Danza. La cabeza se me llena de mi propia cháchara. Todo lo que mi vida interior ha ido acumulando se está agotando rápidamente, me vacía la boca, mientras estoy delante del público, y respondo a las temibles y prohibidas preguntas *alemanas* sobre el arte y mis «bailes de puta» (el movimiento brusco de las caderas, las repentinas sacudidas hacia delante y la rotación sugerente de caderas delante de la chulería). Preguntan por qué todo lo que hago parece tan «femínico».

—Me parece que la palabra es «feminístico» —corrijo. Me he hartado. He dado toda mi vida por unas cuantas piezas buenas, y ahora esto.

Cuando sólo me quedaba una noche, me fui volando al Quality Inn («POLLO CON SALSA Y GOFRE 3.95\$», decía el letrero de la entrada. ¿Cómo no voy a entrar?). El karaoke de la sala de cócteles me da nuevas fuerzas, todas esas voces achispadas y desgarradas que acaban de salir del cuarto de baño de caballeros y se apresuran a llegar a la parte delantera de la sala para cantar *Sexual healing* o *Alfie*. He aceptado la invitación de mi viejo amigo Cal de quedarme en su casa. Enseña antropología en Burkwell, una de las muchas universidades que hay por aquí. El y su esposa tienen una casa que antes había sido de una hermandad y que nunca se han molestado en arreglar. «Era la única forma de poder vivir en una casa así de grande —contó—. Además, sentimos una fascinación perversa por las ruinas.» Es *Fastnacht*, el Carnaval que precede a la Cuaresma, la noche en que la gente hace buñuelos y se los come en honor de Cristo. Estamos fuera, antes de la cena, paseando al perro de Cal, *Chappers*, en medio del frío.

—Es una casa increíble cuando la miras —digo—. Está destartalada de la manera más complicada posible. Como un Rauschenberg. Como esos magníficos tabloncillos de anuncios destrozados por el viento que se ven en el desierto de California. —He tomado la determinación de ser

agradable. La casa, a decir verdad, es impresionante: han comenzado a crecer ramas de arce entre los tablones del suelo del comedor, porque hay un árbol fuera que se está abriendo paso entre los cimientos de la casa. Ardillas grandes como pastores escoceses roen las paredes. La pintura se cae por todas partes, en escamas, ampollas y láminas; en el yeso agrietado que hay detrás están escritos los nombres de las mujeres que entre 1972 y 1974 pasaron aquí el fin de semana de la fiesta universitaria de la Fiebre de Primavera. En el techo de la cocina se puede leer «¡Sigma al poder!» y «Hazme una paja con cuchara».

Pero no he visto a Cal en doce años, no lo he visto desde que se fue a Bélgica con una beca Fulbright, así que tengo que ser agradable. Me parece que está diferente: más bajo, mayor, más limpio, a pesar de la casa. En un arranque de franqueza me acaba de confesar que en aquellos años, debido a la amistad que nos unía, había exagerado su interés por la danza.

—No entendía nada —admitió—. Trataba de entender la historia. Miraba al tío de violeta que no se había movido durante un rato largo y pensaba: «¿Qué es lo que pretende?»

Chappers da tirones a la correa.

—Sí, la casa —suspira Cal—. Una vez vino un pintor a hacernos un presupuesto, pero aplazamos el asunto por los nombres de las pinturas: Mito, Véspero, Kakatucán. No quería en mi casa nada que se llamara Kakatucán.

—¿Qué es un Kakatucán?

—Creo que los cazan en Madagascar.

Doy un salto para seguirle la corriente, bromeando:

—O se los comen en Viena —digo.

—O los adoran en Los Ángeles —dice él.

Me río de lo que ha dicho, y a continuación vemos que *Chappers* olisquea las raíces de un roble.

—Aunque el mito y el véspero siempre son buenos —añado.

—Cruciales —dice—, pero no necesitamos pintar para eso.

El hijo de Cal, Eugene, tiene fibrosis quística. Toda la vida de Eugene es una competición con la investigación médica.

—No tengo nada contra las artes —dice Cal—. Tú estás aquí. El dinero para el arte te ha traído hasta aquí. Es maravilloso. Es maravilloso verte después de todos estos años. Es maravilloso que financien las

artes. Es maravilloso. Tú eres maravillosa. Las artes son fantásticas y maravillosas. Pero en serio: propongo que demos todo el dinero, hasta el último jodido céntimo, a la ciencia.

Algo lo ahoga. Puede ser el optimismo de los incrementos, las pequeñas cantidades, los capítulos; pero no lo he visto en doce años y ha tenido que contarme toda la historia, desde el principio, y toda la historia es muy triste.

—Los dos teníamos el gen, pero no lo sabíamos —explica—. Así es como funciona. Las probabilidades son de uno de cada veinte multiplicado por uno de cada veinte, y luego después de eso, incluso sólo uno de cada cuatro. En total uno de cada mil seiscientos. ¡Bingo! Nos tendríamos que mudar a Las Vegas.

Cuando conocí a Cal, estábamos en Nueva York y acabábamos de salir de la facultad; estaba soltero y nervioso, y me dio la impresión de que era un hombre que no se casaría nunca ni tendría familia o, que si se casaba, sería con una mujer decorativa, poquita cosa. Hoy, doce años más tarde, su mujer de pelo plateado, Simone, no es nada de eso: es corpulenta, emprendedora y original, está muy unida a él en su dolor y en su valentía. Siempre se va enfadada de las reuniones de padres del colegio. Se pega lentejuelas en los zapatos. El inglés es su tercera lengua; una vez trabajó en la embajada francesa en Bélgica y en Japón. «Echo de menos el caviar —es todo lo que dice al respecto—. Echo muchísimo de menos el caviar.» Ahora, en la flamenca Pensilvania, pinta óleos satíricos con gente bracilarga y sin manos. «Gente de aquí —explica con acento francés y riéndose tontamente—. Pero no puedo pintar manos.» Ella y Eugene han convertido en estudio uno de los cuartos en ruinas del piso de arriba.

—¿Cómo se toma Simone todo esto? —pregunto.

—Mejor que yo —dice—. Tenía una hermana que murió joven. Se espera la infelicidad.

—¿Pero no hay ninguna esperanza? —pregunto, pero las palabras se me atascan.

Cal me cuenta que Eugene se ha ido deteriorando, ha ido a peor, demasiado líquido en los pulmones. «Pegajosos», los llama. «Si tuviera tres años en vez de siete, habría más esperanza; los investigadores están haciendo algunos progresos, eso es verdad.»

—Es un chico muy majo —digo. Al otro lado de la calle hay viejas casas coloniales con velas encendidas en cada una de las ventanas; es una costumbre de la Pensilvania holandesa, o un vestigio de la Tormenta del Desierto, depende de a quién preguntes.

Cal se detiene, se vuelve hacia mí; el perro se acerca y lo acaricia con el hocico.

—No es sólo que Eugene sea estupendo —dice—. No es sólo la precocidad o que Eugene es el único hijo que tendré en mi vida. Es también que es muy buena persona. Acepta las cosas. Tiene mucha capacidad para entenderlo todo.

No puedo imaginarme nada en mi vida que conlleve un sufrimiento así, la previsión de la pérdida de alguien. Cal se queda callado, el perro trota delante de nosotros, y yo apoyo la mano con suavidad en la espalda de Cal, y vamos así por las calles desiertas y frías. Arriba, en el cielo, Venus y la afilada hoz del cuarto creciente, como una taza y un plato, como la nariz y la boca, han hecho la bandera turca en el cielo.

—Mira eso —digo a Cal mientras vamos tras el perro, la correa tensa como un palo.

—Vaya —dice Cal—. La bandera turca.

—¡Habéis vuelto, habéis vuelto! —grita Eugene desde el interior y se apresura hacia la puerta principal mientras nosotros subimos al porche con *Chappers*. Eugene ya en pijama, flaco y encorvado. Lleva gafas gruesas, de aumento, y sus ojos hinchados y acuosos parecen no perderse ningún detalle. Se desliza hacia la entrada; en calcetines, y se cae al suelo. Me sonrío, todo encanto, como un niño enamorado. Se ha pintado la cara con mercromina y espera que nos parezca divertido.

—¡Eugene, estás guapísimo! —digo.

—¡No! —dice—. Estoy gracioso.

—¿Dónde está tu madre? —pregunta Cal, soltando al perro.

—En la cocina. Papá, mamá dice que tienes que subir al desván y bajar una de las sartenes para la cena. —Se levanta y comienza a perseguir a *Chappers* para cogerlo y atraerlo hacia él.

—Tenemos un par de ollas arriba para las goteras —explica Cal quitándose el abrigo—. Pero al final acabamos necesitando los cacharros para cocinar y los vamos a buscar.

—¿Quieres que te ayude? —No sé si tendría que estar con Simone en la cocina, con Cal en el desván o con Eugene en el suelo.

—Oh, no. Quédate aquí con Eugene —dice.

—Sí. Quédate aquí conmigo. —Eugene se aparta rápidamente del perro y se sujeta a mi pierna. El perro ladra alborotado.

—Puedes enseñarle tu vídeo a Eugene —sugiere Cal mientras sale de la habitación.

—Enséñame la cinta de danza —dice con voz cantarina—. Enséñamela, enséñamela.

—¿Tenemos tiempo?

—Tenemos quince minutos —dice con gran autoridad.

Voy al piso de arriba y la saco de la bolsa, luego regreso donde está él. La meto en el vídeo y nos encogemos los dos en el sofá. Se arrima a mí, con frío, con la casa llena de corrientes de aire, y le pongo el jersey largo alrededor como si fuera un chal. Trato de explicarle unas cuantas cosas, con un lenguaje de adultos, cómo se gestó aquella danza, cómo el movimiento, repetido, vence todas las resistencias y lleva a una especie de estratosfera: de un estado de obstinación al éxtasis; de los zapatos a los pájaros. La cinta se grabó a principios de semana. Es un trabajo con los chicos de cuarto curso. Cada uno de ellos tiene que inventarse un personaje y luego diseñar una máscara. Se inventan criaturas varias: la señorita Pava Ninja, el señor Cabeza de Radio de Bicicleta. El Muñeco de Nieve Diabólico. Mamá Dientes de Sable: «Medio-niña-medio-hombre-medio-gato.» A continuación organicé a los niños en líneas compactas y dejé que, con la máscara puesta, improvisaran una danza con la canción *Es esto* de Kenny Loggins.

Contempla la cinta, absorto. El pelo castaño le cae a mechones sobre la cara y se lo chupa. «Ahí está Tommy Crowell», dice. Conoce a los de cuarto curso como si fueran la realeza. Cuando se termina, me mira sonriente pero serio. Detrás de las gafas, su mirada es brillante y directa.

—El baile ha sido realmente precioso. —Parece un agente.

—¿De verdad te lo ha parecido?

—En serio —dice—. Es muy colorista y tiene muchos pasos divertidos e interesantes.

—¿Quieres ser mi agente? —pregunto.

—No sé —dice arrugando la cara, con alguna duda—: ¿el agente es el que conduce el coche?

—¡A comer! —llama Simone dos habitaciones más allá, desde la habitación de «Hazme una paja con cuchara».

—Ya vamos —grita Eugene y se baja del sofá de un salto y se arrastra hasta el comedor y cae de lado en su silla.

—¡Uf! —dice sin aliento—. Casi no llego.

—Siéntate aquí —dice Cal. Y pone una copa con pastillas en el sitio de Eugene.

Eugene hace una mueca, pero ya en la silla, se pone de rodillas, se inclina con un vaso de agua en la mano y comienza la ardua tarea de tomarse todas las pastillas.

Me siento en la silla enfrente de él y me pongo la servilleta en el regazo.

Simone ha preparado una sopa con huevos duros («es una receta de la región», comenta) y pato pekinés, fibroso y dulce. Cal no para de pasar la cesta del pan, nervioso, hablando de que el hombre moderno sólo existe desde hace cuarenta y cinco mil años y que seguramente el pan no ha cambiado mucho desde entonces.

—¿Cuarenta y cinco mil años? —dice Simone—, ¿tan poco? No puede ser. Es como si lleváramos todo ese tiempo casados.

Hay gente que habla con las manos; y gente que habla con los brazos; y gente que habla con los brazos por encima de la cabeza: es la gente que más me gusta; Simone es una de ellas.

—No, ésa es la cuestión —dice Cal masticando—. Cuarenta y cinco mil años. Pero antes, durante unos doscientos mil, se produjeron en el hombre primitivo multitud de cambios anatómicos, hasta llegar al hombre de hoy. Fue una época muy interesante —hace una pausa, le falta un poco el aire—. Ojalá hubiera podido estar allí.

—¡Ja! —exclama Simone.

—Piensa en las fiestas —digo.

—Claro —dice Simone—. Joe, ¿qué tal? Con esa cabeza que tienes eres todo un cabezota, y oye, ¿qué chifladura estás haciendo con el dedo gordo? Muy parecido a las fiestas de Soda Springs, en Idaho.

—Simone estuvo casada con uno de Soda Springs, Idaho —cuenta Cal.

—¡Bromeas! —digo.

—Bueno, fue muy breve —explica—. Era un hombre ridículo. Me deshice de él después de unos seis meses. Al parecer se largó y se mató. —Me sonrío maliciosamente.

—¿Quién se mató? —pregunta Eugene. Se había tomado todas las pastillas menos una.

—El primer marido de mamá —explica Cal.

—¿Por qué se mató? —Eugene tiene la mirada fija en el centro de la mesa, tratando de pensar en el asunto.

—Eugene, llevas viviendo con tu madre siete años, ¿y no sabes por qué alguien cercano a ella se querría matar? —Simone y Cal se miran a los ojos y ríen alegremente.

Eugene sonríe vagamente, con brevedad. Comprende que es una broma entre sus padres, pero no le gusta o no la entiende. Le molesta que hayan convertido su indagación en una carcajada superficial. ¡El quiere información! Pero ahora, en cambio, se hunde en el plato, lo mira y lo pincha.

Simone pregunta sobre las visitas a las escuelas. ¿Qué me encuentro? ¿La gente es amable conmigo? ¿Cómo es mi vida en casa? ¿Estoy casada?

—No estoy casada —digo.

—Pero tú y Patrick todavía estáis juntos, ¿no? —pregunta Cal preocupado.

—Pues no. Rompimos.

—¿Habéis roto? —Cal deja el tenedor en el plato.

—Sí —digo con un suspiro.

—Vaya. Pensé que nunca romperíais —dijo con estupefacción.

—¿De verdad? —Esto me da seguridad, en cierto modo. Por lo menos mi relación se veía bien desde fuera, por lo menos para alguien.

—Bueno, realmente no —admite Cal—. Lo cierto es que creía que ibais a romper mucho antes.

—Ah —digo.

—Entonces, ¿te podrías casar con ella? —dice el increíble Eugene a su padre, y todos nos echamos a reír con fuerza, vertemos más vino en las copas y escondemos la cara en ellas.

—Lo que hay que recordar de las historias de amor —dice Simone— es que son como tener mapaches en la chimenea.

—Oh, ahora el cuento del mapache, no —se queja Cal.

—¡Sí! ¡Los mapaches! —grita Eugene.

Corto el pato.

—A veces tenemos mapaches en la chimenea —explica Simone.

—Ah —digo sin la menor sorpresa.

—Y un día tratamos de ahuyentarlos con humo. Encendimos un fuego, aunque sabíamos que estaban ahí, porque esperábamos que el humo los hiciera salir disparados hacia arriba y que no volvieran nunca más. En cambio, se incendiaron y cayeron estrellándose en la sala, todos chamuscados y en llamas, corriendo desesperados por aquí, hasta que murieron. —Simone sorbió un poco de vino—. Las historias de amor son así —dice—. Todas son así.

Estoy confusa. Miro hacia arriba, a la luz: una lámpara vieja y dorada, como un pulpo. Lo único en que puedo pensar es en que Patrick dijo, cuando se fue, harto de mi egoísmo, que si me preocupaba por quedarme sola en la casa del lago, con las ardillas y las lámparas estilo burdel, que alquilara la casa, por ejemplo a una pareja de lesbianas, simpáticas como yo.

Pero Eugene, delante de mí, asiente con entusiasmo, parece encantado. Ya había oído la historia de los mapaches y le encanta. Una vez más, la han contado bien, con llamas y sangre.

Ahora hay ensalada, que picamos y por la cual nos peleamos como cuervos. Después nos quedamos mirando el cuenco con la fruta en el centro de la mesa y cogemos con desgana unos granos de uva del racimo. Damos pequeños sorbos al té caliente que Cal trae de la cocina. Damos sorbos hasta que está frío, y luego hasta que se acaba. Ya son las diez.

—¡La hora del baile! ¡La hora del baile! —dice Eugene cuando ya nos hemos terminado el té. Todas las noches, antes de irse a la cama, van todos a la sala y bailan hasta que Eugene se cansa y se queda dormido en el sofá. Entonces lo llevan al piso de arriba y lo acuestan. Viene hasta mi silla y me coge de la mano para conducirme a la sala.

—¿Qué música vamos a bailar? —pregunto.

—Tú eliges —me dice, y me lleva hasta la repisa donde tienen los discos compactos. Quizás haya algo de Stravinsky. Quizás *Petruchka*, con su entusiasmada salutación del Carnaval.

—¿Vendrás a verme cuando visites a los de cuarto? —pregunta mientras repaso los discos. Demasiada Joan Baez. Demasiado Mahler—. Estoy en el aula ciento cuatro —dice—. Cuando vayas a ver a los de cuarto puedes parar un momento en la puerta de la clase y saludarme. Estoy sentado entre la puerta y el tablón de anuncios.

—De acuerdo —digo, pensando que, con las prisas, me olvidaré y me encontraré en el avión de casa hojeando una revista insulsa de alguna compañía aérea antes de recordar que olvidé hacerlo—. Mira —digo al encontrar un disco de Kenny Loggins. Tiene la canción que él ha oído hace un rato, en la cinta de vídeo—. Pongamos éste.

—Vale. ¡Mamá, papá, venid!

—De acuerdo, Eugene —dice Cal acercándose desde el comedor. Simone va detrás.

—Soy Mercurio, soy Neptuno y Plutón, muy lejos —dice Eugene corriendo por la sala, inventándose un baile.

—En el colegio están estudiando los planetas —dice Simone.

—Sí —comenta Eugene—, estamos haciendo los planetas.

—¿Y cuál es el planeta que te parece más interesante? —pregunto—. ¿Marte con los canales? ¿Saturno con los anillos?

Eugene se queda quieto y me mira pensativo, con solemnidad.

—Está claro, la Tierra —contesta.

—Pues sí, ésa es la respuesta correcta —comenta Cal riendo.

«Es esto —canta Kenny Loggins—, es esto.» Formamos una línea compacta y desfilamos pavoneándonos, deslizándonos con la música. Nos agachamos, vamos hacia atrás y luego, de repente, de nuevo hacia delante. Tratamos de crear el olor a sudor de la danza, mohoso, resinoso; el movimiento repetido y analítico. Cal y Simone están en ello. Se mueven y se cogen de los brazos. «Es esto», de repente, a media canción, Eugene se sienta en el sofá para descansar, mirando a los mayores. Como los mejores bailarines y como el mejor público, toma la determinación de no toser hasta el final.

—Ven aquí, cariño —digo yendo hacia él. No sólo pienso en mi propio cuerpo, ese cesto roto y sin encanto, ese merengue duro. No estoy pensando sólo en mí misma, Patrick, en la compañía de danza perdida, en mi cama vacía. Estoy pensando en lo espléndido que es el cuerpo cuando baila y en su desdén ostentoso. Así es como nos ofrecemos, entramos en el cielo, entramos en el lenguaje: hablamos con el movimiento, en el espacio. Así es como la vida ha transcurrido por aquí hasta ahora; es todo lo que se ha podido hacer: este cuerpo, ese cuerpo, aquel cuerpo. Entonces, Cielo, ¿qué opinas? ¿Qué mierda opinas?

—Ponte a mi lado —digo y Eugene lo hace, mirándome con su cara roja de guerrero. Bailamos sin movernos del sitio, subiendo y bajando las rodillas. Rodillas arriba y abajo. Nos hundimos, planeamos, nos

deslizamos. Nos hundimos, planeamos, nos deslizamos. «Es esto, es esto.» Y entonces nos desmandamos y arrojamos nuestras extremidades al cielo.

Vida en comunidad

Cuando Alos era pequeña, las había llamado mentirotecas, fábricas de fábulas, historiales de historias: y ahora trabajaba en una. Al principio había querido enseñar literatura inglesa, pero como no la admitieron en la facultad que deseaba, la de las teorías francófonas (¡el vocabulario de la franqueza!), se había decidido por la escuela de archivistas y bibliotecarios, donde a todo el mundo se le enseñaba a cuidar los libros, con ternura, como si fueran muñecas o platos de porcelana.

Había aprendido a leer muy pronto. Sus padres, procedentes de Tirgu Mures, Transilvania, y recién llegados a Vermont, estaban deseosos de que su hija aprendiera a hablar inglés, para que pudiera mezclarse con la comunidad de un modo que ellos presentían que probablemente no conseguirían nunca, así que todos los sábados la llevaban a la sección infantil de la biblioteca Rutland y dejaban que pasase largo rato con la bibliotecaria, que elegía libros para ella y algunas veces incluso le leía un par de páginas en voz alta, a pesar de que había un letrado que decía: «*NIÑOS GUARDAD SILENCIO POR FAVOR.*» Sin comas.

Alos pensaba que quería decir que sólo los chicos tenían que estar en silencio. Ella y la bibliotecaria podían hacer lo que quisieran.

Adoraba a la bibliotecaria.

Y cuando el rumano de Alos ya comenzaba a ceder y en su lugar florecía una voz inglesa rica, lenta, no muy diferente de la de la bibliotecaria, demasiado adulta para una niña pequeña, los otros niños de su calle la temieron todavía más. «¡Drácula!», gritaban. «¡Transilvana!», chillaban, y salían corriendo.

—A partir de ahora te llamarás de otra manera —le dijo su padre el primer día del primer año de colegio. Ya se había cambiado el apellido Todorescu por Resnick. La tienda de su padre se llamaba Pieles Resnick—. De ahora en adelante ya no serás Alos, sino que tendrás un bonito nombre estadounidense: Nell.

—Harás que te llamarán así —decía su madre—. Cuando la maestra te llamará Alos, tú dirás: «No, Nell.» Repetirás conmigo: Nell.

—Nell —dijo Alos. Pero cuando llegó al colegio, la maestra, al notar que había algo ensoñador y un sentimiento de marginación en ella, dio una palmada y exclamó: «¡Alos, qué nombre tan bonito!» El corazón de Alos se llenó de gratitud y sorpresa, y abrazó a la maestra por las caderas, encantada y muda.

Desde aquel momento, sólo sus padres, con su acento rumano, la llamaron Nell, el yo estadounidense, alegre y secreto, que existía sólo para ellos.

—Nell, ¿qué tal son los chicos de la escuela?

—Nell, por favor, cuenta lo que hacen.

Años después, cuando murieron en un accidente de tráfico yendo de Farm a Market Road, y la Nell que nunca existió murió con ellos, Alos, jugando tontamente con las letras de su nombre en los sobres de las tarjetas de pésame, descubrió que Alos era Sola al revés. Era un cuerpo emparedado en el sótano de su ser, una ráfaga, una predicción de su sino, como una primavera antes de tiempo, podrida, y deseó el regreso de la Nell que nunca existió. Deseaba comenzar de nuevo y ser alguien que vive en el mundo inocentemente, no alguien que vive escondida, detrás de los libros, con una voz aprendida cuidadosamente y un pasado triste.

A quien más echaba de menos era a su madre.

La biblioteca universitaria en la que trabajaba Alos era una de las más prestigiosas del Medio Oeste. Disponía de una gran colección de libros raros y del extranjero, y había tenido que cruzar en coche varios estados para llegar hasta allí, entornando los ojos para ver a través de la témpera de insectos aplastados del parabrisas, buscando la cola oscura de un posible tornado, y cayendo enferma, dolorosamente, en Indiana, en los lavabos de las áreas de servicio de la 1-80. Allí, el lavabo de señoras tenía células fotoeléctricas en los váteres, las pilas, los secadores de manos, y ella los había activado todos, entrando y saliendo de los compartimentos de los váteres o apoyándose en las pilas. «¿Sólo está usted aquí? —preguntó la señora de la limpieza—. ¿Usted sola ha organizado este jaleo?» Alos había sonreído, con sonrisa de perro; bajo aquella luz amarillenta, todo parecía trágico y ridículo e incapaz de detenerse. Lo llano del terreno le daba vértigo, sí, supuso que era eso. La tierra estaba azotada por el viento, no había olores. En Vermont se sentía acunada por las montañas. Pero allí y en aquel momento tendría que ser valiente.

Pero no recordaba cómo ser valiente. En aquel lugar, al parecer, no tenía ningún recuerdo. Nada los despertaba. Y de vez en cuando, cuando daba voz al fugitivo borde de un recuerdo, parecía que fuera algo inventado.

Conoció a Nick en la biblioteca, en mayo. Ocupaba temporalmente el mostrador de consultas, la habían apartado de su trabajo de siempre como supervisora de la catalogación de libros extranjeros para reemplazar a un compañero enfermo. Nick investigaba las estadísticas de las campañas municipales que se habían llevado a cabo en el estado.

—No había pisado una biblioteca desde los dieciocho —dijo. Tenía aspecto de tener por lo menos cuarenta años.

—Mire por aquí —dijo ella, indicándole dónde podía buscar. Luego escribió la signatura de algunos libros con datos del estado, pero él seguía con la vista fija en ella—, o por aquí.

—Estoy haciendo campaña para obtener un escaño en la junta de gobierno del condado —dijo—. Las elecciones no son hasta otoño, pero trato de comenzar con alguna ventaja. —Su pelo era castaño cobrizo, con algunas hebras de plata. Había en sus ojos algo animado, como un estanque con vida—. Sólo quería comparar algunas cifras. ¿Te apetece tomar un café?

—Creo que no.

Pero volvió al día siguiente y la invitó otra vez.

En la cafetería que había cerca del campus hacía calor y había mucho ruido; estaba llena de estudiantes y Nick gritó para pedir dos cafés. Normalmente detestaba el café solo, su sabor a tabaco le daba dentera. Pero en el aire había esa clase de distorsión que doblega un poco; hace que tu habitual manera de ser se inquiete, que pasee sin rumbo fijo y compre, que se ponga borrosa, que sangre, vencida por la posibilidad. Se tomó el café rápidamente, con determinación y sentido de la aventura.

—Creo que tomaré otro —dijo, y se limpió la boca con una servilleta.

—Ahora te lo traigo —dijo Nick, y cuando volvió le contó algo más de la campaña que llevaba a cabo—. Es importante conseguir la aprobación de las asociaciones de vecinos —dijo. Regentaba un puesto de salchichas y de helado de yogur llamado Please Squeeze and Bratwurst. Había conocido a mucha gente trabajando allí.

—Me siento vivo y valioso llevando mi vida de esta manera —contó—. No me siento como si hubiera tirado la toalla.

—¿Tirado la toalla por qué?

—Me parece que no eres de aquí —dijo sonriendo. Se pasó los dedos por varios de los metales de su pelo—. Tirar la toalla, como por ejemplo hacer algo que en verdad no querías hacer, y que te paguen demasiado por ello.

—Ah —dijo ella.

—Cuando era niño, mi padre me dijo: «A veces, hijo, en la vida te encontrarás con que tienes que hacer cosas que no quieres», y lo miré a

los ojos y le dije: «Y una mierda.» —Alos se echó a reír—. Lo que quiero decir es que seguramente siempre quisiste ser bibliotecaria, ¿no?

Ella miró todas las diagonales agrietadas de su cara y no supo si hablaba en serio o no.

—¿Yo? —dijo—. Primero hice un curso de adaptación pedagógica para dar clases de inglés en la universidad —suspiró, cambió de codo para apoyar la barbilla en la otra mano—. Lo intenté. Leí a Derrida. Leí a Lacan. Leí *Leer a Lacan*. Leí *Leer «Leer a Lacan»*. Y entonces fue cuando solicité entrar en biblioteconomía.

—No sé quién es Lacan —dijo.

—Es, bueno..., ¿ves? Eso es lo que me gusta de las bibliotecas. Ni quién es ni por qué, sólo «dónde está».

—¿Y de dónde eres? —preguntó, su cara brevemente animada por haber cambiado de tema con tanta destreza. «De origen.» Al parecer había una manera de distinguir a los que no eran de la ciudad. Era una ciudad universitaria, atractiva y aburrida, y metía prisas a la gente de paso (estudiantes, gitanos, profesores invitados, cómicos) con una actividad no muy distinta de la del movimiento peristáltico.

—De Vermont —dijo ella.

—¡Vermont! —exclamó Nick, como si fuera algo exótico, lo cual la alegró por no haber dicho Transilvania. Se inclinó hacia ella y en tono confidencial añadió—: Tengo que decírtelo: poseo una silla de Muebles Ethan Alien.

—Ah, ¿sí? —dijo ella sonriendo—. No se lo contaré a nadie.

—Aunque antes estuve en presidio y allí no tenía ni un palo.

—¿En serio? —preguntó. Se apoyó en el respaldo. ¿Estaría diciendo la verdad? De niña siempre había sido muy crédula, aunque siempre había aprendido más siendo así.

—Yo estudié aquí —dijo él—. En los años sesenta. Tiré una bomba en un almacén donde los militares guardaban material de investigación. Me cayeron doce años —paró y buscó los ojos de ella para ver cómo se lo estaba tomando, cómo se lo estaba tomando él. Luego recogió su mirada, como una joya que sólo hubiera querido enseñar, rápidamente—. Dentro no tenía que haber nadie; nos habíamos asegurado antes. Pero ese pobre imbécil llamado Lawrence Sperry, Larry Sperry... Dios mío, ¿te imaginas tener ese nombre?

—Claro —dijo Alos.

Nick la miró con suspicacia.

—Pues estaba ahí dentro, se había quedado trabajando hasta tarde. Perdió una pierna y un brazo en la explosión. Me encerraron en un penal federal, en Winford. Intento de asesinato.

El café espeso le cubría los labios. El había estado mirándola todo el rato pero ahora apartó la vista.

—¿Te apetece un bollo? —preguntó Alos—. Voy a buscar un bollo. —Se puso de pie, pero él dio media vuelta y la miró con tal incredulidad que ella se sentó de nuevo de cualquier manera, con las dos piernas hacia el mismo lado. Se retorció hacia delante y se apoyó en la mesa—. Lo siento. ¿Es cierto todo lo que acabas de contar? ¿Es cierto que te ocurrió a ti?

—¿Qué? —Se quedó boquiabierto—. ¿Acaso piensas que me lo he inventado?

—Es sólo que..., bueno, trabajo rodeada de literatura.

—Literatura —repitió él.

Ella le tocó la mano; no sabía qué más hacer.

—¿Puedo hacerte la cena alguna noche? ¿Esta noche?

Había un fulgor en sus ojos, una mirada concentrada. Por un momento, el hombre pareció capaz de mirar en su interior, de conocerla de un modo que recuperaba el orden por el hecho de conocerla. Parecía no tener información, ni verdadera ni falsa, sólo una especie de fotografía, sin hechos pero verdadera.

—Sí, puedes.

Y así fue como él pasó la velada debajo de la lámpara barata de acero y vidrio de su comedor, con el mueble bar rojo y la lámpara Schlitz-Tiffany, y luego pasó la noche y no se fue.

Alos no había vivido nunca con un hombre. «Excepto con mi padre» y Nick observó en sus ojos una veta de perplejidad cuando ella lo dijo. Había salido con dos chicos en la universidad, aunque eran de los que preferían marcharse temprano, desayunar sin ella en lugares de cucharas grasientas, sentarse a la barra junto a hombres corpulentos con impermeables azules, leer el periódico, pedir varias tazas de café.

Nunca había estado con nadie que se quedara. Nadie que trajera sus casetes, su silla Ethan Alien.

Nadie que tuviera problemas con el alquiler de su antigua vivienda.

—Trato de aunar todas estas cosas —dijo, cogiéndola a mitad de la tarde—. Mi vida, la campaña, este asunto contigo: trato de que todos mis pájaros aterricen en el mismo jardín. —Por la ventana se veía la luna de la tarde, como una pelota de golf atascada y picada de viruela. Ella miró hacia aquel huevo calcificado, la cara de la moneda, el triste barrio de la nada. Luego lo miró a él. Otra vez vio la laguna de vida en sus ojos, y en el resto de su cara una quietud vacilante, cálida.

—¿Te gusta hacerme el amor? —preguntó ella, de noche, durante una tormenta.

—Claro, ¿por qué me lo preguntas?

—¿Te satisfago?

—Sí —y se volvió hacia ella y la besó—. No necesito un gran espectáculo.

Ella se quedó callada durante un rato y luego preguntó:

—¿La gente da espectáculos?

La lluvia y el viento bajaban con fuerza por el canalón. Azotaban las ramas de los frágiles árboles del patio de al lado.

A ella le preocupaban la inexperiencia y la autoestima. En el cine, cuando comenzaba la sesión, él susurraba: «Mira, ahí sales tú. Twentieth Century-Fox, la zorra del siglo XX.» Había una parte cómica que ocurría en una biblioteca: sacaban los cajones con las fichas de los libros y las tiraban salvajemente por los aires; le cubrió un sudor pálido y frío, y él se acercó a ella y atrajo su cabeza diciéndole: «No mires, no mires.» Al final se quedaban sentados viendo los largos títulos de crédito (el jefe de operarios, el jefe de eléctricos, el ayudante del jefe de eléctricos...).

—Eso es lo que necesitamos —dijo él—: electricidad.

—Sí —dijo ella— y un buen montaje.

Otras veces la animaba a que fuese por la casa desnuda.

—Si lo tienes, hazlo —él sonreía, se detenía un momento, fingía confusión—. Si lo haces, lo tienes. Si lo ostentas, cógelo.

—Si lo tienes, quédatelo —añadió ella.

—Si lo dices, demuéstralo —y la atrajo hacia sí como a una pareja de baile con zapatos blandos y la sonriente boca del amor.

Pero muy a menudo ella se quedaba despierta en la cama, preguntándose cosas. Faltaba algo. Había algo que a ella no le estaba ocurriendo, ¿o era a él? A lo largo del verano, las tormentas incendiaban el cielo, mientras ella estaba allí, tendida, escuchando el ruido de la lluvia de un tornado, que nunca llegaba, aunque los rayos resquebrajaban la noche y encendían los árboles como cosas que se recuerdan repentinamente, y luego los dejaba de nuevo indescifrables en la oscuridad.

—No sientes nada, ¿verdad? —dijo él finalmente—. ¿Qué te ocurre?

—No estoy segura —dijo ella crípticamente—. Las tormentas son muy fuertes en esta parte del mundo. —El viento de una tormenta soplaba por las mosquiteras y algunas veces hacía que la puerta del dormitorio se cerrara de un portazo—. No me gusta que las puertas se cierren con portazos —susurró—. Me hace pensar que alguien está loco.

A la biblioteca estaban llegando libros en rumano: Alos tenía que leerlos por encima para hacer un breve resumen para el catálogo. La deprimía que su rumano fuera tan deficiente, que casi ni siquiera existiese, como un simple pañuelo en el hueco de una escalera, y que todos los días llegara algún libro para reprochárselo.

Echaba muchísimo de menos a su madre.

A la hora de comer fue al puesto de Nick a tomarse un helado. Nick tenía aspecto cansado, desaliñado, el pelo como ruedas dentadas.

—¿Quieres Cereza Pereza o Bombardero Limonero? —preguntó. Eran nombres inventados por él, pero amenazaba con usarlos en serio algún día.

—¿Y de manzana? —decía ella.

Nick cortó una manzana y la puso en un plato de cartón. Sacó yogur de una máquina.

—Esta noche hay recaudación de fondos para la campaña de Teetlebaum.

—Ah —dijo. Ya había ido a esos actos de recaudación de fondos. Al principio le había gustado, visitaba rincones de la ciudad que de otro modo no habría visto nunca, Nick la guiaba por ellos, Nick conocía a todo el mundo, de modo que la vida le parecía llena de posibilidades, de sentido doméstico. Pero al final se dio cuenta de que aquellos actos estaban llenos de gente aburrida, que estrechaba la mano alegremente y hablaba sin cesar de cuando iba de acampada al oeste. En realidad no hablaban con su interlocutor. Hablaban hacia él. Le hablaban a él. Hablaban cerca, encima de él. Se creían cruciales para el bienestar de la comunidad. Pero rara vez pisaban una biblioteca. No leían libros.

—Por lo menos son *contribuyentes de la comunidad* —dijo Nick—. Por lo menos no le chupan la sangre a la comunidad.

—Lamen —dijo ella.

—¿Qué?

—Sorber y lamer. No chupar. —El la miró de un modo dubitativo y preocupado—. Lo busqué un día en el diccionario —explicó ella.

—Pues lo que sea —dijo él, poniendo mala cara—. Al menos a ellos les importa. Al menos tratan de ofrecer algo.

—Preferiría vivir en Rusia.

—Volveré alrededor de las diez —contestó él.

—¿No quieres que vaya? —Lo cierto es que no le gustaba Ken Teedebaum. Quizá Nick lo había adivinado. A pesar de tener el apoyo de los restos de la Izquierda local, había algo fatuo y vano en Ken. Tendía a hacer breves ejercicios de piernas mientras se, hablaba con él. A menudo sacaba una foto que le habían hecho en Woolworth y se la enseñaba a la gente. «Mirad esto —decía—, es de cuando llevaba el pelo largo, ¿no es increíble?» Y la gente miraba y veía a un guapo adolescente que sólo tenía un ligero parecido con el fofo Ken Teedebaum del presente. «¿Verdad que me parezco a Eric Clapton?»

«Eric Clapton nunca se habría sentado en un fotomatón de unos grandes almacenes como una colegiala», había dicho Alos, con ese barboteo cáustico que a veces padecen los tímidos. Ken la había mirado entre risueño y herido, y después de aquello dejó de enseñar la foto cuando ella estaba presente.

—Si quieres, puedes venir. —Nick se puso de pie, se alisó el pelo y de nuevo pareció atractivo—. Nos veremos allí.

El acto de recaudación de fondos se celebraba en el salón del piso de arriba de un restaurante llamado Dutch. Pagó diez dólares, entró y comió un montón de coliflor cruda y humus antes de ver a Nick al fondo, en un rincón lejano, hablando con una mujer vestida con vaqueros y chaqueta marrón. Era la clase de mujer que haría que Nick se volviera en un restaurante. Tenía el pelo color caoba cortado a lo paje, con líneas muy rectas; una cara bonita, pero un peinado demasiado duro, demasiado separado y muy cuidado. En cambio Alos llevaba el pelo largo y revuelto, y se lo recogía de cualquier manera con una horquilla. Cuando se estiró para saludar a Nick con la mano, y él desvió los ojos sin reconocerla, y miró otra vez a la pelirroja de pelo de paje, Alos se quedó con la mano levantada y luego se la llevó a la cabeza, para jugar con la horquilla. Nunca encajaría en aquel ambiente, pensó. Con gente de esa clase, no: la típica gente activista que atiende

un mostrador alegremente. Prefería los que atendían los mostradores de la biblioteca, silenciosos y poetas; eran delicados y apegados a su territorio, intelectuales y físicamente enfermos. En el trabajo se sentaban e inventaban frases al estilo de Tom Swift: «Tengo que ir a la ferretería, dijo con voz férrea.»

«¿Te apetece un refresco?, dijo con cara burbujeante.»

Iban a pasar los fines de semana a la Clínica Mayo. «Un parque de atracciones para hipocondríacos», decía una bibliotecaria llamada Sara. «Una mezcla de Lourdes y grandes almacenes», dijo otro llamado George. Ésa era la gente que le gustaba, gente con la que realmente no se podía vivir.

Se volvió para ir a los lavabos de señoras y se topó con Ken. Este la saludó con un abrazo y luego le susurró al oído:

—Tú vives con Nick. Ayúdanos a pensar en un tema. Me hace falta otro tema.

—Ya te compraré uno en la tienda de temas —dijo ella, y se zafó mientras alguien se acercaba a Ken con una mano tendida y efusiva y un «Aquí tenemos al hombre del momento» falso y retumbante. En el cuarto de baño miró fijamente su reflejo: en un intento de ser extravertida, se había puesto una túnica con grandes tajadas de melón pintadas en la parte delantera. ¿En qué había estado pensando?

Se metió en uno de los váteres y cerró el pestillo. Leyó las pintadas de detrás de la puerta: «Anita quiere a David S.» O «Jesús + Diane W.». Era bueno saber que incluso en un pueblo como ése la gente era capaz de quererse.

—¿Con quién hablabas? —preguntó ella más tarde, en casa.

—No sé. ¿A quién te refieres?

—A la del pelo de plastilina.

—Ah. ¿Erin? Sí que parece que se haga algo en el pelo. Creo que se lo tiñe con henna.

—Es como si clavara el pelo en la pared y ella se pusiera debajo.

—Es la presidenta de la Asociación de Vecinos de Bayre Corners. En septiembre necesitaremos mucho su apoyo.

A los suspiró y apartó la vista.

—Así es el proceso democrático.

—Prefiero a los reyes —dijo ella.

El viernes siguiente, la noche de la fiesta del pescado frito para recaudar fondos en Labor Temple, fue la noche que Nick se acostó con Erin, de la Asociación de Vecinos de Bayre Corners. Llegó a casa a las siete de la mañana y se confesó a Alos, quien, al ver que Nick no llegaba a casa, se había tragado media caja de Dramamina para conciliar el sueño.

—Lo siento —dijo con las manos en la cabeza—, es algo muy de los sesenta.

—¿De los sesenta? —Estaba atontada y colocada por los somníferos.

—Te implicas mucho con una persona en un acto político y al final te encuentras con ella en la cama. Ella también es de esta onda. Y es que, no sé, es una persona que realmente se preocupa por su comunidad. Tiene una faceta expresiva, muy cercana. Y todo eso me embaucó. — Estaba sentado, inclinado sobre las rodillas, hablando a los zapatos. El ventilador eléctrico dirigía el aire hacia él y le movía el pelo con suavidad, como las algas en el agua.

—¿Algo de los sesenta? —repitió Alos—. Algo de los sesenta, pero, ¿qué es esto? ¿Algo así como *Easy to be hard!* —Era la canción que mejor recordaba. Pero algo se había desconectado en ella. Los huesos del pecho le dolían. Hasta la habitación parecía haber cambiado: brillaba más, era horrible. Todo había salido corriendo, había huido para transformarse en otra cosa. Le sudaban las axilas y sintió la cara caliente.

—Eres un asesino —dijo—. Al final, eso es lo que eres. Es lo que, finalmente, siempre serás. —Comenzó a sollozar tan fuerte que Nick se levantó y cerró las ventanas. A continuación volvió a sentarse y la abrazó (¿quién más había allí para abrazarla?), y ella también lo abrazó.

Le compró un anillo con un granate bien grande, como una pastilla para la tos encajada en bronce. Lavó los platos diez veces seguidas. Sentía la necesidad de irse a la cama inmediatamente después de cenar y ponerse a dormir pesadamente, para escapar. Le había cogido miedo a salir (los restaurantes, las tiendas, la tensión en los hombros, el miedo apoderándose de su cara cuando estaba allí, como si la gente supiera que era extranjera e idiota) y durante quince días más preparó la comida e hizo la compra. El coche de él siempre estaba aparcado en la calle, y el de ella estaba siempre en primer lugar, en la entrada del garaje, cerca, cerrando el paso, como indicando quién pertenecía más a la comunidad, al mundo, y quién estaba más alejada de él, en una casa. Quizás en cama. Quizá dormida.

—Necesitas más vida a tu alrededor —dijo Nick acunándola, aunque ella estaba rígida. La cara de él era melancólica y estaba bronceada, las

notas y el barniz de un violín—. Necesitas sentir más la vida a tu alrededor. —Fuera reinaba el clásico olor a podrido de cuando va a llover.

—¿Cómo te las has arreglado para ponerte moreno si ha llovido tanto? —preguntó.

—Es verano —contestó—, y trabajo a la intemperie, ¿recuerdas?

—No tienes ni la marca de la camiseta —dijo ella—. ¿Adonde vas?

Le había cogido miedo a la comunidad. Era su enemiga. Los demás, los demás.

Había aprendido, sin darse cuenta entonces, a seguir la mirada de Nick; había aprendido a aprender su lujuria, y cuando salía a la calle, por lo menos a trabajar, los deseos de él permanecían memorizados dentro de ella. Miraba a las mujeres atractivas que él miraría. Se volvía para inspeccionar la cara de todos los cortes a lo paje que veía por detrás para luego adelantarlas en el coche. Las miraba furtivamente o de modo directo, no importaba. Examinaba los ojos y la boca, y se preguntaba por el cuerpo. Se había convertido en él: deseaba a esas mujeres. Pero también era ella, y entonces las despreciaba. Las deseaba, pero también quería pegarles.

Un violador.

Se había convertido en un violador, yendo en coche hacia el trabajo.

Pero durante un tiempo, ése fue el único modo en que podía ser.

Comenzó a llevar su ropa (una camisa, unos calcetines) para mantenerlo cerca de ella, para tratar de entender por qué había hecho lo que había hecho. Y en esta identificación, en su papel con pantalones, como en una ópera, pensó que entendía lo que era hacer el amor con una mujer, abrir sus partes bajas, como una comida secreta, abrirse paso con violencia dentro de ella, con el cuerpo arqueado, pujando dentro de ella, como una marioneta, para verla después cuando se levanta y anda contigo, sin hacer caso del daño que sin duda le has hecho. ¿Cómo podrías no quererla, dando gracias a Dios? Era muy misteriosa y equilibrada, y un pensamiento no compartido animaba sus ojos; querrías ir tras ella para siempre.

Un hombre enamorado. Eso era un hombre enamorado. Muy diferente de una mujer.

Una mujer arreglaba la cocina. Una mujer daba y ocultaba, daba y ocultaba, como alguien con una cesta de mayo.

Pidió hora con un médico. Su seguro cubría la consulta si iba al hospital de la universidad, así que pidió hora allí.

—He pedido hora con un médico —dijo a Nick, pero tenía el grifo de la bañera abierto y no la oyó—. Para averiguar si me pasa algo malo.

Cuando salió, se acercó a ella, llevando sólo una toalla, la atrajo hacia su pecho y la inclinó hasta el suelo, allí mismo, en el pasillo, junto a la puerta del cuarto de baño. Algo se abatía, adelante y atrás, describiendo un arco por encima de ella. Socorro, socorro. Se quedó paralizada.

—¿Qué es eso? —Lo apartó.

—¿Qué? —Se puso de espaldas y miró. Algo revoloteaba por las escaleras, un pájaro—. Un murciélago —dijo.

—Oh, Dios mío —exclamó Alos.

—El calor los hace salir de estas casas viejas de alquiler —dijo, y se levantó envolviéndose de nuevo en la toalla—. ¿Tienes una raqueta de tenis?

Ella le enseñó dónde estaba.

—He jugado al tenis solamente una vez —dijo ella—. ¿Te gustaría jugar a tenis algún día?

Pero él comenzó a acechar al murciélago en la escalera oscura.

—Y ahora que no te dé la histeria —dijo él.

—Ya estoy histérica.

—No te pongas... ¡Toma! —gritó él y ella oyó el estampido de la raqueta contra la pared, y el blando golpe del murciélago al caer al suelo.

—¿Tenías que matarlo? —De repente se sintió mareada.

—¿Y qué querías que hiciera?

—No sé. Que lo capturaras, que lo castigaras un poco. —Se sintió culpable, como si su propio odio hubiera causado su muerte—. ¿Qué clase de murciélago es? —Ella se puso de puntillas para mirar, para echarle un vistazo a la cara de mono, los dientes de gato, las alas pterodactilares, venosas como las hojas de remolacha—. ¿Qué clase de murciélago es? ¿Orejudo, de herradura, reina?

—A mí me parece hétero —dijo Nick, dando golpecitos con el puño en el brazo de Alos.

—Ya está bien.

—Eso digo yo, *virgopotens*... No sé, chica, puede que sea un murciélago del zodiaco.

—O un murciélago común. No es un vampiro, ¿verdad?

—Me parece que tendrás que ir a Sudamérica para ver vampiros —dijo él—. Ponte los zapatos de plataforma.

Se hundió en los escalones, se ajustó el albornoz. Palpó hasta encontrar el interruptor de la luz y lo accionó. El murciélago, ahora lo veía bien, era pequeño y de colores claros, con las alas plegadas como una tienda de campaña doblada, un ratón con mochila. Tenía una cara tierna, como un ciervo, aunque le salía un hilo de sangre de la cabeza. Le recordó a un gato que había visto un día de pequeña, al que le habían disparado un perdigón en el ojo.

—No puedo seguir mirándolo —dijo ella y volvió a bajar las escaleras.

Nick apareció media hora después, en la entrada. Ella estaba en la cama, con un libro en el regazo: una biografía de una feminista francesa que estaba leyendo para informarse sobre su peinado.

—Hoy he comido con Erin —dijo él.

Ella se quedó mirando la página. Redecillas. Turbantes y redecillas. Podías ir días y días con una redecilla.

—¿Por qué?

—Por muchas razones diferentes. Sobre todo, por Ken. Aún es presidenta de la Asociación de Vecinos, y él necesita su apoyo. Sólo quería que lo supieras. Oye, no me tienes que pedir tanto.

—No te pido tanto —dijo ella y volvió a ponerse roja—. Ni tan calvo. Todos los tantos y los calvos los tienes tú. —Cerró el libro—. No sé por qué tonteeas con esa gente. No son más que un puñado de tenderos.

El había tratado de ser agradable, pero entonces se le escapó una leve mueca.

—Sí, ya veo, señorita altruista. Tú, con un padre que se ganaba la vida con las pieles. ¡Pielés! —Dio dos pasos hacia ella, luego media vuelta y retrocedió—. ¡No puedo creer que esté viviendo con alguien que creció gracias a lo que otro ganó con animales maltratados!

Ella callaba. Aquellos arrebatos de quisquillosidad moral era algo que había visto con frecuencia en la gente de allí. No eran buenas personas,

no eran amables. Siempre iban tonteando de aquí para allá, y mentían a sus cónyuges. ¡Pero reciclaban los periódicos!

—No metas a mi padre en esto.

—Mira, he pasado años de mi vida trabajando por la paz y la libertad de expresión. Incluso he estado en la cárcel. ¡He vivido en una jaula! No necesito vivir en otra.

—¡Tú y tu libertad de expresión! ¡Tú, que eres incapaz de escucharme dos minutos seguidos!

—¿Escuchar qué?

—Escucharme cuando... —y aquí se mordió un poco el labio—, cuando te digo que esa gente por la que te preocupas tanto, la odiosa Erin o como se llame, es sólo gente pequeña, horrible, no es nada.

—Así que no leen suficientes libros —dijo despacio—. Y a quién mierda le importa.

Al día siguiente estuvo en una reunión con Ken en la Asociación de Jubilados. El presentador televisivo de *¡Doble o nada!* estaría allí, y Ken quería estrechar unas cuantas manos y reclutar voluntarios. El presentador de *¡Doble o nada!* iba a dar una charla.

—No lo entiendo —dijo Alos.

—Ya lo sé. —Suspiró, la laguna de la vida flotando en los ojos—. Pero bueno, es el estilo estadounidense. —Cogió las llaves, y la cara que puso al mirarla rápidamente le dijo que no era lo suficientemente guapa.

—Detesto Estados Unidos —dijo ella.

A pesar de todo, la llamó a la biblioteca durante el descanso. Había estado sentada en la parte trasera con Sarah, imaginando frases a lo Tom Swift, con el cerebro listo para sangrar desde los oídos, cuando sonara el teléfono.

—Deberías ver esto —dijo él—. Un viejo excéntrico levanta la mano, le cedo la palabra, se levanta y lo primero que dice es: «Hace diez minutos largos que tengo la mano levantada y usted insiste en no hacerme caso. No me gusta que me pasen por alto. No puede olvidarse de un individuo como yo, sobre todo con la edad que tengo.»

Ella se rió, tal como él quería.

«Este perrito caliente es asqueroso, dijo ella con franqueza.»

—Para llamar la atención de los médicos, Ken tiene un montón de firmas que dicen «Teedebaum por la reforma para el control de las indemnizaciones».

—Parece un poema de Wallace Stevens —dijo ella.

—No sé qué es lo que esperaba. Pero no está bien el giro que han tomado las cosas en este asunto.

«Es una perra, dijo él con voz felina.»

Ella se quedó callada, decidió que dejaría que él llevara el peso de la conversación.

—¿Te das cuenta de que todo el equipo de fútbol de Ken acaba de escribir una carta al periódico *The Star* acusándole de escandaloso y estafador?

—Bueno —dijo ella—, ¿y qué esperabas de un grupo de hombres crecidos que aún juega sucio?

Se quedaron callados.

—Me importa lo nuestro —dijo él finalmente—; sólo quería que lo supieras.

—De acuerdo —dijo ella.

—Ya sé que no hago más que fastidiarte —dijo él—, pero es que tú eres una inspiración para mí, de verdad.

«Me gustan los perros esquimales, dijo ella enseñando los caninos.»

—Gracias por..., por decir eso —dijo ella.

—A veces desearía que te comprometieras más con la comunidad para ayudarnos en nuestra campaña. Que dieras más de ti, que conectaras un poco con algo.

En el hospital se incorporó en la camilla y se ajustó un poco la bata de papel que la cubría, los pies en los estribos. La doctora sacó un espejito de plástico de un cajón.

—¿Tiene hoy algún problema en particular? —preguntó la doctora.

—Sólo quiero que me vea y que me diga si hay algo que no va bien —dijo Alos.

La doctora la observó atentamente.

—Fuera hay un grupo de estudiantes de medicina. ¿Le importa que pasen?

—¿Cómo dice?

—Ya sabe que éste es el hospital de la universidad —explicó—. Esperamos que a nuestros pacientes no les importe colaborar con la educación de nuestros estudiantes y permitan su entrada durante la revisión. Es una manera de contribuir a que la comunidad médica crezca, si quiere. Pero usted es la que decide. Puede decir que no.

Alos se asió a la bata de papel. «Nunca ha habido un accidente, dijo con negligencia.»

—¿Cuántos son?

—Siete —respondió la doctora con una carcajada—, como los enanitos.

—Entran y, ¿qué es lo que hacen?

La doctora se impacientaba y miró el reloj.

—Participan en la revisión, vienen para aprender.

Alos se volvió a hundir en la camilla. No creía que se pudiera ofrecer de ese modo.

«Sólo eres del montón, dijo él mezquinamente.»

—Muy bien —dijo—, de acuerdo.

«Inclínate, dijo él rígidamente.»

La doctora abrió la puerta y llamó a los estudiantes que se encontraban en el pasillo.

—Entren, por favor.

Eran jóvenes, más de la mitad eran hombres y se apostaron alrededor de la camilla de revisión formando una herradura, con aspecto ligeramente avergonzado. Sentían pena por ella, no había duda, del mismo modo que los estudiantes de arte algunas veces sienten pena por la modelo que tiritita y que están a punto de dibujar. La doctora puso un taburete entre los pies de Alos e introdujo el espéculo de plástico con un mango que se ensanchaba, rígido, incómodo, vergonzoso.

—Hoy vamos a realizar una inspección pelviana de rutina —anunció la doctora en voz alta, y a continuación se levantó de nuevo, fue hasta el cajón y repartió guantes de látex para todo el mundo.

Alos se quedó un poco ciega. Una luz blanca, que partía del centro, se expandía hacia los extremos negros de su visión. Una tras otra, las manos de los estudiantes entraron en ella o presionaron su abdomen con avidez, con inocencia, para aprender algo de ella, en ella.

Echaba mucho de menos a su madre.

—El siguiente —decía la doctora, y luego otra vez—. Muy bien, el siguiente.

Alos echaba mucho de menos a su madre.

Pero fue la cara de su padre la que de repente se apareció ante ella, su cara en el marco de la puerta de su habitación, cuando por la noche iba a verla antes de irse a dormir, con semblante perplejo, horrorizado al encontrarla bajo la colcha tocándose y jadeando, y susurró: «Nell, ¿estás bien?», y desapareció dando un portazo, para dejarla allí, finalmente, para siempre; para morir y dejarla allí, sintiendo sólo su pena y desgracia, con la cual conviviría como con un abrigo.

Había dedos de goma dentro de ella, moviéndose, retorciéndose, pero no como los otros. Se sentó bruscamente y el estudiante joven retiró la mano, la apartó.

—No lo hacía bien —dijo a la doctora. Señaló al estudiante—. ¡No lo hacía correctamente!

—Muy bien —dijo la doctora, mirando a Alos con preocupación y alarma—. Muy bien, pueden marcharse —dijo a los estudiantes.

La doctora tampoco le encontró nada.

—Está perfectamente normal —dijo. Aunque le sugirió a Alos que tomara vitamina B y que por las tardes escuchara música tranquilamente.

Alos recorrió el aparcamiento del hospital tambaleándose y al principio no encontró su coche. Cuando dio con él, se apretó mucho el cinturón de seguridad, como si ella fuera algo salvaje: un animal o una estrella.

Volvió a la biblioteca y se sentó al mostrador. Todo el mundo se había ido ya a casa. En el extremo del cuaderno anotó: «Sola como un libro, sola como un mostrador, sola como una biblioteca, sola como un pincel, sola como un catálogo, sola como un número, sola como un cuaderno.»

Luego, también ella abandonó aquel lugar, se fue a casa y se hizo un té. Se sentía separada de su cuerpo, sentía que lo arrastraba escaleras arriba como una bolsa grande de asas, su vacuidad curtida como algo que se puede cortar en pedazos y regalar, o algo en lo que se pueden pegar cosas. Se tendió entre las sábanas de la cama, sudando, quizás a

causa del té. Se le cayó el mundo encima, gastado, descentrado hacia un lado. No había más nombres por los que vivir.

Habría que vivir más cerca. Había perdido su lugar, como en un libro.

Habría que vivir más cerca de donde están enterrados los padres.

Mientras esperaba a que volviera Nick, sintió que se mareaba, flotaba hacia el techo y miraba hacia abajo, a la bolsa de asas. Al día siguiente se haría la tarjeta de donante de órganos, una tarjeta de donante de ojos, tantas tarjetas como se pudiera hacer. Se las enseñaría todas a Nick. «¡Nick, mira las tarjetas!»

Y como él no volvió a casa, se quedó despierta a través de la larga noche, a través del ruido sordo pero amortiguado de un pájaro que se golpeaba contra la ventana, a través de los truenos que iban y venían como una voz, a través de la lluvia frankensteiniana de la tormenta. Por encima de la casa, en lugar de estrellas, sintió las cabezas brillantes de su madre y de su padre, buscándola, con ojos centelleantes desde el cielo.

«Oh, ahí estás —dijeron—, ahí estás.»

Pero luego desaparecieron de nuevo, y ella estaba tendida, esperando, con el puño en la columna vertebral, la gracia y la fatiga que vendrían, que seguro que venían, por haber dado tanto al mundo.

Agnes de Iowa

Su madre le había dado el nombre de Agnes, pues creía que una mujer guapa causaba todavía más efecto cuando tenía un nombre sin pretensiones. Su madre se llamaba Cyrena, y encima era hermosa, pero siempre había imaginado que su vida habría sido más interesante, que habría influido en el mundo de un modo más espectacular y deslumbrante, y no habría terminado en Cassell, Iowa, si le hubieran puesto Enid, Hagar o Maude. Y por ello le puso Agnes a su primera hija, y cuando fue evidente que Agnes no era atractiva, sino más bien fofa y con tendencia a que le saliera un sarpullido entre las cejas, el pelo aplastado y del color de la bilis, su madre se lo pensó mejor y le puso a su segunda hija Linnea Elise (que resultó una criatura encantadora y dormilona, con unos huesos fantásticos y unos labios blandos y tiernos, y un lunar correoso encima del labio que más adelante podría extirparse sin problemas, todo el mundo estaba seguro de ello).

La misma Agnes siempre había tenido problemas con su nombre. Durante un breve período, cuando tenía veintitantos, había tratado de hacerlo pasar por francés: le colocó el acento en la última sílaba y animaba a la gente a que la llamara «Añés». Fue cuando vivía en Nueva York y salía mucho con su primo, un pintor que solía llevarla a fiestas que se celebraban en naves transparentes, en casas junto a la playa o en mansiones a la orilla de los lagos de la parte norte del estado. Conoció a mucha gente rica, no muy brillante, a quien le parecía enigmático que su nombre se pronunciara así. Era el resto de su persona lo que no veían muy claro.

—Añés, ¿de dónde eres, cariño? —preguntó una mujer de pantalones negros y pelo congelado, con piel como el papel y melanómica de tanto sol—. De origen —miró la vestimenta de Agnes como si fuera efectivamente lo que era: un par de cosas azules compradas en unos grandes almacenes de Cedar Rapids.

—¿De dónde soy? —contestó Agnes con suavidad—. De Iowa. —Tenía la costumbre de no hablar mucho.

—¿De dónde? —dijo la mujer con desprecio, perpleja.

—De Iowa —repitió Agnes más alto.

La mujer de negro rozó la muñeca de Agnes y se inclinó hacia ella en tono confidencial. Movi6 la boca con preocupación y de modo exagerado, como un ejercicio de gimnasia facial.

—No, querida. Aquí decimos Ohio.

Aquello ocurrió en la década de confusión que había seguido a la universidad. Entonces vivía improvisadamente, trabajando en cualquier cosa, en restaurantes, oficinas, tomando una clase o dos, no pensando mucho a largo plazo, lidiando con la precariedad y con las gripes del metro, y economizando para hacerse la manicura de vez en cuando o para ir al teatro. Una vida así requería una autoestima muy exagerada. Suponía tener cantidades excesivas de esperanza y desesperación, y ponerlas una junto a otra al tuntún, como países tercermundistas del continente de las emociones. Sus días cada vez eran más confusos debido a las contradicciones. Cuando se iba a dar un paseo, por salud, se le encendían brasas en las mejillas y se le aposentaba el hollín en las láminas enrolladas de las orejas. Los zapatos se hacían indescriptibles. Sus blusas se oscurecían en la brisa y un chorro de humo de autobús podía entretenerse en su pelo durante horas. Finalmente, volvía su antigua asma y con una tos de perro que no cesaba, desistía. «Me encuentro como si me quedaran cinco años de vida —contaba a la gente—, así que me vuelvo a Iowa para encontrarme como si tuviera cincuenta.»

Mientras hacía las maletas para irse, sabía que estaba diciendo adiós a algo importante, que no estaba del todo mal, en cierto modo, porque por lo menos quería decir que había dicho hola a algo en primer lugar, cosa que, según ella, la mayoría de la gente de Cassell, Iowa, no podía decir que había hecho.

Año y medio más tarde se casó con un hombre aññado, doce años mayor que ella, un agente inmobiliario de Cassell llamado Joe, y se compraron una casa en una calle pequeña llamada Birch Court. Ella daba clases nocturnas en una escuela de arte y trabajaba voluntariamente para la Comisión Municipal de Transportes. La vida era como un vaso de agua: medio vacío, medio lleno. Medio lleno. Medio lleno. Bueno: medio vacío. A lo largo de los años, ella y Joe trataron de tener un hijo, pero una noche, durante la cena, mirándose de un modo solitario por encima del redondo de ternera, se dieron cuenta con horror de que probablemente nunca lo tendrían. Sin embargo, después de seis años lo seguían intentando, estropeando lo que quedaba de romanticismo en su matrimonio.

—Cariño —solía susurrarle ella por la noche mientras él leía a la luz de la lámpara de la mesilla; ella había dejado el libro y se acurrucaba junto a él, y quería poner la bufanda roja sobre la pantalla de la lámpara, pero como sabía que le molestaría no lo hacía.

—¿Quieres hacer el amor? Es un buen momento del mes.

Y Joe se quejaba. O bostezaba. O ya estaba dormido. Una vez, después de un día largo y duro, dijo:

—Lo siento, Agnes, pero no estoy de humor.

—¿Acaso crees que yo estoy de humor? —Se comenzaba a exasperar—. Me apetece tan poco como a ti.

Y él la miró con cara de asco y dos semanas después tuvieron la triste visión sobre el redondo de ternera.

En la Escuela de Arte, antes Grange Hall, Agnes daba clases sobre Grandes Libros de la Historia, pero de modo informal, con galletas. Dejaba que los estudiantes llevaran poemas, obras de teatro e historias escritas por ellos; dejaba que usasen la clase para tener un rato de creatividad. Incluso hubo uno que un día llevó una escultura eléctrica con luces intermitentes.

Después de clase algunas veces se reunía con los estudiantes individualmente. Les sugería temas sobre los que escribir, lecturas o asuntos que podían tener en cuenta para los próximos proyectos. Sonreía y les preguntaba si las cosas les iban bien. Se interesaba por ellos.

—Tendrías que ser más estricta —dijo Willard Stauffbacher, el director del Departamento de Enseñanza. Era un músico bajo y calvo al que le gustaba pegar en la puerta fotos de gente famosa con quien se encontraba algún parecido. Cada tres lunes presidía la reunión departamental («me gusta el nombre», decía Agnes en broma, ya que ella estaba allí de parte mental)—. Que sea un curso nocturno no quiere decir que te puedas salir del programa —dijo Stauffbacher con tono de reproche—. Si es una estupidez, usa la palabra estupidez. Si lo que ocurre es que no tiene sentido, escribe no tiene sentido en la parte superior de cada una de las páginas. —Había enseñado un tiempo en una escuela primaria y también en una cárcel—. Me da la impresión de que aquí hago yo todo el trabajo difícil —añadió. Había pegado cerca de su oficina un letrero donde se leían las

NORMAS PARA LA SALA DE MÚSICA:

Me quedaré en mi asiento a no ser [sic] con permiso para levantarme.

Me sentaré bien.

Escucharé las instrucciones.

No molestaré a nadie.

No hablaré cuando el señor Stauffbacher esté hablando.

Seré educado con los demás.

Cantaré lo mejor que sepa.

Una noche Agnes se quedó con Christa, la única estudiante negra de la clase. Le encantaba Christa: era lista y divertida, y a Agnes a veces le gustaba quedarse después de clase con ella para charlar. Esa noche Agnes quería convencer a Christa de que dejara de escribir sobre vampiros.

—¿Por qué no escribes acerca de aquello que me contaste una vez? — sugirió Agnes.

—¿Acerca de qué? —Christa la miró con escepticismo.

—De cuando eras niña, durante los disturbios de Chicago, cuando ibas con tu madre entre las barricadas de la policía.

—Pero hombre, si eso lo viví. ¿Por qué querría escribir acerca de eso?

Agnes suspiró. Quizá Christa tuviera algo de razón.

—Es sólo que no te puedo ayudar con el tema ese de los vampiros —dijo Agnes—. Siguen siempre la misma fórmula, es un género de ficción.

—¿Acaso podrías ayudarme más con mi niñez?

—Bueno, con historias un poco más serias, sí.

Christa se levantó, estaba turbada. Cogió la historia de vampiros.

—Tú y tus libros de Alice Walker y Zora Hurston. Eso ya no me interesa. Esos libros los leí hace años.

—Christa, por favor, no te enfades. Por favor no hables cuando el señor Stauffbacher esté hablando.

—Esto era lo que me querías decir, ¿no?

—No, de verdad —dijo Agnes—. Es sólo que..., ¿sabes qué me pasa? Que estoy harta de esos vampiros. Siempre andan vagando y son repetitivos hasta la saciedad.

—Si fueras negra lo que estás diciendo tendría otra lectura. Pero lo cierto es que no lo eres —dijo Christa, y recogió su abrigo y se fue dando grandes zancadas. Aunque al cabo de diez segundos asomó la cabeza y dijo—: Hasta la semana que viene.

—Tenemos que invitar a un escritor negro —dijo Agnes en la siguiente reunión departamental—. Nunca ha venido ninguno.

Miraron el presupuesto; ese año las conferencias se enfrentaban con «Formación en danza», un programa dirigido por una pelirroja llamada Evergreen.

—El ballet Joffrey siempre coge a bailarines buenos —dijo Evergreen a propósito de nada. Así como una aspiradora puede arrancar el hilo de una alfombra, tanto yoga le había sorbido el seso hasta dejárselo seco. Nadie le prestaba mucha atención.

—Quizá podríamos invitar a Harold Raferson, de Chicago —sugirió Agnes.

—Ya tenemos a alguien para el puesto de escritor invitado —dijo Stauffbacher con tímida coquetería—: un afrikáner de Johannesburgo.

—¿Qué? —preguntó Agnes. ¿Lo decía en serio? Incluso Evergreen lanzó la carcajada.

—W. S. Beyerbach. Lo trae la universidad. Pagamos quinientos dólares y lo tenemos aquí durante un día y medio.

—¿Quién? —preguntó Evergreen.

—¿Ya está decidido? —preguntó Agnes.

—Sí. —Stauffbacher miró a Agnes acusadoramente—. He trabajado mucho para organizar esto. He trabajado mucho.

—Pues trabaja menos —dijo Evergreen.

Cuando Agnes conoció a Joe, se enamoraron locamente. Se besaban en los restaurantes; se toqueteaban en el cine por debajo de los abrigos. En la pequeña casa de él hacían el amor en el porche, en el rellano de la escalera, contra la pared del pasillo, junto a la puerta del desván, invadidos por demasiado deseo para esperar a estar en una habitación de verdad.

Ahora luchaban conscientemente por crear ambiente, algo que no habían necesitado hasta entonces. Ella preparaba la habitación con cuidado. Ponía música tranquila y se concentraba. Encendía velas como si estuviera en una iglesia, rezando por los ausentes. Llevaba una bata finísima. Se preparaba un baño caliente y luego entraba en la habitación con sólo una toalla, una criatura salvaje y parecida a un pez, de calor húmedo y perfumado. En el cajón de la mesita de noche todavía guardaba las tarjetas que una vez un médico le dijo que guardara, todavía ponía una X en las casillas de los días que ella y Joe tenían relaciones sexuales. Pero no se lo podía enseñar al médico; ahora no. A Agnes le dolía verlas. Ella y Joe eran peores que un tiro errado. Ella y Joe parecían idiotas. Ella y Joe parecían muertos.

La luz de las velas bailoteaba frenéticamente en el techo, como un espectáculo de marionetas. Mientras esperaba a que Joe saliera del baño, Agnes yacía de espaldas en la cama y pensaba en la semana, en las dichosas discusiones políticas que habían tenido y en cómo ella no era muy buena en política. Una vez, antes de que fuera elegido, había ido a un mitin de Bill Clinton, pero cuando se demoró y la multitud llevaba una hora esperando, cuando el calor comenzó a apretar y las abejas comenzaron a aterrizar en la cabeza de la gente, cuando a todo el mundo le dolían los pies y los niños pequeños empezaban a llorar, el organizador del mitin avanzó para anunciar que Clinton se había parado en un Dairy Queen de Des Moines y que ésa era la causa por la que llegaba tarde. «¡En un Dairy Queen!» Se había enfadado, se había vuelto resentida y apolítica en su propia sed, dulce y hambrienta, y se había unido a los que empezaban a corear: «Haznos un favor, dinos el sabor.»

En los años de universidad había sido feminista: básicamente se afeitaba las piernas, «pero no con la frecuencia suficiente», le gustaba decir. Firmaba las recogidas de firmas para pedir guarderías y también para pedir más Planificación Familiar. Y aunque ella nunca había sido muy agresiva con los hombres, sentía de modo muy certero que sabía cuál era la diferencia entre el feminismo y el Día de Sadie Hawkins, cosa que, según ella, algunas personas no diferenciaban.

—Agnes, ¿se nos ha acabado la pasta de dientes o esto es...?, ah, entiendo, de acuerdo.

Y una vez, en Nueva York, había organizado quijotesicamente la cola del lavabo de señoras en el teatro Brooks Atkinson. Puesto que la obra iba a comenzar de un momento a otro y la cola todavía era de veinte mujeres, consiguió que seis atravesaran el vestíbulo con ella hacia el lavabo de caballeros. «¿Ya se ha ido todo el mundo?», preguntó tímidamente, y dejó que dos hombres terminaran, lo que costó un rato, sobre todo porque otro hombre impaciente que quiso entrar, se coló. Más tarde, en el entreacto, vio cómo tendría que haberlo hecho: dos mujeres negras, mayores, grandes expertas en derechos civiles, se metieron con toda la confianza del mundo en el lavabo de caballeros y gritaron: «No os preocupéis por nosotras, vamos a entrar, no os preocupéis.»

—¿Estás bien? —preguntó Joe, sonriendo. Ya estaba junto a ella. Su olor era agradable, a jabón y a dientes mentolados, como un niño.

—Creo que sí —contestó, y se volvió hacia él en la luz de burdel de la habitación. El nunca había adquirido el aspecto de madurez anclado en el sufrimiento que bruñía la cara de tantos hombres. Su desgracia en la vida (una niñez de palizas, una madre moribunda) era como las arenas movedizas, y tenía que mantenerse completamente apartado de ellas. No se permitía ningún recuerdo infeliz en voz alta. Estaba apegado a la misma alegría amable que había ido afilando con éxito cuando era niño,

la cual le hacía parecer como un necio incluso ante sí mismo. Quizá le perjudicaba un poco en su trabajo.

—Tu mente está vagando por ahí —dijo él, dejando que los ojos se le cerraran.

—Lo sé. —Ella bostezó, pegó las piernas a las suyas para que se le calentaran, y de este modo, con las velas ardiendo hasta llegar a la lata, se durmieron los dos.

Llegó la primavera, fría y húmeda. Los bulbos se resquebrajaban y brotaban, los periscopios verdes apareciendo de la nada, y el primero de abril la Escuela de Arte anunció una conferencia en broma a cargo de T. S. Elliot, profesor invitado. Se titulaba «El mes más cruel». «¿No lo encuentras divertido?», preguntó Stauffbacher.

El 4 de abril habría una recepción en honor de W. S. Beyerbach. Después se ofrecería una cena, y luego Beyerbach visitaría la clase de Agnes sobre Grandes Libros de la Historia. Había elegido la segunda colección de sonetos, sobrios y elegantes, con política diáfana y susurrante. Al día siguiente, allí mismo, habría una lectura de los mismos.

A Agnes no la habían invitado a la cena, y cuando preguntó por ello, con tono amable y desesperado, Stauffbacher se encogió de hombros, como si fuera algo que estuviera fuera de su alcance. Soy una poetisa con obra publicada, quería decir Agnes. Una vez le habían publicado un poema, en la revista *Gizzard*, ¡pero y qué!

—Edie Canterton hizo la lista —dijo Stauffbacher—. Yo no tengo nada que ver.

De todos modos, fue a la recepción, enfadada, y cuando se plantó junto al queso como un árbol partido en dos por un rayo, sentía que las galletas que comía iban formando una pasta mala en la boca y le dio miedo sonreír. Cuando por fin se presentó a W. S. Beyerbach, se atascó al decir su propio nombre: de hecho pronunció Añés.

—Añés —repitió Beyerbach con voz tranquila e inglesa. «Condescendiente», pensó ella. Tenía el pelo rubio y blanco, como un caballo bayo, y los ojos eran azules y desdeñosos como caramelos de menta. Se dio cuenta de que era un hombre contenido; aunque alguien diría que más bien tímido, pero ella decidió que era contenido: falto de generosidad. Pasivo-agresivo. Hacía que la gente a su alrededor se cortara y hablara nerviosamente. Se limitaba a asentir, la sonrisa en la cara sin fuerza, ligeramente farmacéutica. Todo en él era rígido y enroscado como el muelle de una puerta. «De vivir en ese país —pensó Agnes—. ¿Cómo era capaz de vivir en ese país?»

Stauffbacher trataba de hablar efusivamente del alcalde. Algo acerca de sus viejas ideas progresistas y el inminente centro de convenciones.

Agnes pensó en sus reuniones con la Comisión de Transportes, en la ley del alcalde de correas para gatos, en el nuevo escuadrón de mujeres para poner multas en los parquímetros y en la policía en bicicleta, en un hombre del Ayuntamiento con el que el alcalde se dio de tortas un día en un bar.

—Ahora, por supuesto, el alcalde es fascista —dijo Agnes en un tono que sonó extrañamente alto, brillante de rabia.

A su alrededor se hizo el silencio. Edie Canterton dejó de remover el ponche. Agnes miró a su alrededor:

—Ah, ¿es que no se puede usar esa palabra en esta sala?

La expresión de Beyerbach se tornó pálida. La cara de Agnes ardía de confusión.

Stauffbacher parecía dolido y luego afligido.

—¿Alguien quiere más queso? —preguntó, sosteniendo la bandeja plateada.

Después de que todos se marcharan a la cena, ella se fue sola al Dunk'N Dine que había cruzando la calle. Pidió el California, un bocadillo de beicon, lechuga y tomate, y un café, y hojeó nuevamente el trabajo de Beyerbach: docenas de imágenes de cuerpos podridos, rotos, de los motines y las traiciones del cuerpo, de los cuidadores extraños del cuerpo y de las mascotas ilícitas. Al principio del libro había una dedicatoria: «Para DFB (1970-1989).» ¿Quién sería? Un activista político, tal vez. Quizá fuera la joven a la que a menudo hacía referencia en sus poemas, «Una mujer que había tirado el vestido intempestivo de la esperanza», para luego buscarlo «en el arbusto que brotaba de la sangre». Quizá, si surgiera la oportunidad, Agnes se lo preguntaría. ¿Por qué no? Un libro era algo público y la dedicatoria formaba parte de él. Si le parecía una pregunta demasiado personal, mala suerte. Encontraría el momento adecuado, decidió. Pagó con un cheque restaurante, se puso la chaqueta y cruzó la calle hacia la Escuela de Arte, para encontrarse a Beyerbach en la puerta. Esperaría el momento y entonces aprovecharía la oportunidad.

El ya estaba en la entrada cuando ella llegó. La saludó con una sonrisa tensa y un suave «Hola, Añés», un acento que hacía que su voz sonara ordinaria y pueblerina.

Ella le sonrió y luego le soltó:

—Tengo que hacerle una pregunta. —A sus propios oídos sonaba como Johnny Cash.

Beyerbach no dijo nada, sujetó la puerta para que pasara y luego la siguió hacia el interior del edificio.

Ella continuó hablando mientras subían lentamente las escaleras:

—¿Puedo preguntarle a quién dedica el libro?

Al final de las escaleras giraron hacia la izquierda y avanzaron por el largo pasillo. Ella notaba su férrea reserva, cómo se mordía los labios, su timidez sin duda alguna racionalizada y vestida de esnobismo, pero se necesitaba tanto esnobismo para sobrellevar toda esa timidez que no era posible que fuese un buen crítico de su país. Estaba enfadada con él. ¿Cómo puede vivir en ese país?, quería decirle de nuevo, sin embargo se acordó de cuando se lo habían preguntado a ella, un danés en el viaje de fin de carrera a Copenhague. Había sido durante la guerra del Vietnam, y el hombre la había mirado mezquinamente, con toda la razón. «Estados Unidos, ¿cómo puedes vivir en ese país?», había preguntado el hombre. Agnes se había encogido de hombros. «Tengo la mayoría de mis cosas allí», había dicho, y fue entonces cuando sintió por primera vez el amor y la vergüenza oscura que venían del hogar como puro accidente, el lugar profundo y arbitrario que resultaba ser el tuyo.

—Está dedicado a mi hijo —dijo finalmente Beyerbach.

El no la miraba, sino que miraba hacia delante, al suelo del pasillo. Ahora los zapatos de Agnes hacían mucho ruido.

—Perdió un hijo —dijo ella.

—Sí —dijo él. Miró hacia otro lado, hacia la pared por delante de la cual pasaban, hacia el tablón de anuncios de Stauffbacher, la puerta del lavabo de caballeros, la puerta del lavabo de señoras, una firmeza rota en él, y cuando se dio la vuelta, ella vio que tenía los ojos llenos de agua, la cara congestionada, enrojecida por una presión insoportable.

—Lo siento —dijo Agnes.

Entonces, de un lado a otro, las pisadas resonaban por el pasillo en dirección a la clase; todo el nerviosismo que sentía junto a aquel hombre callado y abrumado por el dolor adquiría ahora la apariencia de ansiedad, de amor. ¿Qué debía decir? Perder un hijo debe de ser algo insoportable. ¿No debería decir él algo de esto? Le tocaba a él decir algo.

Pero no lo hizo. Y cuando por fin llegaron a su clase, se volvió hacia él en la entrada y, sacando un paquete de su bolsa, dijo simplemente con tono seguro:

—Siempre comemos galletas en clase.

Entonces le sonrió con tal alivio que supo que por una vez había dicho lo indicado. Aquello la llenaba de afecto por él. Quizá, pensó, por ahí era donde comenzaba el afecto: en una frase insólita, en un momento en que alguien inesperadamente y al fin ha dicho lo que había que decir. «Siempre comemos galletas en clase.»

Lo presentó con un poco de floritura y de biografía. Todos en sus puestos, los estudiantes atendían. Los chicos levantaban la mano y le preguntaban sobre el *apartheid*, sobre los barrios de chabolas y sobre su patria, y él contestaba de forma sucinta, después de sorber con la nariz y de guardar largos silencios, sólo una vez calificó una pregunta como «un capricho que no se puede responder», tras lo cual la estudiante se quiso fundir y comenzó a rebuscar algo en su bolso, nada, quizás un pañuelo de papel. Beyerbach pareció no darse cuenta. Continuó, habló de la censura, de cómo una persona se debe esforzar para no hacer propio el programa de censura del gobierno, ya que eso es lo que le gustaría más al gobierno, que uno mismo se autocensurara, y de cómo él no estaba seguro de no haber sucumbido. Al final varios estudiantes se quedaron y le dieron la mano de un modo formal, extraño, y luego se fueron. Christa fue la última: ella también le dio la mano y comenzó a charlar amigablemente. Tenían un conocido en común (Harold Raferson, de Chicago), y mientras Agnes pasaba la mano rápidamente por las mesas del aula para limpiar las migas de las galletas, trató de escuchar, pero no logró oír nada. Juntó las migas en un montoncito y se las echó en una mano.

—Adiós —dijo Christa como cantando.

—Adiós, Christa —dijo Agnes tirando las migas a la papelera.

Ahora estaba con Beyerbach en la clase vacía.

—Muchas gracias —dijo en voz baja—, seguro que les ha sido de provecho. Estoy segurísima.

El no dijo nada, pero le sonrió amablemente.

Ella se apoyó en la otra pierna.

—¿Le gustaría ir a algún sitio a tomar algo? —preguntó. Estaba cerca de él, mirándolo a la cara. Era alto, antes no se dio cuenta. No era ancho de espaldas, pero tenía un porte juvenil, erguido. Ella le rozó levemente la manga. Llevaba un traje de pana y desprendía un suave olor a clavo. Era la primera vez en su vida que invitaba a un hombre a tomar algo.

El no hizo ningún movimiento para apartarse, pero se inclinó un poco hacia ella. Pudo sentir su respiración seca, ver de cerca los rayos de colores de sus iris, grises y amarillos en el azul. Tenía unas cuantas

pecas pequeñas junto al nacimiento del pelo. Sonrió y luego miró el reloj de la pared.

—Me encantaría, de verdad, pero tengo que volver al hotel para hacer una llamada a las diez y cuarto. —Parecía un poco decepcionado: «No mucho —pensó Agnes—, aunque un poco sí.»

—Bueno —dijo ella. Apagó las luces y, en la oscuridad, él la ayudó con delicadeza a ponerse la chaqueta. Salieron de la sala y anduvieron juntos en silencio, por el pasillo, hacia la puerta principal. Afuera, en las escaleras, la noche era balsámica y con perfume de lluvia.

—¿Le parece bien que le acompañe al hotel? —preguntó ella—. O...

—Ah, sí, gracias. Está aquí, a la vuelta de la esquina.

—Ah, perfecto. Es que tengo el coche aparcado por allí. Bueno, me imagino que nos veremos mañana por la tarde en la audición.

—Sí, por supuesto, con mucho gusto —dijo él.

—El gusto es mío —dijo Agnes.

La audición, en una gran sala de reuniones de la escuela, era de un libro de sonetos que ella ya había leído, pero era bonito volver a escuchar los poemas, con su voz murmurante de tenor afligido. Se sentó en última fila, el impermeable verde extendido en su asiento de cualquier manera, como una hoja. Se inclinó sobre el asiento que había frente a ella, la espalda como un tallo en ángulo, la barbilla sobre los puños, y escuchó así durante un rato. Hubo un momento en que cerró los ojos, pero la imagen de él ante ella, erguido como la aguja de una brújula, se quedó atrapada bajo sus párpados como una quemadura o una manchita o un mensaje de la mente.

Después, cuando se apartó del atril, Beyerbach la vio y la saludó con la mano, pero Stauffbacher, como un remolcador con un trabajo que hacer, lo cogió por el brazo y lo llevó hacia otro lugar, hacia la mesa de al lado con los vasos de plástico con Pepsi tibia. Los dos somos hombres, parecía decir el gesto. Los dos llevamos «bach» en el apellido. Agnes se puso el impermeable verde. Fue hacia la mesa de la Pepsi y se quedó allí. Apuró la Pepsi tibia y dejó el vaso vacío encima de la mesa. Beyerbach finalmente se volvió hacia ella y sonrió con familiaridad. Ella le tendió la mano.

—Ha sido una velada preciosa —dijo—. Estoy muy contenta de haber tenido la oportunidad de conocerle —le cogió la palma, larga y fina y la encerró entre sus dedos. Pudo sentirle los huesos.

—Gracias —dijo él. Miró su abrigo con preocupación—. ¿Ya se va?

—Me temo que me tengo que ir a casa —dijo ella mirando su abrigo. No estaba segura de si realmente tenía que irse o no. Pero ya se había puesto el abrigo y ahora parecería extraño si se lo quitaba.

—Oh —murmuró él, mirándola fijamente—. Bueno, te deseo lo mejor, Añés.

—¿Cómo dice? —se oía ruido cerca del atril.

—Que te deseo lo mejor— dijo, con algo replegándose en su expresión.

Stauffbacher apareció de repente junto a ella, frunciéndole el ceño a su abrigo verde, como si fuera algo incomprensible.

—Sí —dijo Agnes, retrocediendo y avanzando de nuevo para darle la mano a Beyerbach; era una mano preciosa, como un trozo de madera antiguo y caro—. Lo mismo le digo —y dio media vuelta y salió corriendo de la habitación.

Durante varias noches no pudo dormir bien. Ponía la cara directamente contra la almohada, luego la volvía para respirar un poco, luego se daba la vuelta y se ponía boca arriba, y abría los ojos, y se quedaba mirando el extremo más alejado del dormitorio por el ángulo desnudo de la puerta, hacia la luz minúscula del baño que iluminaba el vestíbulo, levemente, como si alguien acabara de estar allí.

Durante varios días pensó que quizá le habría dejado una nota a la secretaria, o que le enviaría una desde algún aeropuerto. Pensó que lo inadecuado de la despedida también le perseguiría a él y que mandaría una postal para arreglarlo un poco.

Pero no lo hizo. Tuvo el pensamiento pasajero de escribirle una carta con papel y sobre de la escuela, que por razones de presupuesto ya no eran material de la escuela, sino fotocopias del material de la escuela. Sabía que había partido hacia la Costa Oeste, que luego seguiría hacia Tokio, luego hacia Sidney y luego otra vez hacia Johannesburgo, y que si la enviaba entonces, quizá la recibiría cuando llegara. Podría volver a contarle lo interesante que había sido conocerlo. Podía adjuntar su poema de la revista *Gizzard*. Había leído en el periódico un artículo sobre el dolor que causa la muerte de un ser querido y, como si fuera su propia madre, podría enviárselo también.

Gracias a Dios, gracias a Dios, ella no era su madre.

La primavera se afianzó en Cassell con una racha de tormentas. Las flores perennes del mirto y del jacinto florecían por la ciudad en una especie de azul cívico, y el aire, que cada vez era más cálido, traía consigo una mosca o un mosquito ocasional. Las reuniones de la Comisión de Transportes eran deprimentes e interminables, muy a menudo se celebraban a la hora de la cena, y cuando Agnes llegaba a

casa se las contaba a Joe, algunas veces echándose a llorar en los episodios del fotorradar o de la ampliación de las autopistas.

Cuando su madre llamaba, Agnes cogía el teléfono a toda velocidad. Cuando llamaba su hermana para hablar de su madre, cogía el teléfono todavía más rápido. Joe le frotaba las manos y le hablaba de garajes, del atractivo de los bordillos, de cañerías envueltas en asbesto.

En la escuela, enseñaba y se preocupaba, y seguía recibiendo las típicas notas de secretaría, escritas en los típicos trozos de papel; sólo que esta vez los trozos de papel eran recortes de los carteles que habían sobrado de la lectura de Beyerbach. Recibía una larga disquisición sobre la política y el procedimiento para matricularse en verano, y cuando le daba la vuelta allí estaba su cara: en la fotografía, triste y pomposa. Recibía un mensaje telefónico muy simple: «Ha llamado tu marido. Por favor, llámalo a la oficina», y en el reverso se encontraba la nariz partida de Beyerbach, un ojo como un caramelo de menta, una barbilla con aspecto de codo. Al final se terminaron, y los trozos de papel pasaron a ser de anuncios de concursos viejos, fechas límite para las becas, noticias sobre el concierto de Semana Santa.

Por la noche, ella y Joe hacían yoga con un programa de la televisión. Era parte del esfuerzo que hacían para no ser como sus padres, aunque el matrimonio, lo sabían, tenía ese peligro. El desencanto funcional, la dulce costumbre de tenerse el uno al otro, había comenzado a poner arrugas alrededor de su boca, arrugas que parecían signos de interrogación, como si todo lo que ella dijera ya lo hubiera dicho antes. A veces, la vieja Madeline, una gorda gata manchada y consentida que se beneficiaba de vivir con una pareja sin hijos durante los años fértiles, iba y se dejaba caer junto a ellos, entre ellos. Estaba acostumbrada a que la mimaran y a beber del grifo, aunque a veces desaparecía y no la veían durante días, hasta que más tarde la encontraban en el patio, sucia y con el pelo apelmazado, mascando un ratón de campo o comiendo nieve vieja.

El fin de semana del Día de los Caídos, Agnes fue con Joe a Nueva York en avión, para mostrale por primera vez la ciudad. «Un lugar —dijo— donde no ser blanco o haber nacido en otra parte hace que automáticamente no puedas ser una leyenda.» Su enfado con Iowa había ido en aumento. La forma patética, siempre por terceros, en que se sabían los asuntos importantes y se hablaba del mundo, la forma oblicua y cansada en que la historia se situaba en aquel lugar, si es que alguna vez lo hacía. Deseaba ser una ciudadana del mundo.

Patinaron en Central Park. Miraron los escaparates de Lord & Taylor. Fueron a Joffrey. Fueron a una peluquería de la calle Cincuenta y siete donde ella se tiñó el pelo de rojo. Se sentaron junto a las ventanas de las cafeterías y pidieron café y comieron pastel.

—Esto no ha cambiado nada —comentó a Joe—. Cuando vivía aquí, todo el mundo se reventaba trabajando por dinero. Lo hacían los ricos. Lo

hacían los pobres. Aunque todos se esforzaban mucho por ser divertidos. Fuera donde fueses (una tienda, la manicura), siempre había alguien contando un chiste. Uno bueno, además. —Recordaba que aquella tendencia al humor era lo que hacía que cada día resultara soportable. Había sido un humor de tipo resuelto, una intensidad que reflejaba la intensidad de la ciudad, y parecía abrazar y aliviar la tristeza de las gentes que se habían acostumbrado las unas a las otras y que habían estropeado la tierra del modo que lo habían hecho—. Era como cerebros follando. Como si cada cerebro fuera un maníaco sexual —bajó la vista hacia la tarta—. La gente trabajaba a fondo la risa. La gente necesita reírse.

—Claro que sí —dijo Joe. Tomó un trago de café, los labios entreabiertos sobre la taza como una flor de carne. Tenía miedo de que se pusiera a llorar (otra vez había puesto aquella cara), y si lo hacía se sentiría culpable, perdido y apenado por ella, porque su vida ya no estuviera allí, sino en un sitio lejano, aburrido y con él. Dejó la taza en la mesa y trató de sonreír—. Seguro que sí. —Y miró por la ventana los taxis destartados, los cubos de basura en forma de ostra y el aire tuberculoso, tres kilos de alas de pollo tiradas en el bordillo delante del restaurante donde se encontraban. Se volvió hacia ella y puso cara de payaso.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Pongo cara de payaso.

—¿Qué quieres decir con que pones cara de payaso?

Alguien detrás de ella cantaba *I love New York* y por primera vez se dio cuenta de la irresolución extraña de aquella melodía.

—Pues eso, que pongo cara de payaso normal.

—Pues no parecía eso.

—¿Ah, no? ¿Y qué parecía?

—¿Quieres que te ponga yo la cara?

—Sí, pon tú la cara.

Miró a Joe. Todo plan de vida lleva con él la tristeza, la sombra sentimental, de no ser otra cosa, sino eso mismo: trató de poner la cara, visión de una vacuidad y una estupidez tan monstruosas que Joe lanzó una carcajada que pareció un aullido, como un perro, y ella hizo lo mismo, el aire explotándole en la nariz como un ronquido, la cabeza hacia delante, luego atrás, luego adelante nuevamente, y luego deshaciéndose en un ataque de tos.

—¿Estás bien? —preguntó Joe y ella asintió con la cabeza. Por educación, miró hacia otro lado, fuera, donde de repente había comenzado a llover. Al otro lado de la calle, dos personas se habían plantificado bajo la cornisa del escaparate de una tienda Gap, para no mojarse, esperando a que pasara el chaparrón, sus figuras oscuras cual espantapájaros contra las luces del escaparate. Cuando se volvió hacia su mujer (su mujer joven y triste) para mostrárselo, para enseñarle lo divertido que era un hombre sujeto con firmeza a la madurez, ella todavía permanecía ladeada en el asiento, de modo que su cara se ocultaba bajo el borde de la mesa y él sólo podía verle una curva, la confusa sombra del jersey fino de entretiempo y el tinte estridente del pelo, brillante y terrible.

Charadas

Es propio de la Navidad que se reduzca a esto, a sus propios huesos pelados. A Therese la familia comienza a parecerle una compañía de actores: todos llegan, actúan para los demás, cogen algún vuelo matinal que los lleva lejos, a Logan o a O'Hare. Probablemente sea apropiado que una fiesta que es un juego haya aparecido y se haya introducido literalmente bajo el disfraz de una tradición festiva (que no lo es). Resumiendo, lo normal es que nadie en la familia de Therese exprese sentimientos muy genuinos; todo el mundo quiere, en cambio (¡aunque sea un juego!), hacer una buena representación.

El escenario es diferente cada año; sus envejecidos padres, en su agitada ancianidad, compran y venden casas, mudándose sin cesar de Maine hacia el sur. La agencia inmobiliaria es idea de la madre de Therese. Desde que se jubiló, el padre se ha dedicado más a los comederos para pájaros; está aprendiendo a contruirlos. «¿Quién sabe por qué le dará luego? —suspira su madre—. Quizá comience a grabar figuras en la fachada.»

Este año están en Bethesda, Maryland, cerca de donde vive Andrew, el hermano de Therese. Andrew es ingeniero eléctrico y está casado con una detective privada a media jornada, preciosa y dulce, llamada Pam. Pam tiene el pelo rebelde y siempre sonríe. ¿A quién se le ocurriría sospechar que se dedica a reunir discretamente confidencias y datos para nuestros adversarios? Congela el jamón. Prepara gelatina con trozos de frutas con varios días de antelación. Ella y Andrew son padres de una niña de año y medio llamada Winnie, que ya sabe leer.

Lee los subtítulos de la televisión, pero lee.

Se han dividido en dos equipos, cuatro y cuatro, y han escrito nombres de gente famosa, canciones, películas, obras de teatro, libros famosos, en trozos del papel roto que envolvía los regalos unas horas antes. Faltan todavía unas cuantas horas para el vuelo de Therese y de su marido Ray, que ha de salir a las cuatro y media del Aeropuerto Nacional.

—Sí —dice Therese—, supongo que nos tendremos que perder la exposición de «Averell Harriman: un prohombre para la eternidad».

—No sé por qué no podíais coger un avión que saliera más tarde —dice Ann, la hermana de Therese, poniendo mala cara. Ann es la pequeña, tiene diez años menos que Therese, que es la mayor, pero últimamente la voz de Ann ha adquirido un tono de matrona regañona que sorprende a Therese—. A las cuatro y media —dice Ann frunciendo la boca y apoyando los pies en una silla que tiene al lado—. Es un poco ridículo.

Os perderéis la comida. —Lleva zapatos puntiagudos y de aire Victoriano. Son de ante verde, un cruce entre zapatos de cortesana y de Peter Pan.

Los equipos están hechos de tal modo que Therese, Ray y sus padres están en un equipo; Andrew, Pam, Ann y Tad, el novio de Ann, en el otro. Tad es esbelto, pelirrojo y representante comercial de Neutrógena. El y Ann se acaban de prometer. Después de casi una década de búsqueda en el amor y en el trabajo, Ann va ahora a la Facultad de Derecho y planea la boda para el verano. Como Therese ha trabajado durante años como abogada de oficio y en la actualidad es jueza de distrito del condado, consecuencia de un nombramiento político afortunado, ha asumido que la decisión de Ann de ser abogada es una especie de afirmación de la fraternidad que las une, y en un futuro significará que ella y su hermana tendrán más cosas en común, que Ann le hará preguntas, observaciones, cosas que decir dignas de un forense. Aunque parece que no es así. Ann, en cambio, aparenta estar preocupada porque tiene que contratar una orquesta, una empresa de banquetes y tiene que alquilar un salón en un restaurante.

—Uf —dice Therese con comprensión—, ¿no te dan ganas de fugarte? — Therese y Ray se habían casado en el juzgado, con los secretarios de testigos.

—Bueno... —dijo Ann encogiéndose de hombros—. Trato de encontrar la manera de que todo el mundo vaya de la iglesia al restaurante sin que se les arrugue el traje, para que no estropeen las fotos.

—¿De verdad? ¿Eso es lo que haces?

Los títulos están en dos cuencos grandes de ensalada, cada equipo se queda con el cuenco donde el otro equipo ha puesto sus títulos. Comienza el padre de Therese:

—Muy bien, atención todo el mundo. —Siempre ha sido agudo, competitivo, tenso; por lo general, los juegos han sacado lo mejor y lo peor de él. Aunque esos días parece nervioso y mayor. Hay una aflicción en sus ojos, algo triste y perdido que a veces les apuñala: el temor a una vida gastada en vano, o la incertidumbre sobre dónde dejó las llaves. Hace una señal para indicar que le ha tocado el nombre de una persona famosa. Nadie recuerda con qué gesto se indica, así que la familia ha inventado uno: una postura rápida y engreída, con los brazos en jarras y la barbilla levantada. Haciendo acopio de sentido teatral, el padre de Therese lo hace bien.

—¡Una persona famosa! —grita todo el mundo, aunque por supuesto hay alguien que grita «Un tonto» para hacerse el listo. Esta vez es la madre de Therese.

—¡Un tonto! —exclama—. ¡El tonto del pueblo!

Pero el padre de Therese sigue, indicando las sílabas, sin hacer caso de su esposa, golpeando con fuerza los dedos de la mano derecha en la otra manga. La persona famosa tiene dos nombres y apellido. Está haciendo el primer nombre, la primera sílaba. Saca un billete de dólar y lo señala.

—George Washington —grita Ray.

—¡George Washington Carver! —grita Therese. El padre de Therese dice que no con la cabeza, enfadado, dándole la vuelta al billete y señalándolo con violencia. Le molesta no controlar lo que se dice.

—Billete —dice la madre de Therese.

—¡Bill! —dice Therese. Su padre comienza a decir que sí con la cabeza y la señala con el dedo psicóticamente. «Sí, sí, sí.» Acto seguido, hace un gesto como de alargar algo con las manos.

»Bill, Billy, William —dice Therese, y su padre la señala como un loco con el dedo—. William —dice ella—. William Kennedy Smith.

—Sí —grita su padre, aplaudiendo y echando la cabeza hacia atrás, como si rezara al techo.

—¿William Kennedy Smith? —Ann pone otra vez mala cara—. ¿Cómo has sacado todo el nombre sólo con William?

—Ha salido en las noticias. —Therese se encoge de hombros. No se explica el rencor de Ann. Quizá tenga algo que ver con los esfuerzos de Ann en la Facultad de Derecho, o con que Therese sea jueza de distrito, o con el diamante en el dedo de Ann, que es tan grande que a Therese le parece poco delicado llevarlo delante del diamante de su madre, que cuando se mira de cerca se ve que es falso. Esa mañana temprano, Ann le ha dicho a Therese que adoptaría el apellido de Tad.

—¿Te vas a llamar Tad? —preguntó Therese, pero a Ann no le hizo gracia. El sentido del humor de Ann nunca ha sido muy flexible, aunque disfruta con una buena broma.

Ann le explicó en privado el cambio de nombre:

—Porque creo que una familia es como un equipo, y todos los del equipo tienen que llevar el mismo nombre, como un color. Creo que un cónyuge tiene que ser un jugador.

Therese ya no sabía quién era Ann. Le gustaba más cuando tenía ocho años, con su plumier azul, y aquel modo raro de correr trotando que le venía de tener una pierna más de medio centímetro más larga que la otra. Ann era más atractiva de niña. Era difícil y curiosa. Era un encanto. O por lo menos eso es lo que le parecía a Therese, que pasaba

la mayor parte del tiempo en el instituto o en la universidad, ligeramente deprimida y estudiando mucho, destrozando su ya mala vista, de modo que ahora llevaba unas gafas tan gruesas que sus ojos parecían nadar de un modo turbio tras ellas. Aquella mañana, mientras escuchaba a Ann hablar de los jugadores del equipo, Therese había sonreído y asentido, pero fue como si le soltaran un sermón, como si ella fuera una hippie díscola y descentrada. Quería coger a su hermana, abalanzarse sobre ella, abrazarla, hacerla callar. Trató de entender las palabras nupciales de Ann, preocupadas y lúgubres, pero en cambio se encontró recordando los porrazos que solía simular para Ann: era capaz de fingir que se caía de bruces para que Ann se riera.

La voz de Ann seguía sonando:

—Cuando te sientas durante mucho rato, el canesú se frunce...

Therese midió mentalmente el largo de su cuerpo y el espacio que había ante ella, y se preguntó si podría hacerlo. Claro que sí. Claro. ¿Pero, lo haría? Y entonces, de repente, supo que lo haría. Dejó que la cadera se torciera y cayó hacia delante, con el brazo formando un ángulo, la boca pegando un grito. Había aprendido a hacer esto en la escuela de teatro cuando tenía quince años. No era guapa, y era una manera de captar la atención de los chicos. Aterrizó con un golpe seco.

—¿Todavía haces eso? —preguntó Ann con incredulidad e indignación—. ¿Eres jueza y todavía haces eso?

—Más o menos —dijo Therese desde el suelo. Palpó a su alrededor para buscar las gafas.

Ahora es Ann quien se pone de pie para dar pistas a los demás jugadores de su equipo. Mira el nombre del papel y pone un poco de mala cara.

—Necesito consultar una cosa —dice con una vaga repugnancia que quizás imagina que es sofisticada. Coge el papel y se lo pasa a Therese.

—¿Qué es esto? —pregunta Ann. En el papel, con letra de Ray, aparece escrita con faltas la palabra *Aracnofobia*.

—Es una película de arañas —dice Ray disculpándose—. ¿Está mal escrita?

—Me parece que sí, cariño —dice Therese inclinándose para ver el papel—. Has puesto una «a» donde debía ir una «o».

Ray es disléxico. Cuando el trabajo baja en los meses de invierno, en vez de quedarse en casa con un libro o ir a psicoterapia, se va en coche a ver primeras sesiones vespertinas de películas malas: «latazos» las llama él, u «hojalatazos», cuando se ríe de sí mismo. Ray escribe mal

casi todo. ¿Es comisaría o comisería? ¿Es aversión o adversión? ¿Tranvía o trenvía? ¿Teleférico o teleférico? Su empresa de tejados tiene fama de ser un poco chapucera y de segunda categoría. A pesar de todo, Therese cree que es un individuo fantástico. Nunca se da aires de superioridad. Prepara infinidad de platos con pollo. Es ardiente y capaz, y asegura casi cada noche, de un modo marital, que Therese es la mujer más sexy que ha conocido. A Therese le gusta eso. Ella tiene, además, un lío con un joven subalterno de la fiscalía del distrito, pero es algo limitado, como quitarse los guantes, dar unas palmadas y volvérselos a poner. Es algo tranquilo y nadie se puede enterar. No es nada, aparte de que es sexo con un hombre que no es disléxico y de vez en cuando, por Dios, le hace falta.

Ann está escenificando *Aracnofobia* y la idea general, en vez de ir sílaba por sílaba. Mira fijamente a los ojos a su prometido, moviendo los dedos y luego dando un salto hacia atrás como si se asustara, pero Tad no lo capta, aunque parece un poco alarmado. Ann mueve hacia él las uñas con manicura navideña, con más furia. Una uña tiene pintado un Papá Noel pequeño. El pelo negro de Ann está cortado con líneas rígidas, caras, y la ropa larga que la cubre le cuelga de los hombros como si estuviera todavía en la percha. Tiene aspecto de pasar hambre, de rica y cabreada. Todo parece haberse forzado, un poco artificial, como los zapatos verdes, que quizá sean la causa de que su prometido grite: «¡Mujercitas!» Ann, sin embargo, se vuelve hacia Andrew, haciéndole señas, animándolo, como si quisiera castigar a Tad. La manera rara de trotar había adquirido un sigilo quiropráctico. Therese se vuelve hacia su propio equipo, hacia su padre, que aún murmura algo sobre William Kennedy Smith.

—Una mujer no debería estar en un bar a las tres de la mañana, eso es todo.

—Papá, eso es ridículo —susurra Therese, sin querer interrumpir el juego—. Los bares están abiertos para todo el mundo. Ley de la no discriminación.

—No estoy hablando de las legalidades en frío —dijo en tono aleccionador. Nunca le han gustado los abogados y sus hijas lo confunden—. Estoy hablando de un código moral de toda la vida. —Su padre tiene esa sensibilidad victoriana que respeta más a las prostitutas que a las mujeres en general.

—¿Un código moral de toda la vida? —Therese lo mira con cariño—. Papá, tienes setenta y cinco años. Las cosas cambian.

—¡*Aracnofobia!* —grita Andrew, y él y Ann se apresuran a entrecuchar las manos.

El padre de Therese hace un ruido rápido y leve como de escupir, luego cruza las piernas y mira hacia el otro lado. Therese mira a su madre y su madre le dedica una sonrisa conspiradora, por detrás de la espalda

del padre de Therese, haciéndole orejas de burro con los dedos, el gesto de cuando cree que es un zopenco.

—Muy bien, ahora olvidaos de William Kennedy Smith. Dolí, tu turno — dice el padre de Therese a la madre. La madre de Therese se levanta lentamente, pero se inclina llena de alegría para coger un papel. Lo mira, va hasta el centro de la sala y guarda el papel en el bolsillo. Se pone de cara al otro equipo y hace la señal para indicar que se trata de una persona famosa.

—Mamá, te equivocas de equipo —dice Therese.

—Huy —suelta la madre y se da la vuelta. Repite la postura de persona famosa.

—Es una persona famosa —dice Ray animándola. La madre de Therese asiente. Se para un momento para pensar. Luego comienza a dar vueltas, lanza los brazos hacia arriba, se desploma en el suelo, hacia delante, hacia atrás, y se da un golpe en la cabeza con el equipo de música.

—Marjorie, ¿qué haces? —pregunta el padre de Therese. La madre está tendida en el suelo, riendo.

—¿Estás bien? —pregunta Therese. Su madre asiente, todavía se ríe en voz baja.

—La caída —dice Ray—. Papá Noel bajando por la chimenea. Papá Noel.

La madre de Therese dice que no con la cabeza.

—Epilepsia —dice Therese.

—La explosión —dice su padre, y su madre asiente—. Explosión. Bomba. ¡Robert Oppenheimer!

—Eso es —dice su madre con un suspiro. Le cuesta un poco levantarse. Tiene setenta años y artritis en las rodillas.

—Mamá, ¿te ayudo? —pregunta Therese.

—Sí, mamá, ¿te ayudo? —pregunta Ann, que se ha levantado y va hacia el centro de la habitación, para ocuparse de la anciana.

—Estoy bien —dice la madre de Therese en un suspiro y suelta una risa baja y un poco falsa, y avanza tiesa hacia su asiento.

—Has estado estupenda, mamá —dice Therese.

—Bueno, gracias —responde su madre con una sonrisa de orgullo.

A continuación hay muchas vueltas, y cada vez que a la madre de Therese le toca algo como Dom DeLuise o Tom Jones vuelve a hacer el número de la bomba, los movimientos espasmódicos con más frenesí, cayendo y levantándose con rigidez y recibiendo calurosas ovaciones. Pam despierta a Winnie de la siesta y todo el mundo dice «Oh» y «Ah» al ver la tierna cara de la niña, todavía con expresión de sueño.

—¡Mírala! —dice con voz cariñosa tía Therese—. ¿Quieres ver cómo la abuela hace de bomba?

—Te toca a ti —dice Andrew con impaciencia.

—¿A mí? —pregunta Therese.

—Creo que sí —dice su padre.

Se levanta, hunde la mano en el cuenco, desdobra el trozo de papel de regalo: pone «Calle Jekylls».

—Tengo que consultar una cosa. Andrew, me parece que es tu letra.

—Dime —dice mientras se levanta y los dos se dirigen al vestíbulo.

—¿Es un programa de televisión? —susurra Therese—. No veo mucha televisión.

—No —dice Andrew con una vaga sonrisa.

—¿Qué es?

Se apoya en la otra pierna, sin querer decírselo. Quizá sea porque está casado con una detective. O tal vez, lo más seguro, porque él mismo trabaja con documentos altamente confidenciales del Ministerio de Defensa; acababa de ser ascendido de los documentos meramente confidenciales. Como ingeniero, consulta, examina, aprueba. Tiene los ojos contenidos, molestos.

—Es el nombre de la calle que está a dos manzanas. —En la boca se dibuja una curva a la defensiva y hosca.

—Pero no es el nombre de nada famoso.

—Es un lugar. Pensé que podríamos representar nombres de lugares.

—Pero no es ningún lugar famoso.

—¿Y qué?

—Pues que todos podríamos escribir el nombre de calles de nuestro barrio, de donde trabajamos, de una calle por la que pasamos una vez que fuimos a una tienda...

—Pero si fuiste tú quien dijo que podíamos representar lugares.

—¿Yo? Bueno, muy bien, ¿y qué señal dije que había que hacer para indicar el nombre de un lugar? No tenemos ningún signo para indicar lugares.

—No sé. Te lo inventas —dice. Una rabia insolente lo envuelve ya por todas partes. ¿Le viene de la niñez? ¿Es porque se le cae el pelo? Antaño, ella y Andrew estuvieron más unidos. Pero ahora, igual que le pasa con Ann, ya no sabe quién es. Sólo tiene una teoría: un ingeniero electrónico formado hace años por los consejeros vocacionales de la escuela, pagados por el Pentágono para reclutar, formar y militarizar a todos los chicos con notas altas en matemáticas. «Del Instituto Tecnológico de Massachussetts a Desaparecido en Acción de Guerra», había comentado el propio Andrew una vez. «Un imbécil en la industria militar.» Pero ahora ya no encuentra en él ese lugar para la sátira. Por lo menos, el año pasado habían bromeado acerca de cómo los habían educado.

—Apenas recuerdo que papá nos leyera —había dicho ella.

—Claro que nos leía —dijo Andrew—. ¿No te acuerdas de cómo nos leía? ¿No te acuerdas de que nos leía en voz baja el *Wall Street Journal*?

Ahora repasa su cara endurecida para ver si encuentra una broma, un brillo, un poco de amor. Andrew y Ann parecen estar más próximos y Therese se siente nostálgica y se pregunta cómo y cuándo habrá ocurrido. Está un poco celosa. La única expresión que consigue de Andrew es el desdén. Es como un guardia urbano. Ella es la hippie a toda velocidad.

¿Acaso no sabes que soy jueza?, tiene ganas de preguntarle. Jueza producto de un nombramiento político afortunado, claro está. Una jueza con fama de dictar sentencias blandas, es verdad. Una jueza que tiene un lío, lo cual deslució ligeramente su reputación, está bien. Un toque fácil, blandengue, pero jueza al fin.

En cambio, dice:

—¿Te importa si elijo otro?

—Por mí, bien —dice él y bruscamente se va dando zancadas hacia la sala.

«Bueno», piensa Therese. Es su nuevo mantra. Normalmente la calma más que el *om*, aunque también lo prueba. *Om* es donde está el corazón.

Om no está aquí. «Bueno. Bueno.» Cuando comenzó a ejercer, para combatir su miedo escénico a la sala del tribunal, repetía para sí: «Todo el mundo me quiere. Todo el mundo me quiere.» Y cuando no le funcionaba, lo cambiaba por: «¡Mata! ¡Mata! ¡Mata!»

—Vamos a hacer otro —anuncia Andrew, y Therese coge otro.

Un libro y una película. Abre las manos, para indicar que se trata de un libro. Mueve la mano en el aire como si diera vueltas a una manivela para indicar que es una película. Se pone una mano detrás de la oreja y señala un coche por la ventana.

—Se parece a coche —dice Ray. Su expresión es abierta y amable—. Derroche..., noche.

Therese indica por señas que sí, que es aquello.

—Noche —repite Ray.

—*Suave es la noche* —dice su madre.

—¡Sí! —dice Therese, y se inclina para dar un beso a su madre en la mejilla. Su madre sonríe con exuberancia, su cara parece a punto de estallar; le encanta el afecto, está hambrienta de él y da gracias al cielo por él. De joven fue una madre frustrada y mezquina, y se alegra cuando sus hijos se comportan como si no se acordaran.

Luego le toca a Andrew. Se pone de pie delante de su equipo, contemplando el papelito rojo que tiene en la mano. Cavila sobre él, cabecea y luego mira hacia atrás, hacia Therese.

—Debe de ser tuyo —dice con una sonrisa de suficiencia que quizá no tenga mala intención. ¿Existe algo así? Therese espera que sí.

—¿Tienes que consultarme algo? —Se levanta para mirar el papel; pone «Contar mentiras»—. Sí, es mío —dice.

—Ven aquí —dice, y los dos avanzan por el pasillo y van otra vez al recibidor. Therese se percata de las fotografías que han colgado sus padres. Fotografías de sus hijos, de bodas y de Winnie, aunque todas en las que sale Therese le parecen muy poco favorecedoras, fotos en las que hace gala de asimetría en la expresión, de nubosidad en aumento en los ojos, de pelo con rizos muy apretados. Irrumpe la vanidad: seguro que tienen que tener mejores fotos. Las de Andrew, Ann, Tad, Pam y Winnie son soleadas, todos posan, íntegros, guapos. Pero las de Therese parecen levemente trastornadas, como si sus padres estuvieran convencidos de que está loca.

—Pongámonos aquí, junto a mis fotos con aspecto de demente —dice Therese.

—Se las mandó Ann —dice Andrew.

—¿De verdad? —dice Therese.

—¿Tu pelo no era de otro color? —pregunta mirándole la cabeza con atención—. No recuerdo que haya sido de este color. ¿Qué es este color?

—¿Cómo? ¿Qué es lo que quieres decir?

—Mira —dice él, volviendo al juego—. Nunca he oído hablar de esto —y agita el papel como si fuera el envoltorio de un chicle.

—Ah, ¿no? Es una canción. *Vamos a contar mentiras*.

—No.

—¿No? —sigue insistiendo. Levanta la vista hacia él, románticamente, con vehemencia—. «Por el mar corren las liebres, por el monte las sardinas...»

—No —interrumpe Andrew enérgicamente.

—Bueno, bueno, no te preocupes. Los de tu equipo la reconocerán.

La santa ira vuelve a su cara.

—Si yo no la conozco, ¿qué te hace pensar que ellos la conocen? —Quizá se deba a su trabajo, al tecnosecretismo que hay en él. El sabe; ellos no.

—Seguro que la conocen, te lo garantizo —se da la vuelta para marcharse.

—Vale, vale —dice Andrew. La rabia rosa y grisácea vuelve a estar en su piel. ¿En qué se ha convertido? No tiene la menor idea. Es estrictamente confidencial de un modo satisfactorio. Es información clasificada—. No pienso hacerlo. Me niego.

Therese lo mira fijamente. Es la reafirmación personal que no puede practicar en su trabajo. Quizás allí, donde ya no es una pieza más del engranaje, puede insistir en ciertas cosas. La Guerra Fría ya pasó, quiere decir. Pero lo que le sale es esto: Niños que se atacan entre sí, ahora que los dioses (¿o sólo eran guardianes?) han huido.

—Está bien —dice Therese—. Me inventaré otra.

—Vamos a hacer otra cosa —anuncia Andrew triunfante al volver a la sala. Agita el papelito—: ¿Alguno de vosotros ha oído hablar de una canción que dice no sé qué de contar mentiras?

—Sí —dice Pam, mirándolo de manera desconcertada. No hay duda de que le parece diferente durante las vacaciones.

—Ah, ¿sí? —parece un poco cortado. Mira a Ann—: ¿Y tú?

A Ann le desagradaba romper la solidaridad de grupo, pero dice en voz baja:

—Sí.

—Tad, ¿y tú? —pregunta.

Tad ha estado echando cabezaditas, la cabeza echada hacia atrás en el sofá, pero ahora se despereza bruscamente.

—¿Eh? Sí —dice.

—Tad no se encuentra muy bien —dice Ann.

Desesperado, Andrew se vuelve hacia el otro equipo:

—¿Y vosotros también la conocéis?

—Yo no la conozco —dice Ray. Es el único. No sabría distinguir una melodía de un musical de un chófer. En cierto modo, eso es lo que a Therese le gusta de él.

Andrew se vuelve a sentar, sin querer admitir la derrota.

—Ray no la conocía —dice.

A Therese no se le ocurre ninguna canción, así que escribe «Clarence Thomas»[2] y le tiende el papel de nuevo a Andrew. Mientras reflexiona sobre sus opciones, la madre de Therese se levanta y vuelve con vasos de papel y una botella de zumo.

—¿A quién le apetece un poco de zumo? —dice y comienza a llenar los vasos. Ofrece los vasos a todo el mundo—. Tenemos los vasos de vidrio embalados, así que nos tendremos que apañar con lo que hay.

«Nos tendremos que apañar con lo que hay» es una de las expresiones favoritas de su madre, adquirida durante la Gran Depresión y hecha indeleble durante la guerra. Cuando eran pequeños, Therese y Andrew se solían mirar y decir: «Nos tendremos que empañar», pero cuando Therese echa una mirada hacia Andrew, no registra nada. Andrew se ha olvidado. Sólo piensa en el juego.

Ray bebe del vaso de cualquier manera y vierte unas gotas en la silla. Therese le tiende una servilleta y él seca con ella la tapicería, pero es

Ann quien rápidamente va a la cocina y vuelve con un trapo mojado, frío, con el que limpia la silla con ademanes de censura.

—Oh, no te preocupes —dice su madre.

—Creo que ya lo tengo —dijo Ann con solemnidad.

—Ahora me toca a mí —dice Andrew con impaciencia. Therese mira hacia Winnie, quien, tranquila y observadora en brazos de su madre, un Buda rosa e incontinente que reconoce todas las letras, parece la persona más cuerda de la sala.

Andrew hace un gesto exagerado con el brazo, como bebiendo el zumo.

—Alcohol —dice Tad.

—Vino —dice Pam.

—Tinto —dice Ann, que ha vuelto de la cocina y se sienta en el sofá.

Andrew sonrío y asiente. A continuación mueve una mano haciendo un gesto de más o menos.

—Clarete —dice Ann—. Clarence Thomas.

—Sí —dice Andrew dando una palmada de aplauso—. ¿Cuánto he tardado?

—Treinta segundos —dice Tad.

—Bueno, seguro que todo el mundo lo tenía en la punta de la lengua —dice la madre de Therese.

—Seguro —dice Therese.

—Fue interesante ver a aquellos negros de Yale —dice la madre de Therese—, todos sentados allí, en la sala de deliberaciones del Senado. Apuesto a que sus padres estaban orgullosos de ellos.

Ann no había estado en Yale.

—Lo que no me gusta son esos negros a los que no les gustan los blancos —dice Ann—. Qué hostiles son. Lo veo cada dos por tres en la Facultad de Derecho. La mayoría de los estudiantes blancos están más dispuestos a ser cordiales e integrarse. En cambio, los negros están demasiado enfadados.

—Lo que son las cosas —dice Ray.

—Sí. Lo que son las cosas —dice Therese—. ¿Por qué tendrían que estar enfadados? ¿Sabes qué otra cosa me molesta? No me gustan todos esos mariquitas que se han vuelto machotes y adustos. Me entiendes, ¿no? Ultimamente parecen ofendidos y lúgubres... ¿Dónde están los maricas rebosantes de vitalidad y de afectación que veíamos antaño? ¿Por qué las locas ya no son locas? Es todo tan confuso y molesto... No puedes saber quién es quién sin una maldita cartelera. —Se pone de pie y mira a Ray. Es hora de irse. Ha perdido su temperamento judicial hace horas. Le da miedo representar otra de sus caídas, esta vez se rompería algo. Se ve a sí misma en camilla, camino del aeropuerto, y hacia casa, pronunciando las últimas palabras que tiene que decir a su familia, que siempre ha tenido que decir a su familia. Se parece a «implorar a Dios».

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Pero primero Ray tiene que representar el personaje que le ha tocado, que es Confucio.

—Muy bien, estoy listo —dice, y comienza a pasearse por la sala de estar aturdido y con ojos de loco, con un aspecto de lo más confundido, tentando las estanterías, poniéndose la mano en la frente. Y en ese momento Therese piensa qué guapo es, y qué bondadoso y qué fuerte, y que ella no quiere al resto del mundo ni la mitad de lo que lo quiere a él.

Arre, borriquito, vamos a Belén

Cuando murió el gato, el Día de los Veteranos de Guerra, guardaron las cenizas en una lata cutre con florecitas rosas que pusieron encima de la repisa de la chimenea; la casa estaba solitaria y Aileen comenzó a beber. Había perdido todas las ataduras con el mundo animal. Ahora existía en un sitio únicamente hecho por los hombres: el sofá no tenía pelos de gato, la alfombra seca y sin destrozar, el rincón de la cocina donde iba el plato de comida ya no estaba sucio de Friskies Gourmet ni había peligro de tropezar con él.

¡Oh, Bert!

Había sido un gato precioso.

Sus amigos interpretaron la duración e intensidad de su dolor como síntoma de un duelo aplazado: su sufrimiento era por algo más grande, más apropiado; era por la inminente muerte de sus padres; era por el hijo varón que ella y Jack nunca tuvieron (pero ¿no era una monada su hija Sofie, de tres años?); era por todo el asunto de Bosnia, Camboya, Somalia, Dinkins, Giuliani; y lo de la *nafta*.

«No, de verdad, es sólo por *Bert*», insistía Aileen. Era sólo por su gato bonito y tierno, su amigo durante diez años. Con él había estado más tiempo que con Jack o Sofie o la mitad de sus amigos, y era un bicho listo, divertido: grande, fiel y verbal como un perro.

—¿Qué quieres decir con lo de «verbal como un perro»? —preguntó Jack con el entrecejo fruncido.

—Te lo juro —dijo ella.

—Contrólate —dijo Jack, mirando el vaso de whisky. El coro que murmura en *Madama Butterfly* de Puccini, la *Rapsodia para contralto* de Brahms y el *Adagio* para cuerdas de Samuel Barber, todo emitido en serie en el equipo de música. Lo apagó—. Tienes una hija, falta poco para las vacaciones. El condenado gato no habría vertido ni una lágrima por ti.

—No creo que sea verdad, en serio —dijo un poco alocadamente, quizá con demasiado fuego y whisky en la voz. A veces hablaba de ese modo, insistía en las cosas, se aventuraba, vivía peligrosamente. Ya había pasado (cuidadosa, obedientemente) por todas las etapas del dolor: ira, negación, regateo, Háagen-Dazs, cólera. De la ira a la cólera: ¿quién decía que no estaba progresando? Cerró la mano pero escondió el puño. Tenía dolores de cabeza, la mayoría punzantes, pero a veces el zigzag de

la migraña se abría paso por su cráneo y se aposentaba en el ojo, como una corbata barata, disparatada.

—Lo siento —dijo Jack—. Quizá lo habría hecho. Actos benéficos. Tarjetas y cartas. ¿Quién sabe? Erais muy amigos, ya lo sé.

—Bebe —dijo ella, señalando su copa y sin hacerle caso—. Bebe un poco de impulso festivo. —Sorbió el licor ámbar y se le clavó en los labios agrietados.

—Es Dewar's —dijo Jack mirando la botella con disgusto.

—Bueno —dijo ella a la defensiva, sentándose erguida y abotonándose el jersey—. Supongo que no apruebas el Dewar's. Supongo que a ti te va más el Chivas.

—Es verdad —dijo Jack con indignación—. ¡Es verdad! Y mañana me levantaré y descubriré que Truman me ha quitado el puesto. —Se fue enfadado escaleras arriba, mientras ella oía el tac toc final de sus pasos y el portazo.

Pobre Jack: quizá se estuviera pasando con él. Sin ir más lejos, la primavera pasada había estado con lo del juanete: la cojera, la muleta y el zapato azul grande. Luego, en septiembre, habían tenido la cena de Mimi Andersen, en la que a Jack, el único que no fumaba, lo habían obligado a salir al porche mientras los demás se quedaban dentro a fumar. Y luego la versión monologada y doméstica de *Lisístrata*, a cargo de Aileen. Jack la había llamado «No hay escoba, no hay besos». Pero había funcionado. O algo así. Durante unas dos semanas. Había, finalmente, un límite en lo que podía hacer una mujer en el escenario vasto y malvado.

—Estoy preocupado por ti —dijo Jack en la cama—. Te lo digo en serio, y no en sirio. —Hizo una mueca—. ¿Ves cómo te hablo? Esta habitación es de chiflados. —La repisa de la cabecera estaba tan repleta de novelas y de recuerdos tristes, que se parecía más al cubículo de una biblioteca que a un lecho conyugal.

—Tú estás bien. Yo estoy bien. Todo el mundo está bien —dijo Aileen. Trató de encontrar su mano debajo de la colcha, pero luego desistió.

—Estás en las nubes —dijo él—. ¿Dónde estás?

Los pájaros se habían envalentonado, lentamente iban ganando terreno en el patio, llenando las ramas, piando hambrientos por las mañanas desde los alféizares o los aleros. «¿Qué son esos chillidos?», preguntó Aileen. Se habían caído las hojas, pero a continuación arrendajos, cuervos y pinzones oscurecieron los árboles (alguno volando hacia el sur, otros quedándose, picoteando semillas del suelo duro). Las ardillas se mudaron también, y husmeaban entre las manzanas maduras que caían del manzano en flor. Una comadreja se hizo una casita bajo el

porche dando golpes y masticando. Los mapaches habían descubierto el pequeño jardín infantil de Sofie, y una mañana que Aileen miró hacia allí vio a dos columpiándose en los columpios. ¿No quería vida animal? ¡Pues ahí la tenía!

—Esta no —dijo ella—. Nada de esto ocurriría si *Bert* todavía estuviera aquí. —*Bert* recorría el lugar. *Bert* tenía las cosas bajo control.

—¿Me estás hablando? —preguntó Jack.

—Supongo que no —dijo ella.

—¿Qué?

—Creo que hay que rociar este lugar con repelente.

—Quieres decir, ¿con matarratas?

—La ratita presumida, la ratita presumida —coreaba Sofie.

—No sé lo que digo.

En el grupo feminista de crítica cinematográfica todavía discutían *El hombre pantera*, una película hecha enteramente con *flashbacks*, desde el momento en que un hombre guapo salta de la cornisa de un edificio de viviendas. En vez de estar dividida en actos o capítulos, la película estaba dividida en pisos, en orden descendente. Al final, el guapo que recuerda cae de pie.

¡Oh, Bert!

Una de las mujeres del grupo de Aileen, Lila Conch, estaba irritada con la película.

—No soporto que cada vez que una mujer dice algo con substancia, resulta que está medio desnuda.

—De hecho yo encontré que esas escenas eran las más verídicas —dijo Aileen con un suspiro—. Fueron las que más me gustaron.

El grupo se quedó mirándola fijamente.

—Aileen —dijo Lila cruzando de nuevo las piernas—. Vete a la cocina, querida, y prepara los bollos y el té.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Aileen.

—Pues sí.

El Día de Acción de Gracias llegó y se fue de modo mecánico. Aileen y Jack, con Sofie, fueron a comer a un restaurante y pidieron cosas diferentes, como si los tres fueran desconocidos empeñados en reivindicar sus gustos con mal genio. Luego volvieron a casa. Sólo Sofie, que había pedido calabacín relleno para niños, estaba contenta, sentada en el asiento trasero del coche y cantando una canción de Acción de Gracias que había aprendido en la guardería. «Un pavo no es un cerdo, so animal, / no dice *muerdo*, *muerdo*, / dice *glagal glagal*.» El último día de fiesta de verdad había sido Halloween, cuando *Bert* aún vivía y lo habían disfrazado de Jack. Luego habían disfrazado a Jack de *Bert*, a Aileen de Sofie y a Sofie de Aileen. «Ahora soy tu mamá», había dicho Sofie mientras Aileen le ataba a la cintura uno de sus delantales de cocina y le ponía pintalabios en la boca. Jack frotó sus bigotes de rotulador fosforescente en la cara de Aileen, que, ya con el pijama puesto, no dejó de reír. El único que no se lo pasaba muy bien era *Bert*, que lucía una de las corbatas de Jack, a la que daba zarpazos para quitársela. Cuando se dio por vencido, arrastró un rato la corbata jugando, tratando de no hacerle caso. Luego, contrariado y humillado, se dirigió con andares de pato hasta un rincón cerca del piano y se tendió, molesto. Al recordar esto, una semana después, al ver a *Bert* muriéndose en la clínica del veterinario, en una especie de tienda de campaña de oxígeno, con el corazón fallando y líquido en los pulmones (aunque las orejas todavía se le levantaban cuando Aileen iba a verlo, con el perfume de siempre, pará que él reconociera su olor, y le ponía en la boca galletas para gatos, cuando nadie más lograba que comiese), Aileen se había sentido llena de pesar.

—Creo que tendrías que ver a alguien —dijo Jack.

—¿Hablamos de un psiquiatra o de una aventura?

—De una aventura, claro —dijo Jack frunciendo el ceño—. ¿Una aventura?

—No sé —dijo Aileen encogiéndose de hombros. El whisky que había bebido últimamente había hecho que se le hincharan las articulaciones, de modo que cuando levantaba los hombros se le quedaban más o menos en esa posición, rígidos, a la altura de las orejas.

Jack le frotó el antebrazo, como si la quisiera o bien estuviera limpiándole algo de la manga. ¿Cuál de las dos cosas sería?

—La vida es como un largo viaje por un vasto país —dijo él—. A veces hace buen tiempo. A veces hace mal tiempo. A veces es tan malo que el coche se sale de la carretera.

—Así es.

—Habla con alguien —dijo él—. El seguro cubrirá una parte.

—Está bien —dijo ella—. Está bien, pero dejémonos de metáforas.

Le recomendaron gente, hizo listas y pidió hora, hizo entrevistas.

—Vivo una situación de muerte-de-animal-de-compañía —dijo ella—. ¿Cuánto tardaría en hacerlo?

—¿Cómo dice?

—¿Cuánto tiempo tardará en hacerme superar la muerte de mi gato y cuánto me va a pedir?

Por turnos, cada uno de los psiquiatras con sus vestimentas ligeramente diferentes y sus plantas en macetas ligeramente diferentes, parecían horrorizados.

—Mire —decía Aileen—. Olvídese del Prozac. Olvídese del abandono de Freud de la teoría de la seducción. Olvídese de Jeffrey Masón (¿o es Jackie Masón?). Lo único que va a revolucionar esta profesión es hacer Presupuestos de Terapia.

—Me temo que no trabajamos así —le explicaban una y otra vez, hasta que al final, por fin, encontró a alguien que lo hacía.

—Mi especialidad es la Navidad —dijo el psicoterapeuta, un hombre llamado Sidney Poe, que llevaba un chaleco de lana con dibujo de rombos, una pajarita recién planchada, zapatos de cordones negros, relucientes y sin calcetines—. Oferta de Navidad: si en Navidad no se encuentra mejor, la última sesión es gratis.

—Me gusta cómo suena —dijo Aileen. Ya era primero de diciembre—. Me gusta mucho cómo suena.

—Bien —dijo él ofreciéndole una sonrisa que parecía deshonesto y poco sensata—. A ver, ¿de qué vamos a tratar, de un perro o un gato?

—De un gato.

—¡Vaya! —Escribió algo, dijo algo entre dientes, parecía consternado.

—Antes que nada, ¿puedo preguntarle algo? —preguntó Aileen.

—Adelante —dijo él.

—¿Hace ofertas de Navidad por el alto porcentaje de suicidios que hay en Navidad?

—El alto porcentaje de suicidios que hay en Navidad —repitió con tono condescendiente y divertido—. Es un mito, lo del alto porcentaje de suicidios en Navidad. Es el porcentaje de homicidios lo que sube.

Homicidios vacacionales. Todo ese tiempo que la familia de repente tiene que pasar junta, y entonces pum, el ponche de huevo.

Iba a la consulta de Sidney Poe los jueves (los llamaba los «jueves de adviento»). Se sentaba delante de él con una caja de pañuelos de papel de diseño en el regazo, rememorando las mejores cualidades de *Bert* y sus momentos dorados, su gran sentido del humor y sus juegos ocurrentes.

—Trataba de hablar por teléfono cuando sonaba. Y una vez, cuando yo buscaba el gorro de lana de mi hija, dije en voz alta: «¿Dónde estará el gorrito?» y él entró corriendo en la habitación pensando que yo había dicho: «¿Dónde estará el gatito?»

Sólo una vez tuvo que darle una bofetada a Sidney para despertarle, fue suave. La mayoría de las veces sólo daba una palmada y le llamaba: «¡Sid!», y él se erguía bruscamente en su butaca de psiquiatra, mirándola con los ojos muy abiertos.

—En la Unidad de Cuidados Intensivos del hospital veterinario — continuó Aileen— vi un gato al que habían disparado en el lomo con un rifle de balines. Vi unos perros recuperándose de la cirugía. Vi un perro cobrador al que habían puesto una cadera ortopédica e iba por el vestíbulo arrastrando un carrito. Estaba muy contento de ver a su ama. Se arrastró en su dirección y ella se arrodilló y abrió los brazos para darle la bienvenida. Le cantó y lloró. Era la versión animal de *Porgy and Bess*. —Se detuvo un momento—. Me hizo preguntarme qué está ocurriendo en este país. Me hizo pensar que nos deberíamos preguntar: «¿Qué demonios está ocurriendo?»

—Bueno, ya es la hora —dijo Sidney.

A la semana siguiente, primero fue al centro comercial. Entraba y salía de tiendas con grandes guirnaldas doradas y villancicos empalagosos de hilo musical. En todas había libros de Navidad con gatitos, tarjetas de Navidad con gatos, papel de regalo de Navidad con gatos. Eran aburridos, bobos, caricaturescos, prescindibles, no tenían ni punto de comparación con *Bert*.

—Tenía grandes esperanzas con *Bert* —explicó más tarde a Sidney—. Le hicieron todos los tratamientos, le dieron todos los medicamentos, pero las medicinas dejaron sus pulmones fuera de combate. Cuando el médico propuso que lo durmiéramos para siempre, yo dije: «¿No hay nada más que podamos hacer?», y ¿sabe lo que dijo el médico? Dijo: «Sí, una autopsia.» Después de los mil dólares dijo: «Sí, una autopsia.»

—Oh —dijo Sid.

—Una pastopsia —dijo Aileen—, al pobre *Bert* lo que le extirparon fue la pasta.

Y a continuación comenzó a llorar, pensando en el aspecto funesto y enfermizo de la cara de *Bert* en la burbuja de oxígeno, el tubo vendado a su pata, la niebla húmeda de sus ojos. Ese no era el modo en que moría un animal, pero ella lo había sometido a un tratamiento médico completo, lo había apuntado a todo ese vudú metálico y fluorescente, sin saber qué más podía hacer.

—Hábleme de Sofie.

—Está bien, es estupenda. —Aileen suspiró. Sofie era adorable. Sofie era fenomenal. Excepto que llegaba de la guardería con algunas notas: «Hoy Sofie le ha hecho un gesto grosero con el dedo a la maestra, pero lo ha hecho con el dedo índice.» O bien: «Hoy Sofie se ha dibujado un bigote en la cara.» O bien: «Hoy Sofie ha dicho que la llamáramos Walter.»

—Vaya.

—Nuestro último día de fiesta de verdad fue en Halloween. La llevé por el vecindario para que llamara a las puertas y amenazara con una pillería si no recibía un regalo, y estaba monísima.

Sólo al final de la tarde comenzó a entender de qué iba la cosa. Estaba tan excitada que llamaba al timbre y cuando alguien salía, abría bruscamente la bolsa y decía: «¡Mira, te traigo regalos!»

Aileen se quedaba esperando alejada del porche, en la acera, con su pijama grande de color rosa con pies. Dejaba que Sofie fuera la que hablara. «Yo soy mi mamá y mi mamá es yo», explicaba Sofie.

—Entiendo —decían los vecinos. Y entonces llamaban a Aileen y la saludaban con la mano: «¡Hola Aileen! ¿Qué tal estás?»

—Nos tenemos que concentrar en la Navidad —dijo Sidney.

—Sí —dijo Aileen desesperada—. Sólo nos queda una semana más.

El jueves antes de Navidad, se sintió inundada por los recuerdos: el ratón de campo, las excursiones, las largas siestas juntos.

—Los mensajes escuetos para comunicar sus necesidades —dijo ella—. Tenía el miau de la comida, y yo lo seguía hasta su plato. Tenía el miau de cuando quería salir, y yo lo seguía hasta la puerta. Tenía el miau para que lo cepillaran, y yo iba con él hasta el cajón donde guardaba el cepillo. Y luego tenía el miau existencial, y yo lo seguía sin rumbo por la casa mientras él se paseaba por las habitaciones, sin saber exactamente qué o por qué.

—Ya entiendo por qué lo echa de menos —dijo Sidney con los ojos llorosos.

—¿Lo entiende?

—Claro que sí. Pero eso es todo lo que puedo hacer por usted.

—¿Se ha terminado la oferta de Navidad?

—Me temo que sí —dijo él, poniéndose de pie. Le tendió la mano para estrechar la suya—. Llámeme después de Navidad y cuénteme cómo se encuentra.

—Muy bien —dijo ella con tristeza—. Así lo haré.

Volvió a casa, se sirvió una copa y se quedó junto a la repisa de la chimenea. Cogió la lata con florecitas rosas y la agitó, con miedo a oír el estrépito amortiguado de los huesos, pero no oyó nada.

—¿Estás segura de que es él? —preguntó Jack—. Con los animales probablemente hagan incineraciones en masa. Una cucharada para los gatos, dos para los perros.

—Por favor —dijo ella. Al menos no había enterrado a *Bert* en el cementerio para animales de la zona, con sus lápidas intrincadas y sus inscripciones sensibleras: «Querido *Rexie* : dentro de poco estaremos juntos.» O «A la memoria de *Muffin* , que me enseñó a amar.»

—Me quedé con el último árbol de Navidad que había —dijo Jack—. Estaba apoyado en la pared del cobertizo, con un tacón roto y un cigarrillo colgándole de la boca. Pensé traerlo a casa y darle sopa.

Por lo menos ella había buscado algo de mejor gusto que el cementerio, la ocasión apropiada para devolverlo al cielo o a la tierra, para bajarlo de la chimenea y sacarlo de casa de modo significativo, aunque aún tenía que encontrar el día apropiado. Había dejado que estuviera en la repisa de la chimenea y había llorado su pérdida profundamente, sólo hacía lo debido. No puedes fingir que no has perdido nada. Ha muerto un buen gato, hay que empezar por ahí, y no dejar que se te congele la sangre. Si tu corazón le da la espalda a esto, le dará la espalda a algo más importante, y así más y más hasta que tu corazón se haya apartado, esté inmóvil, tu imaginación repartida lejos del mundo y volviendo sólo a los malos mapas de ti misma, las charcas amargas de tu propio pulso, tus propios deseos absurdos, mezquinos, diminutos. ¡Para aquí! ¡Empieza aquí! Comienza por *Bert*.

¡Brindemos por *Bert*!

El día de Navidad, por la mañana temprano, despertó a Sofie y la vistió con su traje de esquimal. Había un poco de nieve en el suelo y el viento soplaba a ráfagas polvorientas por el patio.

—Vamos a decirle adiós a *Bert* —dijo Aileen.

—Oh, *Bert* —dijo Sofie, y comenzó a llorar.

—No, si él va a estar contento —dijo Aillen notando la lata rosa en el bolsillo de la chaqueta—. El quiere salir. ¿Recuerdas que siempre quería salir? ¿Que se ponía delante de la puerta y hacía miau miau y entonces lo dejábamos salir?

—Miau, miau —dijo Sofie.

—Muy bien —dijo Aileen—. Pues eso es lo que vamos a hacer ahora.

—¿Estará con Papá Noel?

—¡Sí! Estará con Papá Noel.

Salieron hasta bajar las escaleras del porche. Aillen abrió la lata haciendo palanca. Dentro había una bolsa de plástico pequeña. La rasgó. Dentro estaba Bert: cenizas pétreas como la arena y las conchas de una playa. ¡Verano en diciembre! ¿Qué eran las Navidades sino una gigantesca metáfora mixta? ¿De qué trataban sino del misterio del amor entre las especies, del amor de Dios por el hombre? El amor ha buscado un abismo por el que saltar y ha aterrizado allí: el Espíritu Santo entre animales de establo, la mascota del maestro enviada para ser adorada y morir. Aileen y Sofie cogieron un puñado de *Bert* y corrieron por el jardín, dejando que el viento se apoderara de las cenizas y las esparciera. Los pájaros volaban entre los árboles. Las ardillas atemorizadas escapaban al patio de los vecinos. Al liberar a *Bert* quizá se convirtieran un poco en él: desterrando a los intrusos, custodiando las fronteras, para a continuación meterse dentro y jugar con los adornos, rasgar el papel de regalo, comerse el gran pájaro sin cabeza.

—¡Feliz Navidad, *Bert!* —exclamó Sofie. La lata ya estaba vacía.

—¡Sí! ¡Feliz Navidad, *Bert!* —dijo Aileen. Se guardó la lata en el bolsillo. Y luego ella y Sofie se metieron en casa a toda prisa, para entrar en calor.

Jack estaba en la cocina, junto al horno, todavía en pijama. Estaba sirviéndose zumo de naranja y había puesto unos bollos a calentar.

—Papá, ¡Feliz Navidad, *Bert!* —Sofie abrió los corchetes de su traje de esquimal.

—Sí —dijo Jack, dándose la vuelta—. ¡Feliz Navidad, *Bert!* —Alargó a Sofie un vaso de zumo, luego a Aileen. Pero, antes de bebérselo, Aileen esperaba que dijera algo. Jack se aclaró la garganta y avanzó. Levantó el vaso. Su sonrisa amplia y socarrona decía: Esta es una familia muy extraña. Pero exclamó: «Feliz Navidad a todo el mundo», y lo dejó así.

Una nota preciosa

Es una noche fría. Hace un frío glacial dentro y fuera. Después de un truculento mes en los juzgados, el mejor amigo de Bill, Albert, vuelve a estar soltero y con la actitud característica de un comisario de exposición: ha invitado a los amigos a su piso subarrendado para celebrar la Nochevieja y ver las cintas de vídeo, nupciales y posnupciales, que Albert ha sacado de una repisa y ha mostrado con una alegría y asombro irónicos. En las tres bodas, la madre de Albert, ya mayor, se había encargado de grabar la ceremonia, y en el momento crucial de los votos, cada vez, Albert le da impíamente la espalda a la novia y mira directamente a la cámara de la madre y dice: «Sí, lo prometo.» El trámite del divorcio, por el contrario, es mudo, a trompicones y muy mal iluminado («Un secretario de juzgado», dice Albert): hay sonrisas lánguidas, trajes chaqueta, la ondulación de un bolígrafo.

Al final, los invitados de Albert aplauden. Bill se lleva los dedos a la boca y suelta un silbido agudo (no todos los hombres pueden hacerlo, el mismo Bill no lo aprendió hasta que entró en la universidad, aunque de eso hacía ya treinta años. Tres décadas de silbidos estridentes. La juventud no hay que desperdiciarla en los jóvenes).

—Se acabaron las bodas —anunció Albert—. Se acabaron los divorcios. Se acabó perder el tiempo. De ahora en adelante, lo único que pienso hacer es salir ahí fuera, encontrar a una mujer que no me guste mucho y ponerle un piso.

Bill, que se ha divorciado sólo una vez, esa noche ha ido con Debbie, una mujer demasiado joven para él: por lo menos eso es lo que sabe que comentan, aunque la próxima vez se lo dirán a la cara, y entonces Bill exclamará: «¿Cómo dices?» Quizá no lo diga gritando. Quizá chille.

Chille con un matiz de súplica. Y entonces se tirará al suelo y suplicará que lo apedreen rápido. Pero ahora, sin embargo, en ese momento, va a fingir que su corazón está más desarrollado y es más valiente de lo que es, y explicará a todos los que puedan preguntar cuánto más fácil sería aventurarse con su ex mujer, que es de su edad, pero no, Bill no, el gran y valiente Bill, no: Bill se ha metido en algo complejo, espiritualmente birracial, políticamente peliagudo y, a decir verdad, físicamente exigente. La juventud no hay que desperdiciarla en los jóvenes.

«¿Quién diablos es aquélla?»

«¡Si tiene aspecto de tener catorce años!»

«¡Nos estás tomando el pelo!»

Bill había tenido que beber más de lo corriente. Había tenido que reconocer que él solo, sin nada de vino, no habría podido armarse del valor suficiente para aquel romance.

(—No quiero entrometerme, Bill, ni abrumarte con consideraciones feministas, pero responde, por favor, ¿estás saliendo con una tía de veinticinco años?)

—Veinticuatro —contestó él—, ¡pero casi lo adivinas!

Sus amigas le habían gritado, o algo así: había sido más bien un cruce entre suspiros y risas nerviosas. «No seáis crueles», había tenido que decir Bill.

Albert había sido más amable, delicado en el tono que en el contenido.

—Ciertas personas podrían ver la relación con esa chica como un mal uso de tu encanto —dijo lentamente.

—Pues me he esforzado mucho para tenerlo —dijo Bill—. Créeme, empecé desde cero. ¿No puedo hacer con él lo que quiera?

Albert advirtió el adelgazamiento de Bill, su bronceado ligero, las pecas como moras de sus brazos, la ropa estival que llevaba, pasada la primera quincena de septiembre, en las cavernosas y atestadas aulas de la facultad de Derecho.

—Bueno, pues algunas personas lo interpretarán como que lo llevas mal —hizo una pausa, rodeó a Bill con el brazo y dijo—: aunque, oye, creo que te ha dado un aspecto muy tenístico.

—A qué te refieres —dijo Bill metiéndose las manos en los bolsillos—, ¿al asunto de la amabilidad de los desconocidos?

—¿De qué hablas? —preguntó Albert retirando el brazo, y luego su cara se ablandó como si se derritiera, como si estuviera preocupado—. Oh, pobre —dijo—, qué pena me das.

Bill ha protestado, ofuscado, y ha ido a esconderse. Pero está demasiado cansado para esconder un minuto más su asunto con Debbie. El cuerpo lleva encima muchas semanas de miedo escénico antes de, sencillamente, rendirse y subir al escenario. Y lo que es más, este semestre ya no tiene a Debbie en la clase de Derecho Constitucional. Ella ya no está, entre clase y clase, en casa, en su cama, con una película alquilada, diciendo cosas que por lo visto a él le hacen reír, cosas como: «Oye, encanto, ¿por qué esas babas de canto?» y «No se te ocurra pensar que hago esto para que me pongas buena nota. Hago esto para que me pongas la mejor nota del mundo». Debbie ya no le hace esos comentarios con actuación, y él los echa un poco de menos, todo ese esfuerzo y ese deseo. «Si sólo soy una inclinación pasajera,

quiero aprobar inclinada», dijo una vez. También: «La Universidad de Derecho es la escuela de cine de los noventa.»

Debbie ya no es su alumna en ningún sentido, así que por fin su aparición conjunta tan sólo carece de todo atractivo y provoca las miradas de todo el mundo, pero no es ilegal. Bill puede aparecer junto a ella en la cena. Puede vivir el presente, últimamente su tiempo favorito.

Pero allí, en aquella fiesta, debe recordar con quién está, gente para la cual la historia, el conocimiento adquirido, la acumulación de días y años, lo es todo. ¿O es simplemente la taquigrafía conveniente de su propia paranoia? Está Albert, con las cintas de vídeo; la vieja amiga de Albert, Brigitte, una estudiosa de ciencias políticas nacida en Berlín; Stanley Mix, que se ausenta en semestres alternos para ir a Japón y estudiar los efectos zoológicos de la radiación en Hiroshima y Nagasaki; la esposa de Stanley, Roberta, propietaria de una agencia de viajes y calculadora obsesiva de los kilómetros que hace Stanley en sus frecuentes viajes (Bill a menudo ha admirado sus carteles: «*RETROCEDE A TIEMPO, VEN A ARGENTINA*», dice uno que tiene en la puerta); Lina, una profesora invitada, serbia, guapa, que enseña estudios eslavos, y el marido de Lina, Jack, un médico tejano que cinco años atrás, en Yugoslavia, había puesto tierra de Dallas en la sala de partos del hospital para que su hijo naciera «en tierra tejana». («Aunque el niño tiene un aspecto muy serrbio —dice Lina de su hijo, haciendo vibrar las erres de forma encantador—, pero no se lo digáis a Jack.»)

Lina.

Lina, Lina.

A Bill le gustaba un poco Lina.

—¿Estás con Debbie porque en algún lugar de tu pasado hubo una chica guapa que te dejó? —preguntó Lina una vez por teléfono.

—Eh, ¿y si fuera porque todas las otras que conozco están casadas?

—¡Ja! —dijo ella—. Tú sólo crees que están casadas.

Lo cual le sonó a Bill como una versión adulta de Peter Pan, sin Mary Martin, sin las canciones, sólo un montón de deseos y de pensamientos bonitos, donde a continuación todos los participantes se tiran por la ventana.

¿Y nunca, nunca aterrizan?

El matrimonio, piensa Bill: es la escuela de cine de los noventa. A decir verdad, Bill tiene un poco de miedo al suicidio. Quitarse la vida, piensa, tiene demasiadas extravagancias que ofrecer: una ventaja real en la narrativa (aunque retrospectivamente), una ventaja filosófica

desproporcionada (aunque, de nuevo, retrospectivamente), la última palabra, el último corte, el tiro de despedida. Y lo que es más importante, te lleva al infierno que hay fuera de allí, da lo mismo donde estés, y él puede ver cómo algo así podría pasar en un momento de debilidad, pero brillante, uno del cual luego te arrepentirías mientras miras hacia abajo desde el cielo sin profundidad o, hacia arriba, a través de dos hormigueros de arena y de algún hierbajo.

Con todo, Lina es la persona en que se encuentra pensando y por quien pone atención al vestirse por la mañana, quitando todas las etiquetas de lavado en seco, emparejando los calcetines.

Albert los hace pasar al comedor y todos se reparten alrededor de la gran mesa de teca y contemplan las ensaladas preparadas con gran afán en cada uno de los platos, las cuales, con el trocito de queso, los cebollinos sobresaliendo, los pequeños bucles de papel, parecen sombreritos de fiesta.

—¿Nos las ponemos o nos las comemos? —pregunta Jack. En la boca tiene un chicle gris como un cerebro de rata.

—Admiro a los gays —dice Bill con voz de trueno—, tienen la valentía de querer a quien quieran a pesar de todos los prejuicios.

—Tranquilo —murmura Debbie dándole un leve codazo—. Sólo es ensalada.

Albert indica de manera general dónde se tienen que sentar, hombres y mujeres alternados, como los nombres de los huracanes, aunque de tal modo que todas las parejas quedan separadas y muy alejadas, qué menos en Nochevieja, tal como Bill sospecha que quiere Albert.

—No te sientes a su lado, muerde —dice Bill a Lina cuando ella se sienta al lado de Albert.

—Seis grados de separación —dice Debbie—. ¿Tú te crees esa historia de que todo el mundo está separado por sólo seis personas?

—Pues nosotros estamos separados por al menos seis personas, ¿verdad, cariño? —comenta Lina a su marido.

—Por lo menos.

—No, lo que quiero decir es por sólo seis —dice Debbie—, seis desconocidos. —Pero nadie la escucha.

—Esta es una Nochevieja política —comenta Albert—. Estamos aquí para quejarnos del año nuevo, del viejo; en general para hacerle una petición a Papá Tiempo. Pero también para comer: en China es el año del Cerdo.

—Ah, uno de esos años del Cerdo —dice Stanley—, me encantan.

Bill le echa sal a la ensalada y luego mira hacia arriba disculpándose y dice:

—Le echo sal a todo, para que no salga corriendo.

Albert aparece con filetes de salmón y los reparte con la ayuda de Brigitte. Desde que a Albert no lo quisieron ascender para ocupar la plaza de profesor titular, sus artículos sobre Flannery O'Connor («Es realmente difícil encontrar un hombre bueno», «Todo lo que se eleva debe, en efecto, convergir» y «El sur totémico: son los violentos los que realmente lo aguantan») no han logrado conseguir el entusiasmo de los colegas, por lo que ha tomado la determinación de servir a los demás: repartiendo notas y comunicados internos, encargándose del ponche y las galletas en varias recepciones. Sin embargo, todavía no es muy ducho en ello, pero el esfuerzo conmueve y entenece. Ahora todos están sentados con las manos en el regazo y se echan hacia atrás cuando les ponen el plato delante. Cuando Albert se sienta, comienzan a comer.

—¿Sabéis? —dice Jack masticando—, en Yugoslavia una persona va cuatro años a la escuela para ser camarero. Cuatro años en la escuela de camareros.

—Típico de los yugoslavos —añade Lina—. Tienen que ir cuatro años a la escuela para aprender a servir a alguien.

—Me imagino que lo hacen bien —dice Bill estúpidamente. Nadie le hace caso, por lo que da gracias al cielo. Su pescado huele más a pescado que el de los demás: está seguro. Quizá lo hayan envenenado.

—¿Habéis oído lo del pobre estudiante japonés que se paró para preguntar una dirección y le dispararon porque pensaban que era un intruso? —habla Debbie, la querida Debbie, ¿cómo llegó a esto?

—Sí, ya lo sé, ¿no es horrible? —dice Brigitte.

—En verdad, un disparo así tiene mucho sentido —dice Bill—, cuando piensas en que los japoneses son especialmente conocidos por la delincuencia en las calles.

Lina se ríe y Bill toma un poco de pescado.

—Supongo que el hombre pensó que el estudiante iba a entrar a reprogramarle el ordenador —dice Jack y todo el mundo se ríe.

—Escuchad, ¿es racista? —pregunta Bill.

—¿Tú crees?

—Quizás.

—No lo creo.

—La verdad es que no.

—¿Qué quiere decir eso?

—¿A alguien le apetece más comida?

—Oye, Stanley, ¿cómo va la investigación?

¿Es una pregunta distraída o una pregunta mordaz? Bill no lo sabe. La última vez que estuvieron todos juntos se enzarzaron en una discusión terrible sobre la Segunda Guerra Mundial. La Segunda Guerra Mundial no suele ser necesariamente un buen tema de conversación, y entre los ocho se armó un auténtico lío. Stanley gritaba, Lina amenazaba con irse y Brigitte explotó durante los postres: «Yo era pequeña; yo estuve allí», dijo Brigitte a propósito de Berlín.

Lina, cuyos tres tíos, le había contado una vez a Bill, habían muerto a golpes de bayoneta, suspiró y dirigió la vista hacia el papel de pared: rayas anchas y pálidas como un pijama. Era imposible comer.

Brigitte miraba acusadoramente a todo el mundo, con la cara sudorosa como una manzana al horno. Le goteaban lágrimas de los ojos. «No tendrían que haber bombardeado de aquella manera. Así no. No tendrían que haber bombardeado tanto», y entonces comenzó a llorar, luego a ahogar los sollozos y al final a ahogarse simplemente.

Aquello había impactado a Bill. Durante años, Brigitte había sido el tema de los chistes privados y escépticos entre él y Albert. Se inventaban los títulos de sus libros sobre historia europea. *El Führer majareta y Hitler, ¡qué pastel!* Pero aquella noche las lágrimas de Brigitte eran muy amargas y copiosas; después de tantos años, aquello lo asustó y se obsesionó. ¿Qué pretendía llorando así en la cena? Nunca había vivido la guerra de aquel modo y, en verdad, de ningún otro.

—Bien —dice Stanley a Lina—. Estupendo, de verdad. Vuelvo el mes que viene. Hasta ahora, los datos acerca del tamaño pequeño de las cabezas es el más interesante y concluyente —y a continuación mastica el pescado—. Si me pagaran por palabras, sería un hombre rico. —Tiene la voz fina y suficiente de un participante del programa concurso de Texaco.

—A Jack aquí le pagan por palabras —dice Bill— y la palabra es «¿Siguiente?».

Quizá Bill podría, como quien no quiere la cosa, alejarse del tema de la devastación nuclear y encauzarlo hacia los planes nacionales de salud.

¿Sería una mejora? Recuerda que una vez le preguntó a Lina qué especialidad médica tenía Jack. «Oh, es cirujano ginecológico —dijo despectivamente—. Algo relacionado con cosas que caen en la vagina.» Le dio un escalofrío. «No me gusta pensar en ello.»

«Cosas que caen en la vagina.» La palabra «cosas» había hecho que Bill pensara, por alguna razón, en mesas y sillas o, incluso más seductoramente, en pianos y lámparas de araña, y ahora a Jack lo veía como un profesional de las mudanzas: La casa de mudanzas Van Line con un juego de *OBSTE-GINE*.

—Después de todo este tiempo, Bill todavía es escéptico con los médicos —dice Jack.

—Ya lo veo —dice Stanley.

—Una vez me extrajeron la amígdala sana —dice Bill.

—¿Encuentras alguna diferencia entre Hiroshima y Nagasaki? —persiste Lina.

—Es interesante que preguntes eso —dice Stanley, volviéndose hacia ella—. ¿Sabes?, en Hiroshima la bomba era de uranio y en Nagasaki de plutonio. Y de hecho encontramos consecuencias más dañinas con el uranio.

Lina da un grito ahogado y deja el tenedor. Se vuelve y mira con alarma a Stanley, como si estudiara el mal estado de salud de su cara, la metralla marrón verdosa de los quistes secos de acné, como lentejas enterradas en la piel.

—¿Utilizaron dos bombas diferentes? —pregunta ella.

—Eso es —dice Stanley.

—¿Quieres decir que ya desde el principio era sólo un experimento? ¿Lo planearon explícitamente, desde el principio, como un objeto de estudio? —Se le había subido la sangre a la cabeza.

Stanley se pone un poco a la defensiva. El es, después de todo, uno de los estudiosos. Se mueve en la silla.

—Se han escrito libros muy buenos sobre el tema. Si no entiendes lo que ocurrió con Japón durante la Segunda Guerra Mundial, harías bien en leer un par de libros.

—Ah, entiendo. Entonces podríamos charlar mejor —dice Lina. Le da la espalda a Stanley y mira a Albert.

—Niños, niños —murmura Albert.

—La Segunda Guerra Mundial —dice Debbie—, ¿no fue la que iba a acabar con todas las guerras?

—No, ésa fue la Primera Guerra Mundial —dice Bill—. Con la Segunda Guerra Mundial ya no prometieron nada.

Stanley no quiere ceder. Se vuelve a Lina de nuevo.

—Tengo que decir que me sorprende ver a una serbia dándoselas de moralista en un asunto de política exterior —dice.

—Stanley, antes me caías bien, ¿te acuerdas de cuando eras un individuo agradable? Yo sí.

—Yo también —dice Bill—. Con esa sonrisa generosa y esos regalos que solía hacer.

Bill siente debilidad por rescatar a Lina. El año está siendo duro. La primavera anterior, la emisora de radio local la invitó a un programa de entrevistas y le hicieron preguntas sobre Bosnia. En un intento de explicar lo que ocurría en la antigua Yugoslavia, dijo: «Tenéis que pensar en lo que significaría para Europa tener un estado nacionalista islámico», y «Esos croatas fascistas», y «Es todo muy complicado». Al día siguiente los estudiantes boicotearon sus clases y un piquete fue hasta su despacho con pancartas que decían: «*EL GENOCIDIO NO ES "COMPLICADO"*» y «*ARREPIÉNTETE, IMPERIALISTA*». Lina había telefoneado a Bill a su despacho.

—Tú eres abogado. Me están acosando. ¿Estos estudiantes no están quebrantando ninguna ley? Seguro que están quebrantando alguna ley, Bill.

—Realmente no —dijo Bill—. Y créeme, no te gustaría vivir en un país en que sí lo estuvieran haciendo.

—¿No se puede tomar una medida de conflicto? ¿Qué es eso? Me gusta cómo suena.

—Eso se usa en alegatos o ante los juzgados. Eso no es lo que tú quieres.

—No, supongo que no. Sólo quiero que abandonen la acción. Además, quiero hacer huelga contra ellos. ¿No hay nada que puedas hacer?

—Tienen sus derechos.

—No entienden nada —dijo ella.

—¿Estás bien?

—No. Abollé el guardabarros del coche al aparcar, estaba muy alterada. Se cayó el faro y, a pesar de que lo llevé al mecánico, no lo han podido reparar.

—Me parece que esas cosas hay que conservarlas envueltas en hielo.

—Estos chicos, Dios mío, no tienen ninguna idea del mundo. Soy conocida por mi pacifismo y mi resistencia; fui yo quien el año pasado, en Belgrado, compró gasolina en botellas de Coca-Cola, escondió a un chico para que no lo reclutaran, y ayudó a organizar protestas, las emisiones de radio y los conciertos de rock. Yo y no ellos. Era yo quien estaba allí con la multitud, dando palmadas y gritando debajo de la ventana de Milosevic: «No cuentes con nosotros. No cuentes con nosotros» —hizo una pausa teatral—. Teníamos camisetas y carteles. No estuvo mal.

—¿«No cuentes con nosotros»? —dijo Bill—. No quiero parecer escéptico, pero como eslogan político suena, no sé, un poco... —Chato. Carecía incluso de la energía que tiene un mohín y de la determinación de «Maldita sea, no, no vamos a ir». Quizás alguna obscenidad habría sido mejor: «No cuentes con nosotros, hijo de puta.» Habría sido mejor. Y las camisetas habrían quedado mejores, por supuesto.

—Pues tuvo mucho éxito —dijo Lina indignada.

—Pero ¿cómo mides el éxito exactamente? —preguntó Bill—. Lo que digo es que llevó su tiempo pero, perdóname, nosotros acabamos con la guerra de Vietnam.

—Oh, estáis obsesionados con vuestro Vietnam —dijo Lina.

La siguiente vez que Bill la vio fue para su cumpleaños y ella llevaba encima tres whiskies y medio. Ella se puso a elogiar a gritos la belleza del pastel, y luego cogió mucho aire y al expulsarlo acercó la cabeza a las velas y el pelo le ardió de forma espectacular.

«¿Qué mide el tiempo sino el tiempo mismo? ¿De qué puede dar constancia sino del mero depósito y registro de sí mismo en el interior de una cosa?»

Por la mesa corre un cuenco grande con guisantes y cebolla. Ya se han contado el repertorio de chistes de O.J. Simpson (el de toc, toc, ¿quién es?, y el de las gafas de sol). Han prohibido todos los demás, aunque a Bill ahora le preguntan su opinión sobre su búsqueda y captura. Desde que comenzó a vivir en tiempo presente, Bill ve la Constitución como algo afortunadamente cambiante. No cree que el comportamiento actual tenga necesariamente que ajustarse a la ley antigua. Personalmente piensa que, por ejemplo, habría desechado algunos

privilegios de la Primera Enmienda (protestas por abortos, digamos, y todo el telemárketing, quizás un poco de pornografía, aunque no la chica de la página central del *Playboy*, Miss Abril 1965, ¡eso nunca!), a cambio de destruir el contenido de la Segunda Enmienda. Los Padres Fundadores eran, después de todo, revolucionarios. «En esto estarían conmigo», piensa. Estarían a favor de ir solucionando los problemas conforme suceden, reaccionando a los acontecimientos a medida que ocurren, como un gran y descabellado espectáculo de variedades.

—La Constitución no tiene nada de sagrado; sólo es otro contrato producto de la imaginación: es un palimpsesto que se puede escribir y reescribir una y otra vez. Y entonces, contenga lo que contenga, cuando te hacen a un lado, se convierte en ley de esa época. De ahora. —Bill cree en la libertad de expresión. Cree en la expresión de la libertad. No cree en gritar «Fuego» en un cine lleno de gente, pero sí cree en gritar «Ostras», y ya lo ha hecho dos veces: las dos en *Forrest Gump* —. Soy un gran creyente en las Normas del Ahora. También en las promesas para Ahora, las Cosas que Hacer por Ahora, y el tan práctico «Por Ahora Es Suficiente».

—Qué moral tan excelsa —dice Brigitte fulminándolo con la mirada.

—Sí —añade Roberta, que ha estado callada toda la noche, seguramente calculando el precio de los billetes de avión de Stanley—. Qué atractivo.

—Hablo en teoría —dice Bill—. Creo en el sentido común. En la teoría. Sentido común teórico. —De repente se siente arrinconado e incomprendido. Le gustaría que no le pidieran constantemente que se pronunciara sobre asuntos legales de la vida real. Nunca ha tenido un caso real, a excepción de una vez, cuando acababa de terminar la carrera de Derecho. Había ejercido durante poco tiempo en el sótano de una vieja escuela de piedra caliza en St. Paul, y en la placa que había dentro del edificio decía: «*WILLIAM D. BELMONT, ABOGADO: PISO DE ABAJO* .» El Único caso que llevó a los tribunales fue un atraco a mano armada, y le entró el pánico. Se vistió del mismo color beis que los alguaciles, una estrategia subliminal que creyó que le daría ventaja y que le haría parecer, por lo menos, tan parte de la «familia» del tribunal como el fiscal. Pero cuando terminó la tarde, tenía los nervios destrozados. Miraba al jurado con demasiada desesperación, el cual, cuando se retiró a deliberar y en el tiempo que tardó en pedir una pizza y devorarla, votó unánimemente declarar culpable a su cliente. Había mirado con ojos suplicantes aquellas caritas y había dicho: «Señoras y señores: que me coma los calzoncillos si mi cliente no es inocente.»

Cuando abandonó el ejercicio del Derecho se había acostumbrado a aparecer por las fiestas de los despachos de los demás, lo cual no era buena señal en la vida.

Ahora, equipado con un título de más prestigio, como los otros invitados a la cena, Bill tiene pericia en el campo hipotético de lo académico y algunos conocimientos sobre presupuestos, cómo aparcar y el correo

electrónico. No le importa el correo electrónico, más o menos se ha acostumbrado, su Tele Sketcht vagamente indecente, aunque una vez se encontró perdido en Internet, y antes de darse cuenta había escrito su nombre en un tablón de anuncios donde el único otro nombre que había era «El Semental». Sin embargo, la mayor parte de su vida profesional ha transcurrido segura y sin grandes percances. A pesar de que le molestan con las reuniones de profesores y con la palabra texto (cada vez que la oye le da la sensación de que debería abandonar, irse a otro lugar y llevar una peluca empolvada), a Bill le intriga pertenecer al mundo académico, con su batiburrillo internacional y su vestimenta asexual, un lugar donde pensar y hablar como si uno hubiera vivido es siempre preferible a las alternativas. Un valor así reduce el arrepentimiento. Una vez lo llamó el director de la Facultad de Derecho y lo amonestó por saltarse demasiadas reuniones docentes.

—Te cuesta un aumento de sueldo de mil dólares al año —dijo el decano.

—¿De verdad? —repuso Bill—. Bueno si eso es todo, vale la pena cada céntimo que pierdo.

—Comed, comed —dice Albert. Trae las patatas asadas y el queso de postre. Las cosas se están desmadrando un poco. ¿Una cena es un paradigma de la sociedad o una pantomima viciosa de la familia? Ya son las diez y media. Brigitte se ha vuelto a levantar para ayudarle. Vuelven con nata, cebollinos, grapa y coñac. Debbie mira por encima de la mesa a Bill y le sonrío con calidez. Bill le devuelve la sonrisa: por lo menos cree hacerlo.

«Este tabú de la edad es para hacernos creer que la vida es larga y que nos mejora, que somos más sabios, mejores, más cultos cuanto más tiempo pasa. Es un mito inventado para que los jóvenes no sepan lo que realmente somos y así no nos puedan despreciar o matar. Los mantenemos ignorantes, sin preparación, y les hacemos creer que hay algo más en el futuro que arrepentimiento y decrepitud.»

Bill todavía escribe un ensayo en su cabeza, uno de sentido común teórico, aunque quizá sólo sea que está bebiendo demasiado y que no sea un ensayo, sino el simple metabolismo del azúcar. Pero eso es lo que sabe en ese momento, cuando la cena termina y la medianoche cae como un gong mudo: el abrazo de la vida es rápido y apresurado, y en todas partes por igual la gente está necesitada y es bienintencionada y está loca. «¿Por qué no admitir los poderes históricos para dividir y destruir? ¿Por qué apegarnos a viejas historias con la creencia de que son más verdaderas que las nuevas? Viviendo en el pasado siempre sabes lo que vendrá a continuación, y eso te ahorra las sorpresas. Agota y deforma la mente. Tenemos suerte simplemente por estar vivos juntos; ¿por qué ponernos a diferenciar y a juzgar sobre quién está aquí entre nosotros? Gracias a Dios por lo menos hay alguien.»

—Creo en el tiempo presente —dice Bill ahora, a nadie en particular—. Creo en la amnistía. —Para. La gente lo mira pero no habla—. ¿O es sólo retórica caprichosa?

—No es tan caprichosa —dice Jack.

—Es caprichosa sin llegar a ser sensiblera —dice Albert amablemente, como buen anfitrión que es. Saca más grapa. Todo el mundo toma un poco en los vasos de cristal de la Gran Depresión que tiene Albert, de color ámbar, verde y azul.

—Lo que quiero decir... —comienza Bill, pero luego se detiene, no dice nada. Suena música folclórica chilena en el aparato de música, nostálgica y melancólica: «Tráeme todos tus amantes, para que también te pueda amar», canta una mujer en español.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Bill, pero a esas alturas ya no habla en voz alta. No sabría decirlo. Se sienta de nuevo y escucha la canción, traduciendo el castellano triste. «Todo los cantautores, incluso en la canción más insignificante, parecen tener un sufrimiento monumental, clarificado y dignificado por la melodía», piensa Bill. Por otra parte, su propia tristeza salpica su vida de un modo discreto, amorfo, liquidador. Modesto, es como algunas veces le gusta verlo. Ya nadie es modesto. Todo el mundo exalta sus decepciones. Hacen batallas ceremoniosas por todo, piden recetas y devuelven los regalos: todas las cosas infelices que la vida les ha dado, de un modo extraño y estúpido, sin pensar, sin molestarse siquiera en conocerlas un poco o preguntar por ahí. Lo devuelven todo para cambiarlo por otra cosa.

Como ha hecho él, ¿o no?

«Los jóvenes fueron enviados a la tierra para divertir a los viejos. ¿Por qué no dejarse divertir?»

Debbie se acerca y se sienta junto a él.

—Pareces quejicoso y rezonglón —dice en voz baja. Bill se limita a asentir. ¿Qué puede decir? Añade—: Quejicoso y rezonglón, ¿verdad que parece el nombre de un bufete?

—De un cuento de Andersen —dice Bill y asiente de nuevo—. Quizás el que contrató el Patito Feo para demandar a sus padres.

—O el que buscó la Sirenita para darle por saco al príncipe —dice Debbie, un tanto mordazmente en opinión de Bill, ¿quién sabe? Su voz añorada, de puro terror quizás, últimamente se ha adornado con gestos soñadores y atrevidos. Probablemente Bill sólo la haya hecho envejecer más de lo que corresponde a su edad.

Jack se ha puesto de pie y se dirige al recibidor. Lina le sigue.

—Lina, ¿te vas? —pregunta Bill con demasiado sentimiento en la voz. Ve que Debbie, que ha bajado la mirada, lo ha notado.

—Sí, es que en casa tenemos una tradición especial, y no nos podemos quedar hasta medianoche. —Lina se encoge de hombros un poco indiferente, luego coge la bufanda de lana roja y se envuelve el cuello con un nudo suelto. Jack le ayuda a ponerse el abrigo, por detrás, y ella desliza los brazos por el forro de satén.

«Es sexo —piensa Bill—. Hacen el amor cuando tocan las campanadas de las doce.»

—¿Una tradición? —pregunta Stanley.

—Eh, sí —dice Lina con desdén—. Un poco de reflexión para el año que se avecina, eso es todo. Espero que estéis felices en Año Nuevo.

Lina solía equivocarse con el verbo ser y estar, pensó Bill, extrañamente encantado. ¿Y por qué se dice ser feliz y en cambio estar bien? No tendría que ser así. Por lógica...

—Se acuestan con las doce campanadas —dice Albert después de que se fueran.

—¡Lo sabía! —grita Bill.

—¿Se acuestan con las campanadas? —pregunta Roberta.

—Yo personalmente me guardo para el cumpleaños de Lincoln —dice Bill.

—Al parecer es una tradición de Año Nuevo local —dice Albert.

—He vivido aquí veinte años y nunca había oído hablar de ella —dice Stanley.

—Yo tampoco —dice Roberta.

—Ni yo —dice Brigitte.

—Bueno, pues todos tendríamos que hacer algo así de absorbente —dice Debbie.

La cabeza de Bill se vuelve para mirarla. La parte de arriba del vestido de terciopelo está nevada con pelusilla de la servilleta. Tiene la cara roja de beber. ¿Qué quiere decir? No quiere decir nada.

—¡Los guisantes! —grita Albert, y se va corriendo a la cocina y trae un cazo de hierro con una pasta caliente de guisantes y seis cucharas.

—Esta es la tradición que conozco yo —dice Stanley y coge una de las cucharas y la mete en la pasta.

Albert se mueve por la habitación con el cazo.

—No puedes comértelos hasta que suenen las doce campanadas —dice Albert—. Si los guisantes son la primera comida del 1 de enero, tendrás buena suerte durante todo el año.

—Nos quedan cinco minutos. —Brigitte mira el reloj y toma una cuchara.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Stanley. Sujeta la cuchara con puré de guisantes como si fuera una piruleta, y se le empieza a caer la pasta.

—Podemos reflexionar sobre nuestro fructífero trabajo y nuestros grandes logros —suspira Albert—. Aunque, claro está, cuando piensas en Gandhi o Pasteur o en alguien como Martin Luther King, hijo, muerto a los treinta y nueve, seguro que te preguntas qué has hecho con tu vida.

—Hemos hecho algunas cosas —dice Bill.

—¿Sí?, ¿como qué? —pregunta Albert.

—Nosotros hemos... —y aquí Bill se detiene un momento—. Hemos disfrutado de comidas excelentes. Hemos... comprado camisetas bonitas. Nos han ajustado bastante el precio del coche nuevo al dar el viejo... Creo que ahora mismo me voy a suicidar.

—Me apunto —dice Albert—. Los cuchillos están en el cajón junto al fregadero.

—¿Y la aspiradora?

—La aspiradora está en el armario de atrás.

—¿La aspiradora? —grita Roberta. Pero nadie explica por qué ni va a ningún sitio. Todos se sientan y ya está.

—¡Preparad los guisantes! —grita Stanley de repente. Todos se levantan y se colocan formando una herradura alrededor de la chimenea con un fuego vivo de leña de abedul, aunque con más humo de la cuenta. Levantan las cucharas llenas y dirigen la mirada hacia el reloj de encima de la repisa de la chimenea con el antiguo minuterero abalanzándose hacia la media noche.

—Feliz Año Nuevo —dice Albert finalmente, después de un poco de silencio, y levanta la cuchara como saludo.

—Amén —dice Stanley.

—Amén —dice Roberta.

—Amén —dicen Debbie y Brigitte.

—Eso mismo —dice Bill, con la boca llena, pero haciendo un gesto con la cuchara.

A continuación todos se abrazan con rapidez.

—¡Te pillé! —dice Bill con cada abrazo. Y comienzan a ir en busca de los abrigos.

—Siempre pareces más interesado por otras mujeres que por mí —dice Debbie al llegar a casa de Bill después de conducir en silencio—. El mes pasado fue Lina. Y el otro fue... fue Lina otra vez —se detiene un momento—. Siento ser tan egoísta y patética.

Se pone a llorar y, mientras lo hace, algo se raja y se abre en ella, y Bill le ve el corazón al desnudo. Es un buen corazón. Ha tenido padres amables y buenos amigos, sólo ha vivido en tiempo de paz y ha sido cariñoso con los animales. Lo mira.

—Mira, yo soy romántica y apasionada —prosigue—. Creo que sólo hace falta estar enamorada. El amor lo puede todo. —Bill asiente con simpatía, desde una gran distancia—. Pero no quiero entrar en una de esas historias pobres, unidireccionales, en las que todo el rato hay que ir poniendo parches; por mucho que me importes.

—¿Qué ha pasado con el amor que lo puede todo, de hace cuatro segundos?

Debbie se queda en silencio y luego contesta:

—Ahora soy mayor —dice.

—Los jóvenes crecéis muy rápido.

Entonces se hace un largo silencio, el segundo en lo que va de Año Nuevo. Al final, Debbie dice:

—Pero ¿no sabes que Lina tiene un lío con Albert? ¿No ves que están enamorados?

Algo en Bill se cae, encaja y hace un diáfano y pequeño nudo.

—No, no lo he visto. —Tiene la sensación enfermiza que ha tenido en otras ocasiones, al matar una mosca y encontrar sangre en ella.

—Tú mismo habías insinuado que quizá fueran amantes.

—¿Yo? No puede ser, ¿de verdad? ¿Eso hice?

—Pero Bill, ¿no te has enterado? Si lo sabe toda la universidad.

De hecho, había oído rumores; incluso una vez había dicho «Eso espero» y en otra ocasión «Dios bendiga la dichosa unión». Pero no lo decía en serio ni lo creía. Eran habladurías con poca gracia, sin imaginación, eran poco probables. ¿Pero no era la realidad así de cutre e inestable? ¿No era el destino así de poco imaginativo? Piensa en los dedos cruzados que encontraron en perfecto estado y que habían sobrevivido entre los restos de un accidente de avión por aquella zona. Ese destino era contrario y denso, como una secretaria estúpida, que no entiende todo el asunto de la *Gestalt* y el deseo del deseo. Él prefiere un destino más profundo, más inteligente e incluso más tardío, como el de la chica que conoció en la Facultad de Derecho y a la que, años atrás, violaron, dispararon y dieron por muerta; pero ella se arrastró durante diez horas hasta salir del bosque y llegar a la autopista, y había parado un coche con una bala del calibre veintidós en la cabeza. Entonces fue cuando supiste que la vida estaba inventando algo para ti, que la narrativa era para disculparse. Entonces fue cuando supiste que Dios había levantado la vista del ganchillo, que quizás incluso se había levantado de su puta mecedora de mimbre y por fin había ido tambaleándose hasta la ventana para mirar.

Debbie observa a Bill, preocupada y comprensiva.

—No eres feliz con esta relación, ¿verdad? —dice ella.

¡Aquellos términos! ¡Aquella manera de hablar! Bill no es bueno para eso; ella es mucho mejor que él; probablemente ella es mejor que él en todo: por lo menos, no ha usado la palabra «texto».

—No se te ocurra usar la palabra texto —advierde él.

Debbie se queda callada un momento y añade:

—Lo que pasa es que no eres feliz con tu vida.

—Supongo que no. —«No cuentes con nosotros. No cuentes con nosotros, capullo.»

—No cuesta tanto ser un poco feliz, ¿sabes? Lo puedes aguantar. Es como un libro abierto. Es básicamente como el sueldo cuando le has descontado los impuestos.

De repente, la tristeza lo devora. ¡Los guisantes! ¿Por qué no resultan? Debbie tiene la cara tensa y parpadea. Se le ha ido todo el maquillaje, los ojos limpios y redondos como bombillas.

—Siempre has sido muy duro calificando —dice—. ¿Qué fue de las calificaciones graduales?

—No sé. ¿Qué pasa con eso?

Con los párpados cerrados, cae silenciosamente sobre las rodillas de él, el pelo como un remolino dorado en la cabeza. Siente la presión de sus pechos como agua contra su pierna.

¿Cómo puede valorar su vida con tanta dureza y sin ningún agradecimiento, cuando está allí con ella, cuando ella se porta tan bien con él, y tienen otro año por delante, como un bufé libre, barato y abundante? ¿Cómo puede ser tan estricto y mezquino?

—He cambiado de opinión —dice—. Soy feliz, voy a explotar de felicidad.

—No lo eres —dice ella, pero vuelve la cara hacia arriba y ríe con esperanza, como algo breve, floral, buscando calor.

—Sí que lo soy —insiste él, pero aparta la mirada para pensar, para pensar en cualquier cosa, para pensar en su ex mujer («Tráeme a todos tus antiguos amantes para que yo también te pueda amar»), que todavía vive en St. Paul con la hija de ambos, que dentro de cinco años tendrá la edad de Debbie. Cree que era feliz por entonces, durante mucho tiempo, durante un rato. «Estamos a esta distancia de divorciarnos», había dicho su mujer al final, con resentimiento. Y si ella hubiera abierto los brazos podrían haber encontrado una forma de volver, la agudeza de ella, intermitente y parpadeante como un faro para él. Pero no había sido así: había juntado el índice y el pulgar, como quien coge un pellizco de sal. Con todo, antes de que él se fuera, el matrimonio una ruina crepitante pero modesta, sólo dos líos y una docena de palabras cortantes entre ellos, los dos habían regresado de las pequeñas humillaciones que habían soportado en el trabajo, por separado y en solitario, y de algún modo las habían convertido en deseo. Al final de todo, habían paseado juntos en la fría luz invernal que algunas veces reivindicaban los últimos días de agosto, el aire fresco, las hojas ya dejándose caer en el viento y escabulléndose por la acera, el barrio decorado con crisantemos ocres, hasta los hierbajos más resistentes en flor nupcial, la hortensia florecida, verde y embriagada con su propio jugo. ¿Quién no trataría de ser feliz?

Y al igual que había ocurrido durante aquellos paseos, ahora recuerda que de pequeño, en Duluth, había imaginado un monstruo, un demonio que le perseguía desde el colegio hasta casa. Fue un invierno en concreto, ya había pasado la Navidad, la nieve estaba sucia y crujía, su padre estaba en el extranjero, y su hermana pequeña, Lily, que había salido del pulmón de acero del hospital, yacía en la cama muriéndose de polio, en el piso superior de la casa. Los padres siempre habían disfrutado más con la hija que con el serio hijo mayor. Posiblemente creían que lo hacían con discreción, aunque también lo hacían de modo

imprudente y quizá con culpa. Quizá fuera una sorpresa incluso para ellos. Pero Bill, al estudiar sus miradas y sus palabras, lo había discernido aunque nunca había sabido qué contestar a aquello. ¿Cómo podía hacerse más agradable? Cuando su padre estaba lejos, escribía cartas largas y aburridas sin faltas de ortografía. «Querido papá, ¿cómo estás? Estoy bien.» Pero nunca las enviaba. Las guardaba, las ataba con un cordel y cuando su padre volvía a casa, le daba el paquete. Su padre decía: «Gracias», se metía las cartas en el abrigo y no las volvía a mencionar. En cambio, todos los días, durante un año, su padre iba al piso de arriba a llorar por Lily.

Una vez, cuando ella todavía era bonita y estaba bien, Bill se pasó un día repitiendo lo que decía Lily, hasta que ella se puso a llorar atormentada y su madre lo golpeó fuerte en el ojo.

A Lily la adoraban. Ellos la adoraban. ¿Quién podía culparlos? ¡Niña adorable! ¡Adoración adorable! Pero Bill no era capaz de tener nada así, ni una parte, para él. Lo observaba todo por entre una atmósfera, a través de un mar verde y festoneado —«Querido papá, ¿cómo estás? Yo bien, gracias a Dios»—, como si fuera un planeta que a veces se viera entre los destellos o una isla tropical pintada en tonos naranjas y cálidos, como las fotos de los libros.

Pero en el fondo de su íntima niñez de enero sabía que había colores que eran de verdad: la luz del final de la tarde era azulada y oscura, la tundra magullada de los montones de nieve atemorizantes, plateados y fríos. Al principio, el hombre monstruo descomunal, el hombre demonio, rojo y gigante, con una sola ala creciéndole en la espalda, avanzaba lentamente y comenzaba a perseguir a Bill. Cada vez lo perseguía más rápido, subía y bajaba cada una de las pequeñas colinas que había hasta su casa, proyectando sombras largas que ocasionalmente, durante poco tiempo, caían sobre ellos como una red. Mientras las campanas de la iglesia tocaban su himno de las cuatro en punto, el hombre monstruo volaba como si trotara con pasos largos y poco seguros con las piernas temblorosas, saltaba y resbalaba sobre el hielo hacia los talones de Bill. Bill dobló la esquina. El demonio saltó por encima de un cubo de sal que había en la carretera. Bill cortó por un atajo. El demonio lo siguió. Y el terror de todo aquello (mientras Bill llegaba corriendo al porche delantero, se metía en la casa oscura y sin llave, y cerraba la puerta de un portazo, hundiéndose en ella, resbalando hacia el suelo, hasta el felpudo, por fin a salvo entre un revoltijo de botas y zapatos, pero todavía jadeando los largos y afortunados jadeos de su gran escapada por los pelos) le parecía emocionante en un mundo que ya había renunciado, con tal habilidad para la indiferencia, a todos sus encantos.

Si es lo que te apetece, vale

Mack se ha mudado tantas veces de casa que cada vez que le dan un nuevo número de teléfono le parece que ya lo ha tenido antes.

—Te juro que ya tenía este número —dice aparcando el coche y señalando la guía de teléfonos: 923-7368.

La cadencia inherente a un número de teléfono siempre lo sorprende del mismo modo personal, como algo familiar pero perdido, algo de capital importancia aunque insignificante, como un acto de amor con una mujer con la que solía salir.

—Llama y ya está —dice Quilty.

Están en la Nacional 55, en el primer McDonald's de las afueras de Chicago. Están de vacaciones, un viaje por carretera, algo del estilo de «coger cuatro cosas, meterlas en el coche y largarse». Quilty ha estado cantando canciones de películas durante toda la tarde, tiene una fijación con *To Sir with love*, y ahora Mack y él parecen destinados a volverse locos mutuamente: Mack adelantando autobuses demasiado rápido, mientras busca con torpeza más chicles (enseguida les chupa el azúcar, pastilla tras pastilla), y Quilty encorvado sobre la guantera, con la cara morada y tensa de emoción al oír «Aquellos días escolares de cuentos y uñas mordidas se han ido ya».

—A estas alturas sería un genio —ha dicho Quilty tres veces en lo que va de viaje—, si hubiera memorizado a Shakespeare y no a Lulú.

—Si —dice Mack. El mismo Mack sería ahora un genio si al nacer hubiera sido una persona completamente diferente. Pero ¿qué le vas a hacer? En una ocasión leyó en una revista que los genios sólo nacen de mujeres de más de treinta años; su madre tenía veintinueve. ¡Maldita sea, joder! ¡Qué cerca había estado!

—Reservemos una habitación en algún hotel y démonos un baño con aceite —dice Quilty—. Y no regatees. Siempre pierdes el tiempo comiéndole la olla al tío para que te haga una rebaja.

—¿Y eso está tan mal?

Quilty hace una mueca.

—No me gusta lo que se come con la olla.

—La gallina.

Quilty suspira.

—La polla... De verdad, en serio, no se trata de ninguna competición. — Quilty se vuelve para acariciar a *Guapo*, su perro lazarillo, un labrador de color chocolate al que muy a menudo dejan jadeando en el asiento trasero mientras ellos se van a tomar un café—. Buen perro, buen perro, sí. —Un «baño de aceite» es la idea que tiene Quilty de cómo acabar un buen día y también otro malo—. Mañana iremos en dirección sur, siguiendo el Misisipí, luego hacia Nueva Orleans y luego, al volver, pasaremos por los patos del hotel Peabody, al final. ¿Te parece?

—Si es lo que te apetece, vale —dice Mack.

Se habían conocido hacía dos años en la Sociedad de Abstemios de Tapston, Indiana. Como era nuevo en la ciudad y hacía poco se había despedido de un trabajo estúpido y apresurado que consistía en pintar torres de alto voltaje en el sur del estado, y de repente tenía necesidad de un abogado, Mack llamó a Quilty al día siguiente:

—Me pregunto si podríamos llegar a un acuerdo —había dicho Mack—. Un ex bebedor con otro ex bebedor.

—Quizás —dijo Quilty. Podía ser ciego y alcohólico rehabilitado, pero con la ayuda de su secretaria, Martha, ejercía la abogacía de manera profesional y no daba sus servicios a cambio de nada. Sin embargo, cuando el trueque era bueno, le gustaba. Hacía que la vida fuese más fácil para un hombre ciego. El era, después de todo, una persona práctica. Más allá de todas sus excentricidades, poseía una veta de pragmatismo tan aguda y profunda que los demás la confundían con la cordura.

—Me he metido en un lío —explicó Mack. Le contó a Quilty lo difícil que era ser pintor de casas, y encima nuevo en la ciudad, y que algunas amas de casa maniáticas nunca estaban satisfechas con lo que era verdadero trabajo profesional, y que, bueno, habían presentado una denuncia contra él—. Me acusan de pintar mal una casa, señor Stein. Pero lo único que tengo para pagarle es más pintura. ¿Tiene usted paredes que necesiten una mano de pintura?

—¿La pintura es a la vez la acusación y los honorarios? —exclamó riendo Quilty. Le encantaba soltar una buena carcajada, atraía a *Guapo* a su lado—. Es como decirme que le buscan a usted por falsificación pero que puede pagarme en metálico.

—Lo siento —dijo Mack.

—No se preocupe —dijo Quilty. Llevó el caso de Mack, le sacó del apuro lo mejor que pudo —«el mayor arte del mundo —explicó Quilty en la comparecencia ante el juez— no puede existir sin borrones»— y entonces Mack le pintó la casa de color espliego, muy compensatorio. ¿O era, como había sugerido un vecino, en algunos lugares en que la

pintura había quedado desigual, color espuela de caballero? A la hora de cenar, Quilty volvía de su despacho, que estaba en la misma calle que su casa, y se detenía en el camino del jardín, *Guapo* pegado a los talones, Mack encima de ellos, en la escalera, tarareando una quejumbrosa canción de amor de los Apalaches o una versión jazzística de «Taps». ¿Por qué «Taps»? «Es el pueblo en que vivimos —diría más tarde Mack—. Y es el ruido que hace tu bastón.»

El día se ha acabado , el sol se ha ocultado.

—¿Cómo va por ahí arriba, Mack? —preguntó Quilty. Tenía el pelo oscuro, largo e hirsuto como el esparto, y a menudo se lo recogía mientras hablaba—. Los vecinos me han dicho que todos los arbustos están azules.

—No se puede impedir que gotee un poco —dijo Mack con infelicidad. Nunca utilizaba lonas, como hacían los demás pintores. No las tenía siquiera.

—Bueno, a mí no me ofende —dijo Quilty dándose golpecitos significativos en las gafas de sol.

Sin embargo, después, mientras pintaba el cobertizo de al lado, Mack oyó a Quilty dentro, hablando por teléfono con un amigo, lanzando sonoras carcajadas: «Oye, ¿sabes qué me han contado? Que tengo arbustos azules.» O: «Estoy tiñendo los arbustos de azul: los nuevos ricos, al tanto, siempre estarán contigo.»

Cuando la casa estuvo casi terminada, y las hojas del roble comenzaron a acumularse en el suelo en montones color dorado y rubí, como el color de las peras, y la tarde se instalaba enseguida y desaparecía en lo que era el principio de una noche de invierno, largo, solvente, Mack comenzó a quedarse más rato y a alargarse, a tomar café y té, a comer, luego más té y más café. Le gustaba ver a Quilty moverse con gran destreza por la cocina, sin aceptar la ayuda de Mack, preparando cosas sencillas: pasta, guisantes, ensaladas, pan con mantequilla. A Mack le gustaba hablar con él de las reuniones de la Sociedad de Abstemios, intercambiar historias acerca de esos pocos e increíbles borrachos como cubas que se sentaban en sus recuerdos como canciones preciosas y de los que simplemente se habían hecho polvo la vida. Observaba la cara de Quilty mientras le salpicaban y le tensaban la fatiga o el cariño. Quilty había nacido ciego y nunca había adquirido el aspecto y el camuflaje de los videntes; su cara seguía relajada, desentrenada, un lienzo en blanco, transparente como una flatulencia de bebé, claro hasta el fondo. En una cara tan desprotegida y tan poco a la defensiva y a la ofensiva, que uno veía su propio yo inocente, y a veces retrocedía.

Pero Mack descubrió que no se podía ir, no del todo. La verdad es que no. Ayudaba a Quilty con su pelo largo, cepillándose hacia atrás y recogidoselo con una cinta de piel. Le llevaba a Quilty regalos de las tiendas de segunda mano del centro. Un libro de geografía en braille. Un

jersey con una mancha de café en el brazo: ¿se había pasado de mezquino? Posavasos de corcho para las interminables tazas de té de Quilty.

«Estoy en deuda contigo, querido», había dicho Quilty cada vez, hablando, como hacía a veces, como un maldito enamorado Victoriano y tocando la manga de Mack. «Eres el hombre más amable que he tenido en mi casa.»

Y quizá porque a Quilty lo que se le daba mejor era el tacto y las palabras, o quizá porque Mack había tenido una vida de perros que le había destrozado todos los sentimientos, o quizá porque la Tierra se había inclinado hacia la sombra y el frío y todo el maldito futuro parecía metido en esa tinta oscura, una noche, en la sala de estar, después de un beso que sólo a Mack cogió por sorpresa, e incluso entonces sólo un poco, Mack y Quilty se hicieron amantes.

Con todo, había momentos en que esto desconcertaba a Mack por completo. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Qué puñetazo flojo en la boca lo había enviado como en un remolino hasta ese lugar?

La incertidumbre contribuye a la timidez, y la timidez, dice siempre Quilty, es lo que hace que el mundo esté unido. Mejor dicho, es lo que solía hacer que el mundo estuviera unido, solía salvarlo de volverse loco con el caos. Sí, pero ahora..., es otra historia.

—¿Otra historia? A mí no me gustan las historias —dijo Mack—. Me gusta la comida, las llaves de los coches —se detuvo un momento—. Me gustan las galletas saladas.

—Muy bieeen —dijo Quilty, recorriendo el perfil de su hombro y luego el de Mack.

—Haces esto continuamente, ¿verdad? —preguntó Mack.

—¿El qué? ¿Promoción en el departamento de pintores?

—Llevarte a la cama a un grandullón heterosexual que parece tonto.

—Nunca lo hago. Nunca —ladeó la cabeza—. No lo había hecho nunca. —Con las yemas de los dedos planas y en forma de almendra jugaba con el brazo de Mack como si fuera un teclado—. Nunca en la vida. Tú eres mi gran experimento sexual.

—Pero es que tú también eres mi gran experimento sexual —insistió Mack. Antes de Quilty, nunca se habría imaginado en la cama con un hombre flaco y desnudo con gafas de sol—. ¿Y cómo puede ser?

—Ser no, seres, cariño.

—Pero alguno tendrá que hacerse cargo. ¿Cómo vamos a sobrevivir los dos a una gran aventura experimental? Alguien debería pilotar el barco.

—Al diablo con el barco. Estaremos bien. Los dos estamos juntos en esta historia. Es suerte. Es la voluntad de Dios. Es sincronización. Arte adivinatorio involuntario. El destino. Camelot. «¡Annie, cariño, coge la puta pistola!», como dice la canción —gritaba Quilty.

—Mi esposa se llama Annie —dijo Mack.

—Ya lo sé, ya lo sé, por eso lo he dicho —dijo Quilty tratando de no suspirar—. Piénsalo de esta manera: los ciegos guiando a los heterosexuales. Puede funcionar. No es imposible.

Por las mañanas, el teléfono sonaba mucho y a veces a Mack le molestaba. ¿Dónde estaban las galletas saladas y las llaves de los coches cuando las necesitabas realmente? Se dio cuenta de que Quilty sabía la distancia exacta que había entre su brazo y el teléfono, y lo cogía con un movimiento rápido. ¿Estás *sans o avec*?, solían preguntar los amigos de Quilty. Hablaban a voz en cuello y de forma muy teatral (como si hablaran con una persona sorda) y Mack siempre lo oía todo.

—*Avec* —decía él.

—Oooh —exclamaban—. ¿Y cómo se encuentra hoy el señor *Avec*?

—Tendrías que traerte tus cosas aquí —dijo Quilty una noche, por fin.

—¿Es eso lo que quieres? —Mack, sin darse cuenta, acabó tratándolo con una deferencia desconocida. Nunca había dormido con un hombre, probablemente eso era lo que ocurría, aunque años antes, una de aquellas noches en que Annie se ponía mucho maquillaje y se vestía de cuero, su género le pareció indeterminado. Aquello se le había antojado a Mack extrañamente atractivo, suficiente; la situación no lo requería, así que quiso acercarse más, para aprenderlo, para hacerse necesario, llevárselo, hacerlo morir. Habían sido unas noches extrañas y atrevidas, con una crudeza que venía más de antiguas y profundas heridas que de la monotonía conyugal. Pero últimamente todo le parecía ilegible, aunque pensaba que leer no era natural y no había que imponérselo a la gente. Por lo general, la gente no era mapas de carreteras. La gente no era ni jeroglíficos ni libros. No era historias. Una persona era una colección de accidentes. Una persona era un montón infinito de rocas con cosas creciendo por debajo. En general, cuando echabas de menos el amor, cogías una mujer y la poseías con cautela y sin muchas esperanzas, hasta que al final te soltabas, dormías, te despertabas y ella te eludía una vez más. Luego volvías a comenzar desde cero. O no.

Sin embargo, nada en Quilty parecía escurridizo.

—¿Acaso es lo que quiero? Claro que es lo que quiero. ¿Es que no soy un manifiesto andante del deseo? —preguntó Quilty—. En braille, por supuesto, pero lo soy. Compruébalo. Múdate. Tómame.

—De acuerdo —dijo Mack.

Mack había tenido un niño con Annie, su hijo Lou, y poco antes del final Mack había tratado de encontrar las palabras adecuadas que decir a Annie, para salvar las cosas. Decía mucho «está bien». No sabía cómo criar a un hijo, a un hijo sin dientes, sin trampa ni cartón, aunque sabía que tenía que protegerlo del mundo; no podía entregarlo y dejar que el mundo hiciera lo que le diera la gana con él. «Hay algo que con el tiempo crece entre la gente», dijo una vez, en un intento de conservar la unión general, de conservar a Lou. Si perdía a Lou, creía que su vida se iría a pique totalmente. «Algo que crece, te guste o no.»

—Caca —dijo Annie.

—¿Qué?

—¡Caca! —gritó—. ¡Eso es lo que crece entre la gente, caca!

Cerró de un portazo y se fue a beber con los amigos. El bar al que todos iban, el Teem's Pub, enseguida se llenó de humo y se puso aburrido. Uno, quizá fuese Bob Bacon, propuso que fueran a Visions and Sights, un tugurio de *striptease* próximo a la autopista. Pero Mack ya echaba de menos a su mujer.

—¿Por qué tengo que ir a un sitio así cuando tengo una esposa preciosa en casa? —dijo Mack a sus amigos.

—Bueno, pues vayamos a tu casa —dijo Bob.

—Está bien, está bien.

Y cuando llegaron, Annie ya se había ido. Había hecho las maletas muy rápido, había cogido a Lou y se había ido corriendo.

Ya han pasado dos años y medio desde que Annie lo dejó, y he aquí a Mack y Quilty de viaje: tienen previsto pasar por Chicago y San Luis, y luego ir en dirección sur bordeando el Misisipí. Piensan alojarse en pensiones, recorrer los lugares históricos, como los matrimonios. Han decidido hacer este viaje en octubre, en parte porque Mack se está recuperando de una intervención quirúrgica sin importancia. Le han extirpado un pequeño quiste benigno de «un lugar íntimo».

—¿Del cuarto de baño? —preguntó Quilty al día siguiente. Acercó la mano para palpar los puntos de hilo negro y suspiró—. ¿Qué es lo menos sexy que podemos hacer durante dos semanas?

—Irnos de viaje —propuso Mack.

Quilty emitió un sonido de satisfacción. Buscó la cara interior de la muñeca de Mack, donde las venas eran cuerdas tirantes, y las acarició con los pulgares.

—Los hombres casados son siempre los mejores —dijo—: son agradecidos y machos.

—Déjame en paz —dijo Mack.

Al día siguiente compraron botellas de agua mineral y paquetes de galletas saladas y dejaron atrás la ciudad, la autopista y se encontraron con el cementerio Parque de la Resurrección a un lado y con el cementerio Parque de los Recuerdos del Atardecer al otro, una ruta que los taxistas llamaban Carretera Calavera. Recién llegado a Tapston, Mack condujo un taxi durante una semana y pronto se familiarizó con el trazado de la ciudad. «Estoy en Carretera Calavera», solía decir por el micrófono de la radio. «Estoy en la Carretera Calavera.» Pero él detestaba aquella maldita frase y detestaba esperar en el aeropuerto, las propinas miserables y las maletas pesadas. Y el nombre de los lugares de Tapston (un bloque de pisos llamado Mansión Vistabella, barrios sin árboles llamados Valle del Arbol, cementerios disfrazados de Parque de la Resurrección, Parque de los Recuerdos del Atardecer) le daba grima. ¡Parque de la Resurrección! Dios mío. La maldita gente de Indiana manipulaba las palabras hasta el cansancio.

Pero cruzar la Carretera Calavera en el coche de Quilty animó a los dos. Una vez más podían escapar de todos los infortunios de la ciudad y de sus inquietantes lugares de descanso.

—Id con Dios, viejos fiambres —dijo Mack.

—Adiós, clientes míos —gritó Quilty cuando pasaron por delante de la cárcel—. ¡Adiós, adiós! —A continuación se hundió en el asiento completamente feliz, mientras Mack aceleraba hacia la autopista, en medio de un paisaje de granjas, silos plateados, brillantes como naves espaciales, el aire con olor a césped y a cerdo.

—Me gustaría reservar una habitación doble, si es posible —grita Mack entre el ruido del tráfico de la autopista interestatal. Mira y ve a Quilty saliendo del coche (deja a *Guapo* dentro), tanteando el camino y dando golpecitos con el bastón, camino de la entrada del McDonald's.

—Sí, una habitación doble —dice Mack. Mira por encima del hombro para vigilar a Quilty—. ¿American Express? Sí. —Rebusca en la billetera de Quilty, lee el número en voz alta. Se vuelve otra vez y ve a Quilty pidiendo un refresco pero sin encontrar la billetera que había dado a Mack para llamar por teléfono. Mack ve que Quilty se pone el bastón

debajo del brazo y se palpa todos los bolsillos sin encontrar más que una servilleta roja de las Cavernas de Howe.

—¿Quieres el número de la tarjeta? Tres, uno, uno, dos...

Quilty se vuelve para irse, sin el refresco, y se dirige hacia la puerta. Pero elige la puerta que no corresponde. Comienza a dar vueltas por la sala de juegos, y Mack ve que golpea el suelo con el bastón, entre hamburguesas de plástico y patatas fritas que oscilan de noche, iluminadas para los niños. De la sala de juegos sólo se puede salir pasando por el restaurante, pero Quilty no lo sabe y primero da golpecitos, pero luego aporrea con el bastón el bosque de obstáculos chillones.

—... ocho, uno, cero, cero, seis —repite el conserje del hotel al teléfono.

Cuando Mack llega hasta él, Quilty ya se ha desplomado sobre una pechuga de pollo de cerámica.

—Buenas noches Louise, pensé que me habías abandonado —dice Quilty—. Te juro que de ahora en adelante haré lo que tú quieras. He divisado el abismo y, por Dios, está lleno de grandes y traicioneros muebles de terraza.

—Tenemos una habitación —dice Mack.

—Estupendo, ¿podríamos comprarnos un refresco?

Mack deja que Quilty se coja del codo y le dirige de nuevo hacia dentro, donde piden unas Pepsi y una sola tartaleta de manzana del tamaño de una funda de monóculo para compartir en el coche, como niños.

—Que tengan un buen día —dice el chico del mostrador.

—Gracias por el consejo —dice Quilty.

Se han llevado el Trivial Pursuit y, por las noches, a Quilty le gusta jugar. Aunque Mack accede (si es lo que te apetece, vale) cree que es una tontería de juego. Si no sabes la respuesta, te sientes estúpido. Pero si sabes la respuesta te sientes igual de estúpido. Más estúpido. ¿Qué haces con información estúpida en el cerebro? Mack preferiría tenderse en la habitación a mirar el techo, pensando en Chicago, pensando en el día.

—Dime cuatro capitales de Estados Unidos que lleven el nombre de un presidente —dice soñoliento, leyendo una tarjeta. Preferiría descifrar las pinturas que ha visto por la tarde y que casi ha entendido. El tono Halloween de los Lautrec. Los Puvis de Chavannes de textura terrosa; los delicados Vuillard y Bonnard, pintados con los dedos, llenos de cómodas y de luz que entra por las ventanas. Mack había oído la voz zumbante de los auriculares de Quilty, pero él no había cogido

auriculares. ¡Que se lo describan a un ciego! Mack tenía sus propios ojos. Pero al final, abrumado por la incapacidad del pobre Quilty de ver o tocar los cuadros, había conducido a Quilty al piso de abajo, a las esculturas, y cuando no miraba nadie, ponía la mano de Quilty sobre la figura de mármol de una mujer desnuda. «Ah», había dicho Quilty al tocar la nariz y los labios, y luego se quedó callado y se volvió respetuoso al tocar los hombros, los pechos y las caderas, y cuando pasó por los muslos y las rodillas hasta llegar a los pies, Quilty rió con ganas. ¡Los pies! Aquello sí lo conocía. Aquello sí le gustaba.

Después habían ido a un club a ver una obrita cómica titulada *Kuwait hasta el anochecer*.

—Lincoln, Jackson, Madison, Jefferson —dice Quilty—. ¿Crees que tendremos guerra? —Parece impacientarse con el juego—. Tú estuviste en el ejército. ¿Crees que esto es como aquello? ¿Que es el duelo al atardecer de George Bush?

—No —dice Mack. Había estado en el ejército sólo en tiempos de paz. Lo destinaron a Texas, luego a Alemania. Estaba con Annie, fueron buenos tiempos. Lloraba sólo un poco. Bebía sólo un poco. Más tarde estuvo en la reserva, pero en la reserva nunca te llaman, todo el mundo lo sabía. Hasta ahora—. Lo más seguro es que sea una exhibición comercial de armas.

—Pues entonces continuarán con el asunto —dice Quilty—. ¿O no? Si es una exhibición, las cosas tendrán que enseñarse.

Mack coge otra tarjeta.

—En la canción *El viento se llama Magdalena*, ¿cómo llaman a la lluvia?

—Es Magdalena, no Madalena —dice Quilty.

—¿Es Magdalena? —pregunta Mack—. ¿De verdad?

—Pues sí —dice Quilty. Hay algo malvado y despreciativo que irrumpe en la cara de Quilty con este juego—. Te toca a ti. —Le tendió la mano bruscamente—. Ahora dame la tarjeta para que no hagas trampas.

Mack le da la tarjeta.

—Magdalena —dice Mack. Tiene la canción en la punta de, la lengua, la recuerda de algún lugar, quizá la había cantado Annie—. Lllaman al viento Magdalena. Lllaman a la lluvia... Muy bien. Parece que ya me viene... —Se presiona las sienes con los dedos, entornando los ojos y pensando—. Lllaman al viento Magdalena. Lllaman a la lluvia... Ya está. No me lo digas. Lllaman a la lluvia... ¡Marilena!

—¿Marilena? —Quilty se troncha de risa.

—Bueno, está bien —dice Mack exasperado—. Torrencial. Lllaman a la lluvia, lluvia torrencial —coge agresivamente un zumo del minibar. Piensa que la próxima vez mirará rápidamente el reverso de la tarjeta.

—¿No quieres saber la respuesta correcta?

—No.

—Bien, pues continuaré con la siguiente tarjeta. —Coge una y finge leerla—. Aquí dice: «Cariño, ¿hay vida en Marte?» Sí o no.

Mack ha vuelto a sus pensamientos sobre los cuadros.

—Yo digo que no —dice ausente.

—Mm —dice Quilty dejando la tarjeta—. Creo que la respuesta es sí. Míralo de este modo: están seguros de que hay cristales de hielo. Y donde hay hielo, hay agua. Y donde hay agua, hay propiedades en la costa. ¡Y donde hay propiedades en la costa, hay judíos! —Da una palmada y se tira hacia atrás, sobre el edredón acrílico que hace de cubrecama—. ¿Dónde estás? —pregunta al final, moviendo los brazos en el aire.

—Estoy aquí —dice Mack—. Aquí mismo. —Pero no se mueve.

—¿Estás aquí? Bueno, está bien. Por lo menos no estás en la casa marciana de mi prima Esther con su marido atroz, Howard. Aunque a veces me pregunto cómo estarán. ¿Cómo estarán? Nunca vienen de visita. Los asusto mucho —se detiene un momento—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Bueno.

—¿Qué aspecto tengo?

Mack vacila.

—Ojos castaños, cejas castañas y pelo castaño.

—¿Y ya está?

—Está bien: dientes castaños también.

—¿De verdad?

—Lo siento —dice Mack—. Estoy un poco cansado.

Hannibal es como todas las ciudades con río que últimamente han querido arreglarse transformando las mansiones de la orilla en tiendas de anticuarios y hotelitos. A Mack le entristece. Hay todavía grandeza

abatida en esas casas, que irradian, como si se encogieran de hombros, una economía apagada de turismo chismoso y servicios sanitarios. Un vuelo de cien años y la rehabilitación llega allí como la lluvia. ¡Lluvia torrencial! Las pocas barcas que aún suben por el río a esa distancia parecen extrañas y ridículas. Pero Quilty quiere oír todo lo que dicen los carteles: el restaurante Mark Twain, el motel Tom'n Huck; estas cosas le divierten. Hacen la visita guiada por las casas de Sam Clemens, por la oficina del señor Clemens, por la pequeña prisión. Suben a un tren minúsculo que Quilty llama «Tu, tu, Twain», que da una vuelta por la zona y hace que el lugar parezca todavía más fantasmal e inverosímil. Quilty palpa los tablones anchos de la valla blanqueada.

—Esto es pintura moderna —dice Quilty.

—Látex —dice Mack.

—Ooh, sigue excitándome, cariño.

—¿Quieres hacer el favor de parar?

—Bueno, está bien.

—Bonito perro —dice una mujer culona con un vestido violeta en el restaurante Tom Sawyer. El local se encuentra cerca del aparcamiento y de una versión ridícula de la valla legendaria; en cestas de plástico rojas sirven patatas fritas y bocadillos de lechuga, tomate y beicon envueltos en tieso papel parafinado. Quilty ha pedido su vaso de leche de siempre.

—Gracias —dice Quilty a la mujer, que entonces deja de acariciar a *Guapo* para encaminarse al coche que tiene en el aparcamiento. Quilty de repente parece molesto.

—El se lleva todos los cumplidos y yo tengo que dar las gracias.

—¿Quieres un cumplido? —pregunta Mack indignado—. Está bien, tú también eres bonito.

—¿Lo soy? Bueno, cómo voy a saberlo si la gente no para de hacerle cumplidos a mi perro.

—No puedo creer que estés celoso de tu maldito perro. Ten —dice Mack —, me niego a hablar con alguien que tenga un bigote de leche. —Le tiende una servilleta a Quilty, rozándole la mejilla con el extremo doblado.

Quilty la coge y se limpia la boca.

—Justo cuando hacíamos tan bien lo de aburrirnos juntos —dice. Se acerca y le da una palmada a Mack en el brazo. Luego se levanta y le

acaricia la cabeza con brusquedad. El pelo de Mack es fino y está peinado hacia atrás, y Quilty le da un golpecito por detrás.

—Au —dice Mack.

—Siempre me olvido de que tu pelo es muy irlandés y muy sensible —dice—. Tenemos que conseguirte un pelo judío bien grueso.

—Estupendo —dice Mack. Está cansándose de esto, cansándose de ellos. Ya han hecho estos viajes muchas veces. Han visitado la tumba de Mamá Oca en Boston. Han visitado el campo de batalla de Saratoga. Han visitado Arlington. «¡Demasiados cementerios! —dice Mack—. Es la maldita Carretera Calavera, está en todas partes.» Visitaron el monumento a Lincoln («Me imagino que es como el gran mármol de Oz —dijo Quilty—. Abraham Oz. Un nombre mucho mejor. ¿No crees?»). Como estaba al lado, visitaron el monumento a los caídos en Vietnam, aunque, mentalmente anestesiado por aquel inventario de sangre sin sangre, Mack prefería el monumento alternativo, la estatua de un individuo erigida por los veteranos, algo que quería ser menos artístico y más humano.

—Es sobre los tíos, no sólo sobre los nombres de los tíos —dijo—. Allí murió gente, no una lista de nombres.

Pero Quilty, que se había pasado una hora recordando a los amigos que habían muerto en el 68 y en el 70, había suspirado de un modo vagamente indignado, condescendiente.

—No entiendes nada —dijo—. Sí que murió una lista. Una lista increíble y desgarradora.

—Lo siento, pero no soy tan intelectual —dijo Mack.

—Estás celoso porque yo estaba sintiendo cosas por otros hombres.

—Sí, estoy celoso. Estoy celoso de no estar ahí arriba. Estoy celoso porque, estúpido de mí, esperé a que terminara la guerra para enrolarme.

—Yo casi fui —dijo Quilty con un suspiro—. Pero me declararon inútil. Además, adivina por qué. ¡Pies planos!

Los dos se echaron a reír sin fuerzas, con carcajadas sonoras y agotadas, como dos lunáticos tensos, al lado del muro, hasta que alguien de uniforme les indicó que se marcharan: había otra gente que trataba de rezar.

Con intención de ir a algún lugar sin cementerios, fueron a toda prisa hacia Key West, tomaron abundante sopa de mariscos y visitaron la casa de Audubon, que no era en realidad la casa de Audubon, sino un

lugar donde Audubon se había alojado una vez o algo así, y había disparado a los pájaros que entonces pintaba.

—¿Les disparó? —Mack insistía en preguntar—. ¿Disparó a los malditos pájaros?

—Es repugnante —dijo Quilty en voz alta—. Pobres pájaros. En adelante daré todo mi dinero a la sociedad Autobahn. Que los Mercedes sean rápidos, rápidos, rápidos.

Para impedir que Mack bebiera de desesperación, poco después encontraron una reunión de Alcohólicos Anónimos en la que hicieron amigos y se confesaron, aunque no exactamente por este orden. Al día siguiente, orientados por sus nuevos amigos, pasearon por la casa de Hemingway con boas de plumas, «Para provocar a Papá».

—Antes de escribir sobre sus personajes —dijo Quilty, fingiendo leer la guía en voz alta—, Hemingway les disparaba. Se consideraba un método creativo poco usual, aunque no desconocido del todo. Pero ni siquiera en los círculos literarios se ha discutido extensamente.

A la mañana siguiente, a petición de un hombre mayor y encantador llamado Chuck, fueron a una misa en recuerdo de las víctimas del sida. Se sentaron a su lado y le cogieron la mano. Leyeron poemas de Walt Whitman. Tocaron piezas tan exquisitas con el violonchelo que la gente caía de rodillas, vencida por la belleza del dolor. Después de la bendición, todo el mundo fue solemnemente hasta los coches y se dirigió al camposanto. Por mucho que Mack y Quilty quisieran eludir los cementerios, siempre estaban allí otra vez. Los campos de fiambres tiene su propia e insistente fascinación, como las rocas para los marineros o los marineros para los otros marineros.

—Todo esto es muy emotivo —susurró Mack en medio de una oración. En el cementerio, Mack se situó con su amigo más lejos de los dolientes y afligidos de lo que imaginaba Quilty—. Pensaba que eran nuestras vacaciones. Cuando termine el servicio nos vamos a la playa a comer magdalenas.

Y fue eso lo que hicieron, y dejaron correr a *Guapo* playa arriba y playa abajo, persiguiendo gaviotas mientras ellos estaban tendidos en una toalla, con ráfagas de brisa marina azotándoles la cara.

En ese momento, en ese viaje, Mack se encuentra en un aprieto. Quiere alejarse del ladrillo blanco y desconchado que es Hannibal, de los árboles y las vallas blancas, de los coches del lugar, todos estacionados en el aparcamiento del restaurante de un tal Tony. Quiere llegar a San Luis, a Memphis, a Nueva Orleans, y luego volver. Quiere terminar con lo del turismo, con esa vida móvil en que se embarcan tan a menudo, como viejecitas estrenando zapatos nuevos y resistentes. Quiere que le quiten los puntos.

—Espero que no me queden cicatrices —dice.

—¿Cicatrices? —dice Quilty con ese grito burlón que a veces suelta—. No puedo creer que esté con alguien preocupado por tener una polla bonita.

—Ahí va tu pregunta. ¿Qué autora estadounidense fue encarcelada por sus obras?

—Una mujer, ajá. ¿Lillian Hellman? No lo creo. Thornton Wilder...

—Mae West —suelta Mack.

—No hagas eso, todavía no había contestado.

—¿Qué importa?

—¡A mí me importa!

Sólo queda una semana.

—En San Luis —Quilty finge otra vez, el viejo número: leer la guía mientras toman la carretera llena de baches hasta la cima del arco— hay una famosa puerta, o «arco», construida por la empresa McDonald. Dios santo, Estados Unidos, ponte de rodillas.

—Lo estoy, lo estoy.

—Parece que es cierto. Oí a alguien hablar de ello en el piso de abajo. Esta cosa la construyó una empresa llamada McDonald. Un maravilloso arco de piedra gris. La puerta que conduce al Oeste. Al atardecer, muy grisáceo. Muy arco.

—Sí que estás enterado. —Piedra gris nuevamente. No hay manera de alejarse.

—Describeme la vista —dice Quilty cuando llegan a la cima.

—Adecuada —dice Mack mirando por la ventanilla.

—Te dije que me la describieras, no que me dieras tu opinión.

—Del Medio Oeste. Aérea. Verde y marrón.

—No creo que los ciegos tengan que salir con sordomudos hasta que se haya escrito el manual de instrucciones —comenta Quilty con un suspiro.

Mack comienza a tener hambre.

—¿Tienes hambre?

—Es demasiado estresante —añade Quilty—. No, no tengo hambre.

Cometen el error de ir al acuario en vez de ir a cenar temprano, lo que hace que Mack vea deliciosa cada una de las criaturas marinas. Quilty sigue la visita con un grupo dirigido por una guía muy mona, con aspecto de profesora de colegio, llamada Judy, pero Mack se aventura solo. Se siente como un perro suelto entre colegiales: ¡ahí están sus amigos! El elegante nautilo, la anguila eléctrica, la raya venenosa de capa ondeante y sonrisa idiota, chillando en silencio al cristal: ¿o está comiendo? ¿Cómo se sabe cuándo algo se alimenta o chilla? ¿Y por qué Mack no lo sabe distinguir?

Es la hora mala del día, la hora mala de la vida, para estar cerca de criaturas marinas. Chillar o comer. Acompañado de pan o frito. Hay una canción que la tía de Mack solía cantarle de pequeño: «En la tierra soy un hombre, en el mar soy una foquita.»

Y ahora piensa en ello, en la canción acerca del ser mitad hombre mitad foca o pájaro, ¿qué era? Era una criatura que volvía a recoger a su hijo, el hijo de una mujer de tierra. Pero el nuevo marido de la mujer es cazador: un buen tiro y lo mata cuando trata de escapar al mar con el hijo. Quizás, al final, fuera lo mejor. Aunque la canción era triste. Amor robado, amor perdido, destino de anfibio: todos los trámites de la vida de Mack. En el mar soy suave como la seda. «Mi vida es rica y afortunada», se solía decir cuando pintaba las torres de alto voltaje en Kentucky y el campo magnético de las escaleras le erizaba los pelos de los brazos. «¡Afortunado y Rico!» Sonaban a nombres de perro o de dos parientes sosos. ¡Tío Afortunado! ¡Tío Rico!

«En la tierra soy un hombre —piensa—. Pero aquí, en el mar, ¿qué hago? ¿Chillo o como?»

Quilty se acerca a él por detrás, con *Guapo*.

—Vamos a cenar —dice.

—Gracias —dice Mack.

Después de la cena, se tienden en la cama del motel y se besan. «Ah, cariño, sí», murmura Quilty; los «cariño» y los «cariño mío» como compresas agradables en medio del calor, y a continuación ya no hay más palabras. Mack se acerca y la barriga fría se le calienta. Su corazón late contra el de Quilty, como un globo de agua moviendo el líquido de un lado a otro. «Hay algo reconfortante en abrazar a alguien de tu tamaño —piensa Mack—. Hay algo excitante, incluso: poner la barbilla encima de los hombros del otro, los pies tocándose, las cabezas apretadas y las orejas pegadas.» Además, le gusta (le encanta) la boca de Quilty en él. Una boca de hombre generosa. Siempre hay algo en Quilty un poco desesperado y diligente, colgando de sus labios grandes y

buscadores y de sus ojos salvajes y sin sombras, como las criaturas del acuario, cautivas pero libres en su jaula. Con los dos besándose así («exculpación, especificidad, rúbrica») las palabras son moneda extranjera. Sólo está el puñetazo suave en la boca, comiendo y chillando ambos, que llena de luz las orejas de Mack. «Así —piensa—, así es como ve un hombre ciego. Así es como anda un pez. Así es como las rocas cantan. No hay nada comparado como el beso fuerte de un hombre: lo siento por las mujeres de Kentucky.»

Toman el desayuno en un lugar llamado Mamas que anuncia «Panecillos por los aires».

—¿Qué son? —pregunta Quilty. Resulta que son panecillos normales y corrientes que los camareros tiran a la clientela. El panecillo le da a Mack en mitad del pecho, y del susto sigue con las manos allí, sujetándolo con fuerza.

—No se preocupe —dice el camarero a Quilty—. A usted, un ciego, no le vamos a tirar ninguno, pero quizá le tiremos alguno al perro.

—Madre mía —dice Quilty—, vámonos de aquí.

Cuando salen, Mack se detiene junto a la puerta para leer un cartel sobre niños desaparecidos. No mira a las niñas. Mira a los niños: Graham, ocho años; Eric, cinco años. Así, ese aspecto tienen los de cinco, piensa Mack. Lou cumplirá cinco la próxima semana.

Mack toma las lentas carreteras en dirección sur. Él y Quilty son como pájaros, recuperando el verano que les abandonó hace seis semanas en el norte.

—Seguro que en Tapston ya van todos con polainas de plástico —dice Mack—. Seguro que ya quitan hielo de los neumáticos.

Quilty detesta el invierno, Mack lo sabe. El aire helado hace que las cosas se conviertan en intocables y no se puedan oler. Cuando el tiempo se vuelve más cálido, el mundo regresa. «El sol huele a fuego», dice Quilty, y sonrío. Cuando dejas atrás el felpudo desteñido de los viejos campos de trigo, la tierra se pone más verde. Se cosecha algodón en el norte, hasta Misuri, los campos extendiéndose como un rollo de encaje; Mack y Quilty se detienen una vez en el arcén, bajan para coger una flor, pelar el capullo húmedo y sentir el algodón secarse poco a poco.

—Mira lo que te pierdes por ser yanqui —dice Mack.

—Lo único que hago es perder —dice Quilty.

Se encuentran con una caravana de jeeps y vehículos blindados de color beis, en dirección al sur, en busca de un barco que sin duda los llevará de un golfo a otro.

—La leche —dice Mack, y da un silbido.

—Qué.

—Hay unos doscientos vehículos del ejército delante de nosotros, recién pintados de beis desierto.

—No puedo soportarlo —dice Quilty—. Va a haber una guerra.

—Habría jurado que no. Habría jurado que sólo iba a ser un espectáculo televisivo.

—Apuesto a que hay una guerra. —Fueron hasta Cooter con los jeeps, luego tomaron el camino de Heloise para ver el río. Todavía era la misma mangosta marrón, carente de una belleza que Mack no habría sabido nombrar. El río le parece un perro grande con pulgas, que no se da cuenta de lo roñoso que está y continúa tras el coche mientras uno sigue empuñando el volante.

Bajan del coche para estirar las piernas. Mack enciende un cigarrillo pensando en los jeeps y en el desierto saudí.

—Así que aquí está. Marrón y más marrón. Supongo que esto es todo lo que hay que esperar de un río.

—Eres tan... Peggy Lee —dice Quilty—. ¿Qué tal un poco de Jerome Kern? No planta patatas. No planta algodón. Lo único que hace es seguir. —Mack conoce la canción, pero no se molesta ni en mirar a Quilty—. Huele el barro y la humedad —añade Quilty, respirando profundamente.

—Ya lo hago. Una humedad estupenda —dice Mack. Se encuentra agotado. También está harto de intentarlo, cansado de vivir y con miedo a morir. Si Quilty quiere una comedia musical, aquí la tiene: comedia musical. Mack hace durar el cigarrillo. La perspectiva de la guerra se ha apoderado de su cerebro. Se engrana con un viejo terror que persiste en su interior. Como antiguo soldado aún cree en los ejércitos. Pero cree en los ejércitos descansando, los ejércitos relajándose, los ejércitos comprando en la tienda del cuartel, los ejércitos cenando en la cantina. ¿Pero, ejércitos como equipos de fútbol televisivos? El principio rápido de un final rápido.

—He oído decir que en el otro bando ni siquiera tienen calcetines —dice Quilty cuando vuelven al coche, pensando en la guerra—. O más bien, tienen algunos calcetines, pero no todos están emparejados.

—Seguramente los militares llevan años esperando esto. Algo en lo que destacar. Por fin.

—Gracias a Dios que ya no estás en la reserva. Están llamando a filas a toda la reserva. —Quilty le mete la mano por debajo de la camisa y le frota la espalda—. Durante todo el mes ha estado viniendo gente joven a mi despacho para redactar el testamento.

Mack estuvo en la reserva sólo un año porque que lo echaron por embriaguez de uno de los refugios.

—Estar en la reserva consistía en una gran excursión con acampada —dice Mack.

—Bueno, ahora es una excursión con acampada que ha salido mal. Una excursión con aspiraciones. Una excursión calurosa y grande. Campo con K. Esos chicos viniendo a hacer testamento: tendrías que haber oído el miedo que les vibraba en la voz.

Mack conduce lentamente, con la cabeza en otra parte por la preocupación.

—¿Qué tal por ahí atrás, miss Daisy? —pregunta Quilty a *Guapo* por encima del hombro. Fuera de Memphis, en la parte de Arkansas, paran en un Denny's junto a un almacén de mesas de cocina, y sueltan a *Guapo* para que corra otra vez.

«Mesas de cocina —piensa Mack—. Eso es justamente lo que necesita este mundo: un almacén de mesas de cocina.»

—Una vez quise escribir un libro —dice Quilty, sentado cómodamente en su asiento, comiendo una tortilla.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Me salían unos párrafos tan largos que ocupaban páginas y páginas. Y unas frases igual de interminables: de dos o tres páginas de largo. Tenía que reducirlo todo un poco, me dijeron.

—¿Y las palabras? —sonrió Mack—. ¿También eran palabras mayores?

—Palabras larguísimas. Y encima comencé con una letra que cogí del tablón de anuncios. —Hizo una pausa—. Es una broma.

—Ya me he dado cuenta.

—Sin embargo, había un libro. Lo iba a titular *Ligar con el sofá: guía de la vida para ciegos*.

Mack está callado. En esos viajes siempre se habla demasiado.

—Pararemos en Memphis al volver —dice Quilty irritado—. Ahora vayamos directos a Nueva Orleans.

—Si es lo que te apetece, vale. —Mack no sentía gran cariño por Memphis. Allí, de pequeño, una vez le persiguió una abeja por una calle larga y estrecha que tenía una hilera de coches aparcados a un lado. Se metió en una cabina telefónica, pero la abeja lo esperó y, al cabo de veinte minutos, cuando Mack salió, la abeja le picó de todas maneras. No era verdad lo que se decía de las abejas. No estaban tan ocupadas en sus labores. Tenían tiempo. Podían esperar. Era un mito eso de que las abejas son muy laboriosas.

—Cuando volvamos por este camino —añade Quilty—, podemos tomarnos un poco de tiempo para llegar al hotel Peabody cuando los patos estén fuera. Quiero hacer la cosa esa de los patos.

—Claro —dice Mack—. La cosa de los patos es la cosa. —Cuando salieron del Denny's, Mack se alejó un poco de Quilty para mirar otro cartel de niños desaparecidos. Un niño llamado Seth, de cinco años. El mundo (uno no puede ir lo bastante rápido o lejos para huir de él) se dirigía hacia él con cara de cabreo.

—¿Qué estás mirando?

—Nada —dice Mack, y luego añade ausente—. Un niño.

—¿De verdad? —pregunta Quilty.

Mack avanza rápidamente por los pueblos pequeños del delta: Eudora, Eupora, Tallula —los más pobres con nombres como Hollywood, Banks, Rich. En todos, una iglesia baptista se encoge junto a una tienda de artículos de pesca o un bar llamado Tina: Cócteles con Clase. Los hierbajos son tan altos como la gente, y el algodón se planta en suelos cada vez más arenosos, junto a casuchas o coches quemados, una fábrica de aceite de linaza sobresale por encima de los campos, la hamburguesería más cercana en Hardee's, a seis kilómetros y medio de distancia. A veces los campos de algodón parecen nieve. Mack se fija en los carteles rotos: «*CARNES A LA ANTIGUA, CARNE DE VERDADERA CARNE.*» Los dos son inocentes y viejos, esa mezcla peculiar, como un bebé que parece una abuela o una abuela que parece una niña. El y Quilty comen y cenan en lugares que sirven bombas de puré y variantes rebozados; a Mack le recuerda a la cocina de su tía. El aire se espesa y se va volviendo más cálido. Los brontosaurios Sinclair y los carteles de Coca-Cola pasados de moda asoman detrás de las señales de stop, en las gasolineras, y a continuación, cerca de Baton Rouge, hay anticuarios que venden el mismo tipo de carteles viejos de Coca-Cola.

—Reciclan —dice Mack.

—Todo el mundo recicla —dice Quilty.

—Alguien me dijo una vez —Mack esta pensando en Annie—, que todos estamos hechos de estrellas, que cada átomo de nuestro cuerpo fue en algún momento un átomo de una estrella.

—¿Y tú te lo crees? —se ríe Quilty sonoramente.

—Que te jodan.

—Lo que quiero decir es que entonces, en el intervalo, seguramente habremos sido también un poco de queso en la merienda de una residencia universitaria. ¡Nuestra relación ancestral con las estrellas! —dice Quilty, ahora lejos, argumentando ante un juez—. Es el equivalente biológico de las habladurías.

Hacen noche en una mansión de antes de la guerra civil, en una cama con dosel. Se sientan debajo del dosel y juegan al Trivial.

Una vez más, Mack lee en voz alta sus preguntas:

—¿A quién se refería George Bush cuando nos recordaba que «Hemos tenido algunos triunfos, cometido algunos errores y tenido alguna relación sexual»?

Mack lo mira fijamente. La cama con dosel tiene aspecto psicótico. Por la ventana ve un cartel, al otro lado de la calle, que dice: «*SE ALQUILA HABITACIÓN SIN PAREDES NI TECHO.*» Junto al rótulo, una mujer blanca y corpulenta golpea a un perro negro y pequeño con una bolsa de la compra. ¿Qué es lo que va mal en el país? Da la vuelta a la tarjeta y mira:

—Ronald Regan —dice. Se ha acostumbrado a hacer trampas así.

—¿Esa es tu respuesta? —pregunta Quilty.

—Sí.

—Bueno, seguramente tienes razón —dice Quilty, que a menudo sabe la respuesta antes de que Mack se la lea. Mack se pone otra vez a mirar la cama, el dosel como el tocado que lleva la duquesa en *Alicia en el país de las maravillas*. Su tía a veces le leía ese libro, y siempre le causó inquietud y confusión.

En la mesita de noche hay bolsitas de olor de albaricoque y melocotón, el olor dulce y enfermizo de la sala de un hospital oncológico. Todo lo de la habitación le recuerda ahora a su tía.

—¿Qué antiguo bateador de los Piratas de Pittsburgh fue el único jugador que entró en la Sala de la Fama del Béisbol en 1988? —lee Mack. Le toca a Quilty.

—¿He aterrizado en las malditas preguntas de deportes?

—Sí. ¿Qué contestas?

—Linda Ronstadt. Estaba en *Los piratas de Penzance*. Sé que fue a Pittsburgh. Sólo que no estoy seguro de eso de la Sala de la Fama. —Mack está callado—. ¿Lo he dicho bien?

—No.

—Bueno, no solías hacer esto: conseguir que aterrizara en las preguntas de deportes. Ahora te estás poniendo difícil.

—Sí —dice Mack.

A la mañana siguiente van al museo de la Coca-Cola, de los que el Sur parece estar lleno.

—Cualquiera diría que la Coca-Cola es un tesoro nacional —dice Mack.

—¿Y no lo es?

Cada estado por separado (Georgia, Mississippi o cualquier otro) compite por atribuirse toda clase de primicias: se sirvió aquí por primera vez, se embotelló allí por primera vez (primera sed, primer sorbo); es una gran batalla empresarial entre los bandos. Hay un lugar extraño para refugiarse de aquello cruzando otro cementerio, éste en Vicksburg, y eso es lo que hacen, pero con rapidez, haciendo que el viaje continúe de modo que no puedan sentir (como podrían haber sentido en Tapston) la pérdida irreparable de cada una de las tardes, la oscuridad invasora, cada día improvisado quedando, por fin, atrás. (Sólo para comenzar de nuevo, por la mañana, agobiantemente idéntico, una ficha en un juego de fichas o un chiste en un libro de chistes.)

—Parece que todo esto lo tienen organizado por estados —dice Mack mirando las tierras de Vicksburg, las zonas onduladas y verdes, con salpicaduras que parecen aspirinas. Vuelve a mirar el plano del parque, que ha abierto sobre el volante. Allí está: otra vez en la Carretera Calavera.

—Bueno, vamos a la parte de Indiana y bendigamos a sus muertos.

—Muy bien —dice Mack, y cuando se encuentra con una única piedra pequeña en la que dice «Indiana» (de ningún modo en la sección correspondiente) reduce la velocidad y dice—: Aquí está la sección de Indiana.

Todo para que Quilty baje la ventanilla y grite:

—¡Benditos sean los muertos de Indiana!

Hay amabilidades que se pueden tener más fácilmente con un ciego que con videntes.

Guapo ladra y Mack lo suelta con un grito rebelde que no viene al caso.

—¿De qué lado estás? —le riñe Quilty, subiendo la ventanilla—. Salgamos de aquí, hace mucho calor.

Se alejan un poco del parque y se detienen ante el Museo de la Guerra Civil, que habían visto anunciado el día anterior.

—¿Es de cincuenta? —le susurra Quilty tendiéndole bruscamente un billete mientras se acercan a la taquilla de la entrada.

—No, de veinte.

—Encuétrame uno de cincuenta. ¿Este es de cincuenta?

—Sí, es de cincuenta.

Quilty le pasa el billete de cincuenta dólares al cajero.

—Perdone —dice en voz alta—. ¿Tiene cambio de un magnífico general estadounidense?

—Sí, me parece que sí —dice el cajero riéndose un poco, y acto seguido coge el billete y levanta el cajón de la caja registradora—. A vosotros, los yankis, siempre os ha encantado hacer eso.

Dentro, el lugar es oscuro y frío; hay una hilera de vitrinas y maniqués de uniforme. Hay fotografías de soldados y enfermeras y «El Presidente y la Sra. Jefferson». Como casi todo está detrás de un cristal y no puede tocarse, Quilty se aburre.

—«La ciudad de Vicksburg —lee Mack en voz alta—, obligada a entregarse a Grant el 4 de julio, no quiso volver a celebrar el Día de la Independencia hasta 1971.»

—Cuando ya no le importaba a nadie —añade Quilty—. Me gusta que haya un sitio con un elevado sentido del rencor (que ellos, cómo no, llaman «un agudo conocimiento de la historia») —carraspea—. Pero sigamos adelante, a Nueva Orleans. También me gusta que haya un sitio en que les importe un carajo.

En un restaurante con vistas al río, comen todavía más bombas de puré y bagres. *Guapo*, sin correa, corre por la orilla, de aquí para allá, como una criatura enloquecida.

Al anoecer siguen en dirección al sur, hacia la Natchez Trace, por Port Gibson: «*DEMASIADO BONITO PARA QUEMARSE*» *ULISSES S.*

GRANT», dice el cartel de BIENVENIDA. Quilty está dormitando. Oscurece y la carretera no es ancha, pero Mack adelanta a todos los coches lentos: un viejo autobús VW (los inviernos del norte los han eliminado en Tapston), una camioneta roja cargada con paja, un Plymouth Duster lleno de sordos cantando con un fantástico baile de manos. La luz está encendida dentro del Duster, y Mack los adelanta y se mantiene al lado, observándolos. Todos hablan a la vez, los dedos volando, cortando, estirando el aire, enroscándose, señalando, tocando. Es impresionante y precioso. Si Quilty no fuera ciego, seguro que le gustaría ser sordo.

En Nueva Orleans hay toda clase de ostras Rockefeller. Las hay con espinacas picadas cortadas a lo largo en grandes trozos, como algas, con una costra de beicon por encima, como un parche.

Luego están las que llevan *mousse* de espinacas de un color verde lima muy vivo, que se sirve dentro de la concha, como las algas. Hay unas con hojas de espinacas que cuelgan lánguidamente del borde, como calcetines. Está la variedad con queso. Y la variedad sin. Y otras incluso con tofu.

—¿Qué les habrá ocurrido a las almejas casino? —pregunta Mack—. Las solía tomar en Kentucky. Estaban buenísimas.

—¿Marisco de un lugar que no tiene salida al mar? Nunca ha sido una buena idea, querido —dice Quilty—. Me quedo con Nawlins. Una ciudad que ya no es conocida por sus prostitutas pasa rápidamente a ser conocida por su excelente comida. Piensa en ello. Está París. Está esto. Una ciudad normalmente conocida por sus prostitutas (Las Vegas, Amsterdam, Washington) rara vez es una ciudad con buena comida.

—Tendrías que escribir un libro de viajes. —¿Mack era sarcástico? Ni él mismo lo sabía.

—Eso era lo que quería ser *Ligar con el sofá*. Una especie de libro de viajes de salón. Para ciegos.

—Yo pensaba que *Ligar con el sofá* quería ser una novela.

—Antes de ser una novela iba a ser un libro de viajes.

Dejan atrás la verja de hierro del pequeño hostel, con barrotes semejantes a tallos de maíz, para dar un paseo por el barrio. Llegan enseguida al muelle y, sin nada más que hacer, suben a bordo de un deslumbrante barco movido por una rueda de palas para hacer un crucero por las Plantaciones del Río. Quilty tropieza con un tablón de la rampa que sobresale un poco.

—¿Sabes?, encuentro que esta ciudad no es ni grande ni fácil —dice. Pensaba que en este crucero iba a haber cerveza, sol y un pequeño grupo de jazz, pero también hace escala en Chalmette, el escenario de la

batalla de Nueva Orleans, para que la gente pueda bajar y dar un paseo por el cementerio.

Mack lleva a Quilty a un asiento al sol, y luego se sienta a su lado. *Guapo* levanta la cabeza y huele el aire pantanoso.

—Ya está bien de cementerios —dice Mack, y Quilty enseguida le da la razón.

Aunque Mack también se pregunta si, cuando lleguen allí, serán capaces de resistirse. Parece que para ellos es difícil, delante de toda aquella almenada geometría de piedra y hueso, no ir corriendo a decir hola. Ninguno de los dos está preparado para la vida; no había duda de que se trata de eso. Al encontrarse raros, sin casa, malditos y cansados, se han vuelto muy íntimos. Ya no tienen ninguna clase de principios.

—De todos modos, aquí todas las tumbas están construidas sobre pilotes —dice Mack—. Por el nivel del mar y todo eso.

Suena la sirena y la rueda de palas comienza a girar. Mack echa la cabeza hacia atrás para apoyarla en el respaldo y mira el cielo vetado de nubes fibrosas, el azul de pájaro con rayas blancas inconcretas. A la derecha, las nubes están más perfiladas y parecen un plato Wedgewood sobre fondo azul. ¡Un puto y elegante plato hondo, bajo el que todos han quedado atrapados y obligados a nadar el resto de su vida! «Míralo de este modo —solía decirle la gente a Mack—. Podría ser peor: un adhesivo en el parachoques con un pez naranja o una marca de fábrica.» Y no se equivocaban, pero no se trataba de eso.

Se queda dormido, y cuando el barco vuelve al muelle, diez mil anestésicos han invadido la ciudad. Hay autobuses y aglomeraciones.

—Huy, huy, ten cuidado. Un congreso de médicos —dice Mack a Quilty—. Mira por dónde andas. —En un quiosco turquesa, junto al muelle, descubre más carteles de niños desaparecidos. Casi espera verse a sí mismo y a Quilty anunciados allí, dos niños más, perdidos en Estados Unidos. En cambio, hay un niño de nueve años llamado Charlie que rompe el corazón. Hay otro de tres llamado Kyle. Está además el niño del Denny's, al norte: Seth, de cinco años.

—¿Son monos? —pregunta Quilty.

—¿Quiénes? —dice Mack.

—Todos esos médicos jóvenes —dice Quilty—. ¿Son guapos?

—¡Y yo qué sé! —dice Mack.

—Ah, no me vengas con esas —dice Quilty—. Olvidas, querido, con quién estás hablando. Puedo palpar cómo miras a tu alrededor.

Durante un rato Mack no dice nada. Hasta que conduce a Quilty a un bar para tomar un café con achicoria y un bollo, del que da unas migas a *Guapo*. La gente que hay en la mesa de al lado, en una especie de concurso morboso y teatral, lee en voz alta las notas necrológicas del *Times-Picayune*.

—Esta ciudad está majareta —dice Mack. Al volver al hotel, en la habitación de al lado, alguien toca *Barras y estrellas* con un mirlitón.

Al día siguiente aceleraron la marcha por la olivácea leche incandescente de la ciénaga, árboles quemados, sin hojas, sobresaliendo como cruces.

—Vas demasiado rápido —dice Quilty—. ¡Conduces igual que el maldito Sean Penn!

Mack, sin seguir ningún camino en particular, se dirige hacia las marismas: somorgujos, totíes, flamencos con alas de sorbete vuelan bajo por encima de los juncos emplumados. Todo es bonito, de un modo inhóspito. Hay ganado suelto, masticando hierbas como cuerdas entre las torres de perforación.

—¿En qué dirección vamos?

De repente gira hacia el norte, hacia Memphis.

—Hacia el norte, a Memphis.

En lo único en que puede pensar ahora es en volver.

—¿En qué piensas?

—En nada.

—¿Qué miras?

—Nada. El paisaje.

—¿Hay tíos buenos?

—Sí. Acabo de ver una vaca estupenda —dice Mack—. Y una comadreja que no estaba nada mal.

Cuando finalmente cogen habitación en el hotel Peabody, ya es entrada la tarde. La habitación tiene el aire un poco viciado y está iluminada de un modo extraño, dorado. Mack se deja caer en la cama.

Quilty, que comienza a sudar, se quita la chaqueta y la tira al suelo.

—Oye, ¿qué te ocurre? —pregunta Quilty.

—¿Qué quieres decir con «qué me ocurre»? ¡Qué te ocurre a ti!

—Estás tan distraído y raro.

—Estamos de viaje. Voy mirándolo todo. Estoy cansado. Perdona si parezco distante.

—Vas mirándolo todo. ¡Qué bonito! ¿Y yo, qué? ¡Hola, estoy aquí!

Mack suspira. Cuando se pone a la ofensiva de ese modo, Quilty tiende a moverse en cinco direcciones lamentables a la vez. Tiene un breve ataque de nervios y grita desde cada una de las esquinas hechas pedazos de su ser; entonces, a continuación, recobra la calma y pide perdón. Todo es ya un poco conocido. Mack cierra los ojos para alejarse de él. Comienza a flotar y, tratando de no pensar en Lou, piensa un momento en Annie, aunque el torrente de sangre repentino de una erección le tira de los puntos y le despierta de sopetón. Se sienta. Se quita los zapatos y los calcetines y se mira los dedos en conserva: babosas en una caja.

Quilty está sentado en el suelo con las piernas cruzadas, intentando hacer ejercicios respiratorios. Trata de conseguir que el *chi* fluya por los meridianos, o algo así.

—¿Crees que no me doy cuenta que te sientes atraído por la mitad de la gente que ves? —está diciendo Quilty—. ¿Crees que me chupo el dedo o qué? ¿Es que no sabes que me doy cuenta de cómo vuelves la cabeza y miras por todas partes?

—¿Qué?

—Eres el colmo.

—¿Que soy el colmo? ¡Tú sí que eres el colmo! Estás de un nervioso y de un posesivo... —dice Mack.

—Tengo un sentido del territorio muy inflamado —dice Quilty. Ha desistido de los ejercicios—. Como todos los ciegos. No quiero que tu pulgar de hacer autostop asome por encima del límite de la propiedad. ¡Es un puñetazo en el ojo y una traición a la comunidad!

—¿Qué comunidad? ¿De qué estás hablando?

—Todos los videntes sois iguales. ¿Creéis que somos Mister Magoo? ¿Te crees que no me doy la misma cuenta de las cosas que un individuo que pinta torres de agua y tiene quistes en la polla?

Mack niega con la cabeza. Se endereza y comienza a ponerse los zapatos.

—Te van los malabares, ¿verdad?

—¿Los malabares? —dice Quilty con un alarido—. ¿Los malabares? ¿Qué tienes contra los demás asiáticos?

Mack está desconcertado. Quilty tiene la cabeza ladeada, de ese modo hiperalerta que indica que no se le escapará nada de lo que pase en la habitación.

—Es hacer malabares, ¿no? —dice Mack—. ¿Se dice así? ¿Cómo es?

—Juegos malabares —dice Quilty lentamente, para el jurado.

El pecho de Mack se tensa alrededor de un espacio vacío. Siente su asquerosa suerte volviendo a él como una maldición.

—Ni siquiera te caigo bien, ¿verdad?

—Sí, me caes bien: ¿es eso lo que en realidad estás preguntando?

—No estoy seguro —dice Mack. Pasea la vista por la habitación del hotel. Ni aquella ni ninguna otra habitación donde esté Quilty será nunca su casa.

—Déjame que te cuente una historia —dice Quilty.

—No me gustan las historias —dice Mack.

A Mack le parece que le ha costado mucho estar allí. En su mente (un recuerdo o un presagio, aunque no los distingue) se ve volviendo, no a Tapston, sino a Kentucky o a Illinois, al lugar donde vive Anne, sea cual fuere, y secuestrando al niño que tiene su misma sangre, a quien quiere y es suyo, y yendo a toda velocidad hacia un coche, metiéndolo dentro y huyendo. De alguna manera sería lo que corresponde. Otros hombres lo han hecho.

La historia de Quilty es como sigue: «Una vez, cuando hacía muy poco que ejercía de abogado, llegó una mujer al despacho. Su caso era un divorcio de lo más sencillo que ella hacía complicado con su codicia y tozudez, por lo que consiguió una minuta muy elevada. Cuando la recibió, me llamó y se puso a gritarme cosas, enfadadísima. Le dije: “Mire, puede pagarme a plazos. Cien dólares al mes. ¿Qué le parece?” Era razonable. Hacía poco que ejercía y luchaba con uñas y dientes. Pese a todo, no quiso pagar ni un centavo. Tuve que pedir un préstamo para pagar a mi secretaria, y aquello se me quedó grabado en la memoria. Al cabo de cinco años me llamó el médico de aquella misma mujer. “Tiene cáncer de huesos”, dijo el médico, y como yo era uno de

los pocos judíos alemanes de la ciudad, podría tener el mismo grupo sanguíneo para hacer un trasplante de médula. Me invitó a reflexionar. ¿Dejaría que por lo menos me hiciera un análisis de sangre? Contesté: “Ni hablar”, y colgué. El médico volvió a llamar. Me suplicó, pero le volví a colgar. Un mes más tarde murió la mujer.»

—¿Qué tratas de decir? —pregunta Mack. La voz de Quilty se oye como a lo lejos.

—Ésa, ésa es mi verdad —dice—. ¿No lo ves?

—Sí que lo veo, joder. ¡Yo soy aquí el que pone la vista! ¡Yo y *Guapo!*

Quilty se queda callado durante un rato y luego dice:

—No le perdono nada a nadie. De eso se trata.

—¿Sabes qué? Todo este asunto es una verdadera estupidez —dice Mack, pero su voz es tenue e insegura, y termina de ponerse los zapatos, pero sin calcetines, y luego coge el abrigo.

En la planta baja el reloj dice que son las cinco menos cuarto y se está reuniendo una multitud para ver a los patos. Han desenrollado una alfombra roja desde el ascensor hasta la fuente, y eso hace que los patos se exciten, deseosos de que comience el ritual de las tardes. El aleteo de alas cortadas. Mack se pone en una mesa del fondo y pide un whisky doble con hielo. Lo bebe rápido (le congela y le quema de esa manera tan estupenda y conocida: ha pasado mucho tiempo). Pide otro. El pianista que hay al otro lado del salón toca *La calle de los sueños*: «El amor se ríe de un rey, / los reyes no significan nada», canta el hombre, y a Mack le parece la canción más bonita del mundo. Hombres de todas partes están a punto de morir por razones que desconocen y que, de saberlas, no serían de su agrado: pero he aquí una canción por la que hacerlo, de modo que la vida, con sus espasmos locos, podría esta vez no derrumbarse tanto.

Los patos beben y se sumergen en la fuente.

Probablemente Mack ya esté borracho como una cuba.

Cerca de la puerta que da a Union Avenue hay una mimo haciendo malabarismos con botellas de Coca-Cola. La gente que espera para ver los patos se ha puesto a su alrededor a mirar. Incluso con su maquillaje blanco es atractiva. Su pelo rojo es brillante como una amapola y debajo de las mallas negras se adivinan unas piernas tensas como el arco de un arquero.

Juegos malabares, piensa Mack. Juegos malabares. Le duele la cabeza, pero la garganta y los pulmones los tiene calientes y claros.

De repente, por el rabillo del ojo, advierte a Quilty y a *Guapo*, avanzando lentamente y con inseguridad, rodeando al gentío. Su expresión es solitaria y angustiada, incluso la de *Guapo*. Mack vuelve a mirar la fuente. *Guapo* lo verá enseguida, pero Mack no piensa moverse hasta entonces, ya que necesita la ceremonia del esfuerzo de Quilty. Sabe que Quilty ideará algún regalo conciliatorio. Se acercará, tocará a Mack y susurrará: «Vuelve, no te enfades, ya sabes que esto nos pasa a los dos.»

Pero por ahora Mack se limitará a contemplar los patos, verá que los llama el cuidador, un negro viejo y uniformado que sopla un pito plateado y empuña una vara larga con la que indica a los patos que salgan del agua y que se pongan en la alfombra formando una hilera. «No han tenido nada que decir sobre esto —piensa Mack—; los patos no han hecho nada para merecer esto, pero ahí están, los lirios de Dios, todo el año en un hotel gigante, alguien que cuida de ellos durante el resto de su vida.» Todas las otras aves del mundo (los halcones con sarna y con el estómago vacío, las gallinas sin ninguna autoridad, los estúpidos) tendrán una vida difícil y desdichada, aleteando hacia el norte, hacia el sur, aquí, allá, en busca de un lugar de descanso. Pero éstas no. ¡Estos patos ricos y con suerte, no!, agraciados con alfombras y escaleras, yendo de arriba abajo, del techo al estanque y a la casita, siempre dirigidos, guiados, siempre aplaudidos cuando van hacia las puertas doradas del ascensor, semejante a una boca del cielo, y a pesar de que en realidad no es una boca del cielo, es quizá portavoz de todo lo que hay.

Mack suspira. ¿Por qué siempre le toma la medida a su propio sufrimiento estúpido? ¿Por qué siempre tiene que mirar alrededor y comparar el suyo con el de los demás?

Porque Dios quiere que la gente lo haga.

¿Incluso si te comparas con los patos?

Sobre todo si te comparas con los patos.

Se le encoge la cabeza con el odio que es amor sin ningún sitio al que ir. Lo va a hacer: volverá y cogerá a Lou, aunque lo maten por ello. Un millón de soldados se preparan para morir por menos. Encontrará a Annie; quizá no resulte tan difícil. Y al principio, se lo pedirá amablemente. Pero luego hará lo que debe hacer un padre: un niño es del padre. Los hijos quieren a sus padres más que a nada en el mundo. Mack lo leyó una vez en una revista.

Sin embargo, cuanto más imagina que encuentra a Lou, más intensa es la sospecha de que todo ese cometido desquiciado, en efecto, lo matará. Ve, otra vez como en una visión (de lo que debe prever o de lo que no puede prever, ¿quién sabe con las visiones?), su muerte y el sufrimiento de su hijo. Ve la herida en su espalda, los ojos pasando de gelatinas gris pescado a los signos más y menos de un cadáver de tebeo. Ve a Lou con

rasguños y arrastrándose hacia una casa, el cielo estrellado del sudario brillante y burlón de Mack.

Pero lo va a hacer de todas maneras, ¿o qué es él? Suciedad del estanque que envidia a los patos.

Todo está bien. Descanso seguro. Dios está cerca.

Mientras las aves avanzan por la alfombra roja, graznando y chillando nerviosamente, una bandada de contentas Miss Estados Unidos, Mack ve que se detienen un momento y miran hacia arriba, hacia la explosión de flashes procedentes de las cámaras de fotos de los turistas, la explosión hollywoodiense a lo largo de la alfombra del pasillo. Las aves hacen un poco de zigzag, se paran, luego prosiguen de nuevo y parecen no muy seguras de por qué alguien querrá sacarles fotos, encender el flash, querer estar allí, por qué todo aquello tiene que estar ocurriendo, aunque, por Dios, y algunas veces seguro que no por Dios, ha ocurrido todos los días.

Quilty, en un extremo del gentío, levanta los dedos y hace el signo de la paz a todas las personas con las que se cruza y dice: «Paz.» Se acerca a Mack.

—Paz —dice.

—La gente ya no dice eso —dice Mack.

—Bueno, pues tendría que decirlo —dice Quilty. Las ventanas de su nariz han comenzado a dilatarse, como si estuviera a punto de sollozar. Se hunde en el suelo y se coge al pie de Mack. Los gestos de arrepentimiento de Quilty son como cometas: infrecuentes y brillantes, pero con una estela de basura espacial—. ¡No más guerras! —grita Quilty—. ¡No más destrucción!

Por el momento es sólo Quilty quien está destruido. La gente mira.

—Les estás robando el número a los patos —dice Mack.

Quilty comienza a levantarse asiéndose de los pantalones de Mack.

—Ten piedad —dice.

Este es el ritual de pruebas de Quilty: cada vez que siente que ha llegado el momento, se invita a sí mismo a hacer una audición para una escena de amor. No tiene guión; no tiene un sentido del escenario solvente, sólo la cara maquillada teatralmente de su corazón y una necesidad despiadada de aplausos.

—Está bien, está bien —dice Mack, y mientras el ascensor se cierra con las doce aves dentro y el entrenador haciendo reverencias, toda la gente del salón del hotel aplaude.

—Gracias —murmura Quilty—. Sois demasiado amables, demasiado amables.

La agencia inmobiliaria

Y sin embargo, esas baratijas,

naturalmente, son atractivas...

«Brilla y suéltate el pelo»

Debía de ser que ella iba a morir en primavera, pensó Ruth. Entonces sentía una desolación inexplicable y mucho lodo en el corazón; sentía la burla de la estación, toda esa humedad verde rojiza en la garganta como una mordaza. ¿De qué otro modo se puede explicar una sensación así? Casi podía estallar: ¿Se podía estallar de desdicha? Lo que sentía era demasiado extraño, demasiado en contra, demasiado aislado para ser una mera emoción. Tenía que ser una premonición, una premonición que finalmente se retirara después de mucho sacudirse y agitarse, aburrida, con el esfuerzo doloroso sin objeto que constituía la vida. Y ni más ni menos que en primavera: una premonición de la muerte. Un ensayo. Una llamada de la secretaria para recordar una cita.

Por supuesto, siempre descubría los líos de su marido en primavera. Pero el último había sido hacía años, ¿por qué se preocupaba entonces? Había habido un desfile de aventuras, que al final la habían hecho reír:

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—No puedo. Me quedaría dormida —dijo Ruth, aunque sospechaba que en realidad no lo haría.

—Si te quedas dormida, estupendo —dijo Carla encogiéndose de hombros—. Es una cabezadita de belleza. Si casi te quedas dormida pero no te duermes, es meditación

—¿Eso es la meditación?

—Eso es la meditación.

Dos años antes, mientras Ruth hacía la quimioterapia (el oncólogo de Chicago le había dado un cincuenta por ciento de posibilidades de durar cinco años más; ¡qué mezquindad no mentir y decirle que las posibilidades eran de sesenta contra cuarenta!), Carla le había llevado una lasaña, que aguantó encogiéndose y reencarnando varias semanas en el frigorífico de Ruth. «Procura no pensar en las víctimas de un accidente de carretera cuando la calientes», dijo Carla. También le llevó jabones de salvia y de romero, que parecían trozos gruesos de mantequilla con ramitas dentro. Le llevó un libro para que leyera, una colección de cuentos titulada *Confía en mí*, y había tachado, en la sobrecubierta, el nombre del autor y había escrito el suyo: Carla McGraw. Carla era una amiga. ¿Quién tenía muchos amigos en la actualidad?

—Claro que lo doy por sentado —dijo Ruth—; tengo que hacerlo.

El último lío de Terence, hacía dos primaveras, había acabado de mala manera. Le había dicho a Ruth que tendría una reunión que duraría hasta tarde, hasta las diez aproximadamente, pero el caso es que había llegado a casa a las siete y media, apagado y despeinado. «Han anulado la reunión», dijo y se fue derecho al piso superior, y ella lo oyó sollozar en el lavabo. Lloró durante casi una hora, y mientras lo oía, a ella el corazón se le llenaba de pena y de un amor profundo y maternal. En todos los entierros de amor, el amor se daba tanta maña en hacer llorar su desaparición que reaparecía. Asomaba por el ataúd. Y si no reaparecía, enviaba a algún pariente de sorprendente parecido, un gemelo delgado y encantador al que nos llevábamos a casa, para engordarlo y acunarlo, acariciarlo y reprenderlo.

Oh, qué tormento más generoso era la vida. Pero ella ya no investigaba las actividades de Terence. Nada de abrir con vapor la correspondencia bancaria, nada de coger «por error» el teléfono supletorio. Como le había dicho una vez el médico que le diagnosticó el cáncer, ahora totalmente en remisión: «El único medio de saberlo absolutamente todo es practicar una autopsia.»

Informe nupcial. Ruth dejaría que su matrimonio siguiera viviendo. Nada de eutanasia ni de autopsia. ¡Lo dejaría vivir! ¡Ja, ¡Ja! Se conformaría, como debe conformarse toda persona, con saberlo todo: la ignorancia como misterio, el misterio como fe; la fe como comida; la

comida como sexo; el sexo como amor; el amor como odio; el odio como trascendencia. ¿Qué era aquello, religión o matemáticas?

¿O sólo la primavera?

Había ciertas cosas que la ayudaban: el Winston ocasional (convencida como estaba Ruth, a pesar de su único pulmón, de las ampollas en el labio, de la cicatriz entre las costillas, de que al final se arrepentiría más de los cigarrillos que no había fumado que de los que había fumado; además, no tosía tanto como antes, y la tos, desde luego, no era tan intensa como para tener un desprendimiento de retina), las macetas de lobelias («Perdone, tengo que irme —había dicho más de una vez a un dependiente locuaz—. Acabo de comprar unas lobelias y las tengo en el coche, con el calor que hace») y una búsqueda larga y panorámica de casa nueva.

—Un cambio de casa..., sí. Un cambio de casa estará bien. Manchamos el nido, en muchos sentidos —había dicho su marido con una sintaxis tortuosa y un arrastrado acento de Luisiana que, entre otras cosas, antaño había hecho que ella saltara de deseo y que ahora la sacaba de sus casillas—. Piénsalo, cariño —había añadido después de la reconciliación, el primer perdón y la primera visita de reconocimiento de los agentes inmobiliarios, cuando los sentimientos de ella estaban más allá de la rabia, en el sarcasmo y el carcinoma—. Probablemente tendríamos que olvidarnos de esta casa. Depende de lo que quieras hacer, o..., claro, claro. Si piensas en otra casa, estoy prácticamente seguro que me parecerá bien. Sin embargo, lo querremos discutir; o cualquier otra cosa en la que pudieras pensar. Aunque parezca un poco presuntuoso por mi parte, me doy cuenta, pero oye, no sería la primera vez, ¿verdad que no? Es que estaba pensando que si tú prefirieras...

—¡Terence! —Ruth dio dos palmadas con brusquedad—. ¡Habla más rápido! ¡No me queda mucho tiempo de vida! —Llevaban casados veintitrés años. Encontraba que el matrimonio en general era un buen acuerdo, excepto que nadie lo vivía como un asunto general, sino de un modo concretísimo—. Y por favor —añadió—, que no te engañen los eufemismos de los de la inmobiliaria. Esto nunca ha sido un hogar, cariño; esto es una casa.

De este modo (una boda de plazas de aparcamiento con problemas emocionales, un encaje de propiedad e irritación hecho jirones) habían logrado seguir casados. ¡No era un hombre tan malo! Sólo un pueblerino guapo que, sin creer en la suerte, la había tenido imperfecta pero continuamente, como las galletas saladas de la bandeja del aperitivo. Había esperado que ganara dinero (¿acaso estaba tan mal?) y algo había ganado con un concesionario de coches usados y con acciones de programas informáticos. Con sus comienzos dulces y apremiantes, y un final agradecido de manos cogidas, lo peor del matrimonio estaba en el centro: era siempre un lío, una ruina, un campo intransitable. Pero encontraba que no era una tierra del todo yerma. En su propio matrimonio había una estación recurrente y encantadora, una

habitación diminuta y sin nombre, que le convenía y la consolaba. Se recostaba entre los brazos de Terence y él se quedaba callado, y su silencio la regeneraba. Había música. Había paz. Eso era todo. No había palabras. Pero, invariablemente, aquel minúsculo lugar (como cualquier temporada, luna o escenario de teatro, como un pastel en un escaparate giratorio), al girar, se perdía de vista y de alcance, y las peleas se reanudaban y ella tenía que esperar mucho tiempo hasta que el pastel aparecía de nuevo.

Claro está que su hija común, Mitzy, adoraba a Terence, su fuego afortunado y caliente. En Ruth, en cambio, Mitzy parecía percibir solamente el frío espíritu de una mujer que va tirando. Pero ¿qué debía hacer una persona en la posición de Ruth, como no fuera reconstruirse, de abajo hacia arriba, como un iceberg? ¡Ruth quería saberlo! Y así, en las disoluciones extrañas y cálidas que le daban en aquellas noches de mayo antes de dormirse, una descomposición puntillista del cuerpo, de su ser y hasta de la habitación, una fractura amable en burbujas y encaje negro, Ruth comenzó, otra vez, a prever su propia muerte.

Al principio, mirar otras casas los domingos por la tarde (pasearse por los suelos y las alfombras de otra gente, abrir los armarios para ver los zapatos de otra gente) la hacían estremecer de miedo. Las fotos horteras en el piano del alfarero. El profesor universitario sin tiradores en las puertas. El dentista con treinta compartimentos para treinta pares de zapatillas deportivas. El papel de las paredes cayéndose como corteza de abedul. Una colección de suelos manchados, rayados y molduras mal alineadas. Las alfombras de poliéster. Las revistas cutres en la mesita de centro. ¡Y aquellos tentempiés económicos! La gente ya no tiene librerías, pero sí muebles bar casi del mismo tamaño. ¿Qué haría la gente ahora con un libro? Ponerlo en el cajón de los posavasos. Ruth se interesaba, con poco sentido práctico, por los ángulos defectuosos del rellano de la escalera o por el contenido de una habitación: las lámparas de cerámica en forma de piña, la foto de la boda de los perros. ¿Es que la ciudad era tan aburrida que ahora eso era lo que la divertía? ¿Qué le parecía tan intrigante de todas las posesiones de estas casas ahora abiertas al público? ¿Que se aireaba el panteón familiar? ¿Echar un vistazo a la tumba? Ruth contrató a un agente inmobiliario. Entrar en una casa, buscar sus rincones, examinar las manchas de los techos y la podredumbre del tejado la estimulaba. Le sorprendía que una casa siempre tuviera algún problema, y al cabo de un tiempo su sorpresa se convirtió en una especie de placer; era agradable que siempre hubiera algún problema. De ese modo parecía que la casa era más natural.

Pero enseguida se echó atrás. «Nunca compraría una casa con una revista así en la mesita de centro», dijo una vez. Una especie de temor se apoderó de ella.

—No me gusta el neogeorgiano —dijo antes de que a la agente de la inmobiliaria, Kit, le hubiera dado tiempo de parar el motor, y la obligó a salir reculando del camino del garaje—. Lo siento —añadió—, pero es

que cuando la miro la vista se me desorganiza y el corazón se me vacía de golpe.

—Me importa tu opinión, Ruth —dijo Kit, que tenía mucho miedo de perder clientes y se esforzaba por ocultar que tenía menos paciencia que un mosquito—. Nuestro lema es «El cliente nos importa» y es verdad; nos importa muchísimo. Nos importa tu opinión. Nos importan tus sentimientos y tus deseos. Queremos que te sientas feliz. Así que aquí estamos, paseando en coche. Yendo hacia una casa, y luego pasando de largo. ¿Quieres una casa o prefieres que vayamos al cine?

—Crees que no soy una persona realista.

—Oh, yo me tomo el realismo como lo que es. El realismo se sobrevalora. He dicho en serio lo de ir al cine.

—¿De verdad?

—¡Sí!

Y Ruth fue al cine con la agente inmobiliaria. Fueron a la primera sesión de tarde de la pretemporada de *Forrest Gump*, que le produjo hastío lacrimógeno, dolor y aburrimiento desgastador de huesos.

—Qué final profesional para el pobre Tom Hanks. Ya lo verás —susurró Ruth a la agente, los papeles de los caramelos flotando allí abajo, en la oscuridad, hacia sus zapatos—. Gracias a Dios que compramos caramelos. ¿Qué haríamos sin estos caramelos?

Al final, cuando ni siquiera había pasado un mes, en el descapotable blanco de Kit, con la capota bajada, el viento azotando el pelo de todo el mundo de modo antiestético, Ruth y Terence dieron una última vuelta por los barrios residenciales en los maizales de las afueras de la ciudad, y encontraron una casa. Era la originaria, antigua y cuadrada casa de campo que se encontraba en medio de la parcelación de 1979. Habían construido un estanque artificial en el antiguo campo contiguo a las zonas laterales de césped de la casa. En el patio de delante había un pozo de los deseos lleno de flores salvajes.

—Es ésta —dijo Terence señalando la casa.

—¿Ah, sí? —dijo Ruth. Trató de verla con mentalidad abierta: el porche y la buhardilla inclinados, como un cuadro cubista, la chimenea desmoronándose por un costado, las tejas planas de cedro recargadas y leprosas de pintura verde vieja—. Si uno de los dos le da un beso, ¿se va a convertir en una casa? —Las casas de un piso y de dos, blancas y alicaídas, que flanqueaban el camino por lo menos poseían una geometría que entendía.

—Necesita muchas reformas —admitió Kit.

—Sí —dijo Ruth. Hasta al letrero de *EN VENTA* le estaba saliendo una mata de dientes de león en la base—. A diferencia de los bombones, las casas son predecibles: siempre sabes que te estás pudriendo y descomponiendo y que tienes una dura y larga hipoteca. Cómelos o devuélvelos a la caja; eso no lo puedes hacer con un juicio o con una ordenanza.

—No sé de qué estás hablando —dijo Terence. Llevó a Ruth aparte—. Es ésta —dijo siseando—. Esta es la casa de nuestros sueños.

—¿La casa de nuestros sueños? —Todos los sueños que había tenido últimamente eran acerca de la muerte: su chifladura borrosa, su movimiento a través de un sueño suave y oscuro hacia un final brillante, duro.

—Me sorprende que no lo veas —dijo Terence visiblemente frustrado.

Echó nuevamente una mirada a las cornisas, al porche picassiano, al tejado manchado de musgo y hollín. Miró las ocas y la caca de oca, los cigarrillos aplastados y húmedos que había desparramados en el bordillo de piedra del estanque.

—Bueno, quizá —dijo ella—. Quizá sí. Creo que comienzo a verlo. ¿Me puedes decir otra vez de quién es?

—De un canadiense. La tenía alquilada. Es un barrio bonito, está cerca de un pequeño jardín botánico y del zoo.

—¿El zoo?

Ruth pensó en ello. Iban a tener que contratar a un montón de gente, por supuesto. Sería como llevar una empresa, mandando a todo el mundo, haciéndose cargo de los préstamos y los pagos, hasta que esa cosa tomara forma. Suspiró. En su familia no existía espíritu empresarial. No era algo innato en ella. Descendía de una larga saga de profesores y pastores: empleados. Gente desesperada. Gente con fe pero sin esperanza. No había ningún negocio, por pequeño que fuera, con éxito en ningún rincón de sus genes.

—Comienzo a verlo más claro —dijo ella.

En el otro extremo de la ciudad, donde vivían otras personas, un hombre llamado Noel y una mujer llamada Nitchka se encontraban en un piso, en la cocina, discutiendo sobre música.

—Así que no te sabes ni una. ¿Ni siquiera una sola canción? —dijo la mujer.

—Me parece que no —contestó Noel. ¿Por qué era un problema para ella? Para él no lo era. Y qué que no se supiera ninguna canción.

Siempre había estado dispuesto a que ella supiera más que él; no le molestaba hasta que le molestó a ella.

—Noel, ¿entonces qué clase de educación has recibido?

Sabía que ella creía que él había sufrido privaciones y que tendría que estar enfadado por ello. (¡Claro que lo estaba! ¡Sí que estaba enfado por ello!)

—¿Tus padres nunca te cantaban canciones? —preguntó—. ¿No te sabes ni una sola canción de memoria? Canta una canción. La que sea.

—¿Como cuál?

—Si tuvieras una pistola apuntándote a la cabeza, ¿qué canción cantarías?

—¡No lo sé! —gritó, y tiró una silla por la cocina.

Llevaban dos meses sin tener relaciones sexuales.

—¿Pero no te sabes ni el nombre de una canción?

Por las noches, todas las noches, se acostaban con sus revistas y el Tylenol, y a continuación, a menudo con las luces todavía encendidas, eran transportados rápidamente, cada uno por separado, hacia su propio mundo de los sueños: el de él lleno de árboles arremolinados y máquinas voladoras de anticuario y ramos de helechos. No tenía ni idea de por qué.

—Sé el nombre de una canción —dijo.

—¿Qué canción?

—*Abre la puerta*, Richard.

—¿Qué canción es ésa?

Era una canción que cantaba la madre de su amigo Richard, cuando él y Richard tenían doce años y se encerraban en el cuarto de baño, hojeando revistas: *Tetas*, *Culos Prietos* y *Señoritas Increíbles*. Pero era una canción real, que aún existía, aunque nunca más podrías encontrar esas revistas. Noel la miró.

—¿Ves? ¡Sé una canción que tú no sabes! —exclamó.

—¿Es una canción que tiene un significado espiritual para ti?

—Pues sí, la verdad es que sí. —Cogió una goma de la encimera, la tensó entre los dedos y la soltó. Salió disparada contra la barbilla de ella—. Lo siento, ha sido un accidente —dijo.

—¡Hay algo dentro de ti que no funciona! —gritó Nitchka y se largó del piso a dar una vuelta.

Noel hizo oscilar la silla hasta apoyar el respaldo en la nevera. Podía ver su reflejo en la ventana de encima del fregadero. Era oscuro y translúcido, y fuera una telaraña vieja y rota, sujeta del alero, se balanceaba ante su cara, como una cuerda. Tenía aspecto de estar loco y enfermo; pero con carisma. «Si tuvieras una pistola en la cabeza —le dijo a su reflejo—, ¿qué canción cantarías?»

Ruth se preguntó si en realidad le hacía tanta falta un proyecto de esa envergadura. Una distracción. Una resurrección. Una tarea. Su hija, Mitzy, creció y se fue: ¿la historia del nido vacío la sumía en tal crisis que consagraría el resto de sus días a ese deleite de empleado de funeraria? ¿Acaso no tener a Mitzy y sus luchas amueblándoles la vida era algo tan horriblemente silencioso como el eco de nada-nada? ¿Tan mal estaba dejar de tener el temperamento artístico frustrado de una hija sangrando a diario en la alfombra de sus cerebros? Mitzy, la querida Mitzy, era bailarina. Todas esas clases de ballet y de claqué de cuando era_x pequeña: ¡se suponía que no se las iba a tomar en serio!

Estaban pensadas como una ironía de clase media y un visillo decorativo: se suponía que luego no te hacías bailarina. Pero Mitzy lo había hecho. A pesar de ser siempre la más gorda de la compañía, de nunca formar parte de ninguna y de ser rechazada por todas las compañías importantes, un día un director joven vio lo hermoso y sentido que era su baile. «¡Qué bien baila la chica gorda!» y la hizo pasar delante del cuerpo de bailarines, la colocó en medio del escenario y la hizo una estrella. Ahora viajaba por todo el mundo y era la niña mimada de los críticos. «¡Y eso que tiene la talla cuarenta y ocho! —cacareó un crítico—. ¡Es un milagro verla!» Se había convertido en el triunfo de los pies sobre el peso, del espíritu sobre la materia, de la materia sobre qué importa la materia, una figura inmortal, un ángel gordo y grande, y tenía «muchos, muchos admiradores homosexuales», como había dicho Terence. Como resultado, rara vez aparecía por casa. A veces Ruth recibía una postal, pero Ruth odiaba las postales: tan descuidadas y baratas, sobre todo las de ese nuevo ángel de la danza escribiéndole a su propia madre enferma. Pero así eran las cosas con los hijos.

En una ocasión, aproximadamente hacía un año y medio, Mitzy había vuelto a casa, pero sólo dos semanas, durante la quimioterapia de Ruth. Mitzy estaba, como siempre, en estado de crisis. «Claro que les gusta mi trabajo», se quejaba mientras Ruth se ajustaba aquella primera peluca acrílica que le producía picazón, la que solía asustar a la gente. «¿Pero les gusto yo?» Mitzy era hija única, así que era natural que su primer asalto del combate de rivalidad entre hermanos fuera con su propio trabajo. Cuando Ruth se lo insinuaba, Mitzy le dirigía una mirada

fulminante acompañada por un bufido, y a continuación, con una ceja levantada y una mueca de mirada dolida, comenzaba a monopolizar el teléfono con sus planes de viajes y mudanzas. «Mamá, parece que lo llevas fenomenalmente bien», decía mirándola por encima del hombro mientras tomaba notas deprisa. Luego se fue.

Al principio, Terence, incluso más que ella, parecía animado con la posibilidad de una nueva propiedad inmobiliaria. La más simple de las discusiones (sobre las jambas de las puertas o sobre los canalones) hacía que la sangre le circulara por la cara y por el cuello como una lámpara de lava. El muestrario de tejas de madera para el tejado (cuadrados rugosos, veteados color sepia, rosa y gris) le encendía los ojos como el amor. Llevó a casa catálogos de pomos y llamó a uno o dos yeseros. Al cabo de un tiempo, sin embargo, ella lo vio cansado del asunto y en retirada, incluso evitaba hablar del tema: otra aventura que pasó.

—Dios mío, Terence. Ahora no me dejes en la estacada. ¡Igual que con los patines de línea! —El otoño anterior había pasado por un período de patines de línea.

—Es que estoy muy ocupado —dijo.

Y antes de que Ruth se diera cuenta, todo el proyecto de la casa (la compra y las obras) había recaído sobre ella.

Primero Ruth tenía que tratar de vender la casa en que vivía. Decidió intentar lo que llamaban «pap». PAP: «de particular a particular». Puso anuncios en los periódicos, compró un cartel para el jardín delantero, y plantó alegrías violetas y rosas en los arriates para los incultos en cuestiones de horticultura, aquellos que no saben nada sobre flores de temporada. ¡Qué jardín más precioso! ¡Qué plantas más fuertes! Fue un poco más lejos y describió las molduras y las luces como «originales de la casa». Pasó un hombre a mirar y husmear. Se puso a toquetear una de las persianas rotas de las ventanas.

—¿Originales de la casa, eh? —dijo el hombre.

—Muy bien, ahora mismo se larga de aquí —dijo ella.

Con los siguientes posibles compradores renunció a su labia de vendedora y optó por la franqueza. «Reconozco que el baño está mohoso. Y mire este recibidor pequeño y ridículo. ¡Por eso nos mudamos! Odiamos esta casa.» Muy pronto volvió a contratar a la agente inmobiliaria de *Forrest Gump*, que abrió las ventanas de la casa de par en par, puso música de Vivaldi y horneó pan de plátano, con lo que vendió la casa en dos horas.

La noche siguiente al cierre de las operaciones de las dos casas, en las que habían permanecido callados como unos sordomudos a los que han timado (el canadiense misterioso, otra vez ausente, había mandado en

su representación tan sólo a una agente de traje chaqueta violeta llamada Flo), Ruth y Terence se encontraban en la casa nueva y vacía, y cenaban comida china para llevar directamente de las cajas de cartón. Sus muebles estaban guardados en un camión que estaba aparcado ante un supermercado, en el lado este de la ciudad, y se los llevarían al día siguiente. Por ahora estaban delante de la ventana desnuda de la fachada, en el nuevo comedor grande y con eco. En el suelo, una pequeña vela encendida proyectaba sus sombras en el techo, lúgubres y gordas. El viento golpeaba los cristales, y la caldera del sótano soltaba pequeñas explosiones que daban miedo. Los radiadores silbaban y olían a gato, y quemaban el polvo cuando se calentaban y hacían vibrar las telarañas del techo que estaban por encima de ellos. Toda la estructura de la casa crujía haciendo un ruido sordo. Había ruido de ratones dentro de las paredes. El sonido de pasos (o algo parecido a los pasos) golpeaban bajito en el ático, dos pisos por encima de ellos.

—Hemos comprado una casa encantada —dijo Ruth. La boca de Terence estaba llena de rollo de primavera caliente—. ¡Un fantasma! —añadió—. «No pasa nada por un poco más de proteínas. No pasa nada por un plus de aminoácidos.» —Era lo que su padre siempre le decía cuando encontraba un gusano verde y pequeño en el cuenco de arándanos.

—La casa se está asentando —dijo Terence.

—Ha tenido ciento diez años para asentarse; podría pensarse que a estas alturas ya lo ha hecho.

—El asentamiento no se detiene nunca —dijo Terence.

—Lo sabríamos —dijo Ruth.

El la miró y a continuación se enterró en la caja de *lo mein*.

Un ruido como de alguien escarbando les llegó desde el porche de delante. Terence masticó, tragó y luego avanzó hasta el interruptor para dar la luz, pero no se encendió.

—¿Nos avisaban de esto en el informe? —gritó él.

—Lo más seguro es que sea sólo la bombilla.

—Flo dijo que habían puesto todas las bombillas nuevas. —Abrió la puerta de entrada—. La luz está rota, y nos tendrían que haber informado. —Con una mano sujetaba una linterna y con la otra desenroscaba la bombilla de la entrada. Detrás del aplique brillaban tres pares de ojos enmascarados. Había heces oscuras de mapache apiladas en el estrecho espacio que había entre el techo y el tejado.

—¿Qué diablos es esto? —gritó Terence retrocediendo.

—¡Esta casa está infestada! —dijo Ruth. Dejó la comida—. ¿Cómo habrán subido hasta allí esas criaturas? —Sintió una punzada en su único pulmón—. ¿Cómo las cosas llegan a donde llegan? Eso es lo que quiero saber. —Había sido una fumadora muy moderada, no entraba en la categoría de alto riesgo, pero ahora cualquier pellizco, pinchazo, tic o tac que sentía en las costillas, cualquier problema del mundo material, hacía que quisiera encender un cigarrillo y dar unas caladas.

—Dios mío, qué peste.

—¿El tasador no tendría que haber visto esto?

—¡Los tasadores! Está claro que son unos inútiles. Lo que este lugar necesitaba era una resonancia magnética.

—Oh, Dios, es lo peor que podía haber pasado.

«Cada casa es una tumba», pensó Ruth. Todo ese alboroto y preparación que lo único que hace es robarte la vida. Lo cual hace que mudarse de casa sea una resurrección (o un éxodo de demonios necrófagos, depende del punto de vista), y hace que mudarse a una casa (¡otra casa!) sea el más oscuro de los deseos y locuras. En el mejor de los casos era una inquietud que llega a convertirse falsamente en tranquilidad. Pero la inevitable podredumbre y destrucción, de la cual el alma al final tiene que huir (¿para vivir en el cielo o para dispersarse éntre los árboles?), haría necesariamente a una persona estúpida de infelicidad.

¡Bueno!

Cuando llegaron los muebles y los pusieron casi exactamente como estaban en la otra casa, Ruth llamó a mucha gente, para medir, revisar, coger, transportar, limpiar, pulverizar y llevar muestras, y para hacer presupuestos y ofertas; y a veces incluso aparecían, aunque cuando tenían el depósito, solían desaparecer. Comenzaban a contestar las máquinas en vez de los humanos y algunas veces los teléfonos respondían diciendo que estaban desconectados. «Lo sentimos. El número al que usted ha llamado...»

Las ventanas de la casa nueva eran muy grandes (polvorientas pero brillantes por su tamaño), y como la tienda de persianas aún no había llevado las persianas, todo el vecindario (elegantes gerentes de buena posición) podía curiosear en el dormitorio de Ruth y Terence. Durante un largo y desconcertante día, a Ruth le dio por saludar agitando la mano, y sólo a veces la gente le contestaba el saludo. Normalmente sólo entornaban los ojos y miraban. Al día siguiente Ruth colgó sábanas con cinta adhesiva en las ventanas, pero invariablemente se caían después de diez minutos. Cuando se bañaba, tenía que salir gateando del baño hacia el pasillo, llegar a la habitación y alcanzar el armario para

vestirse. O a veces simplemente se quedaba tendida en el suelo del baño y forcejeaba con la ropa para ponérsela. Era todo realmente difícil.

En el nuevo jardín trasero, cuervos del tamaño de una maleta graznaban y se agitaban en las ramas del peral. Las hormigas (como piezas brillantes de un juguete infantil) se aglomeraban en las escaleras del porche. Ruth hizo aún más llamadas telefónicas, y finalmente un hombre, con la nariz manchada y bulbosa y una camioneta blanca y limpia con una cucaracha pintada, fue y roció a las hormigas con veneno.

—Parece un extintor de incendios, eso que usa —dijo Ruth mirando.

—Oh no, señora. Es mucho más potente. —Resollaba. Tenía la nariz nudosa como los pepinillos en vinagre. Miró debajo del porche y luego de nuevo a Ruth.

—Hay un montón de hormigas moribundas ahí abajo —dijo.

—¿No podría hacer algo con los cuervos? —preguntó Ruth.

—Yo no, pero puede conseguir una pistola y matarlos usted misma —dijo—. No es legal, pero si su casa estuviera unos cien metros más hacia allí lo sería. Si estuviera cien metros hacia allí, podría cazar veinte cuervos al día. Pero como está donde está, dentro de los límites de la ciudad, tendrá que hacerlo de noche, con un silenciador. Cácelos de día con unas redes y maíz, y luego, cuando se ponga el sol, llévelos detrás del garaje y mátelos para acabar con su sufrimiento.

—¿Con redes? —preguntó Ruth.

Llamó a mucha gente. Recopiló más presupuestos y consejos. Un sujeto llamado Noel de una tienda de plantas le recomendó que se olvidara de los cuervos y se dedicara a las ardillas. Tenía que plantar los tulipanes a más profundidad y con un montón de pimentón picante, para que las ardillas no los desenterraran.

—¡Mire cuántas ardillas! —dijo señalando el tejado del garaje y los arriates de flores llenos de hierbajos—. ¿Qué le parece si aquí, junto al porche, pone plantas de esas que cubren rápidamente el terreno, azucenas junto al pozo y girasoles en la parte lateral de la casa?

—Déjeme que lo piense —dijo Ruth—. Me gustaría conservar algunas de esas violetas —dijo señalando las hojas de aspecto agradable que había entre los lirios.

—No son violetas, son malas hierbas. Es una hierba muy común, aunque pequeña.

—Siempre creí que eran violetas.

—Pues no.

—Hay cosas que realmente pueden tomar la delantera en un lugar, ¿verdad? Este planeta no es más que una gran competición por crecer en la que caen cabezas y hay divisiones. Lo que quiero decir es que se parecen a las violetas, ¿verdad que sí? Me refiero a las hojas.

—A mí no me lo parece. Lo cierto es que no —dijo Noel encogiéndose de hombros.

¿Cómo podía distinguir bien? Estaba la filipéndula y la filipéndula falsa: se había olvidado de cuál era cuál.

—¿Cuál decía que era la filipéndula?

Noel señaló al seto con flores de ramo de novia, que estaba floreciendo felizmente de izquierda a derecha, de la parte soleada a la de sombra, y que en dos semanas se combaría y se pondría marrón en la misma dirección.

—Ah, el matrimonio —dijo ella en voz alta.

—¿Cómo dice? —dijo Noel.

—¿Está casado? —preguntó.

—No, estoy intentando que me funcione con una chica, pero no, no estoy casado —dijo con una leve sonrisa cansada.

—Probablemente sea mejor —dijo Ruth.

—¿Y qué va a hacer con este huerto? —preguntó nervioso.

—Sólo es un montón de césped con un ruibarbo —dijo Ruth—. Me gustaría arrancar todo esto y plantar rosas, a no ser que crea que da mala suerte reemplazar la comida por las flores. La Vanidad antes que el Señor, o algo así.

—Lo que a usted le parezca —dijo él.

Aquella noche lo volvió a llamar. Él en persona, ninguna máquina, contestó al teléfono.

—He estado pensando en los girasoles —dijo ella.

—¿Quién es? —preguntó él.

—Ruth. Ruth Aikins.

—Ah, es usted, Ruth, ¡hola, Ruth!

—Hola —dijo ella con tono preocupado. Parecía como si hubiera estado bebiendo.

—Bueno, ¿qué decía de los girasoles? —preguntó—. Me gustaría plantar esos girasoles cuanto antes, ¿sabe? Este es el motivo: mi novia vuelve a hablar otra vez de dejarme y me acaban de diagnosticar un linfoma. Así que me gustaría ver florecer algunos girasoles a finales de agosto.

—Oh, Dios mío. ¡La vida apesta! —exclamó Ruth.

—Sí. Bueno, pues me gustaría ver girasoles. Al final del verano, me gustaría tener algo que esperar con ilusión.

—¿Qué clase de novia habla de dejar a su pretendiente en un momento como éste?

—No lo sé.

—Bueno, pues mándala a paseo. Por otra parte, ¿sabes lo que tendrías que hacer? Te preparas una buena taza de té, te sientas y le escribes una carta. Vas a necesitar que alguien cuide de ti durante todo esto. No dejes que ella tenga la última palabra. Hazle entender las implicaciones de su conducta y la responsabilidad que tiene contigo. Sé lo que me digo.

Ruth estaba a punto de explayarse más, cuando Noel se aclaró la garganta con vehemencia y dijo:

—No creo que sea muy buena idea que se ponga en plan personal y me dé consejos. Quiero decir, mire, Ruth, se llama así, ¿no? Ve, ni siquiera sé su nombre, Ruth. Conozco un montón de Ruths. Podría ser cualquiera de ellas, maldita sea. Ruth no sé qué, Ruth no sé cuánto, Ruth quién sabe. De hecho, lo del linfoma me lo acabo de inventar, porque pensé que era otra Ruth totalmente diferente. —Tras lo cual colgó.

Puso jaulas para las ardillas, las ardillas que roían los bulbos de los jacintos y hacían que sus superficies lisas tuvieran carreras como las medias, las ardillas que devoraban totalmente el azafrán de primavera. Desde el porche de atrás miraba atentamente cómo las ardillas se revolcaban en la jaula durante una hora, tirándose contra los barrotes de la jaula y frotándose las mataduras de la cabeza, hasta que al final le dieron pena y las llevó una por una a una cantera un poco alejada y las soltó. La cantera era un sitio que Terence le había recomendado como «un lugar de reclusión precioso, un paraíso de roedores, una ladera de robles encima de un arroyo». Cuánta poesía: probablemente se habrá acostado ahí con alguien alguna vez. En realidad, el lugar consistía en un pequeño barranco de grava un poco deprimente, con un hilo de agua

marrón atravesándolo en el fondo, un diminuto grupo de robles que crecían como arbustos tripulando la pendiente cercana. Era la clase de lugar donde la mafia de las ardillas se habría deshecho de los cadáveres de ardillas muertas. Levantó la trampilla y vio que cada uno de los animales salía disparado hacia la ladera. ¿Sabrían lo que estaban haciendo? ¿Se reunirían con las amigas o hasta la última encontraría la forma de regresar a las paredes huecas de su casa y montarían otra vez el tenderete?

Los murciélagos (¡murciélagos!) llegaron la semana siguiente, una tarde, durante una tormenta oscura y ruidosa, como una película de terror. Volaban arriba y abajo por el hueco de la escalera, luego se colgaban cabeza abajo de la moldura del comedor con aspecto de marco de cuadro, donde defecaban con discreción y dejaban montoncitos de guano negro y reluciente empastando la pared.

Ruth llamó a su marido al despacho, pero sólo pudo hablar con el buzón de voz, así que luego llamó a Carla, que fue corriendo hasta allí con una raqueta de tenis, una red cazamariposas y una escoba, todo con un lazo atado en el mango.

—Son regalos de la fiesta de inauguración de mi casa —dijo ella.

—¡Bajan otra vez en picado!, ¡cuidado!, ¡que vienen!

—Déjame a mí con estos hijos de puta —dijo Carla.

Desde el suelo, en posición fetal, Ruth la miraba.

—¿Qué he hecho yo para tener una amiga así de buena?

Carla se detuvo. Enrojeció al emocionarse, las mejillas sonrosadas.

—¿De verdad?

Un murciélago le cayó en picado sobre el pelo. El cuento de viejas (que los murciélagos se quedan atrapados en el pelo) a Ruth le parecía más verdadero que el cuento de jóvenes (que los murciélagos se queden atrapados en el pelo es un cuento de viejas). Los murciélagos poseen curiosidad y arrogancia. Son pequeños científicos sociales. Se acercan al pelo para investigar, medir y entrevistar. Y cuando algo se acerca (una polilla a la llama, una mujer a una casa, una mujer a una tumba, una mujer enferma a una tumba abierta de par en par, recién hecha, como una cama) hay posibilidades de que se caiga y quede atrapado.

—Tienes que rellenar el hueco de los aleros con lana de acero —dijo Carla.

—Oye. Yo no tengo la verdad —dijo Ruth.

Enterraron los murciélagos reventados en recipientes de carne picada, en el patio lateral: al final todo acabó picado.

Pensando en los cuervos, Ruth comenzó a ir con Carla al campo de tiro. Las ocas, dijo Carla, no eran demasiado problema. A las ocas se las podía ahuyentar simplemente agitando los huevos de sus nidos. Carla era práctica. Tenía el corazón con forma de hacha. Llevó una canoa y fueron remando con Carla hasta las aneas, donde buscaron los nidos de las ocas, y cogió todos los huevos y los agitó con furia.

—Si sólo coges los huevos y los tiras —explicó Carla— la dichosa oca pondrá otro. Pero de este modo, matas el polluelo, y la oca nunca lo sabe. Se sienta ahí, empollando el dichoso ponche de huevo, hasta que llega el invierno, y la oca se marcha, con el corazón destrozado, y nunca más vuelve. A los cuervos, sin embargo, tienes que volarles los sesos y ya está.

Ya en el campo de tiro, pagaron veinte dólares a un hombre con una caja metálica verde por una hora de prácticas. Fueron a buscar varias latas de Coca-Cola Light, que compraron en una máquina expendedora que había cerca de los servicios, y las pusieron a sus pies, junto a los tobillos, justo detrás de ellas. Cada una tenía una pistola, Ruth de la Primera Guerra Mundial y Carla de la Segunda, que habían comprado en una tienda de armas antiguas.

—Todo el mundo dispara a los pájaros con una escopeta. Seamos especiales.

—Para mí nunca ha sido una gran ambición —dijo Ruth.

Eran las únicas que estaban en el campo de tiro, y se pusieron a cincuenta metros de tres sacos marrones de paja con círculos redondos pintados. Dispararon a los círculos, ¡uno, dos, tres!, luego se dieron la vuelta, se agacharon, dejaron las pistolas en el suelo y se tomaron la Coca-Cola a sorbos. El ruido era increíble, se propagaba por los campos que había a su alrededor, resonaba en las pequeñas colinas y volvía por el cielo, burlón y en tono de represalia.

—¡Dios mío! —exclamó Ruth. Le costaba manejar la pistola y hacer puntería—. Me parece que no se me da muy bien —dijo. Había esperado que la pistola fuera ligera y natural: una extensión sin costuras de su yo rabioso y asilvestrado. Pero en cambio era pesada y enorme y tan artificialmente ruidosa que pensó que nunca más querría disparar con algo así.

Pero lo hizo. Tan sólo dos veces vio torcerse el saco de paja. En la mayoría de los casos parecía estar apuntando demasiado arriba, a los árboles que había detrás de las dianas, quizá dando a las ardillas, quizá las mismas ardillas que había atrapado en la jaula «ten-compasión», ahora liberadas y muertas a tiros con la pistola «ten-una-casa».

—Esto es demasiado —dijo Ruth—. Yo no tengo ni idea de cómo se hace esto. Es demasiado complicado y mezquino.

—Te has olvidado de los malditos cuervos —dijo Carla—. No los olvides.

—Tienes razón —dijo Ruth, y cogió otra vez la pistola—. Cuervos. —Y luego bajó la pistola—. ¿Pero no los iba a matar después de cogerlos con las redes?

—Puede que sí —dijo Carla—. Puede que no.

Cuando por fin lo dejó Nitchka, primero vio su programa favorito de televisión, después apagó el televisor, cargó con el reproductor de discos compactos y el aparato de vídeo, se detuvo y se apoyó teatralmente en el recibidor.

—¿Sabes?, no tienes ni la más remota idea de en qué consiste la experiencia humana —dijo ella.

—Otra vez con la misma canción y el mismo baile —dijo él—. ¿Te la vas a llevar de viaje?

Ella dejó las cosas en el rellano para poder dar un fuerte portazo y abandonarlo; abandonarlo, se imaginaba él, por un tío bueno que habría conocido en el trabajo. Plantado por un Cachas. Era el título de su vida. En el cielo, sólo para fastidiarla, sería el nombre de su maldito conjunto de música.

Aquella semana bebió mucho, y el viernes, el jefe, McCarthy, telefoneó a Noel para decirle que estaba despedido.

—¿Crees que se puede llevar una tienda de jardinería de este modo? —dijo.

—Si te pusieran una pistola en la cabeza —dijo Noel—, ¿qué canción cantarías?

—Busca ayuda —dijo McCarthy—, eso es todo lo que tengo que decirte. —Y a continuación se oyó el tono de marcar.

Noel comenzó a cobrar el paro; iba a la oficina poco antes de que cerraran. Comenzó a dormir durante el día y a quedarse despierto por la noche hasta tarde. Se le invirtieron los horarios. Salía a medianoche a pasear; tenía insomnio y se sentía humillado por los ronquidos sombríos del vecindario. La furia lo cercó y se instaló en él, como un solo de saxofón. Comenzó a pasear por otros barrios de la ciudad. Las aceras aparecían y desaparecían. La luna brillaba a un lado y al otro. Una vez se llevó un rollo de cinta aislante y un pasamontañas. Otra se llevó un rollo de cinta aislante, un pasamontañas y una pistola que un padrastro le había dado a los veinte años. Si pones cinta adhesiva en

una ventana, se puede romper silenciosamente: los cristales se quedan pegados a la cinta y puedes quitarlos con facilidad.

—No voy a haceros daño —dijo. Encendió la luz del dormitorio. Precintó la boca de la mujer y luego la del hombre. Les hizo levantarse de la cama y ponerse junto al tocador—. Me voy a llevar la televisión y el vídeo. Pero antes quiero que me cantéis una canción, cualquier canción. Soy amante de la música y quiero que me cantéis una canción, la que sea. De memoria. Tú primero —dijo al hombre. Le apretó la pistola contra la cabeza—. Una canción. —Le quitó con cuidado la cinta aislante de la boca.

—¿Una canción cualquiera? —repitió el hombre. Trató de mirar por los agujeros superiores del pasamontañas de Noel, pero éste se volvió bruscamente y se puso a mirar el cristal gris oliva de la televisión.

—Sí, la canción que sea.

—Bueno —comenzó el hombre—. «Cumbres nevadas de las montañas, prados verdes del llano...» —Tenía una voz segura y profunda. Noel se volvió y observó al hombre con atención. Parecía sabérsela de memoria. ¿Cómo se la había aprendido de memoria?—. ¿Quiere que siga? —preguntó el hombre después de parar «de forma demasiado orgullosa para un hombre que tiene una pistola apuntándole», pensó Noel.

—No, ya está bien —dijo Noel irritado—. Ahora tú —dijo a la mujer. Le quitó la cinta adhesiva de la boca. Tenía el labio superior húmedo y rojo, en carne viva, por la cinta. Le echó una mirada a la cinta y vio el fulgor hirsuto de los pelillos del bigote. Comenzó a cantar inmediatamente, con nerviosismo.

—«Tú eres mi estrella de la suerte, / soy afortunada donde tú estés, / dos ojos que...»

—¿Qué canción es esa?

—«Brillan y me iluminan...» —La mujer no le hizo caso y continuó. Comenzó a balancearse un poco, a mover las manos hacia arriba y hacia abajo. Se aclaró la garganta y moduló unos gorgoritos agudos, alegres y ligeros, aunque tenía la cara tensa de miedo, como la cera caliente—. «Tú eres mi estrella de la suerte, como un faro que me guía.» —Aquí agitó las manos y se las puso en el corazón.

—Muy bien, ya es suficiente. Me voy a llevar el vídeo.

—Estaba a punto de terminar —dijo la mujer.

En la casa siguiente en la que entró le cantaron un villancico, además de *La vie en rose*. En la tercera casa, a la semana siguiente, le cantaron una canción de cuna, un trozo de una canción de colegio, y *Memory* del musical *Oats*. Comenzó a apuntar los títulos y las letras. En casa,

cuando revisaba las notas, se dio cuenta de que estaba creando un nuevo tipo de cancionero. Pese a todo, se le escapaba el meollo de las canciones. Cuando al día siguiente leía las letras, con un equipo de vídeo bueno y casi nuevo a sus pies, nunca podía recordar la melodía. Y sin la melodía, la letra parecía ridícula y de locos.

Para evadirse del caos de la casa, Ruth se acostumbró a ir a las primeras sesiones vespertinas. Películas de estreno o de reestreno, le daba igual. Los cines eran la auténtica agencia inmobiliaria: te metías, mirabas a tu alrededor y casi siempre comprabas. La conmovió especialmente una película que vio sobre una viuda preciosa que se enamoraba de un alienígena espacial que había adoptado forma humana, ¡la forma del marido muerto! Al final, sin embargo, el hombre debía volver a su lugar de origen, y una nave espacial enorme e increíble lo iba a buscar y aterrizar en un campo cerca de donde estaban. A Ruth le pareció tan triste y real como la vida misma: alguien toma la forma del gran amor de tu vida, sólo para luego mostrarse como un alienígena que tiene que subir a una nave espacial para volver a su planeta. Ciertamente, aquello había sido la verdad con Terence. Terence se había subido a una nave espacial y se había ido hacía tiempo. Aunque en la vida real, por supuesto, raras veces ves la nave. Normalmente lo que hay es sólo un montón de borracheras, balbuceos y alguna que otra cabezadita en la sala de estar.

A veces, cuando volvía de ver una película, pasaba por la antigua casa. La habían vendido a una pareja joven poco memorable, y ahora, cuando pasaba con el coche por delante y la observaba como un perverso, comenzó a quererla recuperar. Era una casa buena. Aquella pareja no se la merecía. Qué ignorantes eran: mira que arrancar todos esos arbustos como si fueran hierbajos.

Aunque quizá fueran hierbajos. Ya no sabía lo que era la buena vida y lo que era la mala; lo que era materia deseable y lo que era la antimateria; lo que era la cosa en sí y lo que era la muerte de la cosa: una imitaba a la otra, y a ella le molestaba el esfuerzo de tener que distinguirlas.

Por lo que, de nuevo, ¿cuál era la filipéndula falsa y cuál era la verdadera?

La casa era suya, si no hubiera sido por ese maldito pan de plátano, todavía sería suya.

La podían arrestar si pasaba lenta y sigilosamente por delante de la casa de ese modo. No lo sabía. Pero cada vez que pasaba por delante, la casa parecía verla y gritar: «¡Eres tú! ¡Hola, hola! ¡Has vuelto!», así que trató de no hacerlo muy a menudo. Aceleraría un poco, la saludaría agitando las manos y pasaría de largo.

En casa resultó que no podía cazar los cuervos con red, aunque su viejo hábitat, los antiguos maizales que constituían el barrio, seguía atrayéndolos como una patria ancestral o la buena época que se

recuerda bebiendo ginebra. Se mantenían inmóviles en el aire, encima del jardín, perseguían a los gatos y comían directamente en el nido polluelos que sólo tenían un día de existencia, aún mojados y piando. ¿Cómo iba a atrapar a semejantes demonios? No podía. Tendió las redes en las ramas de los árboles para atraparlos, pero el viento siempre las hacía caer o las enrollaba, o los pliegos de un periódico viejo que volaba por ahí se quedaban atrapados en el interior, empapelando las redes con las páginas de opinión y los anuncios. Del huerto, convertido ahora en arriate, llegaba el olor persistente y bulboso de las cebolletas todavía no dominadas por la barrera de malas hierbas. Y también los ruibarbos seguían creciendo tozudamente, por mucho que los arrancara, aunque cada nuevo tallo que crecía era más blanco y débil que el anterior.

En general, comenzó a no encontrarse bien. Aunque nunca fue un templo, su cuerpo pasó de ser un hogar a ser una casa, a ser una cabina de teléfonos, a ser una cometa. Nada le daba un cobijo adecuado. Ya no se sentía en absoluto alojada dentro de él. Cuando iba a dar un paseo o estaba en el jardín tirando las redes sobre los robles, los vecinos pasaban de largo con brío. Los sanos, los que se encontraban bien, eran incapaces de recordar que se habían sentido de otra manera, no se lo podían ni imaginar. Estaban en sus cuerpos con elegancia. No sólo estaban fuera del ámbito de la compasión; estaban fuera del ámbito de la simple imaginación. En cambio, los enfermos sólo podían pensar en estar de otra manera. Sus corazones y cada uno de sus pensamientos estaban con esas personas sanas que querían ser y a las que odiaban un poco. Pero los enfermos eran enfermos. No mandaban. Habían perdido su lugar en la cima de la cadena alimenticia. Los que se encuentran bien son los que tienen la sartén por el mango, razón que explicaba que el mundo fuera un sitio tan salvaje. Desde el porche de su casa oía los anuncios por megafonía del zoo. Estaban abriendo; estaban cerrando; que alguien aparte el coche. También oía al elefante, la trompeta triste como de blues, y al tigre de Bengala rugiendo su congoja. Toda esa infelicidad animal. El zoo era un lugar atroz, y un lugar atroz cerca del cual vivir. El ocelote cansino, el oso polar verde de hongos, la cebra demente y hambrienta comiéndose la valla, los niños llevados allí para hostigar a los animales con vasos de papel y su propio lugar limpio en el mundo, el buitre sollozando debajo del entrecejo fruncido.

Ruth comenzó a quedarse en casa y a tomar té. Sentía como si le apretara algo, dolor y vértigo, pero ¿era algo nuevo? Parecía que su cuerpo, tan misterioso y apartado de ella, sólo pudiera crear enfermedad. A pesar de que una vez, claro está, creó a Mitzy. ¿Cómo lo había hecho? Mitzy era la única cosa buena que su cuerpo había sido capaz de producir. Era como el cambio succulento de una compra, un montón de monedas. ¿Cómo lo había hecho su cuerpo? ¿Cómo se las apaña un cuerpo para hacerlo? La vida habita la vida. Los pájaros habitan los árboles. Los huesos dan huesos. La sangre se junta y hace sangre nueva.

Un milagro industrial.

Una tarde en particular, demasiado fresca para ser primavera, cuando Ruth estaba sentada en casa bebiendo un té tan caliente que le despellejaba la lengua, oyó algo. Arriba se oían esos pasos en el ático que se había acostumbrado a ignorar. Pero ahora alguien llamaba a la puerta: fuerte, con ritmo, con urgencia. Se oían voces fuera.

—¿Sí? —preguntó Ruth, acercándose a la entrada y luego abriendo la puerta.

Delante de ella había una chica, de unos catorce o quince años.

—Hemos oído decir que aquí hay una fiesta —dijo la chica. Tenía el pelo teñido con brea y llevaba un aro plateado en el labio superior. Los ojos tenían un aspecto dócil y perdido—. Arianna y yo hemos oído en State Street que hay una fiesta en esta casa.

—Pues no —dijo Ruth—. Aquí no hay ninguna fiesta. —Y cerró la puerta con firmeza.

Pero miró por la ventana, y Ruth vio cómo se iban juntando más adolescentes delante de la casa. Se acumulaban en el césped como las moscas de la fruta en la fruta. Algunos se sentaron en las escalinatas de la entrada. Algunos llegaban en ciclomotores ruidosos. Algunos salían de camionetas inundadas de más niños como ellos. De un coche salió en tropel un cargamento de niños y avanzaron hasta las escalinatas de la entrada y, sin tocar al timbre, abrieron la puerta, que no estaba cerrada con llave, y entraron.

Ruth dejó la taza de té en la estantería y avanzó hacia la puerta.

—¡Oídmeme! —dijo enfrentándose a los chicos que estaban en el recibidor.

Los chicos se detuvieron y se la quedaron mirando.

—¿Qué queréis? —preguntó Ruth.

—Venimos a ver a un chico que vive aquí.

—Yo vivo aquí.

—Un chico que vive aquí nos ha invitado a una fiesta.

—Aquí no vive ningún chico. Y aquí no hay ninguna fiesta.

—¿No vive un chico aquí?

—Pues no.

De repente se oyó una voz detrás de Ruth. Una voz más de propietario, una voz desde más adentro de la casa de lo que Ruth nunca había estado.

—Sí, aquí vive un chico —dijo la voz.

Ruth se volvió y vio en medio de la sala de estar un joven de quince años vestido de negro de pies a cabeza, con la cabeza afeitada a trozos y las cejas con aros dorados y cobrizos. En la oreja izquierda tenía tres ganchos de bronce.

—¿Tú quién eres? —preguntó Ruth. El corazón le comenzó a palpitar y a aletear, como algo que hubiera sido atropellado por un coche en un descuido.

—Soy Tod.

—¿Tod?

—La gente me llama Ed.

—¿Ed?

—Vivo aquí.

—No, no es verdad. ¡No es verdad! ¿Qué quieres decir con que vives aquí?

—He estado viviendo en el ático.

—¿En serio? —Ruth sintió que le manaba el sudor por las aletas de la nariz—. ¿Tú eres el fantasma? ¿Eres tú quien paseaba por arriba?

—Sí, era él —dijo uno de los niños junto a la puerta.

—Pero no entiendo. —Ruth alcanzó una caja de pañuelos de papel que estaba en la mesita del correo y sacó uno para enjugarse la cara.

—Hace meses que huí de mi casa. Tengo una llave del anterior propietario de esta casa, que era amigo mío. Así que de vez en cuando me quedo a dormir arriba, en tu ático. Allí arriba no sé está mal.

—¿Has estado qué? ¿Has estado viviendo aquí, entrando y saliendo? ¿Tus padres no saben dónde estás? —preguntó Ruth.

—Mira, siento lo de la fiesta —dijo Tod—. No quería que por esto se me fueran las cosas de las manos. Sólo invité a unos cuantos. Creía que os ibais a ir. Se suponía que la fiesta iba a ser pequeña. No pretendía montar una gran fiesta.

—No —dijo Ruth—, parece que no lo entiendes. Fiesta grande, fiesta pequeña: no tendrías que hacer ninguna fiesta aquí.

Ni siquiera tendrías que estar en esta casa, y todavía menos invitar a otros chicos para que estén aquí contigo.

—Pero es que tenía la llave. Creía, no sé. Creía que no pasaba nada.

—Dame la llave. Ahora mismo. Dame la llave.

Le tendió la llave con una sonrisa.

—No sé si esto te va a gustar. Mira —dijo el chico. Ruth se dio la vuelta y todos los chicos que estaban junto a la puerta enseñaron sendas llaves idénticas—. He hecho duplicados.

—¡Fuera de aquí! —chilló Ruth—. ¡Fuera de aquí ahora mismo! ¡Todos! No sólo cambiaré la cerradura sino que si se os ocurre pisar este barrio de nuevo, haré que la policía os persiga con tanta rapidez que no sabréis qué es lo que os ha golpeado.

—Pero, tía, necesitamos un sitio donde beber —dijo uno de los chicos que se iban.

—Id al maldito parque.

—Está plagado de polis —se quejó una chica.

—Pues entonces id a las vías del tren, como hacíamos nosotros —gritó—. No os quiero ver por aquí. —Estaba asustada por el veneno burgués y la indignación que había en su voz. Después de todo, ella había sido hippie. Había entrado por muchas ventanas y había predicado los males de la propiedad privada desde una manta roja de orlón en la esquina de una calle de Chicago.

La vida: qué historieta más absurda ha sido siempre.

—Lo siento —dijo Tod. Le tocó el brazo y, con una cartera de colegial de tela balaceándose en el hombro, se dirigió hacia la puerta con los demás.

—No te quiero volver a ver por aquí —dijo—, Ed.

Las ocas, los cuervos, las ardillas, los mapaches, los murciélagos, las hormigas, los niños: Ruth iba ahora al campo de tiro con Carla siempre que podía. Se ponía con los pies separados, las dos manos empuñando la pistola, y disparaba. Se concentraba, trataba de reunir los trocitos de fuerza que había dentro de ella, migas para hacer un pan. La vida le había dado demasiadas cosas a las que hacer frente. ¿No sería que Dios la había confundido con otra persona? «Busca un Trabajo —gritó

silenciosamente a Dios—. Busca un Trabajo de verdad. Nunca he sido tu verdadera y leal sierva.» Entonces apretaba el gatillo. Cuando le cuentas a Dios un chiste absurdo y no obtienes respuesta, ¿es que el chiste es demasiado absurdo o no lo suficiente? Entornó los ojos. Sobre todo, quería echar una ojeada, pero el pavor le cerraba los ojos por completo. Disparó otra vez. ¿Por qué no se sentía más animada con todo aquello, como lo estaba Carla? Ruth respiró profundamente antes de disparar, fijándose en la asimetría amazónica de su respiración, aunque en el fondo de su corazón sabía que era tímida como una ardillita. Una ardillita con armas de fuego, pero ardillita al fin.

—Quizá tendría que tener una aventura —dijo Carla, quien a continuación disparó la pistola al saco de heno—. Lo he estado pensando: quizá a ti también te convendría.

Ahora Ruth disparaba con su pistola, de la cual surgió un intenso ruido de tormenta que le llenó los oídos. ¿Una aventura? La idea de quitarse la ropa y estar con alguien que no fuera médico especialista le parecía simplemente ridícula. Sin sentido y aterradora. ¿Por qué lo haría la gente?

—Las aventuras son para los jóvenes —dijo Ruth—: es como tomar drogas o saltar de precipicios. ¿Por qué querrías saltar de un precipicio?

—Oh —dijo Carla—. Es obvio que no has visto algunos de los precipicios que he visto yo.

Ruth suspiró. Quizá si conociera a un hombre en la ciudad que fuera simpático y atractivo, ella..., ¿qué? ¿Qué haría? Se encontraba opuesta a todo lo sexy. Se sentía ocupada, dirigiendo a todo el mundo, sedienta, loca; todas las cosas, si las examinas a fondo, eran lo contrario de sexy. Si conociera a un hombre en la ciudad, haría..., haría dieta por él. Pero no la dieta de Jenny Craig. Había oído de alguien que había muerto con la de Jenny Craig. Si tenía que seguir una dieta con nombre de mujer, seguiría la dieta Betty Crocker, la autora del libro de cocina casera, su propia cara en la cubierta del libro al lado de la de Betty, en aquel cucharón rojo y gordo. Sí, si conociera a un hombre en la ciudad, quizá dejara que la emoción de conocerlo se apoderara del bulbo de su cerebro y energizara sus días. Siempre y cuando sólo fuera el bulbo; siempre y cuando los pétalos se los dejara tranquilos. Ella necesitaba todos los pétalos.

Pero no conocía a ningún hombre en la ciudad. ¿Por qué no conocía a ninguno?

A mediados de junio, la casa que eligió era una antigua casa de campo que se encontraba en mitad de un barrio residencial. Estaba claro que la estaban reformando (había escaleras y lonas en el jardín) y con esa presentación descuidada, parecía un blanco fácil. «¡Amantes de la música! —pensó—. Les gustan las reformas.» Además, en las casas

viejas siempre había una ventana trasera combada y con forma de trapecio, que habían lijado una y otra vez, y el marco se podía quitar como se quita una tapa. Cuando él atendía la tienda de jardinería, había trabajado en muchas casas como aquella. A lo mejor incluso había estado allí, hacía uno o dos meses: no estaba seguro. Las cosas por la noche se veían diferentes, y esa noche la luna no estaba tan brillante como la última vez, menos que llena, como la cara bajo un sombrero ladeado y bajo, como una cabeza a la cual le han arrancado la cabellera.

Noel miró a la pareja. Habían comenzado a cantar *Chatanuga Chu-chu*. Ultimamente, para ahorrar tiempo, para que los cantantes se inspiraran y para divertirse él, Noel pedía dúos.

—Esperad un momento —interrumpió—. Quiero apuntar esto. Acabo de comenzar a escribir estas cosas. —Y como un idiota, los dejó allí y se fue a la habitación contigua a buscar bolígrafo y papel.

—Tienes una voz agradable —dijo la mujer cuando volvió. Ella estaba delante de la mesita de noche. El alisaba un trozo de papel arrugado contra el pecho—. Una voz agradable cuando habla. Debe de cantar bien, también.

—Que va, tengo una voz horrible —dijo. Se palpó el bolsillo de la camisa para buscar el bolígrafo—. Siempre me decían que me callara cuando los demás niños cantaban. En primaria el profesor de música siempre me pedía que sólo moviera los labios. «Noche de paz, noche de amor —decía—. Articula esto y ya está.»

—No, no. Tienes una voz agradable. El timbre es agradable. Lo puedo oír. —Dio un pasito hacia el lado. El hombre, el marido, no se movió del sitio. Llevaba una camiseta roja grande y no llevaba calzoncillos. Le colgaba el pene por debajo del dobladillo de la camiseta, como un boniato alargado. Ah, el matrimonio. La mujer, metiéndose las manos en los bolsillos de la bata, dio otro pasito—. Es dulce, pero con fuerza.

Noel creyó oír fuera a gente llamando a un perro con palmadas. «Bravo», decía el amo del perro, o eso parecía. «Bravo.»

—Bueno, gracias —dijo Noel, bajando la mirada.

—Seguro que tu madre te lo decía —dijo ella, pero él decidió no contestar a aquello.

Se volvió para escribir la letra de *Chatanuga Chu-chu*, con el principio de la melodía al borde de su cabeza y («perdonadme, chicos») algo explotó en la habitación. De repente, creyó sentir el corazón nervioso de la civilización en él, lo sentía por fin, oh, Nitchka, de qué trataba la experiencia humana en este planeta: su centro duro y ardiente, una tosquedad rápida en su fuerza; sintió que lo atrapaba, una sorpresa, como una aguja en el cerebro. Lo bañaron un violeta oscuro y luego uno

claro. Todo se quedó en silencio. La música, ahora se daba cuenta, te llevaba gradualmente hacia el silencio. Sigues el hilo de una canción hasta una especie de sueño repentino. El papel blanco saltó en un destello cegador, caliente y agudo. El borde del tocador atrapó su pómulo con un tajo profundo, y parecía que ya no estaba de pie. Los zapatos resbalaron por la alfombra. Sus manos se levantaron y a continuación volvieron a bajar, luego subieron a la altura de los tiradores del tocador, luego se lanzaron al aire y cayeron al suelo. Su frente, cercado y luego devorando su visión, finalmente se posó húmeda y fría sobre su manga.

El calor le escurría de la cabeza, como una piedra.

Un coche patrulla aparcó fuera en silencio, con las luces apagadas. Se escuchaba a lo lejos el ruido de las ocas del estanque.

No hubo eco después de la explosión. No era como en el campo de tiro. Sólo un clic y un chasquido vibrante que había salido volando delante de ella hacia el pasamontañas, y luego el dormitorio tronó y se quedó en silencio sin devolver nada.

—Dios santo —dijo Terence con la respiración entrecortada—. Supongo que esto es lo que siempre has deseado: un hombre muerto en el suelo del dormitorio.

—¿A qué viene esto? ¿Cómo puedes decir algo tan cruel? —¿Su voz no tendría que haber sido temblorosa? Sin embargo, sonaba plana y seca—. Olvídate de ser un hombre decente, Terence. A ti te cogerían en un *casting*. ¿Serías capaz de interpretar a un hombre decente en una película?

—¿Tenías que ser tan buena tiradora? —preguntó Terence. Echó a andar.

—He estado practicando —contestó. Algo inmunológico se apoderó de ella brevemente, como el vino. Durante un momento, se sintió recuperada y segura: más segura de lo que había estado en años. ¿Cómo se atrevía nadie a meterse en su dormitorio? ¿Cuánto tenía que aguantar? Pero entonces todo la abandonó, malvadamente, y de nuevo volvió a sentir sólo abandono y enfermedad. Le dio la espalda a Terence y comenzó a llorar.

—Oh, Señor, déjame morir —dijo al fin—. Estoy tan cansada. —Aunque apenas podía ver, se arrodilló junto al hombre enmascarado y estrechó sus manos largas y extrañas con las suyas, que eran pequeñas. Aún no estaban frías, no más frías que las suyas. Le pareció que comenzaba a irse con él, los dos elevándose juntos, translúcidos como medusas, avanzando por el aire, flotando en un cielo nocturno de canto y libertad, volando hasta llegar a una nave espacial brillante, brillante (una dentadura ardiendo en la oscuridad), y, absorbidos por la luz mayor, eran llevados a bordo para ir a casa. «¿Y qué diantre era todo

aquello?», oía decir a los dos alegremente de sus vidas, como si sus vidas ahora fueran algo extraño, ruidoso y distante, como efectivamente lo eran.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo alguien.

—¿A ti que te parece? —dijo otra persona.

Ella tocó el pasamontañas negro de punto. Tenía bolitas de lana gris, como el encaje de sus premoniciones, pero estaba torcido, desalineado en los ojos (el blanco suave color pavo de un pómulo donde debería estar el ojo) y empapado de agua y granate. Podía quitárselo para ver quién era, pero no se atrevía. Trató de enderezar el tejido, trató de encontrar los ojos, luego lo tiró con fuerza hacia abajo y se apartó, y se limpió las manos en la bata. Sin mirar, dio unos golpecitos en el brazo del hombre muerto. Luego se dio la vuelta y salió de la habitación. Bajó las escaleras y huyó de la casa. Ahora los sollozos le venían de un modo ahogado y reseco, y el pelo le caía en la boca. Le dolía el pecho y todos los huesos se llenaban de un pulso intenso. Estaba enferma. Lo sabía. Al correr descalza por el césped, sintió caos en el estómago: sus intestinos ya no se enrollaban limpia y ordenadamente como un corno francés, sino que se apilaban descuidadamente uno encima de otro, como las partes de una aspiradora en la caja. El cáncer, destructor como era, había iniciado su regreso. Sintió su veneno, el alcance y la garra tentacular, como un títere siente una mano.

—Mitzzy, mi niña —dijo en la oscuridad—. Cariño, ven a casa.

Aunque hacía mucho tiempo quisiera haber muerto, huido, acabar con todo, el cuerpo (¡Dios mío, cómo era el cuerpo!) se tomaba su tiempo. Tenía sus deseos y nostalgias. No podías convertirte, sin más, en luz y escurrirte por la ventana. No podías irte así como así. En la propia carne que parte pero que es tozuda, había sólo la despedida lenta, sentimental y larga. «¿Señor? Una toalla, ¿tiene una toalla?» El cuerpo, recogiendo la tristeza, perseguía el alma, iba detrás cojeando. El cuerpo era como un perro tierno y tonto trotando cojo hacia la reja, mientras tratas de emprender el camino lentamente y avanzas por el sendero del jardín hasta la calle. «Llévame, llévame a mí también», ladraba el perro. «No os vayáis, no os vayáis», decía, corriendo a lo largo de la reja, casi siguiendo el ritmo pero no del todo, su reflejo un amuleto que va encogiéndose en los espejos del coche mientras dejas atrás lentamente la madreSelva, el pinar, el límite de propiedad, cada parcela de tierra, derecho hacia la carretera que te traga, desapareciendo y desapareciendo. Hasta que por fin fue verdad: habías desaparecido.

Gente así es la única que hay por aquí: farfullar canónico en oncología pediátrica

Un principio, un final: parece no haber nada. Todo el asunto es como una nube que simplemente baja y en cuyo interior abunda la lluvia. Un principio: la Madre encuentra un coágulo de sangre en el pañal del Bebé. Pero ¿qué historia es ésta? ¿Quién puso esto aquí? Es grande y brillante, y tiene una vena de color caqui rota. Durante el fin de semana el Bebé tenía aspecto de encontrarse mal, apático, ausente y arcilloso. Pero hoy tiene buen aspecto: así pues ¿qué es esta cosa vistosa que contrasta con el blanco del pañal, como un corazón minúsculo de ratón envuelto en nieve? Quizá pertenezca a otra persona. Quizá sea algo menstrual, algo que es de la Madre o de la Canguro; algo que el Bebé ha encontrado en la papelera y por sus propias razones de bebé demente lo ha guardado aquí. ¡Los bebés están locos! ¿Qué le vas a hacer? En su mente, la Madre lo aparta de su cuerpecito y se lo pega a otra persona. Así. ¿Acaso eso no tiene más sentido?

Sin embargo, llama a la consulta del hospital infantil. «Sangre en el pañal», dice, y con voz alarmada y perpleja, la mujer al otro lado de la línea dice: «Venga enseguida.»

¡Qué servicio más encantadoramente instantáneo! Di sólo «sangre». Di sólo «pañal». ¡Y mira lo que consigues!

En la consulta, el pediatra, la enfermera, el jefe de residentes..., todos parecen menos alarmados y perplejos que simplemente perplejos. Al principio, de manera estúpida, la Madre se calma con eso. Pero pronto, además de mirar detenidamente y decir «Mmmm», el pediatra, la enfermera, el jefe de residentes están frunciendo la boca, azulada y prieta: flores matutinas conscientes del mediodía. Cruzan los brazos sobre el pecho enfundado en bata blanca, los descruzan y toman notas rápidamente. Ordenan una ecografía. De la vejiga y los riñones.

—Aquí tiene la petición. Vaya al piso de abajo; doble a la izquierda.

En Radiología, el Bebé en la camilla, inquieto, desnudo, apoyado en su Madre que le sujeta las piernas y la cintura para que no se mueva, y el frío estetoscopio del Radiólogo se mueve por la espalda del Bebé. El Bebé lloriquea, levanta la vista para mirar a la Madre. «Vámonos de aquí —suplican sus ojos—. Cógeme en brazos.» El Radiólogo para, congela uno de los muchos remolinos de gris oceánico y hace «clic» repetidamente, un solo momento dentro del mapa del tiempo largo y tenebroso que es el interior del Bebé.

—¿Encuentran algo? —pregunta la Madre. El año anterior, a su tío Larry le habían extirpado un riñón por algo que resultó ser benigno.

¡Estas máquinas de la imagen! Son como perros o detectores de metales: lo encuentran todo, pero no saben qué han encontrado. Y ahí es donde entra el Cirujano. Son como los amos de los perros. «Dame eso — dicen al perro—. ¿Qué diablos es eso?»

—El Cirujano hablará con usted —dice el Radiólogo.

—¿Encuentran algo?

—El Cirujano hablará con usted —dice de nuevo el Radiólogo—. Parece que hay algo, pero el Cirujano hablará de ello con usted.

—Una vez mi tío tuvo algo en el riñón —dice la Madre—. Así que se lo extirparon y resultó que la cosa era benigna.

El Radiólogo sonrío con una sonrisa de oreja a oreja que no presagia nada bueno.

—Siempre es así —dice—. No sabes exactamente qué es hasta que está en el cubo.

—En el cubo —repite la Madre.

La sonrisa del Radiólogo cada vez es más terroríficamente generosa: ¿acaso es posible?

—Es jerga de médicos —dice.

—Qué gracioso —dice la Madre—. Es una manera de hablar muy graciosa. —Remolinos de bilis y sangre, mostaza y granate en un cubo, los colores de la bandera africana o de un bufet de ensaladas exuberante: «en el cubo». Se lo imagina perfectamente.

—El Cirujano vendrá a verla enseguida —dice de nuevo. Alborota el pelo rizado del Bebé—. Qué niño más mono —dice.

—Vamos a ver —dice el Cirujano en una de las salas del consultorio. Ha entrado, luego ha salido y luego ha vuelto a entrar. Tiene facciones duras y fruncidas, huesos angulosos y un bronceado de jugar a tenis en las Bermudas. Cruza las piernas de algodón azul. Lleva zuecos.

La Madre sabe que su cara es una gran bola de masa blanca de preocupación. Aún lleva puesto el anorak largo y oscuro y tiene al Bebé en brazos, que le ha puesto la capucha, porque siempre le divierte hacerlo. Aunque en ciertas mañanas de viento le gustaría pensar que tiene un aspecto vagamente romántico, como una *Mujer del teniente francés* de la Pradera, en los momentos más cuerdos sabe que no es verdad. En absoluto. Sabe que tiene un aspecto ridículo: como uno de esos animales hechos de globos retorcidos. Se baja la capucha y desliza

un brazo fuera de la manga. El Bebé quiere levantarse y jugar con el interruptor de la luz. No para de moverse, se agita y lo señala.

—Ultimamente le ha dado por las luces —explica la Madre.

—Está bien —dice el Cirujano, asintiendo con la cabeza hacia el interruptor—. Déjele jugar.

La Madre avanza hasta ponerse junto al interruptor, y el Bebé comienza a encender y a apagar las luces, las enciende y las apaga.

—Lo que tenemos aquí es un tumor de Wilms —dice el Cirujano de repente hundido en la oscuridad. Dice «tumor» como si fuera la cosa más normal del mundo.

—¿Wilms? —repite la Madre. La habitación se ha incendiado rápidamente otra vez con la luz, luego se borra la luz y queda la oscuridad. Entre ellos tres se produce un largo silencio, como si fuera de repente plena noche—. ¿Se escribe con ge o con doble uve? —dice finalmente la Madre. Es escritora y maestra. Saber cómo se escribe puede ser importante, quizás incluso en un momento como ese, aunque ella nunca había estado en un momento como ese, así que hay barbarismos que podría decir sin saberlo.

Las luces se han encendido: el mundo está apagado y desprotegido.

—Con doble uve —dice el Cirujano—. Creo. —Las luces se apagan de nuevo, pero el Cirujano sigue hablando en la oscuridad—. Un tumor maligno en el riñón izquierdo.

Espere un momento. No siga. El Bebé es sólo un bebé, alimentado de compota de manzana orgánica y leche de soja ¡un principito! y estaba tan cerca de ella durante la ecografía. ¿Cómo puede tener esa cosa terrible? Debe de haber sido el riñón de ella. Un riñón de la década de los cincuenta. Un riñón *DDT*. La Madre se aclara la garganta.

—¿No es posible que haya salido mi riñón en la ecografía? Es que nunca he oído hablar de un bebé con un tumor y, francamente, yo estaba muy cerca de él. —Ella haría que la sangre fuera suya, que el tumor fuera suyo; todo sería un error absurdo y traicionero.

—No, eso no es posible —dice el Cirujano. Las luces vuelven a encenderse.

—Ah, ¿no? —dice la Madre. Espérate hasta que «esté en el cubo», piensa ella. No estés tan seguro. «¿Tenemos que esperar a que esté en el cubo para descubrir que han cometido un error?»

—Comenzaremos con una nefrectomía total —dice el Cirujano, e inmediatamente vuelve a estar envuelto en la oscuridad. Su voz no viene de ningún lugar y viene de todos los lugares a la vez—. Y seguiremos

con la quimioterapia. Estos tumores normalmente reaccionan muy bien a la quimioterapia.

—Nunca he oído decir que a los bebés se les dé quimioterapia —dice la Madre. «Bebé y Quimio», piensa: ni siquiera tendrían que aparecer juntos en la misma frase, ni mucho menos en la misma vida. En su otra vida, la vida de antes de ese día, ella había sido partidaria de la medicina alternativa. ¿Quimioterapia? Ni pensarlo. Ahora, de repente, la medicina alternativa parecía la solterona chiflada al lado del Gran Papá Agradable del Tratamiento Convencional. Con qué rapidez la vieja chica se desploma para ceder el paso a otra que la deja allí, sin más. ¿Quimio? ¡Por supuesto que quimio! Sin lugar a dudas, quimio. ¡Claro que sí! ¡Quimio!

El Bebé vuelve a dar un golpecito al interruptor para encenderlo y reaparecen las paredes, grandes trozos de luz cuadriculados con pequeñas acuarelas enmarcadas del lago del lugar. La Madre ha comenzado a llorar: todo en la vida la ha conducido hasta aquí, a este momento. Después de esto, ya no hay más vida. Hay otra cosa, algo que te hace tropezar y es inhóspito, algo mecánico, algo para los robots, pero no es la vida. La vida se la han llevado y la han roto, rápidamente, como un palo. La habitación vuelve a oscurecerse, de modo que la Madre puede llorar con más libertad. ¿Cómo puede el cuerpo de un bebé ser robado tan rápidamente? ¿Cuánto puede aguantar un niño confiado y caído del cielo? ¿Por qué no le han ahorrado este destino inconcebible?

Quizá, piensa, está siendo castigada: demasiadas canguros demasiado pronto. (¡Ven con Mamá! ¡Ven con Mamá-Canguro! ¡Pero era broma!) Quizá su vida mostrara demasiado abiertamente lo difícil que ha sido para ella el disfraz de la responsabilidad, con peluca y todo. Habían tomado nota de todos sus sentimientos antimaternales: la esperanza precipitada de que la siesta durara más; los deseos ocasionales de besarlo en la boca apasionadamente (¡darse el lote con su bebé!); las quejas continuas acerca del vocabulario de la maternidad, de cómo lograba degradar al que lo utilizaba (¿Es un guaugau? ¡Si, babo, tírale la tota!) Por otra parte, en tres ocasiones había usado los biberones del bebé como floreros. Y en otras dos dejó que los oídos del Bebé se llenaran de cera. El mes pasado, varios días, a la hora del aperitivo, había puesto un cuenco con Cheerios en el suelo para que se los comiera, como un perro. Le dejó jugar con la aspiradora pequeña. Sólo una vez, antes del parto, dijo: «¿Salud? Yo sólo quiero que el niño sea rico.» Era una broma, por el amor de Dios. Después de que naciera anunció que su vida se había convertido en una secuencia diaria de tareas monótonas que te destruyen el cerebro, las mismas una y otra vez, como una novela de Camus. ¡Otra broma! ¡Estas bromas te van a matar! Había contado muy a menudo, y con mucho placer, el cuento de cómo el Bebé había dicho «Hola» a la trona, había saludado agitando la mano a las olas del lago, había gritado «Rico, rico, rico» con lo que parecía ser acento ruso, y se había señalado el ojo y había dicho «Ajo». Y todo ese lenguaje infantil disparatado, ¿no era para morir de risa?

«Balbuceo», lo llamaban los expertos en lenguaje. Contaba largas historias sobre él, y se daba cuenta de que eran totalmente inventadas. Las adornaba; las aderezaba con más información; las exageraba. ¡Era muy cómico! A sus amigos les hablaba de sus hábitos alimenticios (zanahorias sí; atún no). Mencionaba, demasiado, su divertidísima risa tonta. ¿Tenía que ser tan aburrida? ¿No tenía consideración por los demás, por las exigencias intelectuales y de cortesía de la sociedad humana? ¿Ni siquiera trataría de ser más interesante? Era un crimen contra la mente humana ni siquiera intentarlo.

Ahora a su Bebé, por todas esas razones (falta de gratitud maternal, juicio maternal, proporción maternal), se lo iban a llevar.

La habitación arde nuevamente con fluorescencia. La Madre rebusca por su anorak y saca un pañuelo de papel. Es viejo y fino, como una flor aplastada que guardamos de un baile; se frota los ojos y la nariz.

—El Bebé no sufrirá tanto como usted —dice el Cirujano.

¿Y quién lo va a contradecir? El Bebé no, que con su voz esclava de Betty Boop sólo puede decir mamá, papá, agua, ajo, adiós, fuera, mimi-mimi, rico-rico, edu-edu y coche. (¿Quién es Edu? No tienen ni idea.) Esto no bastará para expresar su sufrimiento mortal. ¿Quién puede decir lo que hacen los bebés con su agonía y su horror? Ellos no. (El balbuceo infantil, ¿no era para morir de risa?) Ponen todo el horror en un lugar que nadie puede ver. Son como una raza diferente, una especie diferente: parecen no experimentar el dolor como lo hacemos nosotros. Sí, eso es: no tienen el sistema nervioso tan completamente formado, y simplemente «no experimentan el dolor del modo en que lo hacemos nosotros». Una melodía para tararear sin parar en la guerra.

—Usted lo superará —dice el Cirujano.

—¿Cómo? —pregunta la madre—. ¿Cómo se supera?

—Resígnese y siga adelante —dice el Cirujano. Coge el archivador. Es un trabajador manual hábil. El delicado asunto de las emociones no es de su agrado. Los bebés. ¡Los bebés! ¿Qué se puede decir sobre los bebés para consolar a los padres?—. Voy a llamar al oncólogo de guardia para avisarle —dice y se va de la habitación.

—Ven aquí, cariño —dice la Madre al Bebé, que ha ido bamboleándose hasta un envoltorio de chicle que hay en el suelo—, tenemos que ponerte la chaqueta. —Lo coge en brazos y él se acerca otra vez al interruptor de la luz. Luz, oscuridad. No está: ¿dónde está el niño? ¿Dónde se fue?

En casa, deja un mensaje (¡Es urgente! ¡Llámame!) para el Maridó en el buzón de voz. Luego se lleva al Bebé al piso de arriba para que duerma la siesta y lo mece en el balancín. El Bebé dice adiós con la mano a los ositos, luego mira hacia la ventana y dice: «Adiós, afuera.» Últimamente tiene la costumbre de despedirse de todo, y ahora parece como si

sintiera una partida inminente, y rompe el corazón oírlo. Adiós. Ella le canta en voz baja y monótonamente, como un electrodoméstico pequeño, que es como a él le gusta. Está adormilado, amodorrado, como dejándose llevar por el sueño. Durante el último año ha crecido mucho, ya casi no cabe en su regazo; sus extremidades cuelgan como una *pieta*. La cabeza rueda levemente hacia la parte interna del codo de la Madre. Siente cómo se adormece, la boca redonda y abierta como la más dulce de las amapolas. Todas las canciones de cuna del mundo, todas las melodías enhebradas con melancolía maternal, ahora se convertían para ella (abandonada como lo puede estar una madre por hombres trabajadores y niños de pañales) en canciones de dolor muy, muy intenso. Sentada allí, arqueada y meciéndose, la Madre siente la totalidad de su amor como preocupación y sufrimiento. Una alquimia rápida e irrevocable: ya no hay ni un solo trozo de despreocupación dejado a la felicidad. «Si te vas —se lamenta en voz baja en el cuello de él con olor a jabón y en el espiral ranunculáceo de su oreja—, nos vamos contigo. No somos nada sin ti. Sin ti, somos un montón de rocas. Somos grava y moho. Sin ti somos como dos muñones, sin nada ya en nuestros corazones. Adonde sea que te lleve esto, te seguiremos. Estaremos allí. No tengas miedo. Nosotros vamos contigo. Eso es.»

—Toma nota —dice el Marido, después de llegar directo a casa desde el trabajo, a media tarde, después de oír las noticias y de decir todas las palabras en voz alta: cirugía, metástasis, diálisis, trasplante; y después de desmoronarse en una silla y ponerse a llorar—. Toma nota. Vamos a necesitar el dinero.

—Dios mío —llora la Madre. En su interior, de repente, todo comienza a encogerse y reducirse, como si los huesos se le hicieran más finos. Quizá sea la preparación del soldado, pero tiene el tufo de la muerte y la derrota. Es como un ataque al corazón, un fracaso de la voluntad y del coraje, un fracaso del poder: un fracaso de todo. La cara, cuando se la ve de pasada en un espejo, está fría y abotargada de la impresión; los ojos, escarlatas y encogidos. Ya ha comenzado a ponerse gafas de sol dentro de casa, como una viuda de famoso. ¿De dónde le van a venir las fuerzas? ¿De alguna filosofía? ¿De alguna filosofía gélida y pequeña? No es ni inquebrantable ni realista, y tiene problemas con los conceptos básicos, como el que dice que los acontecimientos avanzan en una sola dirección y no saltan, ni se dan la vuelta ni vuelven atrás.

El Marido comienza demasiadas frases con «Y si». Trata de reconstruirlo todo como si fueran los restos de un accidente de tren. Trata de llevar el tren a la ciudad.

—Seguiremos todos los pasos y ya está, pasaremos por todas las etapas. Iremos donde tengamos que ir. Buscaremos; encontraremos; pagaremos lo que tengamos que pagar. ¿Y si no podemos pagar?

—Parece como si estuvieras comprando.

—No puedo creer que esto le esté pasando a nuestro niño —dice, y comienza otra vez a llorar—. ¿Por qué no nos ha pasado a uno de nosotros? Es tan injusto. Hace sólo una semana, el médico me dijo que estaba estupendamente de salud: la próstata de un veinteañero, el corazón de un niño de diez años, el cerebro de un insecto, o de lo que sea que dijera. Pero qué pesadilla es ésta.

¿Qué se puede decir? Te das la vuelta ligeramente y ahí está: la muerte de tu hijo. Es parte símbolo, parte diablo, son ángulos muertos del retrovisor, hasta que, si tienes mala suerte, es asunto exclusivamente tuyo. A continuación hay un pequeño y terrible país que te secuestra; te sujeta en su interior, como una casa a una bodega: tus mejores fronteras son sus fronteras. ¿Hay ventanas? ¿A veces no hay ventanas?

La Madre no es compradora. Odia comprar y en general es bastante mala, aunque le gusta bastante regatear. No puede pasearse de manera significativa por el enfado, la negación, la pena profunda y la aceptación. Se va directa al regateo y se queda allí. ¿Cuánto es?, le pregunta al techo, a una construcción improvisada de santidad que desesperadamente, aunque no muy creativamente, se ha montado en la cabeza y a la que reza; escéptica, antes nunca dada a la oración, ahora debe cosechar de lo que no ha sembrado; debe construir desde cero un altar de adoración y ruegos. Trata de imaginarse abstracciones nobles, nada demasiado antropomórfico, solamente una Moralidad Elevada, aunque esta Elevación en concreto se parezca un poco al encargado de Marshall Field's, los grandes almacenes, chupando un caramelo de menta, que así sea. Amén. Sólo dime lo que quieres, pide la Madre. ¿Y cómo lo quieres? ¿Más obras de caridad? Ahora mismo doy mil millones ¿Pensamientos caritativos? Más difícil, ¡por supuesto! Yo haré las comidas, cariño; yo pagaré el alquiler. Dímelo y ya está. ¿Cómo dices? Bueno, si no es a ti, ¿con quién hablo? ¿Hola? ¿Con quién tengo que hablar por aquí? ¿Con los de arriba? ¿Con un superior? ¿Que me espere? Puedo esperar. Tengo todo el día. Tengo todo el maldito día.

Ahora el Marido está junto a ella tendido en la cama.

—El pobre angelito podría sobrevivir a todo esto para matarse en un accidente de coche a los diecisiete años —dice.

La esposa, regateando, lo considera.

—Nos llevamos el accidente de coche —dice.

—¿Qué?

—¿Hagamos un Trato? ¡Dieciséis! ¡Es toda una vida! ¡Nos llevamos el accidente de coche! ¡Nos llevamos el accidente de coche delante de donde está Carol Merrill!

Ahora aparece de nuevo el encargado de Marshall Field's. «Quitar las sorpresas es quitarle la vida a la vida», dice.

Suena el teléfono. El Marido se levanta y sale de la habitación.

—Pero yo no quiero esas sorpresas —dice la Madre—. ¡Toma! ¡Aquí tienes las sorpresas!

«Conocer el relato con antelación es convertirte en una máquina — continúa el encargado—. Lo que hace humanos a los humanos es precisamente no conocer el futuro. Por eso hacen las cosas funestas y divertidas que hacen: ¿quién sabe cómo acabará todo? Allí está la única esperanza de redención, descubrimiento y, seamos francos ¡diversión, diversión, diversión! Habría cosas que la gente se llevaría. Y no sólo toallas del hotel. Habría grandes amores ilícitos, alegría duradera, accidentes con maquinaria agrícola que pondrían en entredicho la fe. Pero no tienes que saber para ver lo que las historias de los esfuerzos de tu vida te deparan. El misterio lo es todo.»

La Madre, aunque tímida, ha aprendido a enfrentarse.

—¿Estas son las estupideces falsas y aleatorias que enseñan en la escuela de comercio? Nos gustaría que hubiera menos sorpresas, menos esfuerzos y misterios, gracias. De párvulos a octavo, ¿no podemos quedarnos con el trozo de párvulos a octavo? —En ese momento le parece la frase más musical, más preciosa, más afortunada que ha oído. Su mera cadencia. Su mero pensamiento.

El encargado continúa probando cosas.

«Quiero decir, todo el concepto de “la historia” de la causa y el efecto, toda idea de que la gente tiene la clave para saber cómo funciona el mundo es puro colonialismo metafísico risible perpetrado sobre el país salvaje del tiempo.»

¿Tenían una pistola? La Madre comienza a rebuscar en los cajones.

El Marido vuelve a la habitación y la observa.

—¡Ja! ¡Qué Gran Confusión es el Rompecabezas de toda la Vida! —dice él de la política de los encargados de Marshall Field's. Acaba de terminar las llamadas a la compañía de seguros y al hospital. La operación es el viernes—. Todo esto es una idea de filosofía capitalista y sucia.

—Quizá sólo sea un hecho del relato y en verdad no se pueda politizar — dice la Madre—. Ahora estamos los dos solos.

—¿De qué lado estás?

—Estoy del lado del Bebé.

—¿Tomas notas de esto?

—No

—¿No?

—No, no puedo. ¡De esto no! Escribo ficción. Esto no es ficción.

—Pues escribe no-ficción. Escribe un artículo. Gana dos dólares la palabra.

—Pero entonces tiene que ser algo verídico y lleno de información. No estoy capacitada. No soy tan experta. Además, tengo un oportuno principio personal que dice que los artistas no deben abandonar su arte. Uno nunca debe darle la espalda a una imaginación fértil. Incluso todo el asunto de la memoria me molesta.

—Bueno, pues invéntate cosas y finge que son reales.

—No soy tan insegura.

—Me estás poniendo nervioso.

—Cariño, amor mío, no soy tan buena. No puedo hacerlo. Yo puedo..., ¿qué puedo describir? Puedo describir un diálogo telefónico casi divertido. Puedo describir descripciones sucintas del tiempo. Puedo describir excursiones excéntricas con el animal de la familia. A veces puedo hacer esas cosas. Cariño, sólo escribo lo que puedo. Escribo las ironías prudentes de la fantasía. Escribo las ideas pantanosas sobre las cuales está construida la vida privada. ¿Pero esto? ¿Nuestro niño con cáncer? Lo siento. Me tenía que bajar dos paradas antes. Esto es la ironía en su estilo más chabacano y descuidado. Es un Bosco a todo color con sangre y gráficos. Es una pesadilla de porquería narrativa. Esto no se puede proyectar. Esto no se puede ni siquiera anotar para preparar un proyecto...

—Vamos a necesitar el dinero.

—Por no decir nada de los límites morales de una recompensa pecuniaria en una situación así...

—¿Qué pasa si se le contagia al otro riñón? ¿Qué pasa si hay que hacerle un trasplante? ¿Dónde están ahí los límites morales? ¿Qué vamos a hacer? ¿Nos ponemos a vender pasteles en la calle?

—Podemos vender la casa. Odio esta casa. Me vuelve loca.

—Y viviremos, dónde, si se puede saber.

—En el sitio ese que se llama Ronald McDonald. He oído decir que está bien. Es lo mínimo que pueden hacer los del McDonald's.

—Tienes un sentido de la justicia muy entusiasta.

—Eso trato. ¿Qué puedo decir? —se detiene un momento—. ¿Todo esto ocurre de verdad? Todo el rato pienso que pronto pasará (por lo visto, la esperanza de vida de una nube es sólo de doce horas) y luego me doy cuenta de que ha ocurrido algo que no terminará nunca.

El Marido hunde la cara entre las manos.

—Pobre Bebé nuestro. ¿Cómo le ha ocurrido esto a él? —Dirige la vista hacia la estantería que hace las veces de mesita de noche y se queda con la mirada fija—. ¿Y crees que al menos alguno de los libros de bebés sirve de algo? Coge el Leach, el Spock, el *Qué se puede esperar...* ¿En qué página o índice de uno de estos libros dice «quimioterapia» o «catéter Hickman» o «sarcoma renal»? ¿Dónde dice «carcinogénesis»? ¿Sabes con qué están obsesionados estos libros? Con coger una cuchara de mierda. —Comienza a estrellar los libros de la mesilla de noche contra la pared de enfrente.

—Eh —dice la Madre tratando de calmarlo—. Eh, eh, eh. —Pero en comparación con su rugido lleno de furia, las palabras de ella son las del coro de acompañamiento («a Shondel, a Pip, una cancioncilla du-du»). Libros, y luego más libros siguen volando.

Toma Apuntes.

Capa caída ¿se escribe junto o separado? La prosa de los estudiantes le había destruido la ortografía.

Se escribe junto. Capacaída. Separado: Capa caída. ¿Cuál de las dos? El nombre de una *drag queen*.

Toma Apuntes. Al final, sufres solo. Pero al principio sufres con mucha otra gente. Cuando tu hijo tiene cáncer, instantáneamente te sientes como si te echaran a otro planeta: al de los niños pequeños calvos. Oncología Pediátrica. Onco Pediátrica. Te lavas las manos durante treinta segundos con jabón antibacterias antes de que se te permita entrar por las puertas de vaivén. Te pones fundas de papel en los zapatos. Bajas la voz. Se ha diseñado y decorado todo un lugar para tu pesadilla. Aquí es donde transcurrirá tu pesadilla. Tenemos una habitación lista para ti. Tenemos cunas. Tenemos neveras. «Casi todos los niños son varones —dice una de las enfermeras—. Nadie sabe por qué. Se ha documentado, pero mucha gente de allí fuera aún no lo comprende.» Todos los niños son de lugares con nombres melodiosos (Janesville y Appleton), pequeñas ciudades de interior con vertederos gigantes, residuos líquidos agrícolas, fábricas de papel, la tumba de Joe

McCarthy («Sólo esto es ya un yacimiento de gran toxicidad —piensa la Madre—. Se tendría que examinar la tierra»).

Todos los niños pequeños calvos parecen hermanos. Pasean arriba y abajo por el único pasillo con el suero intravenoso. Los que están más animados, porque por un día se encuentran bien, conducen el suero por la barra mientras que sus madres alegres y grandes les silban por las salas. ¡Fiuuuu!

La Madre no se siente ni grande ni alegre. Por dentro se siente mordaz, sarcástica, esquelética y fumadora compulsiva en una salida de emergencias de algún lugar. Por debajo de ella están las suaves ondulaciones del Medio Oeste, con todas las aspiraciones por ser..., ¿por ser, qué? Por ser Long Island. ¡Qué éxito ha tenido! Un centro comercial tras otro. Aguas pálidas, patatas envenenadas. La Madre se arrastra profundamente, suelta nubes de humo sobre los campos de maíz desfigurados. Cuando un bebé tiene cáncer, incluso parece hasta estúpido haber dejado de fumar. Cuando un bebé tiene cáncer, piensas, ¿de quién nos estamos burlando? Pongámonos todos a encender cigarrillos. Cuando un bebé tiene cáncer, piensas, ¿a quién se le habrá ocurrido la idea? ¿Qué desenfreno celestial dio lugar a esto? Ponme una copa para que me pueda negar a brindar.

La Madre no sabe cómo ser una de esas madres, con el pelo rubio, los pantalones de chándal y las zapatillas de deporte, decididamente agradables. No cree que pueda ser nada por el estilo. No se siente ni remotamente como ellas. Conoce, por ejemplo, demasiada gente de Greenwich Village. Pide ostras y tiramisú por correo electrónico a una tienda del Soho. Es buena amiga de cuatro homosexuales de verdad. Su marido le pide que Tome Apuntes.

Esas mujeres, ¿de dónde sacarán los pantalones de chándal? Lo va a descubrir.

Quizá comenzará con la ropa y trabajará a partir de ahí.

Vivirá de acuerdo con los lugares comunes. Hay que vivir el día a día. Hay que ser positivo. «¡Hay que irse a hacer puñetas!» Desearía que hubiera más cosas interesantes que fueran útiles y ciertas, pero ahora parece que sólo las cosas aburridas son útiles y ciertas. «Vive el día a día.» «Y al menos nos queda la salud.» Qué ordinario. Qué obvio. Vive el día a día. ¿Te hace falta cerebro para eso?

Mientras que el Cirujano es de buena planta, majestuoso y lacónico (han acertado al suponer que juega a dobles), en el Oncólogo hay algo de científico loco con exceso de cafeína. Habla rápido. Conoce muchos estudios y cifras. Se le da bien llegar a conclusiones a partir de cifras. ¡Estupendo! A alguien se le tienen que dar bien las cifras.

—Es un tumor rápido pero débil —explica—. Es típico que haga metástasis en el pulmón. —Les recita de un tirón cifras, cuadros de

tiempos, estadísticas de riesgos. Rápido pero débil: la Madre trata de imaginarse esa combinación de características, trata de pensar en ello una y otra vez, y sólo le viene a la cabeza Claudia Osk en cuarto curso, que enrojecía y casi se ponía a llorar cuando en clase la hacían salir a la pizarra, pero que en gimnasia adelantaba a todo el mundo en la carrera de 500 metros, desde la salida de incendios hasta la verja. De pronto, la Madre piensa en el tumor como en Claudia Osk. Van a coger a Claudia Osk, van a hacer que lo sienta. ¡Muy bien! Claudia Osk debe morir. Aunque nunca se había mencionado, ahora parece claro que Claudia Osk tendría que haber muerto hacía tiempo. De todos modos, ¿quién era? Qué creída: nunca dejaba que nadie le ganara la carrera. Bueno, eh, eh, eh, ¡ahora no mires, Claudia!

—¿Estás escuchando? —dice el Marido dándole con el codo.

—El riesgo de que esto ocurra, incluso en un solo riñón, es de uno entre quince mil. Ahora bien, teniendo en cuenta todos los demás factores, el riesgo del segundo riñón es de uno entre ocho.

—Uno entre ocho —dice el Marido—. No está mal. Siempre y cuando no sea uno entre quince mil.

La Madre observa los árboles y los peces de la cenefa Salvemos el Planeta que va por todo el borde del techo. Salvemos el Planeta. ¡Sí! Pero las ventanas de este mismísimo edificio no se abren y los gases de motor Diesel se están colando por el sistema de ventilación, cerca del cual se encuentra, aparcado fuera, un camión de transportes. El aire es nauseabundo y está viciado.

—En serio —dice el Oncólogo—, de todos los cánceres que podría tener, éste es probablemente el mejor.

—Ganamos —dice la Madre.

—Ya sé que mejor no es la palabra indicada. Mirad, probablemente no os venga mal descansar un poco. A ver cómo va la cirugía y la histología. Luego, la semana siguiente, comenzaremos con la quimioterapia. Una quimioterapia suave y cortita: vincristina y...

—¿Vincristina? —interrumpe la Madre—. ¿Vino de Cristo?

—Los nombres son extraños, ya lo sé. Lo otro que usamos es actinomicina-D, a veces también lo llaman «Dactinomicina». La gente pone la D al principio.

—La gente pone la D al principio —repite la Madre.

—Pues sí —dice el Oncólogo—. No sé por qué, se hace y ya está.

—Cristo no sobrevivió a su vino —dice el Marido.

—Pues claro que sí —dice el Oncólogo, y asiente con la cabeza en dirección al Bebé, que ha encontrado un armario lleno de hilos y vendajes y lo está tirando todo por el suelo—. Bueno, os veré mañana después de la operación. —Y el Oncólogo se fue.

—O más bien Cristo era su vino —dice el Marido entre dientes. Todo lo que sabe del Nuevo Testamento lo ha sacado de la banda sonora de *Godspell*. Su sangre era el vino. Qué gran idea de bebida.

—Una pequeña quimioterapia. ¿No te gusta? —dice la Madre—. *Eine kleine* dactinomicina. Me gustaría ver a Mozart escribiendo eso por un buen fajo de billetes.

—Ven aquí, cariño —dice el Marido al Bebé, que ahora se ha quitado los dos zapatos.

—Ya es bastante desagradable cuando se refieren a la ciencia médica como a una ciencia inexacta —dice la Madre—. Pero cuando comienzan a hablar de ella como de un «arte» me pongo muy nerviosa.

—Sí, si quisiéramos arte, doctor, nos iríamos a un museo. —El Marido coge al Bebé—. Tú eres una artista —dice a la Madre, con una mácula de acusación en la voz—. Probablemente piensen que encuentras la creatividad tranquilizadora.

—Sólo la encuentro inevitable —dice la Madre con un suspiro—. Vamos a buscar algo de comer.

Y a continuación cogen el ascensor hacia la cafetería, donde hay una silla alta, y donde, sin darse cuenta, todos comen manzanas con la etiqueta del precio pegada.

Como la operación no es hasta el día siguiente, al Bebé le gusta el hospital. Le encantan los pasillos largos por donde puede correr. Le gusta todo lo que tenga ruedas. ¡Los carritos de flores en el vestíbulo! («Por favor, aparte a su hijo de las flores», dice el vendedor. «Le compraremos todo el carrito —dice la madre bruscamente, y añade—: Niños de verdad en un hospital de niños, increíble, ¿no le parece?») Al Bebé le gustan los demás niños pequeños. ¡Cuántos sitios donde ir! ¡Gente que ver! ¡Salas por las que pasearse! Está Cuidados Intensivos. Está el Servicio de Traumatología. El Bebé ríe y dice adiós agitando la mano. ¡Qué pequeña personalidad con cáncer! Ciudadanos vendados sonrían y le devuelven el saludo. En Onco Pediatría están los niños pequeños calvos con los que jugar. Joey, Eric, Tim, Mort y Tod (¡Mort! ¡Tod!). Está Ned, de cuatro años, sujetando su pelota de goma un poco desinflada, que tiene una enigmática nariz enroscada. El Bebé quiere jugar con ella.

—Es mía. Déjala —dice Ned—. Dile al Bebé que la deje.

—Cariño, tienes que compartir —dice la Madre desde una silla a poca distancia.

De repente, viene de la sala Tiny Tim la madre de Ned, grande y rubia y con pantalones de chándal.

—¡Para! ¡Para ahora mismo! —grita acercándose a toda prisa al Bebé y a Ned, y aparta al Bebé—. ¡No toques eso! —grita furiosa al Bebé, que es sólo un Bebé y se echa a llorar porque nunca le habían gritado de esa manera.

La madre de Ned fulmina con la mirada a toda la gente.

—¡Esto saca líquido del hígado de Ned! —Le da unas palmaditas a la cosa de goma y comienza a llorar un poco.

—Oh, Dios mío —dice la Madre. Consuela al Bebé, que también está llorando. Ella y Ned, las únicas dos personas con los ojos secos, se miran—. Lo siento —dice a Ned y luego a su madre—. Qué estúpida soy, pensé que estaban peleándose por un juguete.

—Es verdad que parece un juguete —asiente Ned. Sonríe. Es un ángel. Todos los niños pequeños son ángeles. Angelitos calvos, tiernos, totales, y ahora Dios trata de quedárselos para él. ¿Quiénes son ellas, simples mujeres mortales, ante esto, esa cosa inescrutable, sobrecogedora y poderosa que es la voluntad de Dios? Son las madres, eso es lo que son. ¡No te lo puedes quedar!, gritan todos los días. ¡Viejo verde! ¡Fuera de aquí! ¡Quítales las manos de encima!

—De verdad que lo siento —dice la Madre nuevamente—. No lo sabía.

—Claro que no lo sabías —responde y se vuelve a la sala Tiny Tim.

La sala Tiny Tim es un rincón con asientos que está al final del pasillo de Onco Pediátrica. Hay dos sofás pequeños, una mesa, una mecedora, una televisión y un aparato de vídeo. Hay varias cintas de vídeo: *Speed*, *Dune*, *La guerra de las galaxias*. En una de las paredes de la sala hay una placa dorada en la que está grabado el nombre del cantante Tiny Tim: en una ocasión a su hijo lo trataron en ese hospital, por lo que cinco años atrás donó dinero para esa sala. Es una sala estrecha y pequeña, la cual, uno sospecha, habría sido mayor si el hijo de Tiny Tim en efecto hubiera vivido. En cambio, murió aquí, en este hospital, y ahora tienen esta sala minúscula que es en parte gratitud, en parte generosidad, en parte «que te jodan».

Rebuscando entre las cintas de vídeo, la Madre se pregunta qué clase de ciencia ficción podría competir con la ciencia ficción del cáncer: un tumor con sus células musculares y óseas diferenciadas, un montón de nada salvaje y su deseo loco y ambicioso de ser algo: algo dentro de ti, en vez de tú, otro organismo, pero con arquitectura de monstruo,

sabotaje de demonio y caos. Por ejemplo la leucemia, un tumor que toma diabólicamente forma de líquido, que viaja de incógnito por la sangre. George Lucas, ¡dirige eso!

Sentada con otros padres en la sala Tiny Tim, la noche antes de la operación, después de haber puesto a dormir al Bebé en la cuna alta de acero, dos habitaciones más allá, la Madre comienza a oír las historias: leucemia en párvulos, sarcomas en el campeonato infantil de béisbol, neuroblastomas descubiertos durante la acampada de verano. «Eric resbaló en la tercera base, pero el rasguño nunca se le curó.» Los padres se dan palmaditas en el antebrazo y hablan de otros hospitales infantiles como si se tratara de lugares donde ir de vacaciones. «¿El invierno pasado estuvisteis en Saint Jude? Nosotros también. ¿Qué os pareció? El personal era un encanto.» Se han dejado trabajos, se han hecho trizas matrimonios, se han saqueado cuentas bancarias; al parecer los padres han soportado lo insoportable. No hablan de la posibilidad de un coma causado por la quimioterapia sino del número de ellos. «Tuvo el primer coma el julio pasado —dice la madre de Ned—. Estábamos muertos de miedo, pero salimos adelante.»

Lo que hace la gente por allí es salir adelante. Hay una especie de valentía en sus vidas que en absoluto es valentía. Es algo automático, inquebrantable, una mezcla de hombre y máquina, una obligación incuestionable y absorbente que se encuentra con la enfermedad, movimiento a movimiento, en un ajedrez gigante en que cada vez que uno mueve, el otro también lo hace: un asalto sin fin de algo que se parece a boxear con un adversario imaginario, aunque entre el amor y la muerte, ¿qué es lo imaginario? «Todo el mundo nos admira por nuestra valentía —dice un hombre—, no tienen idea de lo que están diciendo.»

«Podría salir de aquí —piensa la Madre—. Podría coger un autobús e irme, y nunca volver. Cambiarme de nombre. Como el asunto de la protección de testigos.»

—La valentía requiere opciones —añade el hombre.

Eso sería mejor para el Bebé.

—Hay opciones —dice una mujer con una cinta de ante en el pelo—. Podrías tirar la toalla. Podrías irte a pique.

—No, no puedes. Nadie lo hace. Nunca lo he visto —dice el hombre—. Bueno, nadie se va a pique del todo.

A continuación la sala se queda en silencio. Encima del aparato de vídeo alguien ha pegado el mensaje de una galleta de la suerte. «Optimismo es lo que permite a una tetera cantar cuando está con el agua al cuello», pone. Debajo, alguien ha pegado un recorte de prensa de un horóscopo de verano. «¡Viva el cáncer!», dice. ¿Quién pegaría eso? El hermano de doce años de alguien. Uno de los padres (el padre de Joey) se levanta,

los arranca y los arruga dentro del puño. A las revistas les han robado algunas páginas.

—Tiny Tim se olvidó del mueble bar —dice la Madre aclarándose la garganta.

Ned, que todavía está despierto, sale de su habitación y avanza por el pasillo, que tiene luz tenue a partir de las nueve. Se pone junto a la silla de la Madre y le pregunta:

—¿De dónde eres? ¿Qué le pasa a tu Bebé?

En la habitación minúscula que les han asignado, la Madre duerme a ratos, con los pantalones de chándal, y de vez en cuando se incorpora para ver cómo se encuentra el Bebé. Para eso sirven los pantalones de chándal: para incorporarse. En caso de incendio. En caso de lo que sea. En caso de que la diferencia entre el día y la noche comience a disolverse, y no haya ninguna diferencia, así que, ¿por qué fingir? En el catre que hay junto al suyo, el Marido, que ha tomado una pastilla para dormir, ronca sonoramente con los brazos doblados por detrás de la cabeza, como en la papiroflexia. ¿Cómo podría haberse quedado en casa uno de los dos, con la trona vacía y la cuna vacía? De vez en cuando el Bebé se despierta y grita, y ella se levanta enseguida, se acerca, le frota la espalda y le arregla las sábanas. El reloj del tocador metálico dice que son las tres y cinco. Luego las cinco menos veinte. Y luego es realmente de mañana, el comienzo de aquel día, el día de la nefrectomía. ¿Se va a alegrar cuando haya pasado o a duras penas estará viva, o las dos cosas? Todos los días de esta semana han llegado enormes, vacíos y desconocidos, como una nave espacial, y éste está especialmente iluminado con un gris brillante.

—Le tendrá que poner esto —dice John, uno de los enfermeros, muy temprano, y le pasa a la Madre una prenda de tela delgada y verduzca, estampada con rosas y ositos de peluche. La golpea una ola de náusea; esta bata, piensa, muy pronto estará salpicada de..., ¿de qué?

El Bebé está despierto pero adormilado. Le quita el pijama.

—No te olvides, *bubeleh* —susurra desvistiéndolo y vistiéndolo—, estaremos contigo en todo momento, en todos los pasos. Cuando pienses que estás durmiendo y flotando lejos de todo el mundo, Mamá seguirá estando allí. —Si no se ha ido huyendo en un autobús—. Mamá cuidará de ti. Y Papá también. —Espera que el Bebé no detecte su miedo y sus dudas, que le debe ocultar, como una cojera. Tiene hambre, pues no lo han dejado comer, y ya no le divierte el sitio nuevo, sino que está preocupado por las privaciones. «Oh, mi bebé», piensa ella. Y la habitación comienza a flotar un poco. El Marido entra para relevarla.

—Descansa un poco —le dice—. Voy a pasear con él cinco minutos.

Ella sale de la habitación, pero no sabe a dónde ir. En el pasillo se le acerca una especie de asistente social, una persona encargada de la atención al cliente, que les dio una cinta de vídeo sobre la anestesia para que la vieran: cómo los padres acompañan al niño a la sala de operaciones, y cómo se administra la anestesia, suavemente, amablemente.

—¿Has visto la cinta de vídeo?

—Sí —dice la Madre.

—¿Te ha servido de ayuda?

—No lo sé —dice la Madre.

—¿Tienes alguna pregunta? —pregunta la mujer de la cinta de vídeo—. ¿Tienes alguna pregunta? —pregunta a alguien que acaba de aterrizar en aquel lugar espantoso y extraño, y a la Madre le parece una cortesía sorprendente y absurda. La propia especificidad de una pregunta desmentiría la extrañeza sobrecogedora de todo lo que hay a su alrededor.

—No, ahora no —dice la Madre—. Ahora me parece que lo que voy a hacer es ir al baño.

Cuando vuelve a la habitación del Bebé, están todos: el cirujano, el anestesista, las enfermeras, la asistente social. Con los gorros azules y las batas parecen un ramo de nomeolvides, y es que olvidarlos, ¿quién podría? El Bebé con su batita de ositos parece tener frío y estar asustado. Tiende los brazos, y la Madre lo coge de los brazos del Padre y le frota la espalda para hacerlo entrar en calor.

—Bueno, es la hora —dice el Cirujano forzando una sonrisa.

—¿Vamos? —dice el Anestesista.

Lo que sigue es un todo borroso de obediencia y luces brillantes. Bajan en ascensor a una gran sala de cemento, la antesala, la sala contigua al quirófano, los bastidores del quirófano, las paredes están revestidas de estanterías largas llenas de ropa azul para el quirófano.

—Los niños le suelen coger miedo al color azul —dice una de las enfermeras. Por supuesto. ¡Por supuesto!—. Bueno, ¿quién de ustedes quiere entrar en el quirófano para la anestesia?

—Yo —dice la Madre.

—¿Estás segura? —pregunta el Marido.

—Sí. —Besa el pelo del Bebé.

«Ricitos», la gente lo llama así por allí, y parece a la vez grosero y simpático. Las mujeres miran con admiración sus pestañas largas, y exclaman: «¡Siempre los chicos! ¡Siempre los chicos!»

Dos ayudantes del cirujano le ponen a la Madre una bata azul y un gorro de algodón azul.

—Por aquí —dice otra enfermera, y la Madre la sigue—. Ahora ponga al Bebé en la mesa.

En la cinta de vídeo, la madre sujeta al niño y los gases entran con suavidad por la nariz hasta que se queda dormido. Ahora, fuera de la visión de la cámara o de la asistente social, el Anestesiista está impaciente por acabar con aquello de una vez para siempre y procura que se escape mucho gas por la habitación. El riesgo de su profesión es el contacto con el gas y el daño en el sistema nervioso, y le ha comenzado a preocupar. No hay duda de que se lo comenta preocupado a su esposa todas las noches. Ahora abre el gas y rápidamente sujeta la mascarilla a la boca y las mejillas del niño.

El Bebé está sorprendido. La Madre está sorprendida. El Bebé comienza a chillar y enrojecer debajo del plástico, pero no se le puede oír. Sacude brazos y piernas.

—Dígale que no pasa nada —dice la enfermera a la Madre.

¿No pasa nada?

—No pasa nada —repite la Madre, cogiéndole la mano, pero sabe que él se da cuenta de que sí pasa algo, porque él ve que ella no sólo sigue llevando el ridículo gorro de papel sino que sus palabras son mecánicas y se las traga, y se muerde los labios para que no le tiemblen. Presa del pánico, el niño quiere sentarse. No puede respirar; alarga los brazos. «Adiós fuera.» Y luego, con bastante rapidez, se le cierran los ojos; se distiende y no es que haya caído en el sueño sino al lado del sueño, en un tipo de sueño de secuestro, extraño, ahora con el terror escondido en algún lugar muy dentro de él.

—¿Cómo ha ido? —pregunta la asistente social, que espera en la sala de cemento de fuera. La Madre está histérica. Una enfermera la hace salir.

—¡No ha sido como en la película! —llora—. No ha sido como en la película.

—¿La película? ¿Se refiere a la cinta de vídeo? —pregunta la asistente social.

—¡No era como se veía! ¡Ha sido brutal e imperdonable!

—Vaya, qué terrible —dice, ahora su papel ya no es de desinformadora, sino de portera, y toca el brazo de la Madre, pero la Madre se suelta y va a buscar al Marido.

Lo encuentra en la gran sala de espera del quirófano, a donde lo han llevado y donde hay chocolate caliente gratis en unos vasos pequeños de plástico. La sala es de color frambuesa y hay guirnaldas rojas de celofán adornando las puertas. Se ha olvidado por completo de que ya no falta nada para Navidad. Un pianista en un rincón está tocando *Noche de paz* y no sólo no parece festiva, sino que es terrorífica, como la música de *El exorcista*.

Hay un reloj gigante en la pared del otro lado. Es una especie de ojo de buey que da al quirófano, un modo de calcular la terrible experiencia del Bebé: cuarenta y cinco minutos para el implante de Hickman; dos horas y media para la nefrectomía. Y luego, después de aquello, tres meses de quimioterapia. La revista que tiene en las rodillas está abierta en un anuncio de un perfume de tono rubí.

—Aún no has tomado notas —dice el Marido.

—Pues no.

—¿Sabes?, en cierto modo, ésta es la clase de cosas sobre las que siempre has escrito.

—Eres un caso. ¿Sabes qué? Esto es la vida. Esto no es «la clase de cosas».

—Pero es que esto es la ficción: la vida invivable, la habitación extraña pegada a la casa, la luna de más que da vueltas alrededor de la tierra sin que la ciencia sepa de qué se trata.

—Eso te lo dije yo.

—Es que te estoy citando.

—¿Cuánto tiempo habrá pasado? —Mira el reloj pensando en el Bebé.

—No mucho. Demasiado. Al final, quizá dé lo mismo.

—¿Qué crees que le ocurre a él en este mismo momento?

¿Una infección? ¿El bisturí ha resbalado?

—No lo sé, ¿pero sabes qué? Necesito estirar las piernas. Tengo que andar un poco. —El Marido se levanta, pasea por la sala, luego vuelve y se sienta.

Las sinapsis entre los minutos son innavegables. Una hora es espesa como pasta de caramelo. La Madre se encuentra agotada; es una sarta de latas vacías sujetas con un alambre, algo que una cabra olisquearía y mascaría, algo que de vez en cuando tomaría vida con un golpe de electricidad. Ella oye que dicen sus nombres por megafonía.

—¿Sí? ¿Sí? —Ella se levanta enseguida. Las palabras se escapan volando ante ella, una exhalación de pájaros. Ha parado la música del piano. El pianista se ha ido. Ella y el Marido se acercan al mostrador principal, donde un hombre los mira y les sonríe. Tiene ante él una lista fotocopiada de los nombres de los pacientes.

—Este es nuestro niño —dice la Madre al ver el nombre del Bebé en la lista y lo señala—. ¿Hay algo apuntado? ¿Todo va bien?

—Sí —dice el hombre—. Vuestro hijo está bien. Acaban de terminar con el catéter y ahora van a comenzar con el riñón.

—¡Pero si hace dos horas que están ahí! Oh, Dios mío, ¿ha ocurrido algo malo? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha fallado?

—¿Ha ocurrido algo malo? —El Marido se tira del cuello de la camisa.

—No, no es eso. Es simplemente que han tardado más de lo que suponían. Me han dicho que todo va bien. Querían que lo supieran.

—Gracias —dice el Marido. Se dan la vuelta y van hasta donde estaban sentados.

—No lo voy a soportar. —La Madre suspira y se hunde en una silla de piel sintética con forma de algo parecido a un guante de béisbol—. Pero antes de irme voy a llevarme la mitad del hospital.

—¿Quieres café? —pregunta el Marido.

—No lo sé. No, me parece que no. No. ¿Y tú? —pregunta la Madre.

—No, creo que yo tampoco —dice.

—¿Quieres un trozo de naranja?

—Ah, bueno, por qué no, te cojo un trozo de la tuya. —Saca una naranja de la bolsa y se sienta allí a pelar la cáscara difícil, la pulpa se rompe debajo de los dedos, el jugo chorrea por las manos y le escuecen los padrastros. Ella y el Marido mastican y tragan, discretamente escupen las pepitas en un pañuelo de papel y leen las fotocopias que le pidieron al residente de la última investigación médica. Leen, subrayan, suspiran y cierran los ojos, y al cabo de un rato, se termina la operación. Una enfermera de Onco Pediatría se acerca a ellos para decírselo.

—Vuestro hijo está ahora mismo recuperándose. Se encuentra bien. Lo podréis ver dentro de unos quince minutos.

¿Cómo puede describirse? ¿Cómo algo de esto puede describirse? El viaje y el relato del viaje son siempre dos cosas diferentes. El narrador es el que se ha quedado en casa, pero luego, después, aprieta su boca sobre la boca del viajero, para hacer que la boca funcione, para que la boca hable, hable, hable. Uno no puede ir a un lugar y hablar de él; uno no puede ver y decir a la vez, la verdad es que no. Uno puede ir, y a la vuelta hacer muchos gestos con las manos e indicaciones con los brazos. La boca, funcionando a la velocidad de la luz, con las instrucciones de los ojos, se ha quedado necesariamente quieta; tan rápido, tantas cosas que contar, que se queda abierta y muda como una campana sin badajo. ¡Toda esa vida indecible! Ahí es cuando entra el narrador. El narrador entra con sus besos, imitaciones y orden. El narrador viene y hace una canción falsa, lenta, de la devastación ansiosa de la boca.

Es un horror y un milagro verlo. Está acostado en la cuna de su habitación, entubado, puesto como un niño en una cruz, los brazos tiesos dentro de cartones para que no se pueda arrancar los tubos. Está el catéter de la vejiga, la sonda nasogástrica, y el Hickman, que está conectado a la yugular por debajo de la piel y luego sale por la pared del pecho; está tapado con un plástico largo. Tiene el abdomen cubierto por un gran vendaje. Aturdido, con un gotero de morfina, aún es capaz de mirarla cuando, haciendo maniobras entre todos los tubos de vinilo, ella se inclina para cogerlo, y cuando lo hace, él se echa a llorar, pero en silencio, sin moverse ni hacer ruido. Nunca había visto llorar a un bebé sin moverse ni hacer ruido. Es el lloro de una persona mayor: silencioso, ya sin opinión, hecho pedazos. En alguien tan diminuto es espantoso y antinatural. Quiere tomar al Bebé en brazos y correr: lejos de allí, lejos de allí. Quiere coger una pistola a toda prisa: «Conque cartones, ¿eh? Todo este asunto es de cartón.» ¡No se os ocurra tocarlo!, quiere gritar al Cirujano y a las enfermeras de las inyecciones. ¡Ya basta! ¡Ya basta! Si pudiera se subiría a la cuna y se tendería junto a él. Pero debido a toda aquella cañería intrincada, debe inclinarse y abrazarlo, cantarle canciones, canciones de peligro y fuga. «Te vamos a sacar de este lugar, aunque sea lo último que hagamos. Te vamos a sacar de este lugar... Hay una vida mejor para ti y para mí.»

Muy 1967. Por entonces tenía once años y era impresionable.

El Bebé la mira suplicándole, los brazos extendidos con gesto de rendición. ¿Adonde? ¿Dónde hay que ir? ¡Llévame! ¡Llévame!

Aquella noche, después de la operación, la Madre y el Marido flotan juntos en el catre. Una lámpara fluorescente está encendida junto a la cuna en la oscuridad. El Bebé tiene una respiración regular, pero débil a causa de los calmantes. La morfina, las primeras dosis que lo inundan, al parecer hacen que se sienta como si se estuviera cayendo hacia atrás (o eso es lo que le han dicho a la Madre), y que se sobresalte, que se

sujete a la cama una y otra vez, como si lo estuvieran tirando de un árbol. «¿Está bien? ¿No hay nada que se pueda hacer?» Las enfermeras entran cada hora, son diferentes: los turnos de noche parecen ser extrañamente cortos y frecuentes. Si el Bebé se agita o está inquieto, las enfermeras le dan más morfina por el catéter Hickman, y luego se van a atender a los demás pacientes. La Madre se levanta con la luz tenue para ver que esté bien. Hay un gorgoteo en el tubo de plástico transparente que sale de la boca. En el tubo se van juntando unas cosas pardas. ¿Qué ocurre? La Madre llama a la enfermera. ¿Es Renée, Sarah o Darcy? Lo ha olvidado.

—¿Qué, qué pasa? —murmura el Marido, despertándose.

—Ocurre algo —dice la Madre—. Parece como si hubiera sangre en la sonda nasogástrica.

—¿Qué? —dice el Marido y se levanta de la cama. El también va con los pantalones del chándal.

La enfermera, Valerie, abre la maciza puerta de la habitación y entra sin hacer ruido.

—¿Ocurre algo?

—Esto no está bien. El tubo le está succionando sangre del estómago. Parece como si le hubiera perforado el estómago y que ahora estuviera sangrando por dentro. ¡Mira!

Valerie es una santa, pero su voz es la santa voz de hospital normal, de una calma exasperante y farmacéutica que dice: todo es normal aquí. La muerte es normal. El dolor es normal. Nada es anormal. Así que no hay nada por lo que inquietarse.

—Bueno. Vamos a ver. —Sujeta el tubo de plástico y trata de ver su interior—. Mmm —dice—, voy a llamar al médico de guardia.

Como es un hospital universitario y de investigación, todos los médicos de plantilla duermen en su casa en camastros estilo convento. Aquella noche ocurre lo que al parecer ocurre todos los fines de semana por la noche, el médico de guardia es un estudiante de medicina. Parece tener quince años. La autoridad que trata de transmitir no la puede personificar ni remotamente. No está ni siquiera en el mismo edificio que ella. Le da la mano a todo el mundo, luego se acaricia la barbilla, un gesto que sacó con toda certeza de una obra de teatro a la que lo llevaron sus padres en una ocasión. ¡Como si hubiera una barba de verdad en la barbilla! ¡Como si fuera incluso posible que creciera una barba en aquella barbilla! ¡Nuestra ciudad! ¡Bésame, Kate! ¡Descalzos en el parque! Trata de convencer, si no de impresionar.

—Estamos en apuros —susurra la Madre al Marido. Está cansada, cansada de la gente joven escarbando en busca de títulos—. Aquí tenemos al doctor Bésame Kate.

El Marido la mira sin comprender, una mezcla de desorientación y de divorcio.

El estudiante de medicina coge el tubo con las manos.

—Yo no veo nada —dice.

¡Cateado!

—Ah, ¿no? —La Madre se abre paso, coge el tubo transparente con las dos manos—. Esto —dice—. Aquí y aquí. —El semestre pasado le había dicho a uno de sus estudiantes: «Si no comprendes por qué este trabajo es mejor que aquél, quiero que salgas al pasillo y te quedes allí hasta que lo entiendas.» ¿Es importante hablar en voz baja? El Bebé sigue dormido. Está medicado y soñando, muy lejos.

—Mmm —dice el estudiante de medicina—. Quizá se haya producido una irritación sin importancia en el estómago.

—¿Una irritación sin importancia? —La Madre está furiosa—. Esto es sangre. Son coágulos y grumos. ¡Esta insensatez le está succionando la vida! ¡La vida! —Se echa a llorar.

Paran la succión y llevan antiácidos, que se administran al Bebé por el tubo. Luego vuelven a poner la sonda en funcionamiento. Esta vez con intensidad de succión baja.

—¿Dónde estaba antes? —pregunta el Marido.

—En «alta» —dice Valerie—. Eran las órdenes del médico, aunque no sé por qué. No sé por qué estos médicos hacen muchas de las cosas que hacen.

—Quizá sea que... no son tan listos como parece —sugiere la Madre. Siente alivio y furia a la vez: hay una sensación de oración y litigio en el aire. Aunque, en lo esencial, da gracias al cielo, ¿o no? Piensa que sí. Y aún, y aún: mira todas las cosas que tienes que hacer para proteger a un niño, un hospital es simplemente una intensificación de la cruel carrera de obstáculos que es la vida.

El Cirujano los va a ver el sábado por la mañana. Entra y señala con la cabeza al Bebé, que está despierto pero como en una pecera a causa de la morfina, los ojos uvas negras que no ven.

—Parece que el pequeño está bien —anuncia el Cirujano. Echa un vistazo por debajo del vendaje—. Los puntos están bien.

El Bebé tiene el abdomen cruzado por puntos, como un balón de béisbol —. Y el otro riñón, cuando ayer lo vimos cara a cara, parecía estar bien. Trataremos de bajarle un poco la morfina y veremos cómo se encuentra el lunes —se aclara la garganta—. Y ahora me gustaría hablar con la Madre, a solas.

—¿Conmigo? —El corazón de la Madre se sobresalta.

—Sí —dice moviéndose y dándose la vuelta.

Se levanta y sale al pasillo vacío con él, cerrando la puerta tras ella. ¿De qué se tratará? Oye que el Bebé se inquieta un poco en la cuna. Su cerebro se llena de dolor y de alarma. Le sale una voz como de susurro ronco.

—¿Hay algo que...?

—Hay una cosa en particular que necesito de usted —dice el Cirujano, volviéndose y quedándose allí, muy serio.

—¿Sí? —El corazón le late a toda velocidad. No se siente con capacidad de recuperación para otra mala noticia.

—Tengo que pedirle un favor.

—Claro —dice, tratando con mucho esfuerzo de reunir las fuerzas y la valentía para la ocasión, sea lo que sea; se le ha hecho un nudo en la garganta.

Del interior de la bata blanca el Cirujano saca un libro delgado y se lo tiende bruscamente.

—¿Me firma un autógrafo en su novela?

La Madre mira hacia abajo y ve que, en efecto, es un ejemplar de una novela que ha escrito, una acerca de unas niñas adolescentes.

Mira hacia arriba. Una sonrisa grande y animada atraviesa la cara del médico.

—La leí el verano pasado —dice—. Y todavía me acuerdo de trozos. ¡Esas chicas se metían en unos líos!

«De todos los momentos surrealistas de los últimos días, éste —piensa— debe de ser el mayor.»

—Muy bien —dice, y el Cirujano alegremente le tiende un bolígrafo.

—Puede escribir «para el doctor...». Oh, no hace falta que le diga qué escribir.

La Madre se sienta en un banco y agita el bolígrafo para que salga tinta. Un suspiro de alivio la limpia por encima y por dentro. Oh, el placer de un suspiro de alivio, como el mejor de los momentos del amor; ¿alguien ha cantado alabanzas adecuadas a los suspiros de alivio? Abre el libro por la portadilla. Respira hondo. De todos modos, ¿qué hace leyendo novelas para adolescentes? ¿Y por qué no compró la edición con tapa dura? Escribe una sincera dedicatoria de agradecimiento y luego le devuelve el libro.

—¿Se pondrá bien?

—¿El chico? El chico se pondrá bien —dice y rígidamente le da unos golpecitos en el hombro—. Cuídese. Es sábado. Beba un poco de vino.

Durante el fin de semana, mientras el Bebé duerme, la Madre y el Marido se sientan juntos en la sala de Tiny Tim. El Marido está inquieto y hace viajes a la cafetería y al quiosco, llevando cosas a todo el mundo. Durante su ausencia, los demás padres obsequian a la Madre con nuevos capítulos de las historias largas. Cáncer infantil e historias de quimioterapia: las amputaciones de los niños, el envenenamiento de la sangre, dientes descascarillándose como una pizarra, los retrasos de aprendizaje y las deficiencias causadas por la quimioterapia que quema los jóvenes cerebros que aún tienen que crecer. Pero añaden colofones extrañamente optimistas (finales tan rígidos y nudosos como un cordel de carpintero, crujientes y vacíos como una lechuga, reticulados como una malla), ah, las palabras. «Después de todo el asunto con el profesor particular, ahora va mejor, y tiene incisivos nuevos gracias al marido de la prima de mi esposa, que estudió odontología en dos años y medio, aunque no te lo creas. Esperamos que todo siga bien. Tomamos las cosas como vienen. La vida es dura.»

«La vida es un gran problema», asiente la Madre. Una parte de ella agradece las historias e invita a que se las cuenten todas. En los últimos e interminables días de esa pesadilla, una parte de ella se ha hecho adicta al desastre y a las historias de guerra. Sólo tiene oídos para la tristeza y las angustias de los demás. Son las únicas situaciones que se pueden dar la mano con la suya; todo lo demás rebota contra su coraza brillante de resentimiento e incompreensión. Nada más entra en su cerebro. De esto, sin duda, está hecho el mundo filisteo, ¿o habría que decir que se ha reclutado allí? Juntos, los padres se apiñan durante todo el día en la sala Tiny Tim: no tienen necesidad de ver *Oprah*. No les llega ni a la suela del zapato. *Oprah* no tiene nada para ellos. Charlan de cosas prácticas, luego se quedan callados y ven *Dune* o *La guerra de las galaxias*, donde hay robots relucientes a los que la Madre ya no ve como a robots, sino como a seres humanos a los que les han ocurrido cosas espantosas.

Algunos amigos los van a ver con animalitos de peluche y tarjetas tiernas de «Ponte bien» para el Bebé que dormita, aunque la habitación hace mucho que dejó de tener espacio para más animalitos de peluche. La Madre prepara, una vez más, un plato de galletas Mint Milano y vasos de plástico para el café de los invitados. Todas sus amistades chifladas se dan una vuelta por allí, las dos del Prozac, la que está obsesionada por la relación entre *pene* y *quitapenas*, la que hace poco se ha hecho mechadas verdes. «Tus amigos ponen la *de* en *fin de siècle*», dice el Marido. Oída por otros o grabada, toda conversación conyugal suena como si alguien estuviera bromeando, aunque normalmente nadie lo hace.

Adora a sus amistades, sobre todo las adora por estar allí, ya que hay veces en que todas se pelean y no se hablan durante semanas. ¿Es esto la amistad? Aquí y ahora tiene que ser y es, y es, ella jura que lo es. Por ejemplo, nunca le ofrecen conferencias espirituales improvisadas sobre la muerte (que es parte de la vida, su flujo y reflujo natural, que todos debemos aceptarlo) o discursos parecidos que hagan que quiera arrancarles los ojos. Como los amigos de verdad, no adoptan una postura fuerte o elegante coreografiada de forma flexible desde una perspectiva más amplia. Llegan allí y farfullan un «Dios mío» y menean la cabeza. Además, son la única gente que no sólo le ríe sus chistes idiotas, sino que a su vez le cuenta chistes estúpidos. ¿*De qué asombroso cruce salió el oso hormiguero?* La enfermedad de un niño es una gran tensión mental. Saben cómo reír de modo aflautado, desesperado: nada que ver con la gente que es más amiga de su Marido y que parece que sólo hacen más profundas sus miradas afligidas, asintiendo con la cabeza con Lástima. ¡Qué alienantes y extrañas son las Expresiones de Lástima de la gente! Cuando alguien se ríe, ella piensa: «¡Muy bien! Hurra: un colega.» En la salud y en la farándula.

Las enfermeras van y vienen; sus voces alegres sobresaltan y tranquilizan. Otros padres de Oncología Pediátrica asoman la cabeza para ver como está el Bebé y para dar ánimos.

Pelo Verde se rasca la cabeza.

—Aquí todo el mundo es muy amable. ¿Hay alguien en este lugar que no muestre un optimismo sutil de guión? ¿O lo único que hay por aquí es gente así?

—Es la Medicina Media Moderna que se encuentra con la Familia Media Moderna —dice el Marido—. En el Medio Oeste Moderno.

Alguien ha llevado *lo mein* en cajas de cartón, y todos van a comérselo fuera, junto a los ascensores.

A los padres se les permite el uso de la Línea Gratuita.

—Tenéis que tener otro hijo —dice otro amigo al teléfono, un amigo de fuera de la ciudad—. Un heredero y uno de más. Eso fue lo que hicimos

nosotros. Tuvimos otro hijo para asegurarnos de que no nos suicidaríamos si perdíamos al primero.

—¿De verdad?

—Lo digo en serio.

—¿Un suicidio formal? ¿No era más fácil ponerte como una cuba y sumergirte en el estupor durante toda la vida e irte muriendo poco a poco?

—No. Incluso tenía pensado cómo lo iba a hacer. Durante un tiempo, hasta que llegó el segundo, lo tenía todo planeado.

—¿Qué planeaste?

—No te lo puedo explicar con mucho detalle porque... ¡Hola, pequeños!, los niños acaban de entrar en la habitación. Pero te voy a deletrear la idea general: S, O, G, A.

El domingo por la tarde, la Madre va y se hunde en el sofá de la sala Tiny Tim junto a Frank, el padre de Joey. Es un hombre bajo y fornido con una expresión sin voltaje y sin energía que todos los padres antes o después acaban por tener. Se ha afeitado la cabeza en solidaridad con su hijo. Su hijito ha estado luchando contra el cáncer durante cinco años. Ahora lo tiene en el hígado, y los rumores que corren por el pasillo dicen que a Joey le quedan tres semanas de vida. Sabe que la madre de Joey, Heather, dejó a Frank hace unos años, cuando ya llevaban dos con el cáncer, y se ha vuelto a casar y tiene una hija que se llama Brittany. La Madre ve a Heather por allí, de vez en cuando, con su nueva vida: la niña encantadora y el actual marido, joven y con mucho pelo, que nunca se obsesionará de forma tan enervante por la enfermedad de Joey como lo hacía Frank, su anterior marido. Heather aparece para ver a Joey, hola y adiós, pero ella no es el gran hombre de Joey. Frank, sí.

Frank está lleno de anécdotas: sobre los médicos, sobre la comida, sobre las enfermeras, sobre Joey. Joey, que aguanta bien los efectos de las medicinas, a veces deja la habitación y va a ver la tele en albornoz. Tiene ictericia y está calvo, y a pesar de que tiene nueve años, no parece tener más de seis. Frank ha consagrado los últimos cuatro años y medio a salvar la vida de Joey. Cuando le diagnosticaron el cáncer, los médicos le dieron a Joey un veinte por ciento de posibilidades de vivir más de seis meses. Pero ya han pasado casi cinco años y Joey sigue allí. Todo se debe a Frank, que, muy al principio, dejó su trabajo de vicepresidente en una asesoría para poder dedicarse totalmente a su hijo. Está orgulloso de todo lo que ha dejado y de lo que ha hecho, pero está cansado. Una parte de él piensa de verdad que dentro de poco se terminará todo, que esto es el final. Lo dice sin lágrimas en los ojos. No le quedan más lágrimas.

—Probablemente has pasado por mucho más que nadie de este pasillo —dice la Madre.

—La de historias que podría contarte —dice él. Hay un olor agrio entre los dos, y ella se da cuenta de que hace días que ninguno de los dos se ha duchado.

—Cuéntame una. Cuéntame la peor. —Ella sabe que odia a su ex mujer y que a su marido lo odia todavía más.

—¿La peor? Son todas las peores. Tengo una: una mañana salí a desayunar con un amigo (fue el único momento que he dejado solo a Joey; todo lo que lo he dejado han sido dos horas) y cuando volví, la sonda nasogástrica estaba llena de sangre. Tenían la succión demasiado alta y el tubo le estaba absorbiendo los intestinos hacia fuera.

—Oh, Dios. Eso fue lo que nos pasó justamente a nosotros —dice la Madre.

—¿De verdad?

—El viernes por la noche.

—Me tomas el pelo. ¿Han dejado que ocurriera de nuevo? Mira que les di una buena bronca.

—Me parece que no tenemos tanta buena suerte. La peor de tus historias nos ocurrió la segunda noche de estar aquí.

—Aunque no es un mal lugar.

—¿Ah no?

—No, los he visto peores. He llevado a Joey a todas partes.

—Parece muy fuerte. —A decir verdad, a esas alturas Joey parecía un zombi y a ella le daba miedo.

—Joey es un maldito genio. Un genio biológico. Le habían dado seis meses, recuerda.

La Madre asiente.

—Seis meses no es mucho —dice Frank—. Seis meses no es nada. Tenía cuatro años y medio.

Todas las palabras son como golpes. Se siente invadida por un sentimiento de afecto y duelo por aquel hombre. Aparta la mirada, hacia

la ventana, y va más allá del aparcamiento del hospital, hacia el cielo negro marmóreo y la pestaña eléctrica de la luna.

—Y ahora tiene nueve años. Eres su héroe.

—Y él es el mío —dice Frank, aunque la fatiga en la voz parece abrumarlo—. Siempre lo será. Perdona —dijo—. Tengo que ir a ver cómo está. No ha estado respirando muy bien. Perdona.

—Buenas y malas noticias —dice el Oncólogo el lunes. Ha llamado a la puerta, entrado en la habitación y ahora está allí. Las camas no están hechas. Un basurero está a rebosar de vasos de café—. Tenemos el informe del patólogo. Las malas noticias son que el riñón extirpado tiene ciertas lesiones llamadas «restos», que se suelen asociar con un riesgo alto de enfermedad en el otro riñón. Las buenas noticias son que el tumor está en la primera fase, con una estructura celular regular, y por debajo de los quinientos gramos, lo cual os da derecho a acceder a un experimento a nivel nacional en que no se utiliza la quimioterapia sino que se controla al niño con ultrasonidos. No es muy arriesgado, ya que al paciente se le controla muy de cerca, pero aquí tenéis la información sobre el tema. Hay que firmar unos impresos, si decidís hacerlo. Leed todo esto y luego lo podemos discutir. Os tenéis que decidir en cuatro días.

¿Lesiones? ¿Restos? Se secan y se esparcen como los M & M por el suelo. Lo único que ha oído es la parte de que no hay quimioterapia. Otro signo de alivio se eleva en ella y se vierte. En una vida donde sólo existe lo soportable y lo insoportable, un sentimiento de alivio es un éxtasis.

—¿Nada de quimioterapia? —dice el Marido—. ¿Usted lo recomienda?

El Oncólogo se encoge de hombros. ¡Qué gestos más informales que se permiten estos médicos!

—Conozco la quimioterapia. Me gusta la quimioterapia —dice el Oncólogo—. Pero lo tenéis que decidir vosotros. Depende de lo que os parezca.

—¿Pero no cree —dice el Marido inclinándose hacia delante— que ahora que tenemos el asunto bajo control tendríamos que seguir? ¿No tendríamos que pisar el tumor con fuerza, golpearlo y machacarlo hasta la muerte con la quimioterapia?

La Madre le pega un manotazo fuerte con rabia.

—Cariño, deliras —susurra pero le sale como un silbido—. ¡Este es nuestro golpe de suerte! —y luego añade con delicadeza—. No queremos que el Bebé haga quimioterapia.

—¿Qué opina usted? —pregunta el Marido volviéndose hacia el Oncólogo.

—Podría ser —dice encogiéndose de hombros—. Podría ser que éste fuera vuestro golpe de suerte. Pero no lo vais a saber con seguridad hasta dentro de cinco años.

El Marido se vuelve hacia la Madre.

—De acuerdo —dice—, de acuerdo.

El Bebé cada vez está más contento y más fuerte. Comienza a moverse, a sentarse y a comer. El miércoles por la mañana ya se pueden ir todos e irse sin quimioterapia. El Oncólogo parece un poco nervioso.

—¿Está nervioso por esto? —pregunta la Madre.

—Pues claro que estoy nervioso —pero se encoge de hombros y no parece tan nervioso—. Nos veremos dentro de seis semanas para los ultrasonidos —dice, agita la mano para despedirse y luego se va, mirándose los grandes zapatos negros.

El Bebé sonrío, todavía anda un poco inseguro, el sol se abre paso entre las nubes, un coro de ángeles canta a grito pelado. Llegan las enfermeras. Sacan el Hickman del cuello y del pecho del Bebé. Lo frotan con una loción antibiótica. La madre hace las bolsas. El Bebé sorbe de un botellín de zumo y no llora.

—¿No le hacen la quimioterapia? —pregunta una de las enfermeras—. ¿Ni siquiera un poquito de quimioterapia?

—Vamos a esperar a ver qué pasa —dice la Madre.

Los otros padres los miran con envidia pero preocupados. Nunca han visto a un niño salir de allí con el pelo y las células de la sangre intactas.

—¿Estaréis bien? —pregunta la madre de Ned.

—La preocupación nos va a matar —dice el Marido.

—Pero si todo lo que hay que hacer es preocuparse —lo reprende la Madre—, todos los días durante cien años, será fácil. No será nada. Me cargo con toda la preocupación del mundo si eso me protege contra la cosa.

—Es verdad —dice la madre de Ned—. En comparación con todo lo demás, en comparación con todo lo que ocurre en la realidad, la preocupación no es nada.

El Marido agita la cabeza.

—Soy tan principiante —protesta.

—Los dos lo hacéis estupendamente —dice la otra madre—. Vuestro bebé tiene suerte y os deseo lo mejor.

—Gracias —dice el Marido moviendo la cabeza afectuosamente—. Eres estupenda.

Otra madre, la madre de Eric, se acerca hasta ellos.

—Todo esto es muy duro —dice con la cabeza ladeada hacia un lado—. Pero por el camino hay mucha belleza colateral.

¿Belleza colateral? ¿Quién tiene derecho a algo así? Hay un niño enfermo. ¡Nadie tiene derecho a ninguna belleza colateral!

—Gracias —dice el Marido.

El padre de Joey, Frank, se acerca y les da a cada uno un abrazo.

—Es un viaje —dice. Acaricia al Bebé en la barbilla—. Suerte, hombrecito.

—Sí. Muchísimas gracias —dice la Madre—. Esperemos que a Joey le vaya bien. —Sabe que Joey ha pasado una noche dura, terrible.

—Me tengo que ir —dice Frank encogiéndose de hombros y retrocediendo—. ¡Adiós!

—Adiós —dice ella y luego él desaparece. Se muerde el labio por dentro con los ojos un poco llorosos y se agacha para coger la bolsa de los pañales, que ahora está repleta de animalitos; hay globos de helio atados a la cremallera. Poniéndose aquello al hombro, la Madre siente que acaba de ganar un premio. Todos los padres han desaparecido por el pasillo en la otra dirección. El Marido se acerca. Con un brazo coge al niño; con el otro le acaricia la espalda. Se da cuenta de que comienza a tener ganas de llorar.

—¿Verdad que son muy buenas personas? ¿No te sientes mejor cuando los oyes hablar de sus vidas? —pregunta.

¿Por qué hace eso de etiquetar todo el rato? ¿Por qué incluso la sociedad de los que sufren lo tranquiliza? Cuando se trata de la muerte y morir, quizás alguno de la familia tendría que ser un poco más esnob.

—Toda esta gente buena con sus historias llenas de valentía —continúa mientras se encaminan hacia los ascensores, diciendo adiós con la mano al personal de enfermería mientras avanzan, hasta el Bebé se despide con timidez. ¡Adiós! ¡Adiós!—. ¿No te consuela pensar que estamos todos en el mismo barco, que todos estamos en esto juntos?

«¿Pero quién diablos querría estar en este barco?», piensa la Madre. Este barco es un barco de pesadilla. Mira a dónde va: a una habitación blanca y plateada, donde, delante de tu vista, tu oído y tu tacto desaparecen completamente, tienes que ver a tu hijo morir.

¡La sogá! ¡Que salga la sogá!

—Vamos a tomar nuestro propio rumbo —dice la Madre— y no en este barco.

¡Mujer al agua! Coge de nuevo al Bebé de los brazos del Marido, pone la mano hueca sobre la mejilla del Bebé, le besa la frente y luego, rápidamente, su boca de flor. El corazón del Bebé (lo oye perfectamente) late lleno de vida.

—Durante todo lo que me quede de vida —dice la Madre, apretando el botón del ascensor (hacia arriba o hacia abajo, todo el mundo al final tiene que irse por allí)— no quiero ver nunca más a esa gente.

He aquí las notas.

¿Y el dinero?

Una madre estupenda

Aunque había estado rodeada de niños durante toda su vida, al llegar a los treinta y cinco parecía ponerse nerviosa cuando cogía a un bebé: le subía una punzada de miedo escénico desde el estómago. «Adrienne, ¿puedes cogerme al bebé? ¿Verdad que no te importa?» Esas palabras siempre provenían de una mujer de su edad con aspecto amable y suplicante (una antigua amiga; perdía a las amigas a fuerza de que le pidieran favores y no pararan de hablar), y Adrienne se obligaba a respirar hondo. Coger a un bebé ya no era algo natural (ella ya no era natural) sino un test de feminidad y de habilidades terrenales. La observaban. La gente la miraba para ver cómo se desenvolvía. Había entrado en una década puritana, en un momento demográfico (o lo que fuera) en que el mejor cumplido que te podían dirigir era: «Serías una madre estupenda.» El silbido de admiración de los noventa.

Así que cuando, el Día del Trabajo, en la cena de los Spearson, Sally Spearson le había pasado al bebé, Adrienne le había hecho las carantoñas que le habría hecho a un animalito, había balanceado al niño con cuidado, había chasqueado la lengua y le había susurrado cariñosamente: «Hola cielito, hola mi niño guapo», había tendido la mano para ahuyentar una mosca y, entre el olor a hierba seca y el crepitar grasiento de la parrilla, había perdido el equilibrio cuando un banco, con las espigas pudriéndose en las juntas, se tambaleó y comenzó a hacer que perdiera el equilibrio (el banco, el banco que se tambaleaba, estaba haciéndole perder el equilibrio). Y cuando cayó hacia atrás y se dislocó la columna (en la rapidez calmada del mundo que daba vueltas, ella vio las nubes arcillosas, algunas caras heladas, una estrella solitaria como el morro de un avión), y cuando la cabeza del bebé golpeó contra el muro de piedra del jardín nuevo de los Spearson con distintos niveles y el cerebro comenzó a sangrarle fatalmente, Adrienne se fue a casa, después de pasar por el hospital y hacer los informes para la policía, y no salió del ático en que vivía durante siete meses; y había miedos, miedos muy profundos de que Adrienne no saliera nunca más. Los tenía Martin Porter (el hombre con el que había estado saliendo), y casi todo el mundo, incluida Sally Spearson, que la llamó llorosa para decirle que la perdonaba.

Martin Porter, cuando la iba a ver, le solía llevar queso de finas hierbas o una ración de cuscús instantáneo; era su único amigo. Estaba divorciado y trabajaba en investigación económica, aunque más bien parecía un leñador escocés: pelo canoso, barba moteada con unos cuantos pelos pelirrojos, la camisa preferida de franela verde y dorada. Se preparaba para hacer un viaje al extranjero.

—Nos podríamos casar —sugirió. De ese modo, decía él, Adrienne lo podría acompañar al norte de Italia, a una villa en los Alpes preparada para acoger a eruditos y encuentros académicos. Podría ser su cónyuge.

A los cónyuges les facilitaban un estudio donde trabajar. Algunos estudios tenían piano. En algunos había escritorios o tornos de alfarero.

—Puedes hacer lo que quieras. —Estaba terminando el segundo borrador de un estudio sobre el impacto del imperialismo del Primer Mundo sobre los sistemas monetarios del Tercer Mundo—. Podrías pintar. O no. Podrías no pintar.

Ella lo miró de cerca, ávidamente, luego apartó la mirada. Todavía se sentía patosa y grande, un asesino cachas en una jaula que necesita la comida de la cárcel aunque sea poco abundante.

—Tú me quieres, a que sí —dijo ella. Se había pasado la mayor parte de los siete meses durmiendo con unas mallas, con un ventilador eléctrico echándole aire, la oreja izquierda reteniendo viento, metiéndose en su cabeza, como el mar triste en una caracola. No se sentía comunicativa, sino condenada—. O es sólo que te doy pena. —Dio un manotazo a un pequeño enjambre de mosquitos que había salido de repente de una lata de Coca-Cola abandonada.

—No siento pena por ti.

—¿Ah, no?

—Te siento. He llegado a quererte con el tiempo. Los dos somos adultos. Uno llega a hacer cosas con el tiempo. —Era un hombre práctico. Solía referirse a la fiesta anual del Departamento como «Dejarte Ver Para Cobrar».

—Martin, no creo que podamos casarnos.

—Claro que podemos casarnos. —Se desabotonó los puños como si fuera a arremangarse la camisa.

—No lo entiendes —dice—. Para mí ya no es posible tener una vida normal. Me he apartado de todos los caminos normales y ahora vivo en los arbustos. Ahora soy una mujer de arbustos. No creo que pueda tener las cosas normales. El matrimonio es algo normal. Hace falta el cortejo normal, la proposición de matrimonio normal. —No sabía qué más pensar. El agua le ardía en los ojos. Hizo un ademán de desdén con una mano, que pasó por su campo de visión como algo criminal y enorme.

—Cortejo normal, proposición de matrimonio normal —dijo Martin. Se quitó la camisa, los pantalones y los zapatos. Se tendió en la cama sólo con los calcetines y los calzoncillos y apretó su cuerpo cuan largo era contra el de ella—. Me voy a casar contigo, te guste o no. —Le tomó la cara entre las manos y miró la boca con ansia—. Voy a casarme contigo hasta que vomites.

En Malpensa los esperaba un chófer que hablaba muy poco inglés pero que sostenía un cartel en el que decía *VILLA HIRSCHBORN*, y cuando

Adrienne y Martin se acercaron hasta él, asintió con la cabeza y dijo: «Hola, *buongiorno*. ¿*Signor* Porter?» El viaje hasta la casa duró dos horas, subían y bajaban cuevas por campos y pueblecitos, y hasta que el chófer aparcó en una montaña escarpada, que él llamó «*La Madre Vertiginoso*», y la verja de hierro de la casa se abrió automáticamente y luego se cerró tras ellos, hasta que terminaron de recorrer el camino serpenteante que pasaba por delante de los espectaculares jardines, los viñedos soleados y las terrazas de las estucadas edificaciones contiguas, a Adrienne no se le ocurrió que la invitación que le habían hecho a Martin era todo un honor. Había ganado aquello y tenía que vivir allí durante un mes.

—¿Te parece una luna de miel? —preguntó ella.

—¿Una qué? Ah, una luna de miel. Sí. —Se volvió y le dio unas palmaditas en el muslo, con indiferencia.

Estaba con el desfase horario. Eso era. Se alisó la falda, que estaba arrugada y húmeda.

—Sí. Me imagino a los dos envejeciendo juntos —dijo ella, apretándole la mano—. En las próximas semanas, de hecho. —Si ella se volvía a casar alguna vez, lo haría bien: la ceremonia incómoda, los parientes que daban vergüenza ajena, los regalos voluminosos y nada buenos para el medio ambiente. Ella y Martin simplemente habían ido al ayuntamiento, y luego habían pedido a amigos y familiares que no les enviaran regalos sino que donaran dinero a Greenpeace. Sin embargo, ahora, mientras pasaban lentamente por delante de los leones de piedra de nariz aplastada junto a la entrada de la casa, con un arriate perfecto de nomeolvides y tejos y una puerta de cristal brillante, a Adrienne se le cortó la respiración. «Las ballenas —pensó con rapidez—. Las ballenas se han quedado con mi cristalería.»

La habitación del piso de arriba, «*Principessa*», a la cual los condujo un distinguido mayordomo bilingüe llamado Carlo, era elegante y enorme: un piano, una cama grande, tocadores con estarcidos de guirnalda de frutas. Las habitaciones se hacían dos veces al día, dijo Carlo. Había barquillos, toallas, agua mineral y caramelos de menta. La cena se servía a las ocho, el desayuno hasta las nueve. Después de que Carlo les hiciera una reverencia y se fuera, Martin se quitó los zapatos con la punta de los pies y se hundió en el diván tapizado y antiguo.

—He oído decir que estos cuadros del Quattrocento son falsos sólo por motivos de impuestos —susurró—, ya me entiendes.

—¿En serio? —dijo Adrienne. Se sentía como uno de aquellos obreros tomando el Palacio de Invierno. Sentía que su voz retumbaba—. ¿Sabes?, a Mussolini le echaron el guante por aquí. Piénsalo.

—¿Qué quieres decir? —Martin parecía desconcertado.

—Que fue por aquí donde lo atraparon. No sé. Estaba leyendo un librito sobre eso. Déjame en paz. —Se desplomó en la cama. Martin ya se estaba cambiando. Ella estaba mejor cuando sólo salían, con el queso de finas hierbas. Ella dejó que la cara se le hundiera en la almohada, con la boca abierta colgando, como la de un perro, y luego se durmió hasta las seis y soñó que tenía a un bebé en los brazos pero luego se convertía en una pila de platos, con los que tenía que hacer juegos malabares, tirándolos por el aire.

Un ruido fuerte la despertó, una maleta que se había caído. Tenían que vestirse para la cena, y Martin sacaba con brusquedad las cosas de la maleta, quejándose mientras buscaba una chaqueta y una corbata. Adrienne se levantó, se bañó y se puso unos pantis, y como hacía meses que no se los ponía, se le enroscaron en la pierna como las rayas del poste giratorio de las barberías.

—Andas como si te hubieras roto un ligamento —dijo Martin mientras cerraba con llave la habitación para irse.

Adrienne estiró la parte de las rodilleras de los pantis pero no lograba ponerlas bien.

—Dime que te gusta la falda, Martin, o si no voy a tener que volverme a la habitación y no voy a salir nunca más.

—Me gusta tu falda, es fantástica. Tú eres fantástica. Yo soy fantástico —dijo, como en una conjugación. La cogió del brazo y bajaron cojeando la escalera curva (¿Era teatral? Sí, ¡era teatral!) hasta el comedor, donde Carlo los condujo hasta sus puestos en la mesa.

—La disposición de los asientos cambia todas las noches —dijo Carlo con un acento italiano cortado—, para ayudar a la polinización de las ideas.

—¿Cómo dice? —dijo Adrienne.

Había unas treinta y cinco personas, todas cuarentonas o cincuentonas, con la extraña expresión ambigua de alegría y hastío de los académicos: Martin la había descrito una vez como «un cruce entre flirteo y topetazo». El puesto de Adrienne se encontraba en el otro extremo de la sala, entre un historiador que escribía un libro sobre un monje llamado Joachim de Flore y un musicólogo que había consagrado su vida a la búsqueda del «andante serio». Todos estaban sentados en sillas de madera muy barrocas, los respaldos tallados con cabezas a modo de gárgolas que asomaban por encima de cada uno de los hombros del comensal, como una advertencia.

—De Flore —dijo Adrienne sin saber qué decir, apartando la vista del carpaccio y dirigiéndola al hombre—. ¿No quiere decir «de flor»? —Hacía poco se había enterado que desastre quería decir «mala estrella»,

y estaba buscando una oportunidad para meter cuchara y soltarlo en algún momento de la conversación.

—¿Es usted cónyuge? —dijo el hombre del monje mirándola.

—Sí —dijo ella. Bajó los ojos y luego volvió a mirarlo—. Pero mi marido también lo es.

—No será guionista de cine, ¿verdad?

—No —dijo ella—. Soy pintora. Bueno, más bien grabadora. En verdad, soy más bien..., ahora mismo estoy en transición.

El asintió y volvió a hundirse en su comida.

—Tengo miedo de que acaben por dejar entrar guionistas de cine.

Había ensalada de espinacas y ossobuco de plato principal. Se volvió hacia el musicólogo.

—¿Encuentra usted normalmente poco serios los andantes? —Miró enseguida por encima de las demás cabezas para saludar a Martin con un ademán falso e infantil.

—Es el uso de la séptima menor —dijo el musicólogo entre dientes—. Fraudulenta y saturada.

—Si la comida no fuera tan buena, me iría ahora mismo —dijo Adrienne a Martin. Estaban tendidos en la cama, en la pista de patinaje alfombrada que tenían por habitación. Podrían pasar semanas, ella lo sabía, antes de que tuvieran relaciones sexuales en ese lugar—. Tan fraudulento y repleto —dijo con voz aguda y nasal, al estilo de la voz que Martin había oído sólo una vez, en una reunión de Departamento presidida por un rencoroso jefe de Departamento interino que hacía imitaciones de los colegas que no estaban en la habitación—. ¿Se puede usar la palabra repleto así?

—En cuanto te instales en el estudio, te encontrarás mejor —dijo Martin, que se comenzaba a apagar y buscaba a tientas bajo la colcha la mano de ella para cogérsela.

—Quiero el divorcio —susurró Adrienne.

—No pienso dártelo —dijo, atrayendo la mano de ella hacia el pecho y colocándola allí, como una medalla, como un collar de sueño, y luego comenzó a roncar suavemente, como el más silencioso de los radiadores.

Les dieron bolsas con la comida y les desearon que trabajaran bien. El estudio de Martin era un moderno cubo de cristal en medio de uno de los jardines. El de Adrienne era una cabaña de piedra que olía a

humedad y se encontraba a veinte minutos cuesta arriba, en un cerro, sobre un cabo boscoso al que se llegaba por un sendero de tierra donde tomaban el sol unas lagartijas que se movían como flechas. Abrió la puerta con la llave que le habían dado, entró e inmediatamente se sentó y se comió todo lo que había en la bolsa de la comida (rápido, compulsivamente, aunque sólo fueran las nueve y media de la mañana): dos manzanas, un poco de queso y un bocadillo de mermelada. «Pan con gelatina», dijo en voz alta, sujetando el bocadillo, examinándolo bajo la luz.

Dejó el cuaderno de dibujo en la mesa de trabajo y comenzó una mañana llena de matanzas de arañas y de dibujos de sus cuerpos aplastados y trágicos. Las arañas tenían forma de estrella, eran peludas y se escabullían como cangrejos. Eran estrellas caídas. Estrellas malas. Eran un intento de animales terrestres en el cielo. A menudo tenía que pisarlas dos veces: eran grandes y corrían rápido. Si las pisaba una vez por lo general hacía que corrieran más rápido.

Estaba haciendo el trabajo descuidado del universo, obsesionada con la muerte y paseándose por ahí como un poli. Su fondo personal de compasión por los seres vivos se iba a agotar en la conversación durante la cena en la villa. No tenía compasión de sobras, sólo un lápiz y un zapato.

—¿Arte *trouvé*? —dijo Martin secándose con la toalla después de ducharse, mientras se arreglaban para el aperitivo de la tarde.

—Arañas *trouvées* —dijo ella—. Un plato aborígen muy delicado. — Martin soltó una carcajada que la asustó. Ella lo miró y luego se miró los zapatos. El la necesitaba. Tendría que ir al pueblo para encontrar unas sandalias italianas sexys que dejaran al descubierto los dedos. Tendría que llevarlo a bailar. Tendrían que cogerse y conducirse mutuamente de nuevo hacia el amor o si no allí se volverían locos. Se volverían sarcásticos, maliciosos y violentos. Uno de los dos pondría la zancadilla y el otro tropezaría. Estas cosas.

En la cena se sentó junto a un medievalista que acababa de terminar su sexto libro sobre los *Cuentos de Canterbury*.

—El sexto —repitió Adrienne.

—Hay mucho que decir —dijo el medievalista a la defensiva.

—Seguro que sí —dijo ella.

—Leo con detenimiento, con gran concentración.

—Me alegro por usted.

—Claro que usted debe de pensar que tendría que escribir un libro sobre Cat

Stevens —dijo mirándola de hito en hito. Ella asintió con neutralidad—. Ya veo.

De postre, Carlo sirvió una tarta de chocolate blanco, y ella decidió pasar la mayor parte de la hora de los postres y la sobremesa hablando de la tarta. Los postres así nacen, no se hacen, diría. Ya estaba practicando, ensayando para la sobremesa.

—Qué curioso —dijo al médico sueco que tenía a su izquierda—: hasta hoy mis sentimientos por el chocolate blanco eran ¿por qué?, ¿qué sentido tiene? Podrías comer cera y sería lo mismo. —Tenía un codo encima de la mesa, la mano levantada cerca de la cara; miró con nerviosismo más allá del médico y sonrió a Martin, que se encontraba en el otro extremo de la larga mesa. Agitó los dedos en el aire como si fueran patas de bichos.

—Sí, claro —dijo el médico frunciendo el entrecejo—. Usted debe de ser..., bueno, ¿es usted una de las cónyuges?

Por las mañanas comenzó a reunirse con otras cónyuges (les iban a dar unas camisetas de tirantes con algo estampado) en la sala de música para hacer ejercicio. De ese modo podía evitar oír palabras como heidegeriano e ideológico durante el desayuno; le parecía que por la mañana era demasiado temprano para oír esas palabras. Las mujeres apartaron los sofás de damasco e hicieron un espacio en la alfombra donde todas pudieran hacer ejercicios suaves de caderas y muslos, dirigidas por la esposa del médico sueco. Arriba, abajo; arriba, abajo.

—Supongo que esto te relaja —dijo la mujer de pelo blanco que había junto a ella.

—El bourbon relaja —dijo Adrienne—. Esto te destroza.

—El bourbon te destroza —dijo una cabeza pelirroja de Brasil.

—Tienes que ir a ver a esa mujer del pueblo —susurró la mujer de pelo blanco. Llevaba una camiseta de la marca deportiva Spalding.

—¿A quién?

—Sí, ¿a quién? —preguntó la rubia.

La mujer de pelo blanco se detuvo y tendió a las dos una tarjeta que sacó del bolsillo del pantalón corto.

—Es una masajista estadounidense. Dos de nosotras hemos comenzado a ir. Acepta liras o dólares, no importa. Tenéis que llamar con un par de días de antelación.

—Gracias —dijo Adrienne y se metió la tarjeta bajo el elástico, y reanudó los ejercicios moviendo la pierna arriba y abajo, como la barrera de un puesto de peaje.

Para cenar había *tacchino alla scala*.

—Me pregunto cómo se hará esto —dijo Adrienne en voz alta.

—Querida —dijo el historiador francés sentado a su izquierda—. Nunca hay que preguntar, sólo preguntarse. —Luego siguió menospreciando el intelectualismo orgánico, los tropos aletargados, las contingencias genealógicas.

—Sí —dijo Adrienne—, platos como éste, tienen una especie de realidad omnihistórica. Por lo menos eso es lo que me parece a mí —se volvió rápidamente.

A su derecha estaba sentada una antropóloga cultural que acababa de volver de China, donde había estudiado el infanticidio.

—Sí —dijo Adrienne—, el infanticidio.

—Allí se disponen a hacer algo espantoso. Es todo el futuro, también nuestro futuro, y algo terrible les va a ocurrir. Uno se da cuenta enseguida.

—Qué atroz —dijo Adrienne. No conseguía seguir con el trabajo mecánico de comer, con el cuchillo y el tenedor, arriba y abajo. Dejó el tenedor y el cuchillo cruzados descansado en el plato.

—Una mujer tiene que pedir un permiso para tener un hijo. Todo son sobornos y racionamientos. Fuimos a hacer excursiones a la montaña, y no vimos ni un solo pájaro, ni un solo animal. A lo largo de los años se lo han ido comiendo todo.

Adrienne sintió un leve peso dentro del brazo que desaparecía y volvía, desaparecía y volvía, como la historia de algo, como la historia de todas las cosas.

—¿De dónde eres? —preguntó Adrienne. No podía distinguir su acento.

—De Múnich, la tierra del *Oktoberfest*. —Se hundió en su comida de un modo exasperado, luego se volvió hacia Adrienne para sonreírle con cierta formalidad—. Me crié viendo a todos esos adultos de fieltro verde vomitando por la calle.

Adrienne le devolvió la sonrisa. Ahora era así como aprendía del mundo, con frases durante las comidas; destilaciones de otra gente en medio de su propio y vago dolor. Esto, para ella, era el conocimiento: cambiarse de posición para escuchar, vaciarse los brazos; las vivencias

de la otra gente recorriendo las habitaciones desnudas de su cerebro, buscando un lugar donde sentarse.

—¿Yo? —decía demasiado a menudo—, solo soy una estudiante que no terminó la carrera en la Universidad de Sue Bennet.

—¿Y dónde está eso? —preguntaba la gente educadamente asintiendo con la cabeza.

A la mañana siguiente, en la habitación, se sentó junto al teléfono con la mirada perdida. Martin se había ido al estudio; su libro iba estupendamente bien, decía, cosa que hizo que a Adrienne le entrara un sentimiento de abandono y de malestar (por ser infeliz y no apoyarlo), lo cual le hizo pensar que no era siquiera una de las cónyuges. ¿Quién era? Lo contrario a una madre. Lo contrario a una cónyuge.

Era la Mujer Araña.

Levantó el teléfono, marcó para hablar con el exterior y llamó al teléfono de la masajista de la tarjeta.

—*Pronto!* —dijo la voz al otro lado de la línea.

—*Sí, hola. Per favore, lei parla la mia lingua?*

—Ah, sí —dijo la voz—. Soy de Minnesota.

—¡No me diga! —dijo Adrienne. Se tendió y buscó el techo para hablar—. Una vez me inscribí a un boletín informativo que se publicaba en Minnesota.

—Sí —dijo la voz con un poco de impaciencia—. En Minnesota hay un montón de boletines sobre casas encantadas.

—Una vez viví en una casa encantada —dijo Adrienne—, en la época de la universidad. Yo y cinco estudiantes más.

La masajista se aclaró la garganta confidencialmente:

—Sí, una vez me llamaron para exorcizar los demonios de una casa encantada. ¿Pero qué puedo hacer por usted?

—¿De verdad que la llamaron?

—¿Me llamaron? Ah, sí, la casa, sí. Cuando llegué, vi que lo único que le hacía falta a ese lugar era una buena limpieza. Así que me puse a limpiar. Lavé los platos y quité el polvo.

—Sí —dijo Adrienne—. La casa donde estábamos también la embrujaron así.

Se hizo un silencio extraño durante el cual Adrienne, que sentía algo tenso y húmedo en la habitación, comenzó a jugar con la bolsa de la comida que estaba sobre la cama, abriendo los bocadillos nerviosamente, pensando que si se volvía, el auricular sujeto en el cuello, vería al niño detrás de ella, un poco mayor ahora, un bebé de más de un año, avanzando hacia ella de modo fantasmal de la mano de sus propios padres muertos, la escena de un Nacimiento corrompida por el error y el sueño.

—¿Y ahora en qué la puedo ayudar? —preguntó de nuevo la masajista con firmeza.

«¿Ayudar?», se preguntaba Adrienne de modo abstracto, y recordó que en ciertos países, en vez del ratoncito Pérez, tenían cosas tales como arañas de los dientes. La araña de los dientes podía robarte los hijos, mezclarlos, darte un niño que no era el tuyo, que estaba cambiado.

—Quiero pedirle hora para el jueves. Si puede. Por favor.

Para cenar había *vongole in umido*, una carne gomosa, cocida al vapor con vino, que daba pie a comentarios comparativos sobre la anatomía de los moluscos y los crustáceos. Adrienne suspiraba y masticaba. Durante el aperitivo, había habido una larga discusión sobre péptidos y experimentos con conejos.

—Ahora bien, las langostas, como sabéis, tienen lo que se llama hemipene —dijo el hombre que había a su lado. Era biólogo marino, epidemiólogo o antropólogo. Lo había olvidado.

—Hemipene. —Adrienne recorrió visualmente la sala con un poco de desesperación.

—Sí —sonrió—. No es un término que nadie querría oír en una situación íntima, por supuesto.

—No —dijo Adrienne devolviéndole la sonrisa. Se quedó callada un momento y luego dijo—: ¿Es usted uno de los cónyuges?

Alguien asió al hombre del brazo por su derecha y a continuación se volvió en aquella dirección para decir: pues sí, conocía en efecto al Profesor tal y tal..., ¿y el año pasado no estaba en Bruselas presentando un artículo en una conferencia de hermenéutica?

Llegaron las *castagne al porto* y el café. La mujer que estaba a la izquierda de Adrienne se volvió por fin y dejó la taza en el platillo con un agudo tintineo.

—¿Sabes?, el chef tiene el sida —dijo la mujer.

Adrienne se quedó un poco paralizada en la silla.

—No, no lo sabía.

¿Quién era esa mujer?

—¿Qué te hace sentir esto?

—¿Cómo dice?

—¿Qué te hace sentir esto? —anunció con lentitud como un maestro de alfabetización.

—No estoy muy segura —dijo Adrienne frunciendo el ceño a las castañas—. Ciertamente, me preocupo por nosotros, por que nos quedemos sin él.

—Muy interesante —dijo la mujer sonriendo, y llevó la mano debajo de la mesa para buscar el bolso y dijo—: Lo cierto es que el chef no tiene sida, por lo menos que yo sepa. Es que estoy haciendo una encuesta para comprobar la reacción de la gente ante el sida, la homosexualidad y las ideas generales del contagio. Soy socióloga. Es parte de mi investigación. Acabo de llegar esta tarde. Me llamo Marie-Claire.

Adrienne se volvió hacia el hombre del hemipene.

—¿Cree que la gente de por aquí es mezquina? —preguntó ella.

—Claro que sí —dijo sonriéndole de modo paternal. Se hizo un silencio largo con un poco de masticación—. Pero el lugar es precioso, como de postal.

—Sí, bueno —dijo Adrienne—. Nunca envió esa clase de postales. Donde sea que esté, siempre envió esas con bromas de gatos.

—Pues te vamos a buscar algunas bromas de gatos —dijo posando un momento su mano en el hombro de ella. Echó un vistazo a la habitación como desconcertado y luego se miró el reloj.

Había establecido aquel vínculo en un estado de emergencia, como un polluelo. Pero quizás ese matrimonio fuera tranquilizador. Quizá fuera como un agradable baño de agua caliente. Un agradable baño de agua caliente en una bañera que sale volando por un tejado.

Por la noche, Martin y ella casi parecían marido y mujer, el pecho de uno contra la espalda del otro en una especie de amor desmemoriado (un cielo quieto y frío por el que podría explotar una palabra o una caricia como una luna, luego desaparecer, sin que nadie la recordase). Ella movió los brazos para ponerlos alrededor de él y lo sintió muy grande, enorme, que le llenaba los brazos.

La mujer de pelo blanco que le había dado la tarjeta de la masajista se llamaba Kate Spalding, y era la esposa del hombre del monje, y después del desayuno le preguntó a Adrienne si quería ir a correr. Se encontraron junto a los leones, Kate una vez más con una camiseta Spalding, y se dirigieron por la gravilla hacia los jardines.

—Esto es precioso, como una postal, ¿verdad? —dijo Kate. Al otro lado del lago, las montañas parecían presidir sobre las minucias de los pueblos de terracota enclavados más abajo. Era mayo y los Alpes estaban perdiendo su sombrero de nieve, las enfermeras se estaban soltando el pelo. El aire era tibio. Podía pasar cualquier cosa.

—¿Tú crees que la gente de aquí tiene relaciones sexuales?

—¿Quieres decir relaciones esporádicas? ¿Entre los invitados?

—¿Relaciones esporádicas? —Adrienne se sentía enfadada—. No, no digo relaciones esporádicas. Hablo de sexo de Sears & Roebuck, azorosamente profundo, difícil. Hablo del sexo matrimonial.

Kate soltó una risa aguda, parecida a un ladrido, que por alguna razón hirió los sentimientos de Adrienne.

—No creo en el sexo esporádico —dijo Adrienne y se subió los calcetines—. Creo en el matrimonio esporádico.

—A mí no me mires: me casé con mi marido porque estaba profundamente enamorada de él.

—Sí, bueno —dijo Adrienne—. Me casé con mi marido porque pensé que era una excelente manera de conocer tíos.

Kate ahora se reía de verdad. Su pelo blanco era como de abuelita, pero tenía la cara joven y bronceada, y sus dientes brillaban con generosidad, mojados, los incisivos cremosos y curvados como anacardos.

—Lo he intentado todo, pero es que simplemente no funciona —añadió Adrienne, corriendo sin moverse de lugar.

Kate se acercó y le hizo un masaje a Adrienne en el cuello. Tenía la piel arrugada y como de papel.

—Todavía no has ido a ver a Ilke de Minnesota, ¿verdad?

Adrienne fingió que sufría alguna perturbación.

—Es que parezco tan tensa, tan perdida, tan... —Y dejó que los brazos se le abrieran como en un espasmo—. Iré mañana.

Era un niño precioso, ¿verdad? En la cama, Martin la tenía cogida hasta que se volvió, le asió la mano y se quedó dormido. Por lo menos había eso: un marido durmiendo junto a su esposa, un marido agradable durmiendo cerca. Aquello quería decir algo para ella. Comprendía que a través de los años el matrimonio acumularía fuerza, su comodidad animal sancionada socialmente, su vida nocturna una danza del amor soñadora. Estaba tendida despierta y recordaba cuando su padre, al final, estaba tan enfermo y senil que su madre ya no podía dormir en la misma cama que él (el desorden, el olor) y lo tuvieron que trasladar, con pañales y hediondo, a la habitación contigua de los invitados. Su madre había llorado al darle esa despedida a un marido. Por perderlo al final de ese modo, haciéndolo desaparecer y dejándolo de lado como un muerto, para nunca más dormir con él: había llorado como un bebé. Su muerte real no le afectó de ese modo. Durante el funeral no se dejó vencer por la pena y no lloró e invitó a todo el mundo a su casa a tomar un té elegante y silencioso. Cuando pasaron dos años y a ella le diagnosticaron cáncer, le había vuelto un poco el sentido del humor. «El asesino silencioso», decía con un guiño. «El *Asesino Silencioso*.» Parecía que se deleitaba repitiéndolo, aunque nadie sabía qué responder, y muy al final, se asía a los dobladillos de las enfermeras y les preguntaba: «¿Por qué no viene nadie a visitarme?» La gente no vive tan cerca, explicaba Adrienne. Nadie vive tan cerca de nadie.

—¿No os parece interesante esta sopa? —dijo Adrienne a nadie en particular después de dejar la cuchara en la mesa. *¡Zup-pa ma-ri-ta-ta!* Sopa de matrimonio. Concluyó que quizá fuese como el matrimonio: una buena idea que, como todas las ideas, viven en la tierra con torpeza.

—No es poetisa, espero —dijo el geólogo inglés que estaba a su lado—. El mes pasado tuvimos a una poetisa y las cosas se pusieron un poco mal para los que estábamos por aquí.

—Ah, sí. —Después de la sopa había arroz negro.

—Sí. Se refería todo el rato a los insectos como «erratas de Dios» y luego una noche nos hizo quedar a todos después de cenar para leernos algunos de sus poemas, que parecían consistir en una repetición incesante del verso: «El kiwi peludo de sus pelotas.»

—El kiwi peludo —repitió Adrienne, buscando la frase musical de un andante sincero. Antaño había escrito un poema. Lo había titulado «Noche asquerosa en la niebla» e iba de un largo paseo que hizo una vez durante una noche asquerosa.

El geólogo sonrió ligeramente al *rissoto*, esperando que Adrienne dijera algo más, pero ahora ella estaba mirando en dirección a Martin, que estaba en la otra mesa. Estaba junto a la socióloga con la que ella se había sentado la noche anterior, y mientras Adrienne lo observaba, vio que la mirada de Martin iba, de un modo enfermizo, de la socióloga a su

plato y del plato a la socióloga. «¿El cocinero?», dijo en voz alta, y a continuación dejó caer el tenedor y apartó la silla de la mesa.

La socióloga frunció la frente. «Estás suspendido», dijo.

—Mañana voy a ver a una masajista. —Martin estaba boca arriba en la cama y Adrienne estaba a horcajadas sobre su cadera, normalmente una de sus posturas favoritas para conversar. En el aparato de música sonaba una de las cintas de Mandy Patinkin que se había traído.

—La masajista. Sí, algo he oído.

—Ah, ¿sí?

—Pues sí. Hablaron de ella ayer durante la cena.

—¿Quién? —Ya se sentía posesiva, sola.

—Oh, una de ellas —dijo Martin, sonriendo y agitando la mano como quitándole importancia.

—De ellas —dijo Adrienne fríamente—. Te refieres a una de las cónyuges, ¿verdad? ¿Por qué aquí todos los cónyuges son mujeres? ¿Por qué las mujeres académicas no tienen cónyuges?

—Creo que algunas sí lo tienen. Sólo que no están aquí.

—¿Dónde están?

—¿No te puedes apartar? Te estás sentando en mi ingle.

—Está bien —dijo, y se bajó.

A la mañana siguiente pasó por delante de los pinos cónicos que había en la ladera hecha terrazas (tan parecido al terreno de un palacio, el palacio de una princesa malhumorada llamada Sophia o Giovanna) y anduvo diez minutos cuesta abajo por un camino serpenteante hasta la verja cerrada que daba al pueblo. Aquella noche había llovido y los caracoles, dorados y malvas, decoraban las piedras del camino, a veces en el mismísimo centro, lo que hacía que Adrienne de vez en cuando se torciera el tobillo. «Un paso de baile», pensó. Moderno y con la rodilla doblada. Muy Martha Graham. «No nos mates. Ya te mataremos nosotros.» Al final de las últimas escaleras que iban a parar a la verja, apretó el timbre que la abría electrónicamente, y luego se apresuró a cruzarla para salir a tiempo. «*FALTAN TREINTA SEGUNDOS*», decía en un cartel. «*TRENTA SECONDI USCIRE. PRESTO!*» Se necesitaba una llave para volver del pueblo, y ella la apretó como si fuera un amuleto.

Tenía que seguir la Via san Carlo hasta el Corso Magenta, pasar por delante de una heladería y de una panadería con coronas de pan trenzado y bollos cortados con forma de pájaro. Se apretó contra los

edificios para dejar pasar los coches. Miró la tarjeta. La masajista estaba encima de una farmacia, le habían dicho, y ya la veía, un letrado pequeño en el que decía «*MASSAGGIO DELLA VITA*». Empujó la puerta de la calle y subió.

Arriba, por una puerta abierta, accedió a una habitación forrada de libros: libros de vegetarianismo, libros de curación, libros de zumos. Una cacatúa, blanca, con un lunar rojo como el de una esposa hindú, se había colgado de la parte superior de un cuadro. El cuadro era del lago Como o del Garda, aunque cuando se entornaban los ojos, también podía ser una calavera, un obstáculo en el centro, como un arrecife.

—Adrienne —dijo una mujer sonriente que llevaba un vestido morado de campesina. Tenía una gran melena con mechas y una cara feliz y ancha que contenía muchos tonos de rosa., Avanzó hacia delante y estrechó la mano de Adrienne—. Yo soy Ilke.

—Sí —dijo Adrienne.

La cacatúa de repente echó a volar desde su posición privilegiada y se posó en el hombro de Ilke. Picoteó su gran melena y luego miró a Adrienne acusadoramente.

Los ojos de Ilke se movían rápidamente entre los de Adrienne, una lectura rápida, un escaneo de radar. Luego miró el reloj.

—Puedes pasar a la habitación de atrás y enseguida estoy contigo. Puedes quitarte toda la ropa, también las joyas, el reloj y los anillos. Pero si quieres, te puedes quedar en ropa interior. Lo que prefieras.

—¿Qué hace la mayoría de la gente? —Adrienne tragó con dificultad y de manera sospechosa.

—Unos hacen una cosa, los otros la otra —dijo Ilke sonriendo.

—Muy bien —dijo Adrienne y cogió su libro de bolsillo. Miró la cacatúa—. Es que no me gustaría que la barca volcara por mi culpa.

Avanzó con cautela hacia la habitación de atrás que Ilke le había indicado y se hizo paso a través de una pesada cortina. Consistía en una alcoba espaciosa, sin ventanas y oscura, con una pequeña luz azulada que venía del rincón. En el centro había una camilla con una sábana de franela recién arrugada. Había unos altavoces instalados debajo de la camilla y de ellos salía una música coral inquietante, oohs y aahs sin palabras en tonos menores, con un canto susurrante de fondo que le sonaba a Adrienne como «Jesús es mejor, Jesús es mejor», aunque quizá fuera «Queso sin olor». Del techo colgaba un móvil de estrellas blancas, lunas en cuarto creciente y palomas. En las paredes azules había más nubes y copos de nieve. Era una habitación de niño, una habitación de bebé, todo trataba a toda costa de ser inofensivo y tierno.

Adrienne se quitó toda la ropa, los pendientes, el reloj, los anillos. Ya se había acostumbrado al anillo que Martin le había dado, así que le entristecía y le estimulaba quitárselo, una rápida mirada al paisaje del adulterio. El otro anillo que llevaba era un cuarzo ahumado, que un hombre que le leyó las líneas de la mano en Milwaukee (vestido como un profesor de gimnasia, que había instalado una mesita para las cartas en un restaurante alemán) le había dicho que comprara y llevara en el dedo índice derecho para tener poder.

—¿Qué clase de poder? —había preguntado.

—El de verdad —dijo—. El que tienes aquí —dijo, moviendo la mano alrededor de su mano izquierda y señalando al delgado anillo de plata con una turquesa que llevaba— no es nada.

—Me gusta que te vista un individuo que lee las manos —dijo más tarde a Martin en el coche, al volver. Esto fue antes del incidente de la barbacoa de los Spearson, y las cosas por entonces no parecían imposibles: quería que Martin se enamorara de ella—. Un sujeto que se parece a Mike Ditka, pero que elige las joyas por ti.

—Un individuo que te dice que eres sensible y que muy pronto recibirás dinero de alguien que lleva gafas. ¿De dónde habrá sacado esa historia?

—Tú no crees que sea sensible.

—Me refiero al asunto del dinero y las gafas —dijo—. Y la historia siniestra esa de que cree que estás en las últimas, pero que vas a salir de ésta y vas a vivir para ver como el mundo atraviesa un cambio físico radical.

—Eso sí que era siniestro —asintió.

Había mucho silencio mientras miraban los carriles de la autopista iluminados por la noche, las luciérnagas chocando contra el parabrisas y espachurrándose, todas oro fosforescente, como si el coche estuviera volando por las estrellas.

—Debe de ser duro para alguien como tú salir con alguien como yo —dijo ella.

—¿Por qué dices eso? —había preguntado.

Se subió a la camilla, despojada de todo adorno y del poder del adorno, y se deslizó entre las sábanas de franela. Por un momento se sintió petrificada y asustada, desnuda en una habitación extraña, más desnuda incluso que en la consulta de un médico, donde no te quitas las joyas, como una odalisca. Pero era algo nuevo hacer eso, dirigir el cuerpo a eso, el cuerpo con su obediencia perruna, el deseo perruno de agradar. Se tendió allí a la espera, observando las lunas del móvil girando

lentamente, media revolución, mientras por los altavoces de debajo de la camilla llegaba un sonido nuevo, una versión de la canción de cuna de Brahms sintetizada, electrónica. Una niña. Iba a volver a ser una niña. Quizá fuera el bebé de los Spearson. Había sido un bebé precioso.

Ilke entró en silencio, y apareció tan de repente por detrás de la cabeza de Adrienne, que le dio un buen susto.

—Ven hacia mí —susurró Ilke. «Ven hacia mí», y Adrienne avanzó hasta que sintió la coronilla rozando la barriga de Ilke. La cacatúa entró volando y se posó en una silla cercana.

«¿Estás tensa? —dijo. Presionó con los dos pulgares en el centro de la frente de Adrienne. Las manos de Ilke eran pequeñas, fuertes, huesudas. Garras forradas de piel. Cuanto más apretaba, mejor le parecía a Adrienne, todos sus pensamientos difíciles desanudándose y viajando hacia fuera, a los pulgares de Ilke.

»Respira hondo —dijo Ilke—. No se puede respirar hondo sin relajarte.

Adrienne hundía y sacaba el estómago.

—Vienes de la Villa Hirschborn, ¿verdad? —La voz de Ilke era una risa de complicidad.

—Ehuh.

—Me lo imaginaba —dijo Ilke—. La gente está muy tensa por ahí. Rígidos como tablas. —Las manos de Ilke bajaron por la frente de Adrienne, por las cejas, hasta las mejillas, que apretó repetidamente, en pequeños círculos, como si rompiera los capilares más débiles. Cogió la cabeza de Adrienne y la estiró. Hubo un crujido apagado. Luego presionó con los nudillos el cuello de Adrienne—. ¿Sabes por qué?

Adrienne gruñó.

—Porque se han educado en exceso y ya no pueden hablar con sus propias madres. Eso los enloquece un poco. Literalmente han perdido la lengua materna. Y entonces vienen a mí. Soy su madre y no necesitan hablar.

—Por supuesto te pagan.

—Por supuesto.

Adrienne, de repente, se sintió sumida en una larga caída: de placer, de entrega, de muerte vidriosa, un pedazo de calor puesto en libertad en una habitación. Ilke frotó los lóbulos de Adrienne, masajéó con los nudillos el cuero cabelludo como una peluquera, tiró de la cabeza, los

dedos y los brazos como si fueran objetos atascados. Adrienne se convertiría en niña, se uniría a todos los niños, en el cielo, donde vivían.

Ilke comenzó a masajear los brazos de Adrienne con aceite de sándalo, apretándolos, frotándolos, planchándolos; parecía, en un vistazo rápido, una de las lavanderas de Degas. Adrienne volvió a cerrar los ojos y escuchó la música, que había pasado de las canciones de cuna sintéticas a los sonidos de contrapunto de una flauta y de una tormenta. Con esas manos sobre ella se sintió un poco perdonada y comenzó a pensar en el perdón en general, cuánto de ella se requería en la vida: perdonar a todo el mundo, a ti, a la gente que has querido, y esperar que ellos te perdonen. ¿De dónde se suponía que venía todo ese perdón? ¿Dónde estaba todo ese suministro incombustible?

—¿Dónde estás? —susurró Ilke—. Estás en algún lugar muy lejos.

Adrienne no estaba segura. ¿Dónde estaba? En su propia cabeza, como en un sueño. En los fuelles de sus pulmones ¿Qué era? Quizás un niño. Quizás un cadáver. Quizás un helecho en el bosque durante la tormenta; un pájaro cantor. Las sábanas ya no la cubrían. Ahora las manos estaban por todas partes. Quizás estuviera debajo de la mesa con la música o en un rincón mohoso de su cadera. Sintió cómo Ilke la frotaba con aceite de cintura para arriba, entre los pechos, resiguiendo las costillas y describiendo círculos por el abdomen—. Aquí tienes algo atascado —dijo Ilke—. Algo que no funciona. —Luego la volvió a cubrir con la sábana—. ¿Tienes frío? —preguntó y como Adrienne no respondía, Ilke cogió otra manta, misteriosamente caliente, y la tendió sobre Adrienne—. Ya está —dijo Ilke. Colocó la manta de modo que sólo quedaron expuestos los pies de Adrienne. Untó con aceite las plantas de los pies, los dedos; algo salió de Adrienne, como una aceituna. Se sintió como si fuera a llorar. Se sintió como el niño Jesús. El Jesús adulto. «El pobre siempre estará con nosotros.» El Jesús muerto. Queso sin olor. Queso sin olor.

En la mesa de la habitación de fuera, Ilke quería dinero. Treinta y cinco mil liras.

—Te lo puedo dejar por treinta mil liras, si quieres venir con regularidad. ¿Te gustaría venir con regularidad? —preguntó Ilke.

Adrienne rebuscaba en su billetera. Se sentó en el balancín de mimbre que había junto a la mesa.

—Sí —dijo—. Por supuesto.

Ilke se había puesto las gafas de leer y ahora abría la agenda para ver si estaba muy ocupada las semanas siguientes. Pasó una página, retrocedió. Miró a Adrienne por encima de las gafas.

—¿Con qué frecuencia te gustaría venir?

—Todos los días —dijo Adrienne.

—¿Todos los días?

El grito de Ilke preocupó a Adrienne.

—¿Día sí y día no? —Adrienne la miró a hurtadillas con expectación. Quizás el masaje la había embrujado, la había destrozado. Quizá se había enamorado.

—Pues día sí, día no —repitió Ilke mirando la agenda y encogiéndose de hombros. Lentamente, como una manera de seguir con la conversación mientras comprobaba su agenda—. ¿Qué tal a las dos en punto?

—¿Lunes, miércoles y viernes?

—Ocasionalmente podemos quedar en sábado.

—Muy bien. De acuerdo. —Adrienne dejó el dinero sobre la mesa y se levantó. Ilke la acompañó a la puerta y le tendió la mano de modo formal. Su cara había cambiado del rosa de antes a un naranja extraño y brillante.

—Gracias —dijo Adrienne. Estrechó la mano de Ilke, pero luego se inclinó hacia delante y la besó en la mejilla; la besaba para hacer desaparecer el negocio—. Adiós —dijo.

Avanzó con cautela escaleras abajo; todavía no había vuelto completamente a su cuerpo. Tenía que ir despacio. Se sentía como si acabara de ver a Dios, pero también como si acabara de ver a una prostituta. Ya en el exterior, anduvo hasta la villa, pero primero se detuvo en la heladería para tomarse una tarrina pequeña de helado de avellana. Era suave, tostado, mantecoso, como un licor exquisito, y pensó en lo diferente que era del helado de Estados Unidos, que parecía ya, en su mayor parte, agredido por niños armados con galletas.

—Bien, Martin, ha sido un placer conocerte —dijo Adrienne sonriendo. Tendió una mano para estrecharle la suya y con la otra le dio palmaditas en el hombro—. Has sido muy comprensivo. Espero que no te lo tomes a pecho.

—Acabas de volver del masaje —dijo un poco atontado—, ¿cómo te ha ido?

—Como dirías tú, «relajante». Como diría yo..., bueno no diría nada.

Martin la condujo a la cama.

—Dame un beso y cuéntame —dijo.

—Te doy un beso y ya está —dijo ella besándolo.

—Me conformo con eso —dijo él.

Pero entonces ella se detuvo y se metió en el baño para ducharse antes de cenar.

Para cenar había *zuppa alla paesana* y a continuación *salsiccia alla griglia con spinacci*. Por primera vez desde que llegaron estaba sentada cerca de Martin, que se encontraba a su izquierda en diagonal. El estaba junto a otro economista y hablaba acaloradamente con él acerca de un libro sobre la división del trabajo y política económica.

—¡Pero Wilkander sacó esa teoría de Boyer! —Martin dejó que la cuchara cayera violentamente en la *zuppa* antes de que llegara el camarero y le retirara el cuenco.

—Digamos —dijo el otro hombre con calma— que era una especie de homenaje.

—Si eso es «homenaje» —dijo Martin jugueteando con el tenedor—, me gustaría rendirle un pequeño «homenaje» al Chase Manhattan Bank.

—Pienso que todo el mundo veía que no estaba suficientemente bien desarrollada y que alguien lo iba a hacer.

—Claro. Y el hermano mellizo de uno es simplemente una explicación del texto.

—¿Por qué no? —sonrió el otro economista. Estaba calmado, probablemente fuera un especialista en economía de la oferta.

«Pobre Martin», pensó Adrienne. Pobre Martin keinesiano, pobre Martin marxista, sudoroso y rojo. «¿A la izquierda de Lenin? —había exclamado indignado ante un ingeniero agrónomo—. ¿A la izquierda de Lenin? ¡A la izquierda de las Lennon Sisters, dirás!» Pobre Martin, criado-ateo-en-Ohio, impío. «En Navidad —le contó una vez— solíamos ir a la Tienda de la Ciencia a adorar los mecheros Bunsen.»

Simplemente tendría que encontrar la blusa adecuada, el perfume adecuado, recibirlo en el sofá con un hombro al descubierto y con un arrullo: «Hola, Hombre mío», llevarlo junto al lago cerca de la capilla de Sfondrata y hacer que se acostase con ella. Contratar a alguien. Se volvió hacia el erudito que tenía a su lado, que acababa de llegar aquella mañana.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó. Ya no se avergonzaba por sus comentarios intrascendentes a la hora de la cena.

—Vuelo es la palabra —dijo—, necesitaba volar lejos de mi piso, las facturas, el coche renqueante. Venir a un lugar en el que me cuiden.

—Supongo que éste es el lugar —dijo—. Aunque no le arreglarán el coche. Al parecer no quieren oír hablar del asunto.

—He venido con una beca Guggenheim —dijo.

—¡Qué bien! —Pensó en el museo de Nueva York, y en los pendientes que se había comprado en la tienda del museo y que no había estrenado porque siempre le parecía que estaban rotos, aunque ése era el aspecto que se suponía que tenían que tener.

—Pero no se me ocurrió pedir a la fundación el dinero suficiente. No me di cuenta de cuánto se podía pedir. No pedí la misma cantidad que los demás, así que recibí bastante menos.

—Así que en vez de recibir una Guggenheim normal te dieron una Guggenheim pequeña —dijo Adrienne con comprensión.

—Sí —dijo él.

—Una Guggenheimita —dijo ella.

—Eso mismo —dijo él sonriendo con una mueca de preocupación.

—Así que ahora tienes que vivir en Villa Guggenheimita.

Dejó de mover una salchicha con el tenedor y dijo:

—Sí, he oído decir que aquí se dicen cosas muy ocurrentes. —Ella quiso torcer la boca igual que él—. Lo siento —añadió el hombre—. Es una broma.

—Es el desfase de horarios —dijo ella.

—Sí.

—El desfase de horaritos. —Le sonrió—. Hablamos como los niños. Nos encanta —se detuvo un momento—. La semana pasada no estábamos así. Has llegado un poco tarde.

«Era un niño precioso.» En la oscuridad había como latidos, como unos tam tam y un agudo flautín por encima. No podía mirar porque cuando miraba se escandalizaba: las manos de otra mujer por todo su cuerpo. Lo que hacía era mantener los ojos cerrados y concentrarse en la entrega y en su apacible invalidez. A veces se concentraba en estar donde estaban las manos de Ilke: en los pies, en la parte baja de la columna.

—Tus padres ya no viven, ¿no? —dijo Ilke en la oscuridad.

—No.

—¿Murieron jóvenes?

—A la mitad. Murieron a la mitad. Yo fui hija de último momento, menopáusica.

—¿Quieres saber lo que siento en ti?

—De acuerdo.

—Siento una ternura grande y profunda. Pero también siento que te han deshonrado.

—¿Deshonrado? —Qué japonés. A Adrienne le gustó cómo sonaba.

—Sí, tienes un miedo metido muy adentro. Aquí. —Las manos de Ilke estaban debajo de las costillas de Adrienne.

Adrienne respiró profundamente, hacia dentro y hacia fuera.

—Maté a un niño —susurró.

—Sí, todos hemos matado a un niño: hay una criatura en todos nosotros. Por eso la gente viene a verme, para volver a unirse con él.

—No, yo maté a uno de verdad.

Ilke se quedó muy callada y luego dijo:

—Ahora puedes ponerte de lado. Ponte esta almohada debajo de la cabeza, y esta otra entre las rodillas.

Adrienne se dio la vuelta con torpeza para ponerse de lado. Por último, Ilke dijo:

—Este país, el Papa, la Iglesia hacen que las mujeres sean asesinas. No debes dejar que te hagan eso. Acércate un poco hacia mí. Así es.

No es así, pensó Adrienne, en esta disolución temporal, viendo la muerte y el nacimiento, viendo el principio y luego el final, cómo eran del mismo negro silencioso, la misma nada después: la vida de todas las personas aparecía en el mundo como una película en una habitación. Primero oscuridad, luego luz, luego otra vez oscuridad. Pero estaba todo organizado de modo que en algún lugar siempre había luz.

No es así. «No es así —pensó—. Pero gracias.»

Cuando aquella tarde se marchó en busca de azúcar en alguna de las tiendas, avanzaba con lentitud, cegada por un ángulo de la luz de la tarde, pero también con el convencimiento de que había visto a Martin avanzar hacia ella por la calle estrecha, acercándose como el leñador con andares bruscos que a veces parecía ser. Su mirada entornada, sin embargo, no pudo captar la de él, y de repente giró hacia la izquierda y se metió por una calle. Cuando llegó a la esquina, él había desaparecido. «Qué extraño», pensó. Se había sentido cerca de algo, de él, y de repente no. Tomó el camino ascendente, en dirección a la villa, y fue al estudio de Martin y llamó a la puerta, pero no estaba allí.

—Hueles bien —dijo a Martin dándole la bienvenida. Había pasado un rato y ella acababa de volver a la habitación, y lo encontró allí—. ¿Te acabas de bañar?

—Hace un rato —dijo él.

Se acurrucó contra él, con coquetería.

—¿No una ducha? ¿Un baño? ¿Has puesto sales de baño en el agua?

—Me he dado un baño muy masculino —dijo Martin.

—¿Qué perfume tienen? —dijo tras olerlo de nuevo.

—Un perfume varonil —dijo—. De roca, me di un baño con sales con perfume de roca.

—¿Te has dado un baño de burbujas? —Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—Sí —dijo él sonriendo—, pero, eh, yo me he hecho las burbujas.

—¿Tú solito? —dijo ella apretándole el bíceps.

—Sí, he golpeado el agua con el puño.

Ella fue hacia el aparato de música y puso una cinta. Miró a Martin, que de repente parecía infeliz.

—Esta música te molesta, ¿verdad?

Martin se retorció.

—Es sólo que... ¿por qué no puede cantar ni una sola canción entera?

—Porque —dijo pensando en ello— es el rey de las Mezclas.

—¿No has traído nada más?

—No.

Volvió a donde estaba Martin y se sentó junto a él, en silencio, oliendo su perfume, como si fuera algo raro.

Para cenar había *vitello alla salvia*, guisantes pequeños y pasta hecha con caviar.

—Hay que atajar el problema antes de que sea demasiado tarde — suspiró Adrienne—. Una helada temprana.

Un hombre gordo y mayor, que llegaba tarde, corrió la silla y la puso encima de su pie, y luego se sentó. Ella dio un grito.

—Oh, vaya, lo siento —dijo el hombre, levantándose todo lo que podía.

—No se preocupe. De verdad, no se preocupe.

Pero a la mañana siguiente, durante los ejercicios, Adrienne se observó el pie atentamente mientras levantaba la pierna. El dedo gordo estaba hinchado y azul, y la uña estaba suelta y había tomado un ángulo raro y desquiciado.

—Vas a perder la uña del dedo gordo —dijo Kate.

—Estupendo —dijo Adrienne.

—A mí me ocurrió en una ocasión, durante mi primer matrimonio. Mi marido me tiró un diccionario en el pie. Una de esas cosas subconscientes. La furia en un libro muy grande.

—¿Has estado casada antes?

—Oh, sí —suspiró—. Tuve uno de esos matrimonios de ensayo, ya sabes, en que tú eres feminista y entrenas al individuo, y entonces luego otra feminista viene y se lleva al sujeto.

—No sé —dijo Adrienne frunciendo el entrecejo—. Creo que hay algo que no acaba de funcionar si las palabras «feminista» y «se lleva al individuo» están en la misma frase.

—Sí, bueno...

—¿Estabas disgustada?

—Pues claro. Pero luego, he hecho de todo. Había insistido en la separación de bienes, en ser independiente económicamente. Trabajaba. Me encargaba de los niños. Pagaba la casa; cocinaba; limpiaba. Me encontré gritando: «¿Esto es feminismo? ¡Pues gracias, Gloria y Betty!»

—Pero ahora estás con otra persona.

—Enseñado, con sistema de autolimpieza. Con las pilas incluidas.

—Alguien lo entrenó y tú te lo quedaste.

—Pues sí —dijo Kate sonriendo—. Qué, ¿estoy loca?

—¿Qué le pasó al dedo?

—La uña se cayó. Y la que me creció era ondulada y oscura y solía asustar a los niños.

—Oh —dijo Adrienne.

—¿Por qué alguien publicará seis libros sobre Chaucer? —Adrienne observaba cómo Martin se vestía. Ella también fumaba un cigarrillo. Una de las cosas raras de la villa era que todos los fumadores habían dejado de fumar, y que los no fumadores habían comenzado a fumar. La gente se ponía en contacto con su otro yo. Abundaban los cigarrillos regalados. Aparecían cartones junto a las puertas de las habitaciones.

—Tienes que entender las publicaciones académicas —dijo Martin—. Nadie lee esos libros. Simplemente, todo el mundo se pone de acuerdo en publicar lo de los otros. Es una gran estupidez en círculo. Es un acuerdo rentable y gigante. Cuando te paras a pensar en ello, probablemente viola la ley de Sherman.

—¿Una gran estupidez en círculo? —preguntó insegura. El cigarrillo la mareaba.

—Sí —dijo Martin mientras se volvía a hacer el nudo de la corbata.

—Pero ¿seis libros de Chaucer? ¿Por qué no, por ejemplo, un libro sobre Cat Stevens?

—A mí no me mires, yo estoy dentro del círculo.

—Pues entonces te voy a cantar —dijo ella con un suspiro—. Música ambiental. —Se inventó una melodía romántica que sonaba a asiática, y bailó por la habitación con el cigarrillo como si flotase y las extremidades fueran alas—. Este es el baile de la esperanza.

Y llegó la hora de ir a cenar.

Al parecer la cacatúa se había acostumbrado a Adrienne; silbaba dos veces y luego volaba a la habitación de atrás, se posaba con rapidez en el marco del cuadro y esperaba con ella a Ilke. Adrienne cerró los ojos y respiró profundamente, se subió la sábana de franela hasta debajo de los brazos, apretándosela, como un *sarong*.

La cara de Ilke apareció en la oscuridad, en lo alto, como si fuera una madre que va a echar un vistazo e inspecciona la cuna.

—¿Cómo estás?

Adrienne abrió los ojos y vio que Ilke llevaba una camiseta en la que decía «*DI UNA ORACIÓN. MIMA UNA PIEDRA*».

«Di una oración.»

—Bien —dijo Adrienne—. Me siento de puta madre.

«Mima una piedra.»

Ilke recorrió con los dedos el pelo de Adrienne, tarareando en voz muy baja.

—¿Qué música es la de hoy? —preguntó Adrienne. Al igual que Martin, ella también se había hartado de las cintas de Mandy Patinkin, toda esa exuberancia sin límite.

—Grillos y uapitíes —susurró Ilke.

—Grillos y uapitíes.

—Grillos y uapitíes y una arpita.

Ilke comenzó a moverse alrededor de la mesa, tirando de las extremidades de Adrienne y apretándole los tendones con fuerza.

—Hoy hago masaje con coreografía —dijo Ilke—. Por eso me he puesto este vestido.

Adrienne no se había dado cuenta del vestido. En cambio, con la luz que ahora era débil (a excepción de las nubes iluminadas de las paredes) se sintió hundiéndose en los lagos de la muerte, muy dentro de los huesos, los pozos oscuros de soledad, fracaso, culpa.

—Ahora puedes darte la vuelta —oyó decir a Ilke. Y forcejeó un poco entre las sábanas para conseguirlo, hasta que Ilke la ayudó, como si fuera una enfermera y Adrienne una persona vieja y enferma. Una víctima de una embolia, eso era lo que era. Se había convertido en una víctima de una embolia. Luego posó la cara en las planchas recubiertas con toallas que sobresalían de la camilla («la cuna», la llamaba Ilke), Adrienne comenzó a llorar en silencio, el masaje profundo en el cuerpo la fundía en una ecuación de tristeza animal, cuero de zapato y salmuera. Comenzó a entender por qué la gente querría vivir en esas zonas oscuras del averno, un fundirse provocado por el sueño, la bebida o esto. Al alma le parecía más verdadero y más familiar que el destello lleno de trajín y complicación que era la vida corriente. Los brazos de

Ilke se inclinaron hacia ella, sus pechos rozaron suavemente la cabeza de Adrienne, que ahora se sentía conectada al resto de ella sólo por filamentos e hilos. El cuerpo de repente parecía un tumor en el cerebro, un mero medio de transporte, un vagón; el carruaje de la mente ahora desmontado, las piezas puestas sobre esa mesa.

—Tienes los trapecios agarrotados —dijo Ilke, masajeando los hombros de Adrienne—. La parte más agarrotada está aquí —añadió apretando fuerte y magullándole un poco el hombro y luego disminuyendo la presión—. Suéltate —dijo—. Suéltalo todo.

—Me podría morir —dijo Adrienne. De repente la música sonó más alta y no pudo oír lo que contestó Ilke, aunque había sonado un poco como «Los cambios son buenos». Aunque quizás haya sido «Los escarnios no son buenos». Ilke tiró de los dedos de los pies de Adrienne y tiró incluso del dedo herido, con la uña suelta y la piel de debajo como agujereada, y luego dejó a Adrienne, allí, en la oscuridad, en la música, aunque Adrienne sintió que era ella más bien la que se iba, como una persona que se está muriendo, como un tren que parte. Sintió la furia soltándose de la espalda, flotando sin rumbo a su alrededor, la furia que no sabía contra qué o quién enfurecerse, aunque seguía enfureciéndose. Se despertó cuando Ilke la sacudió con suavidad.

—Adrienne, despiértate, dentro de poco tengo a otra persona.

—Me debo de haber quedado dormida —dijo Adrienne—. Lo siento.

Se levantó lentamente, se vistió y salió a la otra habitación. La cacatúa salió disparada con ella, rozándole la cabeza.

—Me siento como si me acabaran de bombardear —dijo, cogiéndose la cabeza.

Ilke frunció el entrecejo.

—El pájaro, quiero decir por el pájaro. Ahí adentro —señaló la habitación del masaje— ha sido increíble. —Rebuscó en el monedero para pagar. Ilke había trasladado la silla de mimbre al otro lado de la habitación, de modo que ya no había ningún lugar donde sentarse o entretenerse—. ¿Quieres liras o dólares? —preguntó y se sorprendió un poco cuando Ilke contestó con bastante firmeza: «Prefiero liras.»

Ilke se aburría con ella. Eso era. Adrienne había tenido una experiencia religiosa, pero Ilke... Ilke sólo era educada. Adrienne le tendió el dinero e Ilke se lo quitó de las manos, luego abrió la puerta de la entrada y se inclinó para darle a Adrienne el beso con el que te echan a patadas, y cerró la puerta.

Adrienne se encontraba en la niebla, las piernas como de lana, los ojos desacostumbrados a la luz. Fuera, delante de la farmacia, si no tenía cuidado, la iba a atropellar un coche. ¿Cómo era capaz Ilke de enviar a

la gente a la calle llena de agitación, así como así, cuando estás todo suelto y aturdido? Adrienne sentía el cuerpo pastoso, enlodado. Era bueno, suponía. Descomposición. Avanzaba con lentitud, con cuidado, el paso a lo Martha Graham, a lo largo de la acera estrecha entre las calzadas y las tiendas. Y cuando rodeó la esquina para dirigirse hacia el ascendente sendero de Villa Hirschborn, vio a Martin, su marido, doblando la esquina y siguiendo su camino.

—¡Hola! —dijo ella, de repente encantada de encontrárselo así, lejos de lo que ella ahora llamaba «el cuartel»—. ¿Vas a la farmacia? —preguntó.

—Eh, sí —dijo Martin. Se inclinó para besarle la mejilla.

—¿Quieres compañía?

Parecía un poco perplejo, como si necesitara estar solo. Quizá fuese a comprar condones.

—Oh, da igual —dijo alegremente—. Ya te veré luego, en el cuartel, antes de la cena.

—Muy bien —dijo y le cogió la mano, dio dos pasos hacia atrás, y se la soltó, suavemente, en el aire.

Se alejó de allí en dirección a un pequeño parque, il Giardino Leonardo, que se encontraba pasada la estación de los *vaporetti*. Cerca de un rododendro especialmente exuberante había una mujer baja y de piel oscura con un pañuelo turquesa brillante atado al cuello. Había puesto una mesa con un letrero que decía: «*CHIROMANTE: TAROT E FACCIA.*» Adrienne se sentó frente a ella, en la silla vacía.

—Americana —dijo.

—Leo la cara, las manos o las cartas —dijo la mujer del fular azul.

Adrienne se miró las manos. No quería que le leyeran la cara. Ya vivía con eso. Sucedió en la villa en todo momento, la gente tratando de leerle la cara, congelándote el cerebro con miradas pétreas y comentarios maliciosos de oscuridad, de modo que no podías leer sus caras mientras ellos estaban ocupados leyendo la tuya. Todo eso la hacía sentirse asquerosa como una cabeza solitaria en un cartel de algún lugar.

—Las cartas son lo mejor —dijo la mujer—. Diez mil liras.

—De acuerdo —dijo Adrienne. Aún se miraba la red de sus manos abiertas, tenía allí mismo el lecho seco del río de la vida.

—Las cartas.

La mujer amontonó las cartas y repartió la mitad por la mesa formando una especie de cruz gamada. Luego, sin mirarlas, se inclinó hacia delante con descaro y le dijo a Adrienne:

—¿Está insatisfecha sexualmente?

—¿Es eso lo que dicen las cartas?

—De un modo general. Tienes que coger toda la baraja e interpretar.

—¿Qué dice esta carta? —preguntó Adrienne señalando una en la que había unos cadáveres desnudos asomando por unos ataúdes.

—Ninguna carta dice nada. Es la sensación general que te dan. — Rápidamente repartió el resto de la baraja por encima de las otras cartas—. Estás buscando una guía, una especie de guía, porque el hombre con quien estás no te hace feliz, ¿tengo razón?

—Quizá —dijo Adrienne que ya metía la mano en el monedero para pagarle las diez mil liras y así poderse ir.

—Tengo razón —dijo la mujer cogiendo el dinero y pasándole una pequeña tarjeta de visita con lamparones—. Pásate mañana. Ven a mi tienda. Tengo unos polvos.

Adrienne salió del parque dando un paseo, pasó por delante de un grupo de turistas que bajaban de un autobús y luego fue en dirección a la Villa Hirschborn: franqueó la reja, que abrió con la llave, y luego subió la larga escalera de piedra hasta la cima del promontorio. En vez de ir hacia la villa, avanzó por los bosques hacia el estudio, hacia el manojito de arañas muertas que había memorizado en su dolor. Decidió tomar otro camino, no el que iba hacia el estudio, sino el que conducía un poco más arriba de la colina, que era más empinado, hacia un prado que coronaba la cima, con una pequeña ruina romana en un extremo: quedaba todavía una esquina de la fortaleza original. Pero cuando estaba en medio del prado le sucedió algo imprevisto (un viento templado y agradable o el calor de la caminata cuesta arriba), y se quitó toda la ropa, se tendió sobre la hierba y se quedó mirando el cielo oscuro. A ambos lados, los radios de las ramas de los árboles se cruzaban hacia las alturas en una especie de cesta de gato. Justamente por encima de ella pasó la mancha pequeña y plateada de un avión, el morro metálico seguido de su chorro blanco, como la punta de un termómetro. Había cien personas dentro de esa cabeza de alfiler, pensó Adrienne. ¿O acaso fuese en verdad la cabeza de un alfiler? ¿Cómo saber cuándo las cosas eran verdaderamente pequeñas o se veían así por la distancia? Las ramas de los árboles parecían invadir el espacio interior y dar vueltas ligeramente hacia la izquierda, ligeramente hacia la derecha, como algo mecánico. Le entró el sopor y vio el precioso niño de los Spearson haciendo ruiditos con un sombrero de payaso; vio a Martin nadando con furia en una piscina; vio las cuentas desparramadas de su propia fertilidad, todos los óvulos que tenía dentro

de ella saltando hacia fuera como el contenido de una caja de tapioca que tiras por un precipicio. Le parecía que todo lo que había necesitado saber en la vida lo había sabido en un momento o en otro, pero nunca había sabido todas esas cosas a la vez, al mismo tiempo, en un único momento. Estaban esparcidas por todos lados y ella tenía que alejarse de una y olvidarla para conseguir la siguiente. Pasó una sombra a través de ella, dentro de ella, y sintió que se batía en retirada hacia aquel lugar de sus huesos donde se encontraba la muerte y le diste la bienvenida como a un conocido en una habitación; le dijiste hola y entonces estuvisteis listos para lo que fuera a suceder a continuación (que podría ser una guía, la guía que te habrían enviado, la guía que te dirige otra vez hacia tu vida).

Alguien la agitaba suavemente. Se despertó un poco para ver la cara etérea y pálida de una extraña mujer mayor que la estudiaba como si Adrienne fuera algo raro en el fondo de una taza de té. La mujer iba vestida enteramente de blanco, bermudas blancas, chaqueta de punto blanca, un pañuelo blanco alrededor de la cabeza. La guía.

—¿Es usted... la guía? —susurró Adrienne.

—Sí, querida —dijo la mujer con un ligero acento inglés que sonaba a Glenda, del *Mago de Hoz*.

—Ah, ¿sí? —preguntó Adrienne.

—Sí —dijo la mujer—. Y he traído a mi grupo aquí arriba para que contemplen la vieja fortaleza, pero es que estaba un poco preocupada porque usted se molestase con todo el mundo, paseando por aquí mientras está, bueno..., ¿se encuentra bien?

Adrienne ahora estaba un poco más despierta y se sentó y divisó al fondo del prado el grupo de turistas que había visto antes abajo, en la ciudad, bajando del autobús.

—Sí, gracias —murmuró Adrienne. Se echó de nuevo para pensar en aquello, escondida entre las paredes de hierba, como un niño que espera engañar a los hechos. «Dios mío», dijo finalmente, y tanteó a su izquierda para encontrar la ropa y apretársela, presa de pánico, contra la barriga. Respiró profundamente, luego se puso la ropa tendida en el suelo lo más plana posible, para que fuera difícil verla, una serpiente que se vuelve a meter en su piel, un cambio, quizá, de corazón de reptil. Luego se levantó, se subió la cremallera de los pantalones, se abrochó la hebilla del cinturón y dijo adiós con la mano, irguiéndose y pasando valientemente por delante del autobús y los turistas, que aunque trataban de no mirarla, la miraban.

A aquellas alturas todo el mundo en la villa hacía, en privado, imitaciones de todo el mundo.

—Martin, tienes que decir a quién parodias antes de ponerte a imitar a alguien —dijo Adrienne mientras se vestía para la cena—. No te sabría decir.

—¡Yuppies de cubitos de caldo de carne! —despotricaba Martin contra el techo—. ¡Leyendas en su propia mente! ¡Rumores en su propia habitación!

—A ti, te estás imitando a ti. —Enderezó el cuello y trató de parecer una esposa.

De cena había *cioppino*, *insalata mista* y *pesce con pignoli*, un trozo de pescado delgado como una hoja. De todas partes de la sala iban flotando hacia ella trocitos de diálogos: alambradas retóricas indignadas y arcanas. «Como especialista en estética, no puede ser que no te interese lo sublime.» O: «Vaya, eso es lo más superficial que he oído en mi vida.» O: «Por el amor de Dios, haz el favor de explicarle la Guerra de los Campesinos», pero nadie hablaba directamente con ella. No tenía tema, ésa era la verdad, ninguno que a ella le gustara, a excepción, quizá, de las películas y los actores. Martin estaba en una mesa alejada, dándole la espalda, escuchando al hombre de Joachim de Flore. En momentos así, pensaba, quizá fuera buena idea llevar un polichinela.

Se dio en la falda con los dedos.

Finalmente, una de las personas que estaban sentadas junto a ella se volvió y se presentó. Tenía la cara sembrada de pelos cortos de barba y parecía mirar hacia abajo, como si espicara el movimiento de su propia boca. Cuando ella le preguntó qué tal lo estaba pasando, escuchó una historia más bien breve del imperio otomano. Ella asentía y sonreía y, al final, él se frotó la barba oscura, la miró con compasión y le dijo:

—No somos buenos anuncios para esta vida, ¿verdad?

—Por aquí hay muchas broncas —admitió ella. El parecía un poco herido, así que añadió—: Pero me gusta que eso ocurra, de verdad.

Cuando después de la cena fue a dar un paseo nocturno con Martin, trató de entablar una conversación con él acerca de los famosos y los actores.

—Todavía sigo pensando que el marido de Carolina de Monaco fue asesinado —dijo.

Martin estaba callado.

—Pobre familia —dijo Adrienne—. Cuánta tragedia han tenido que soportar.

—Sí —dijo Martin en tono de burla y le lanzó una mirada furiosa—. Esa pobre familia. No paro de pensar, ¿qué puedo hacer por ella?, ¿qué puedo hacer? Y pienso una y otra vez, pero no puedo hacer nada. — Comenzó a apretar el paso, delante de ella, en dirección a la villa. Adrienne echó a correr para alcanzarlo. Se sentía desquiciada. El matrimonio, pensó, es toda una institución.

Cerca de la plaza principal, al pie de una farola, la mujer había colocado de nuevo la mesa con el cartel de «*CHIROMANTE : TAROT E FACCIA*». Cuando vio a Adrienne, le gritó:

—Dígame su cumpleaños, *signora*, y el cumpleaños de su marido, y les echaré las cartas para decirles si son compatibles. O... —se detuvo para observar a Martin con escepticismo mientras pasaba a toda prisa—. O también se lo puedo decir ahora mismo.

—¿Has ido a ver a esa mujer? —preguntó Martin, disminuyendo el paso.

Adrienne lo cogió del brazo y lo alejó de allí.

—Me hacía falta un cambio de escenario.

—Bueno —dijo deteniéndose, más calmado después de hacer un poco de ejercicio y más comprensivo—, nadie te puede echar la culpa.

Adrienne lo cogió de la mano y sintió un amor de gratitud, marital: sola, en Italia, de noche, en mayo. ¿Había algún amor que no fuera en el fondo un amor de gratitud? La luna se reflejaba en el lago como un pez eléctrico, como un banco de hielo.

—¿Qué haces? —preguntó Adrienne a Ilke a la mañana siguiente. Las lámparas estaban especialmente tenues, aunque había un foco dirigido sobre un retrato de la madre de Ilke que había al final de una mesa, por el mes, en honor del Día de la Madre. La madre tenía aspecto fantasmagórico, como un sacrificio. ¿Y si Ilke fuera verdaderamente una bruja? ¿Y si mezclaba los fluidos y los pelos y las uñas para hacer una ofrenda en memoria de su madre?

—Te estoy esponjando el aura —dijo—. Hoy está muy oscura, quemada hasta un borde impreciso. —Manipulaba los dedos de los pies de Adrienne, y Adrienne de repente tuvo una visión de una película de terror, con Ilke con jarras llenas de jugo de dedos de pies que ha reunido en un armario para Satán, quien, se descubriría luego, era la madre de Ilke. Quizás, Ilke de repente se apoyara para morder el hombro de Adrienne, para beber su sangre. ¿Cómo podría controlar Adrienne esos pensamientos? Sintió que su aura se esponjaba como el pelaje de un gato dando alaridos. Se imaginó a sí misma, por primera vez, no volviendo nunca más. «Adiós. Vete con Dios.» Sería un asunto breve, una nadería; una charla en el porche durante una fiesta.

Afortunadamente había otras cosas que mantenían a Adrienne ocupada.

Había comenzado a pintar las arañas con pistola y los resultados eran interesantes. Ya se veía, cuando volviera a casa, contándole a un marchante que el trabajo representaba la telaraña de la soledad; una vibración en la periferia resuena hacia dentro (experimental, ensordecedora) y la araña deja el centro a toda prisa para devorar el gong y al gongueador. Se fue. Se imaginó al marchante pidiéndole su teléfono y escribiéndolo en un papel demasiado suelto.

Y estaba el sonsonete ocasional de sobremesa, académicos y cónyuges reunidos alrededor del piano en varios estados de embriaguez y olvido.

—Bueno, puede que la aprendieras así, Harold, pero no es así.

Y estaba también la Fiesta del Espárrago, a la que por recomendación de Carlo decidieron asistir ella y Kate Spalding, con una de sus camisetas («muy bien, adelante con las camisetas, Kate»), Cogieron un hidropiano para cruzar el lago y subieron por una carretera muy empinada hasta una plaza con una iglesia. La carretera era larga y agotadora, y Adrienne comenzó a llamarla «El paseo del espárrago muerto».

—Quizá no se celebre ninguna fiesta —sugirió respirando con dificultad, pero Kate seguía andando delante de ella.

—¡Que parezca que tenemos alas como los pájaros! —dijo Kate, a quien gustaba mucho el ejercicio.

Adrienne suspiró. Hasta el mismísimo año anterior había creído que la gente decía «Que parezca que tenemos alas como pájaros». Ahora, a poca distancia de los árboles, oía el piar de algunos pájaros con las competitivas campanas de dos iglesias, y más tarde una única campanada fuera de tono, de la media hora. Cuando ella y Kate llegaron por fin a la Fiesta del Espárrago, resultó que era sólo una pequeña ceremonia donde unas personas ofrecían precios muy altos por manojos de espárragos que describían como *belli y belli*, y lo que se recaudaba era para la iglesia local.

—Yo antes plantaba espárragos —dijo Kate en el camino de bajada. Esta vez habían tomado otro sendero, y el lago junto con sus pueblecitos ocres se desplegaba ante ellas, pacífico y lejano. Por todo el camino las flores silvestres crecían en una paleta de pasteles, como jabones.

—Nunca logré que los espárragos crecieran —dijo Adrienne. De pequeña, su comida favorita había sido «espárragos con salsa rosa»—. Pero una vez me creció una zanahoria, pero era tan pequeña que lo único que hice fue ponerla en un álbum de recortes.

—¿Todavía sigues yendo a ver a Ilke?

—Por lo menos esta semana. ¿Y tú?

—Está muy ocupada. No me ha podido dar hora. ¿Sabes?, todos los académicos la van a ver con regularidad.

—¿De verdad?

—Oh, sí —dice Kate sabiendo de qué habla—. Están rígidos como monedas.

—¿Rígidos como monedas?

Al volver a la villa, Adrienne esperó a Martin, y cuando él llegó, oliendo a sándalo, todas las pequeñas muertes de sus huesos le dijeron esto: estaba viendo a la masajista.

Olió la dulce parábola de su cuello y dio un paso hacia atrás.

—Quiero saber cuánto tiempo hace que vas a hacerte masajes. No me mientas —dijo lentamente, la voz dura como un pincho. La ansiedad hizo que la cara se le encogiera: la boca se le derrumbó, los ojos se le pusieron redondos y brillantes, atemorizados.

—¿Qué te hace pensar que he ido? —comenzó a decir—. Bueno, sólo he ido una o dos veces.

Dio un salto y se apartó de él, y comenzó a pasear furiosa por la habitación, tocando los muebles, sin mirarlo.

—¿Cómo has podido? —preguntó—. ¡Ya sabes lo que ha significado para mí ir allí! ¿Cómo has podido ocultármelo? —Cogió un libro del tocador, *Sistemas de relaciones industriales*, y lo volvió a dejar con un golpe—. ¿Cómo has podido entrometerte en esta experiencia? ¿Cómo puedes ser tan furtivo y mentiroso?

—Lo siento mucho —dijo.

—Bueno, sí, yo también —dijo Adrienne—. Y cuando volvamos a casa, quiero el divorcio. —Ahora lo podía ver, el piso vacío, la berenjena a la parmesana estropeada, todos los Halloween abriendo ella la puerta, una divorciada borrachina que espanta a los niños con demasiado entusiasmo por sus disfraces—. ¡Me siento tan deshonrada, joder...!

Nada a su alrededor parecía mantenerse fijo; nada se aguantaba.

Martin estaba callado y ella estaba callada, y entonces él comenzó a hablar, en tono suplicante, ahí estaba la súplica de nuevo, haciendo un ruido sordo en la orilla de su vida, como un camión.

—Los dos estamos muy solos —dijo—. Pero yo sólo he estado esperándote. Eso es todo lo que he hecho en los últimos ocho meses. He hecho todo lo posible para que las cosas no te molestaran, para que te tomaras tu tiempo, para que comieras algo, para comprarles a los malditos Spearson un banco nuevo para el jardín, para traerte a un lugar donde podría pasar de todo, donde incluso me podrías dejar, pero donde por lo menos volverías a la vida, por fin.

—¿Lo has hecho?

—¿Hacer, qué?

—¿Les has comprado a los Spearson un banco nuevo para el jardín?

—Pues sí.

Pensó en ello.

—¿Y no se lo tomaron como algo hostil?

—Oh..., creo que..., sí, probablemente pensaron que fue una crueldad.

Y Adrienne, cuanto más pensaba en ello, en los pobres y desconsolados Spearson, y en Martin y en todas las maneras en que había tratado de demostrarle que estaba con ella, significara eso lo que significara, en cómo tanto la esperanza como la vergüenza hacían que él hiciera las cosas lo mejor posible, más tonta y sin recursos se sentía ella. Su furia torpe salió volando a lo lejos como un pato. Se sintió como se había sentido cuando sus padres, fríos y furibundos, por fin se habían vuelto viejos y habían enfermado, huesudos y combados, protegidos por las dolencias al igual que el encanto protege a un niño, o debería, debería proteger a un niño, y la habían dejado con su furia (vestigios de su furia de niñez) inapropiada e intacta. A sus padres les daría un abrazo de despedida, a los sacos vaciados y amables que eran, y pensaría: «¿Dónde os habéis ido?»

El tiempo, pensó Adrienne. Qué asunto.

Martin de repente había comenzado a llorar. Se sentó en la cama y se hizo un ovillo, la cara suave y peluda en las grandes manos duras, y la cabeza cayéndole sobre los cuadros vistosos de la camisa. Se mareó y se volvió hacia la ventana. Se había despejado la niebla, y con la luz de la tarde el cielo y el lago poseían un azul singular, como un Monet.

—Nunca te había visto llorar —dijo.

—Bueno, pues lloro —dijo—. Puedo llorar incluso con la página de deportes si no se sabe qué equipo va a ganar. Mírame, Adrienne. Nunca me miras de verdad.

Pero ella sólo podía seguir mirando por la ventana mientras tocaba con los dedos los postigos y el marco. Se sentía muy lejos, como si hubiera vuelto a casa, andando por el barrio a la hora de la cena: cuando los gatos sonaban como niños y los niños sonaban como pájaros, y los padres volvían a casa del trabajo, los niños en sus brazos masticando el lenguaje, el aire dando forma a las gargantas floreadas y convirtiéndolas en un parque de canto. Por las ventanas entraba un olor a comida recién hecha.

—Ahora estamos el uno con el otro —deda Martin—. Y quiere decir, de una manera o de otra, que tenemos que tratar de formar una vida juntos.

Fuera, encima de la torre de la capilla de la Sfondrata, donde había aclarado la niebla, le pareció ver una estrella sola, como el morro distante de un avión. Había gente en las nubes arcillosas. Se volvió y por un momento pareció que todos estaban en los ojos de Martin, todos los muertos absolutorios que residían en su cara, el ángel del niño muerto brillando como una criatura en llamas, y fue hacia él, para protegerlo y rodearlo, en busca del mejor truco del corazón, «oh, corazón tremendo».

—Por favor, perdóname —dijo ella.

—Claro —susurró él—. Es lo único que se puede hacer. Claro.

Agradecimientos

Quiero agradecer de todo corazón la oportuna generosidad de la Fundación Ingram Merrill, del Comité de Investigaciones de Doctorado de la Universidad de Wisconsin y de la Comisión de Asuntos Culturales del condado de Dane. También quiero dar las gracias, como siempre, a Melanie Jackson y a Victoria Wilson por su paciencia y cualidades sin límites. Quisiera expresar mi gratitud también a varios directores literarios que vieron con anterioridad algunos cuentos: Pat Towers, George Plimpton, Mike Levitas, Barbara Jones, Bill Buford y Alice Quinn.

